BALZAC

EL TIO GORIOT

PQ2168
A67

B198t

1020026046

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

FONDO
RICARDO GÓMARRUBIAS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas N
Núm. Autor B198t
Núm. Adq. 29688
Procedencia —S—
Precio
Fecha
Clasificó 659
Catalogó

PARIS. — TIP. GARNIER HERMANOS, 6, RUE DES SAINTS-PÈRES.

HONORATO DE BALZAC

ESCENAS DE LA VIDA PARISIENSE

EL TÍO GORIOT

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

TRADUCCIÓN

DE

CARLOS DOCTEUR

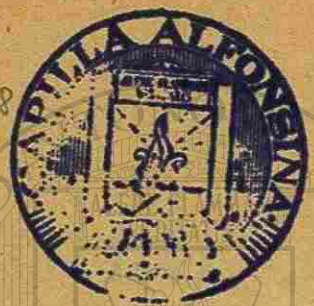
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

PARIS
GARNIER HERMANOS LIBREROS-EDITORES
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6
—
1901

098103
29688

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

8413
13.
PQ 2168
A67



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL TÍO GORIOT

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

All is true.

SHAKESPEARE.

La señora de Vauquer, que de soltera apellidábase de Conflans, es una anciana que desde hace cuarenta años tiene en París una casa de huéspedes situada en la calle Neuve-Sainte-Geneviève, entre el Barrio Latino y el arrabal de Saint-Marcel. Dicha casa de huéspedes, conocida con el nombre de *Casa Vauquer*, admite indistintamente hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, sin que nunca la maledicencia haya atacado las costumbres de ese respetable establecimiento. Verdad es que desde hace treinta años no se ha visto en él joven alguna, y el solo hecho de resignarse á vivir en él un muchacho indica la escasa pensión con que atiende á sus gastos su familia. Sin embargo, en 1819, época en que comienza este drama, había en la tal casa de huéspedes una pobre joven. Á pesar del descrédito en que esta palabra de « drama » ha caído por la manera abusiva y torpe con que ha sido prodigada en estos tiempos de literatura inferior, es necesario emplearla en este relato : no porque resulte dramático en el sentido verdadero de la palabra, sino porque quizá, una vez terminado, haya vertido el lector

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

algunas lágrimas materiales y morales. ¿Será comprendida la presente historia fuera de París? Es dudoso. Las particularidades de esta escena saturada de observación y de color local sólo pueden ser apreciadas entre los cerrillos de Montmartre y los altos de Montrouge, en ese ilustre valle de paredones siempre á punto de desmoronarse, y de arroyos ennegrecidos por el lodo; valle cuajado de sufrimientos verdaderos, de alegrías á menudo aparentes, y tan terriblemente agitado que es preciso un acontecimiento exorbitante para determinar en él una sensación algo duradera. No obstante, obsérvase en él, de cuando en cuando, dolores que la aglomeración de los vicios y de las virtudes reviste de grandeza y de solemnidad : ante ellos se detienen, compasivos, los egoísmos y los intereses; pero esta impresión es como una fruta sabrosa pronto devorada. El carro de la civilización, semejante al ídolo de Jaggernat, apenas retrasado por un corazón menos fácil de despedazar que los demás y que detiene su rueda, pronto lo destroza y continúa su gloriosa carrera. Eso mismo haréis, lectora cuya blanca mano sostiene este libro, al arrellanaros en mullida butaca, pensando : « Acaso me divierta esto. » Después de haber leído el relato de las secretas desdichas del viejo Goriot, comeréis con apetito, achacando al autor vuestra insensibilidad, acusándole de ser exagerado, motejándolo de poeta. ¡Ah! sabedlo : este drama no es una ficción ni una novela. *All is true*, es tan verdadero, que cada uno puede hallar en sí mismo, quizá en su propio corazón, los elementos que lo componen.

La señora de Vauquer es propietaria de la casa en

que explota su pequeña industria. Dicha casa está situada en la parte baja de la calle Neuve-Sainte-Geneviève, en el sitio en que el terreno se inclina hacia la calle de la Arbalète por una pendiente tan brusca y tan ruda, que rara vez se ve caballos subiéndola ó bajándola. Esta circunstancia favorece al silencio que reina en las calles apiñadas entre la iglesia del Val-de-Grâce y la del Panteón, dos monumentos que alteran las condiciones de la atmósfera cargándola de tonos amarillos, y obscureciéndolo todo con las tintas severas que proyectan sus cúpulas. En estos sitios, las aceras están secas, los arroyos no tienen lodo ni agua, crece la hierba en las paredes. El hombre más indiferente se entristece como todos los transeuntes; el ruido de un coche es un acontecimiento, las casas son tristes, las paredes huelen á muros de cárcel. Un parisiense, que por descuido ó por necesidad se aventurase en tales sitios, creería no ver más que casas de huéspedes y colegios, es decir, miseria y tedio, vejez que se aproxima á la tumba, alegre juventud obligada á trabajar. Ningún barrio de París es más horrible, ni, preciso es decirlo, más ignorado. Sobre todo la calle Neuve-Sainte-Geneviève es como un marco de bronce, único adecuado á este relato, al que conviene preparar el ánimo del lector con colores sombríos, con ideas graves, del mismo modo que, de peldaño en peldaño, disminuye la claridad y hácese más fúnebre el canto del guía cuando baja el viajero á las Catacumbas. ¡Exacta comparación! Entre un corazón seco y un cráneo vacío, ¿quién dirá cuál de ellos ofrece más horrible aspecto?

Da la fachada de la casa de huéspedes á un jardi-

nillo, de manera que el edificio forma ángulo recto con la calle Neuve-Sainte-Geneviève, en que se le ve en todo su fondo. Á lo largo de la fachada, entre la casa y el jardinillo, hay un empedrado, de cerca de dos metros de ancho, deprimido en el centro en toda su longitud, para el libre paso de las aguas; ante él se extiende una alamedilla enarenada, limitada en sus costados por geranios, laureles y granados plantados en grandes tiestos de loza vidriada azul y blanca. Entrase en esa alameda por un puertecilla sobre la que un letrero dice : Casa Vauquer, y más abajo : *Casa de huéspedes para los dos sexos y demás*. Durante el día, una puerta vidriera, armada de una campanilla chillona, deja ver en el fondo, sobre la pared opuesta á la calle, un arco pintado, imitando mármol verde, obra de un artista del barrio. En el saliente que simula esa pintura elévase una estatua representando al Amor. Al ver el barniz descascarillado que lo cubre, los aficionados á símbolos descubrirían en ello acaso un mito del amor parisiense que curan cerca de allí. Bajo el zócalo, esta inscripción medio borrada recuerda la época á que se remonta este adorno por el entusiasmo que demuestra hacia Voltaire, que regresó á París en 1777 :

Qui que tu sois, voici ton maître :
Il l'est, le fut, ou le doit-être [1].

Al obscurecer, la puerta-vidriera es sustituida por otra de madera. El jardinillo, tan ancho como larga

1. « Quien quiera que seas, este es tu amo : lo es, lo fué, ó lo será. »

es la fachada, halláse encajonado entre la pared de la calle y la de medianería de la casa vecina, de la que pende una capa de hiedra en toda su longitud, que la oculta por completo y atrae las miradas de los transeuntes por un efecto pintoresco en París. Cada una de aquellas paredes está tapizada de espalderas y de viñas cuyos frutos entecos y polvorientos constituyen un motivo de temores anuales para la señora de Vauquer y de conversaciones entre ella y sus huéspedes. Á lo largo de cada muralla un estrecho camino conduce á una especie de cenador rodeado de tilos [1], palabra que la señora de Vauquer, á pesar de su apellido de familia « de Conflans », con partícula y todo, pronuncia obstinadamente *tieuilles*, es decir, como una portera ramplona, sin que consigan corregirla las reiteradas observaciones gramaticales de sus huéspedes. Entre las dos alamedas laterales, y rodeado de árboles frutales, hay un pedazo de terreno sembrado de alcachofas, y limitado por acederas, lechugas y perejil. Bajo el toldo natural formado por los tilos levántase una mesa redonda, pintada de verde y rodeada de asientos. Allí, en los días caniculares, los huéspedes suficientemente ricos para permitirse tomar café van á saborearlo aguantando un calor capaz de cocer huevos. La fachada, de tres pisos, más las buhardillas, es de cascote y está embadurnada de ese color amarillo que da un carácter innoble á casi todas las casas de París. Las cinco ventanas de cada piso tienen cristalitos y están provistas de celosías, nin-

1. En francés *tilleuls*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

guna de ellas alzada de la misma manera, de lo cual resulta una falta completa de simetría en sus líneas.

El fondo cuenta dos ventanas por piso, que, en la planta baja, ostentan como adorno un enrejado de hierro. Detrás del edificio hay un corral de unos veinte pies de ancho, en el que viven fraternalmente cerdos, gallinas y conejos; en el fondo álzase un cobertizo para la provisión de leña. Entre aquel cobertizo y la ventana de la cocina cuelga la « despensa », debajo de la cual vomita el vertedero las aguas sucias. Dando á la calle Neuve-Sainte-Geneviève, tiene el corral una puertecita por donde la cocinera tira la basura de la casa, cuidando de regar abundantemente aquella sentina para evitar en lo posible la pestilencia que exhala.

Naturalmente destinada al uso á que está afectada, la planta baja se compone de una primera pieza alumbrada por las dos ventanas de la calle, y á la que se llega por una puerta-ventana. Ese salón comunica con un comedor separado de la cocina por el hueco de una escalera cuyos peldaños son de madera y de baldosines dados de color y encerados. Nada que entristeza más que ese salón amueblado con butacas y sillas de tela de crin con rayas mates y brillantes, alternando. En medio, una mesa redonda con tablero de mármol de Sainte-Anne, adornado con ese servicio de café, de porcelana blanca con filetes de oro medio borrados que se ve hoy día en todas partes. Dicha pieza, cuyo piso deja mucho que desear, tiene sus paredes cubiertas con un zócalo de madera de metro y medio de alto, próximamente. Lo que queda de la pared adórnalo un papel barnizado representando las princi-

pales escenas del *Telémaco*, y cuyos clásicos personajes están iluminados. El testero de entre las dos ventanas enrejadas ofrece á los huéspedes el cuadro del festín dado al hijo de Ulises por Calipso. Desde hace cuarenta años, esa pintura excita las bromas de los jóvenes huéspedes que se creen superiores á su posición, burlándose de la comida á que los condena su miseria. La chimenea de piedra, cuyo hogar siempre limpio atestigua que no se enciende allí lumbre más que en las ocasiones sonadas, está adornada con dos jarrones llenos de flores artificiales, viejas y hacinadas, que acompañan á un reloj de mármol azulado del peor gusto. Esta primera pieza exhala un olor que carece de nombre en el idioma, y al que habría que llamar *olor de casa de huéspedes*. Huele á encerrado, á moho, á rancio; da frío, resulta húmedo para el olfato, cala la ropa, ofrece el sabor particular de una sala en que se ha comido; trasciende á criados, á cocina y á hospital. Quizá pudiera describirse si se inventara un procedimiento para evaluar las cantidades elementales y nauseabundas que despiden las atmósferas catarrales y *sui generis* de cada huésped, joven ó viejo. Pues bien, á pesar de tanta fealdad y de tanto descuido, si la comparáis con el comedor, del que sólo un tabique la separa, os parecería, el anterior salón, elegante y perfumado como debe serlo la habitación reservada de una mujer bonita. Esta sala, de paredes cubiertas de madera hasta el techo, fué pintada en otro tiempo de un color imposible de definir hoy día, formando un fondo sobre el cual la suciedad ha impreso capas de grasa que

resultan extrañas figuras. Contra las paredes, aparadores pegajosos sostienen botellas para el agua á las que faltan pedazos, empañadas; platillos de metal para descansar los vasos, columnas de platos de porcelana basta, fabricados en Tournai. En un ángulo, una caja con casillas numeradas para guardar las servilletas, manchadas de grasa ó de vino, de cada huésped. Vese allí algunos de esos muebles indestructibles, desterrados de todas partes, pero colocados en aquella sala como lo están los desechos de la civilización en los Incurables. Allí veríais un barómetro con un capuchino que sale cuando llueve, grabados execrables que quitan la gana de comer, todos en marcos de madera negra con filetes dorados; un reloj de pared de concha incrustado de cobre; una estufa verde, quinqués de Argand en los que el polvo se combina con el aceite, una larga mesa cubierta con un hule lo suficientemente grasiento para que un chusco externo escriba su nombre con un dedo á manera de estilete; sillas cojas, ruedos de esparto cuya vida parece inacabable; luego estufillas para los pies, miserables, con agujeros rotos, faltas de bisagras y cuya madera se carboniza. Para explicar cuán viejo es ese mobiliario, cuán resquebrajado, podrido, desvencijado, roído, manco, destartalado, inválido, expirante, sería menester consagrarle descripción que retrasaría demasiado el interés de esta historia, y que no me perdonarían los lectores que tienen prisa por conocerla. El piso de ladrillos encarnados está lleno de valles producidos por el roce ó por las repetidas manos de pintura. En una palabra, en este sitio reina la miseria sin poesía, una miseria

económica, concentrada, raída. Si aún no tiene lodo, tiene manchas; si no tiene agujeros ni harapos, está á punto de acabar con ella la podredumbre.

Dicha pieza hállase en todo su esplendor en el momento en que, á eso de las siete de la mañana, el gato de la señora de Vauquer precede á su ama, salta sobre los aparadores, olfatea la leche que contienen varios tazones cubiertos con platos, y deja oír su *ronrón* matutino. Pronto aparece la viuda, con su gorro de tul, bajo el cual pende un moño de pelo postizo mal colocado; va arrastrando sus estropeadas zapatillas. Su cara ajada, regordeta, de cuyo centro sobresale una nariz de pico de loro; sus manos pequeñas y carnosas, su persona repleta como un canónigo, su corpiño demasiado lleno y nada firme, harmonízanse con aquella sala que parece sudar desdichas, en la que se ha guarecido la especulación, y cuya atmósfera cálidamente fétida respira la señora de Vauquer sin sentir repugnancia alguna. Su cara, fresca como una primavera helada de otoño, sus ojos arrugados, cuya expresión pasa de la sonrisa impuesta á las bailarinas al adusto ceño del usurero; finalmente, toda su persona explica la casa de huéspedes, así como la casa de huéspedes explica su persona. El presidio requiere al cómitre; no imaginaríais al uno sin el otro. La gordura descolorida de aquella mujer es el producto de la vida que hace, del mismo modo que el tifo es la consecuencia de los miasmas de un hospital. Su saya de lana de punto, que sobresale de la falda, restos de un antiguo vestido, y que deja escapar por jirones pedazos de

algodón en rama, resume el salón, el comedor, el jardinillo, anuncia la cocina y hace presentir á los huéspedes. Complétase el espectáculo con la presencia del ama de la casa.

Con sus cincuenta años, uno más, uno menos, parécese la señora de Vauquer á todas las *mujeres que han sufrido desgracias*. Tiene la mirada apagada y el aspecto de inocencia de una tercera que se encrespa para cobrar á más alto precio sus servicios, pero que en realidad se halla dispuesta á todo para salir del apuro, y que sería capaz de vender nuevamente á Cristo, si Cristo fuera de estos tiempos. Sin embargo, *en el fondo es buena mujer*, según dicen los pupilos, porque la oyen gimotear y toser como ellos.

¿Qué había sido el señor Vauquer? La viuda no hablaba jamás del difunto, y si le preguntaban cómo y en qué había perdido su fortuna, respondía invariablemente: « Fué muy desgraciado en sus negocios. » Y añadía que se había portado mal con ella, dejándola tan sólo los ojos para llorar, aquella casa para vivir y el derecho de no compadecer á nadie; pues había sufrido cuanto en el mundo se puede sufrir.

Silvia, la gorda cocinera, al oir el chancleteo de su ama, se apresuró á servir el desayuno á los pupilos internos.

Generalmente, los huéspedes externos sólo se abonaban á la comida, la cual les costaba treinta francos mensuales. En la época en que comienza esta historia, eran siete los internos. Las dos mejores habitaciones de la casa estaban en el piso principal. La señora de

Vauquer ocupaba la más pequeña. En la otra vivía la la señora de Couture, viuda de un comisario ordenador de la república francesa, juntamente con una joven llamada Victorina Taillefer, con la que hacía las veces de madre. El pupilaje de estas dos huéspedas ascendía á mil ochocientos francos. En las dos piezas del segundo habitaban un anciano llamado Poiret y un sujeto como de cuarenta años que usaba peluca negra, se teñía las patillas, se decía comerciante y se llamaba el señor Vautrin. Componíase el piso tercero de cuatro habitaciones, de las que dos estaban alquiladas, una por una solterona llamada la señorita Michonneau; la la otra por un antiguo fabricante de fideos, de pastas de Italia y de almidón, quien se dejaba llamar tío Goriot. Las dos piezas restantes estaban destinadas á las aves de paso, á los míseros estudiantes que como el tío Goriot y la señorita Michonneau sólo podían gastar cuarenta y cinco francos mensuales en casa y comida; pero la señora de Vauquer era poco aficionada á semejantes huéspedes, y sólo cuando no encontraba algo de más fuste los admitía en su casa: comían demasiado pan. A la sazón, una de estas habitaciones pertenecía á un muchacho de los alrededores de Angulema, que se hallaba en París estudiando derecho, y cuya numerosa familia se imponía las más penosas privaciones para enviarle anualmente mil doscientos francos. Llamábase Eugenio de Rastignac, y era una de esas criaturas endurecidas en el trabajo por la miseria que, comprendiendo desde la edad más temprana las esperanzas que en ellos pone la familia, se preparan un porvenir calculando con anticipación el

alcance de esos estudios, y adaptándolas de antemano al modo de ser de la sociedad para sacarle todo el jugo posible. Sin su espíritu observador y la habilidad con que supo maniobrar en los salones de París, carecería este relato de los tonos de color tan verdadero que deberá á su espíritu sagaz y á su deseo de penetrar los misterios de una situación espantosa, ocultada con tanto esmero por los que la crearon como por el que era víctima de ella.

Completaban los pisos de la casa un desván para tender ropa y dos buhardillas en que dormían un criado que para todo utilizaban, llamado Cristóbal, y la cocinera, la maciza Silvia. Además de los siete pupilos internos, solía tener la de Vauquer, unos años con otros, estudiantes de derecho y de medicina, y dos ó tres parroquianos de la vecindad, todos los cuales sólo pagaban la comida. La sala, capaz para veinte personas, solía contener diez y ocho; pero por la mañana sólo la ocupaban siete huéspedes, cuya reunión ofrecía durante el almuerzo el aspecto de una comida de familia. Bajaban en zapatillas, permitiéndose críticas confidenciales acerca del traje y apariencia de los externos y sobre sucesos de la noche anterior, expresándose todos con la confianza de la intimidad. Estos siete huéspedes eran los niños mimados de la Vauquer, la cual calculaba, con precisión de astrónomo, los cuidados y consideraciones, ajustándolos al precio del pupilaje. Todos los reunidos allí por capricho del acaso estaban sujetos á la misma ley. Los dos huéspedes del segundo pagaban únicamente setenta y dos francos mensuales. Esta baratura, que sólo se encuentra en el

arrabal Saint-Marcel, entre la Bourbe y la Salpêtrière, y de la que sólo se exceptuaba la señora de Couture, era indicio de que los huéspedes hallábanse bajo el peso de desgracias más ó menos aparentes. Confirmábase la sospecha al ver cómo se reproducía en la ropa de aquella gente el desolado espectáculo que presentaba la casa. Los hombres usaban levitas de color indefinible, botas como las que se suelen encontrar tiradas en medio de la calle en los barrios elegantes, ropa interior muy usada y trajes reducidos á la última extremidad. Las mujeres llevaban vestidos pasados de moda, teñidos y desteñidos, encajes viejos y zurcidos, guantes sucios y despellejados por el uso, gargantillas siempre de un color rojizo y pañoletas medio hechas jirones. Pero si tales eran las ropas, los cuerpos, de vigorosos contornos, acusaban constituciones robustas que habían sabido resistir á las tempestades de la vida, y los rostros eran fríos, duros, borrosos como los de la moneda vieja. Las bocas, ajadas, estaban armadas de dientes ávidos. Todos aquellos pupilos hacían presentir dramas ya verificados ó en plena acción, pero no dramas representados á la luz de las candilejas, entre decoraciones teatrales, sino dramas vivos y mudos, dramas fríos que sacuden terriblemente un corazón y que no tienen fin.

Siempre resguardaba la solterona Michonneau su cansada vista con una sucia pantalla de tafetán verde rodeado de un hilo de alambre que hubiera llenado de pavor al ángel de la Misericordia. Su chal, de delgados y llorones flecos, parecía cubrir un esqueleto, tan angulosas eran las formas que ocultaba. ¿Qué ácido

habría despojado á aquella criatura de sus redondeces femeninas? ¿El vicio, el dolor, la avaricia? Quizá había sido hermosa y bien formada. ¿Había amado con exceso? ¿Había sido coqueta ó cortesana? ¿Expiaba los triunfos de una juventud insolente, ante la que se habían desbordado los placeres, por una vejez ante la que huían los transeuntes? Miraba de un modo apagado y descolorido que daba frío, y su desmirriada fisonomía parecía amenazar. Tenía la voz penetrante y chillona, semejante al chirrido de una chicharra que cantara oculta en un matorral á la proximidad del invierno. Decía haber estado cuidando á un señor anciano que padecía de un catarro de la vejiga, y al que sus hijos habían abandonado, creyéndolo sin recursos. Dicho anciano le había dejado mil francos de renta vitalicia, periódicamente disputados por los herederos, que no cesaban de calumniarla. Aunque el fuego de las pasiones había desfigurado su rostro, afeándolo, observábanse todavía vestigios de blancura y de suavidad en los tejidos, datos que permitían suponer en el cuerpo algunos restos de belleza.

El señor Poiret era una especie de máquina.

Al verle deslizarse como una sombra gris por una calle de árboles en el Jardín de Plantas, cubierta la cabeza con una viejísima gorra tan floja como un trapo, pudiendo apenas empuñar su bastón de puño de marfil amarilleado por su mano, dejando flotar los raídos faldones de su levita que ocultaba mal un calzón casi vacío, y piernas con medias azules que se tambaleaban como las de un hombre ebrio, enseñando su chaleco blanco sucio y su chorrera de basta muselina abar-

quillada que se unía imperfectamente con la corbata que á modo de cuerda rodeaba su cuello de pavo, muchas personas se preguntaban si aquella sombra chinesca pertenecía á la raza audaz de los hijos de Jafet que mariposean en el boulevard de los Italianos. ¿Qué género de trabajo le había apergaminado de aquella suerte? ¿Qué pasiones habían ennegrecido aquella faz bulbosa, que dibujada en caricatura hubiera parecido inverosímil? ¿Qué había sido aquel hombre? Tal vez empleado en aquellas oficinas del ministerio de justicia en que se reciben las cuentas de los ejecutores de los supremos fallos de la ley, las facturas de los suministros de negros velos para los parricidas, de aserrín para los cestos donde cae la cabeza del ajusticiado, y de bramante para el cuchillo de la guillotina. Quizá había sido cobrador en la puerta de un matadero ó subinspector de la policía de salubridad. En una palabra, parecía ser uno de los burros del gran molino social, una de esas pantallas que ni siquiera conocen al que están destinadas á ocultar, uno de esos ejes sobre el que habían girado los infortunios ó las suciedades públicas, uno de esos de los que no podemos dejar de decir cuando los vemos: «... Y sin embargo hace falta gente así.» El París mundano ignora la existencia de estas fisonomías descoloridas por los sufrimientos morales y físicos.

Pero París es un verdadero océano, tan profundo, que se puede echar en él la sonda sin llegar al fondo. Recorredle, describidle, por mucho cuidado que pongáis en describirle y recorrerle, por muchos y muy minuciosos que sean los exploradores de este mar,

siempre quedará un rincón virgen, un antro desconocido, flores, perlas, monstruos, algo inaudito en que no habrán reparado los buzos literarios. La casa Vauquer es una de esas interesantes monstruosidades.

Dos figuras había en ésta que contrastaban violentamente con la masa de los pupilos, internos y externos.

Aunque la blancura de la señorita Victorina Taillefer recordaba la de las muchachas atacadas de clorosis, y aunque esta señorita, por su constante tristeza, su aire cohibido y la delgadez y pobreza de su persona encajaba perfectamente en el fondo triste del cuadro general, sin embargo no estaba avejado su rostro, y sus movimientos y su voz eran vivos. Aquella desgracia juvenil parecíase á un arbusto de hojas amarillentas, recientemente plantado en un terreno contrario á su naturaleza.

Su fisonomía rojiza, sus cabellos de un rubio leonado, y la excesiva delgadez y delicadeza de su cuerpo le comunicaban ese encanto especial que los poetas modernos descubren en las estatuitas de la Edad Media. Tenía los ojos garzos, casi negros, y en la mirada une expresión suave, de resignación cristiana. Revelábanse los contornos de su cuerpo juvenil bajo las telas baratas del sencillo vestido. Era bonita á pesar de la desgracia. De haber sido feliz, resultara deliciosa; la dicha es la poesía de las mujeres, así como sus atavíos son su afeite. Si las alegrías de un baile hubieran coloreado aquel rostro pálido, si las dulzuras de la vida elegante hubiesen animado aquellas mejillas en

las que iban señalándose los tempranos surcos, si el amor hubiera animado aquellos ojos tristes, Victorina habría podido ponerse á la par de las muchachas más hermosas. Faltábale lo que constituye la segunda vida de la mujer: los trapos y las cartitas amorosas. Con su historia hubiérase podido escribir un libro. Creía su padre tener razones para no reconocerla, no la quería á su lado, sólo le concedía una pensión de seiscientos francos anuales, y había desnaturalizado su fortuna para poder transmitirla íntegra á su hijo.

Parienta lejana de la madre de Victorina, que hacía tiempo había venido á morir de tristeza á su casa, la señora de Couture cuidaba de la huérfana como si hubiera sido hija suya. Mas por su desgracia, la viuda del comisario ordenador de los ejércitos de la República poseía por toda fortuna su viudedad y su pensión, y era de temer que muriera dejando sola en el mundo, sin experiencia ni recursos, á aquella pobre niña. La buena señora llevaba á Victorina á misa todos los domingos, y á confesar cada quince días, con objeto de hacer de ella, ya que no otra cosa, una creyente. Y tenía razón. El sentimiento religioso era el único porvenir de aquella niña abandonada, que todos los años iba á ver á su padre, á quien quería, llevándole el perdón de su madre moribunda, y que invariablemente hallaba cerrada la puerta de la casa paterna. Su hermano, único mediador, hacía cuatro años que no iba á verla y que no le enviaba el menor socorro. Pedía á Dios, la infeliz, que iluminase á su padre, que ablandase el corazón de su hermano, y rezaba por ellos sin censurarlos. La de Couture y la de Vauquer

no hallaban en el diccionario de las injurias palabras bastante duras para calificar tan bárbara conducta. Cuando maldecían al millonario infame, Victorina dejaba oír dulces palabras, semejantes al canto del palomo torcaz herido, cuyo quejido sigue siendo amoroso.

Eugenio de Rastignac era un joven de rostro meridional, de blanca tez, negros cabellos y ojos azules. Su apostura, modales y actos denunciaban al hijo de familia noble, cuya primera educación había sido, más que esmerada, elegante. Si cuidaba de su ropa, si en los días de semana acababa de usar los trajes del año anterior, sin embargo podía salir á veces vestido como un joven mundano. Solía llevar una levita vieja, un chaleco nada nuevo, la pobre corbata negra, ajada, mal puesta del estudiante, un pantalón que en nada desdecía del resto del traje, y botas ya compuestas.

Entre estos dos personajes y los demás, Vautrin, el hombre de cuarenta años, de patillas pintadas, servía de transición. Era lo que se llama *un hombre*, de anchas espaldas, gran pecho, músculos bien marcados, manos duras, gruesas, y dedos en cuyas nudosas falanges crecían espesas matas de pelos rojizos. Su rostro, surcado por arrugas prematuras, ofrecía signos de dureza que desmentían sus modales flexibles y atractivos. Su voz de bajo profundo, en harmonía con su ruda alegría, no desagradaba. Era servicial y bromista. Si se descomponía una cerradura, la desclavaba, limpiaba, limaba y ajustaba en un santiamén, diciendo: « De esto entiendo algo. » Verdad es que de todo entendía y sabía; de los barcos, del mar, de Francia, del extranjero, de negocios, de los hombres, de los sucesos, de las leyes, las fondas y las cárceles. Si alguno se lamentaba en su presencia de cualquier percance, ofrecíale en el acto sus servicios. Más de una vez había prestado dinero á la patrona y á los huéspedes; pero los favorecidos se hubieran muerto antes que dejar de pagárselo, porque á pesar de su aspecto bonachón, tenía una mirada tan resuelta y penetrante que á todos imponía respeto. Hasta en su manera de escupir denunciaba cierta sangre fría imperturbable que no le hacía retroceder ante un crimen para salir de una situación comprometida. Como la de un juez severo, su mirada parecía penetrar en el fondo de todas los cuestiones, de todas las conciencias, de todos los sentimientos. Sus costumbres consistían en salir después del almuerzo, volver á la hora de comer, marcharse una vez acabada la comida y recogerse á las doce de la noche, habiéndole dado la señora de Vauquer una ganzúa para abrir la puerta: favor sólo á Vautrin concedido. Disfrutaba de gran predicamento con la viuda, á la que enlazaba por la cintura con sus brazos, llamándola *mamá*, acción aduladora que los demás no comprendían. La patrona creíale fácil buenamente, mientras que en realidad sólo Vautrin tenía brazos bastante largos para rodear tan robusto talle. Uno de los rasgos del carácter de nuestro hombre era el de pagar generosamente quince francos mensuales por el ponche que tomaba después de comer. Gentes menos superficiales que aquellos despreocupados estudiantes envueltos en el torbellino parisién, ó que aquellos viejos, indiferentes á cuanto no les tocaba directamente, no hubieran vaci-

lado mucho tiempo en clasificar á Vautrin saliendo de la dudosa impresión que les causaba. Sabía ó adivinaba los asuntos de cuantos le rodeaban, mientras nadie podía enterarse de sus pensamientos y de sus ocupaciones. Por más que había establecido su aparente bonachonería, su constante complacencia y su alegría como una valla entre los demás y él, á veces dejaba entrever la espantosa profundidad de su carácter. A veces una salida digna de Juvenal, y en la que parecía complacerse en hacer burla de las leyes, fustigar la sociedad convenciéndola de inconsecuente consigo misma, daba á entender que guardaba rencor al estado social, tal vez por algún misterioso suceso de su vida que conservaba oculto con el mayor cuidado.

La señorita Taillefer, atraída, quizá sin darse cuenta, por la fuerza del uno ó por la belleza del otro, compartía sus miradas furtivas y sus pensamientos secretos entre el cuarentón y el estudiante, pero ni el uno ni el otro parecían pensar en ella, aunque podía muy bien la casualidad convertirla el día menos pensado en un gran partido. Por otra parte, ninguna de las personas descritas se tomaba la molestia en comprobar si las desdichas referidas por cualquiera de sus compañeros eran reales ó imaginarias. Entre ellos se interponía una indiferencia nacida de la desconfianza que les imponía sus respectivas situaciones. Reconocíanse por impotentes para consolarse, sobre todo porque habiéndoselas oído unos á otros, habían agotado entre sí el repertorio de los pésames y de las frases lastimeras. Parecíanse á esos matrimonios viejos que ya nada tienen que decirse. Sólo quedaba, pues, entre aquellas personas,

las relaciones de una vida mecánica, el juego de ruedas sin aceite. Todas eran de los que pasan en la calle junto á un ciego sin hacerle caso, escuchan sin conmoverse la historia de una desdicha y ven en una muerte la solución de un problema de miseria, permaneciendo impasibles ante la agonía terrible. De todas aquellas almas desoladas, la más feliz era la viuda de Vauquer, reina de aquel hospital. Sólo á sus ojos era alegre como un verjel aquel jardinillo al que el silencio y el frío, la sequedad y la humedad, alternativamente, hacían parecer inmenso como una estepa. Sólo para ella aquella casa amarilla y triste, que olía al cardenillo del mostrador, ofrecía delicias. Aquellos calabozos eran suyos. Mantenía á aquellos presidarios condenados á penas perpetuas, ejerciendo sobre ellos una autoridad respetada. ¿En qué otra parte de París hubieran hallado aquellos infelices alimentos sanos y suficientes y una habitación que ellos mismos podían transformar, si no en elegante y cómoda, al menos en aseada é higiénica, en qué otra parte hubieran hallado todo esto al precio á que ella se lo proporcionaba? Atendida esta consideración, aunque se hubiera permitido con alguno una injusticia manifiesta, la víctima la hubiera soportado sin quejarse.

Debía ofrecer, y ofrecía en pequeño, semejante reunión, los elementos de una sociedad completa. De igual manera que sucede en los colegios y en el mundo, entre aquellos diez y ocho seres habría seguramente una pobre criatura desgraciada, un *caballo blanco* contra el cual van dirigidas todas las saetas de la burla despiadada. Para Eugenio de Rastignac, y al comenzar su segundo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

año de pupilaje, esa figura trocóse en la más importante de todas las que durante otros dos años habían de compartir con él aquella vivienda.

Aquel *caballo blanco* era el antiguo fabricante de fideos, el tío Goriot, sobre cuya cabeza hubiera concentrado un pintor toda la luz del cuadro, ni más ni menos que como lo hace con su personalidad el autor de esta historia. ¿Por qué razón había recaído en el decano de los pupilos aquel desprecio hostil, aquella persecución mezclada de lástima, aquella falta de respeto á la desgracia? ¿Había dado lugar á ello por algunas de esas ridiculeces ó de esas rarezas que se perdona menos que los vicios? Tocan estas preguntas á bastantes injusticias sociales. Parece como que la naturaleza humana se complace en hacer sufrir al que por humildad verdadera, por debilidad ó por indiferencia lo sufre todo. ¿Por qué? Porque todos hallamos cierta satisfacción en ejercitar nuestras fuerzas á costa de algo ó de alguien. El ser más débil, el último pillete llama á todas las puertas, de noche, cuando hiela, ó trepa como puede para escribir su nombre á gran altura en un monumento virgen de inscripciones.

El hoy anciano de unos sesenta y nueve años, el que había sido motejado de tío Goriot, había entrado á formar parte de los huéspedes de la señora de Vauquer en 1813, después de retirarse de los negocios. Tomó primeramente la habitación que más tarde ocupó la viuda de Couture, pagando mil doscientos francos de pupilaje, como hombre para quien cien francos de más ó de menos eran cosa de poca monta. La Vauquer arregló un poco las tres habitaciones del piso previa

una indemnización, destinada, según dicen, á pagar un mobiliario bastante malo, compuesto de colgaduras de indiana amarilla, sillones de madera ordinaria barnizada, cubiertos de terciopelo de Utrecht y de algunas pinturas y estampas ordinarias desechadas hasta en las tabernas de las afueras. Acaso la indiferente generosidad que demostró en dejarse engañar el tío Goriot, que hacia aquella época era respetuosamente llamado señor Goriot, hízole considerar como á un imbécil que nada entendía en los asuntos de la vida práctica. Vino Goriot bien provisto de ropa. Llevaba un ajuar como de comerciante rico que se retira del comercio para vivir á gusto y descansado. La viuda de Vauquer admiró en él diez y ocho camisas de media holanda, y más aún dos alfileres, unidos por una cadenita y adornados cada uno con un diamante más que regular, cuya alhaja ostentaba el buen señor en la blanca pechera.

Habitualmente vestido con traje azul, tomaba cada día un chaleco de piqué blanco, bajo el cual fluctuaba su abdomen crecido y saliente que ponía de manifiesto una pesada cadena de oro adornada con varios dijes. Su tabaquera, también de oro, contenía un medallón en el que guardaba un buen mechón de pelo, el cual parecía denunciar alguna conquista amorosa. Cuando su nueva patrona se permitió acusarle de galanteador, sonrió con cierta satisfacción mal contenida de hombre á quien le descubren un flaco de que se envanece. Llenóse un armario con la numerosa vajilla de plata de su casa. A la viuda íbansele los ojos mientras le ayudaba á sacar de los baúles y poner en su sitio los

cucharones, cubiertos, vinagreras, salseras, fuentes, las tazas y platos pequeños de plata sobredorada y muchas otras piezas análogas, que sin duda pesaban bastantes marcos y de las que no quería deshacerse. Muchos de ellos eran regalos que le recordaban las solemnidades de la vida doméstica.

« Esto, dijo á la señora de Vauquer guardando una fuente y una taza cuya tapadera representaba dos tórtolas picoteándose, es el primer regalo que me hizo mi mujer, el día del aniversario de nuestra boda. ¡Pobre querida! En esto empleó todas sus economías de soltera. Mire usted, señora, preferiría abrir hoyos en la tierra con las uñas á separarme de este objeto. Por fortuna podré tomar café en esta tacita todas las mañanas de los días que he de pasar aún en el mundo. Realmente, no tengo de qué quejarme, porque, por mucho que viva, no me faltará qué comer. »

Finalmente, la señora de Vauquer pudo ver, con su ojo de urraca, algunas inscripciones de la deuda pública, que, sumadas por encima, vendrían á resultar para el bueno de Goriot una renta de unos ocho á diez mil francos. Desde entonces, la antigua señorita de Conflans, que tenía cuarenta y ocho años, pero que sólo admitía treinta y nueve, concibió un proyecto. Aunque el señor Goriot tenía los lagrimales medio vueltos, hinchados y colgantes, lo que le obligaba á limpiarlos con frecuencia, parecióle distinguido y hasta agradable. Además, su pantorrilla carnosa, saliente, pronosticaba, tanto como su nariz cuadrada, ciertas cualidades morales que la viuda parecía tener en gran estima, y que la cara de luna llena de aspecto sencillote

y casi bobalicón del buen viejo confirmaba. Debía de ser un animal vigorosamente construído, capaz de poner toda su vida en una pasión. Todas las mañanas iba á peinarle el peluquero de la Escuela Politécnica, empolvándole el pelo y disponiéndoselo en sortijillas que ocupaban parte de la frente baja, y que le sentaban bastante bien. Aunque algo bastote, tan de punta en blanco estaba siempre, tomaba tan ricamente su rapé y lo sorbía como hombre tan seguro de tener siempre llena la tabaquera, que, el día en que el señor Goriot se instaló en la casa la viuda de Vauquer, ésta se acostó por la noche ardiendo del deseo que la acometió de abandonar el sudario de Vauquer para renacer en Goriot.

Casarse, vender, salir del brazo de aquella flor y nata de la burguesía, convirtiéndose en señora muy principal del barrio, ocupada en pedir para los pobres, hacer visitas y tener jiras los domingos á Choisy, Soisy, Gentilly, etc., ir al teatro todas las noches, á su palco, sin tener que esperar, como ocurría allá por julio, el billete, cuando á alguno de los estudiantes, sus pupilos, le venía en gana regalárselo. Soñó, pues, con su paraíso, análogo al soñado por todas las familias de posición humilde de París. Poseía cuarenta mil francos reunidos céntimo á céntimo, pero nadie lo sabía, porque aquel secreto teníalo profundísimamente guardado, de suerte que también desde el punto de vista pecuniario se creía un partido muy aceptable.

« Y en cuanto á lo demás, me parece que en nada desmerezco de ese buen Goriot », pensaba, revolviéndose en el lecho como para cerciorarse de que, en efecto,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

existían los encantos cuyo molde encontraba cada mañana la gruesa Silvia al hacer la cama.

Desde aquel día, durante unos tres meses, la viuda de Vauquer utilizó al peluquero del señor Goriot, dedicando algunos gastos al embellecimiento y mejora de su tocado, los cuales excusaba con la necesidad de velar por el decoro de la casa, conforme se lo exigía la calidad de las personas en ella hospedadas. Pensó en la manera de llegar á mejorar el personal de sus pupilos, manifestando el propósito de no admitir en lo sucesivo sino gente muy distinguida; y cuando se presentaba uno nuevo, no dejaba de ponderarle la preferencia con que la había honrado el señor Goriot, uno de los principales y más notables comerciantes de París. Distribuyó prospectos con este título: CASA VAUQUER; en los que decía que era *una de las más antiguas y estimadas casas de huéspedes del país latino*, que el edificio disfrutaba de excelentes vista al valle de los Gobelinos (el cual se veía desde el tercer piso) y que tenía un *bonito* jardín, al fin del cual se *extendía* una ALAMEDA de tilos. Hablaba también el prospecto de aires puros y de tranquilidad y retiro. Este anuncio le trajo á la señora condesa de Ambermesnil, mujer como de treinta y seis años, la cual esperaba que quedase ultimado el expediente que se instruía para pagarle los atrasos y reconocerle una pensión que le correspondía como viuda de un general muerto en *los* campos de batalla. La de Vauquer cuidó de la mesa, encendió lumbre en los salones por espacio de unos seis meses, y tan bien supo cumplir las promesas de sus prospectos que, lejos de cubrir gastos, tuvo que

poner dinero de sus ahorros. Así es que la condesa decía á la señora Vauquer, á la que llamaba su querida amiga, que le proporcionaría otras dos pupilas: la baronesa de Vaumerland y la viuda del coronel Picquoiseau, ambas muy amigas suyas, que estaban hospedadas en una casa del Marais, más cara que la de la Vauquer, pero á la cual vendrían en cuanto expirara el plazo que tenían pagado anticipadamente. Estas dos señoras disfrutarían una posición muy holgada luego que en el ministerio de la guerra hubieran despachado sus respectivos expedientes.

— Pero, decía la condesa de Ambermesnil, en esas oficinas no acaban nunca.

Después de la comida subían las dos viudas á la habitación de la señora Vauquer, donde se entretenían en charlar y beber licores suaves y comer golosinas hasta allí reservadas exclusivamente para la boca de la pupilera. La condesa aprobó por completo los planes de ésta acerca de Goriot, planes excelentes, en efecto, y que desde el primer día había adivinado; parecíale un hombre cumplido en todos sentidos.

— ¡Ah! mi querida señora, un hombre sano como una manzana, le decía la viuda, perfectamente conservado y que todavía puede proporcionar muchas satisfacciones á una mujer.

La condesa hizo generosamente algunas observaciones á la señora de Vauquer acerca de su manera de vestir, la cual no le parecía en harmonía con sus pretensiones.

— Tiene usted que ponerse en pie de guerra, la dijo.

Como consecuencia de muchos cálculos, las dos

viudas se fueron al Palais-Royal, y en las galerías de Bois compraron un sombrero de plumas y una gorra. La condesa condujo á su amiga á la tienda de la *Petite Jeannette*, donde compraron una bata y un cinturón. Cuando estas municiones fueron empleadas y pudo considerarse la pupilera sobre las armas, representaba fielmente la muestra del *Bœuf à la mode*, lo que equivale á decir que resultaba grotesca. Pero gustóse tanto á sí misma, que aunque poco dadivosa de suyo, consideró que le debía pagar el favor de sus consejos, comprándole un sombrero de veinte francos. Verdad es que contaba con cobrárselos, confiándole la importante misión de sondar el ánimo de Goriot y de inclinarlo en su favor. Prestóse á ello muy graciosamente la de Ambermesnil, y desde entonces asedió al ex-fabricante, hasta que logró tener con él una entrevista. Pero después de haberle hallado pudibundo, por no decir refractario, á las tentivas que la sugirió su deseo de seducirle por propia cuenta, salió indignada de su grosería.

— Hija mía, dijo á su querida amiga, no sacará usted nada en limpio de ese hombre. Es ridículamente desconfiado, es un roñoso, un imbécil, un majadero, incapaz de dar más que desazones.

Entre el señor Goriot y la señora de Ambermesnil ocurrieron cosas de tal calibre que ni siquiera su presencia quiso ya tolerar la condesa, por lo que al día siguiente se largó, olvidándose de pagar seis meses de hospedaje, y dejando unos trapos que se evaluaron en cinco francos. Por más empeño que puso la Vauquer en encontrarla, no pudo hallar ni rastro de ella en todo París; de suerte que, siempre

que hablaba de este suceso, lo que hacía con frecuencia, tomaba de él pretexto para lamentar su excesiva confianza, aunque, en realidad, fuese más desconfiada y recelosa que un gato. Lo cierto es que pertenecía al número de esas personas que desconfían de cuanto las rodea y se entregan al primero que llega, hecho moral extraño, pero verdadero, y cuyo origen es fácil hallar en el corazón humano. Quizá hay personas que nada tienen que ganar en el concepto de aquellas con quienes viven, porque después de haberles descubierto lo interior de su alma, se sienten juzgadas por ellas con merecida severidad, pero que, experimentando una invencible necesidad de adulación, ó devorados por el deseo de que les supongan cualidades que no tienen, esperan sorprender la estimación ó el corazón de los extraños, á trueque de romper con ellos algún día. Finalmente, hay individuos mercenarios de nacimiento, que ningún bien hacen á sus amigos ó á su familia porque lo deben, mientras que, por pura satisfacción de amor propio, favorecen á cualquier desconocido; cuanto más cerca de ellos se halla el círculo de sus afecciones, menos aman; cuanto más se extiende, más serviciales son. La señora de Vauquer participaba, sin duda, de estas dos condiciones esencialmente mezquinas, falsas y execrables.

— Si yo hubiera estado aquí, le decía entonces Vautrin, no le habría sucedido á usted semejante chasco. Yo hubiera desenmascarado á esa lagarta. Conozco las mañas de esa gente.

Como todos los espíritus estrechos, acostumbraba la señora de Vauquer á no salir del círculo de los

acontecimientos y á no juzgar sus causas. Gustábale culpar á los demás de las faltas por ella cometidas. Al ocurrirle aquel percance, dióle por ver en el honrado fabricante aquel principio de su desgracia, y empezó desde entonces, según ella misma decía, á desilusionarse acerca de él. Cuando advirtió que sus provocaciones eran tan inútiles como antes lo habían sido sus armamentos, no tardó en comprender el por qué. Goriot tenía, al decir de ella, su sistema, con lo que acabó de convencerse de que aquellas risueñas esperanzas, amorosamente acariciadas, descansaban sobre una base quimérica, y de que nada sacaría de aquel hombre, según la enérgica expresión de la condesa, la cual parecía ser entendida de firme. Llegó necesariamente en aversión más lejos de donde había llegado en amistad. Su odio no estuvo en razón de su afecto, sino de sus esperanzas defraudadas. El corazón humano suele hacer paradas de descanso cuando sube á las alturas del cariño, y rueda muy fácilmente y sin detenerse nunca por la pendiente del odio. Pero como el señor Goriot era un huésped, tuvo la viuda que reprimir las explosiones de su amor propio herido, enterrar los suspiros que le causaba su decepción y devorar sus deseos de venganza, cual fraile ofendido por su superior. Las almas pequeñas satisfacen sus pasiones, buenas ó malas, por medio de incesantes pequeñeces.

Empleó la viuda toda su malignidad de mujer en idear sordas persecuciones contra su víctima, empezando por suprimir una porción de superfluidades introducidas en el trato de sus huéspedes.

— ¡ Fuera pepinillos en vinagre, fuera anchoas! no son más que inutilidades costosas, dijo á Silvia el día en que decidió volver á su antiguo programa casero.

El señor Goriot era hombre frugal, en el que la economía, necesaria á todos los hombres que se han hecho ricos á fuerza de trabajo, se había convertido en costumbre.

La sopa, el cocido y un plato de legumbres habían sido siempre y siempre quedarían su comida predilecta; de suerte que le fué bastante difícil á la viuda Vauquer contrariar á su pupilo en sus sencillísimas aficiones. Desesperada por haber hallado un hombre inatacable, dedicóse á desconsiderarle, logrando que los demás participasen de su inquina hacia el señor Goriot, y que, por pura diversión, la ayudaran en su venganza. Un año después habían llegado á tal punto las desconfianzas de la viuda, que no cesaba de preguntarse por qué razón viviría en la casa pagando un pupilaje tan módico, aquel comerciante que disfrutaba de siete á ocho mil francos de renta, que poseía tan rica vajilla y joyas como las de cualquier encopetada entretenida. Durante la mayor parte de este primer año, Goriot solía comer fuera una ó dos veces por semana, pero luego fueron menudeando cada vez menos estas ausencias, hasta quedar reducidas á dos mensuales. Harto convenían las « juergas íntimas » de Goriot á los intereses de la patrona para que no se mostrara descontenta por la exactitud progresiva con la que su pupilo tomaba sus comidas en la casa de huéspedes. Como una de las más detestables costumbres de los espíritus mezquinos consiste en atribuir

á los otros sus mezquindades, la Vauquer calculó que aquel cambio podía obedecer tanto á una diminución de las rentas del viejo, como al propósito de perjudicarla. Por desgracia del señor Goriot, vino éste, hacia el fin del segundo año, á justificar en cierto modo las habladurías de su patrona, reduciéndose á subir al piso segundo y á pagar tan sólo novecientos francos de pupilaje, é introduciendo tales economías en sus demás gastos, que en todo el invierno no pudo encender la chimenea. La Vauquer exigió la paga adelantada. Accedió el señor Goriot, pero desde entonces quedó siendo papá Goriot ó el tío Goriot á secas.

Todos quisieron entonces adivinar los motivos de aquella decadencia; ¡dificultosa exploración! Según dijo la falsa condesa, el tío Goriot era un cazurro, un taciturno. Ateniéndose á la lógica de las gentes de cabeza vacía, todas ellas indiscretas porque solo tienen nonadas que decir, los que nada dicen de sus propios asuntos indican, con su silencio, que esos asuntos andan mal. El comerciante distinguido pasó á ser, en el concepto general, un pillo, y el viejo verde un pícaro. Unas veces, al decir de Vautrin, el cual vino por entonces á la casa, el tío Goriot era un bolsista que jugaba con dinero ajeno después de haber perdido el propio. Otras, era uno de esos jugadores que arriesgan todos los días sobre el tapete verde sus diez francos hasta ganarlos. No faltó quien le supuso agente de la alta policía secreta, pero Vautrin decía que no era lo bastante astuto para tener tal oficio. También el tío Goriot era un viejo usurero que prestaba al tanto por ciento semanal, ó que vivía de

estar abonado á ciertos números de la lotería. El vicio, la degradación y la impotencia, parecían confabulados para atribuírle toda suerte de misterios; pero, por innoble que supusiesen su conducta, la aversión que inspiraba no llegaba al extremo de expulsarle: pagaba su pupilaje. Además era útil, pues cada cual descargaba sobre él su buen ó mal humor, haciéndole blanco de sus bromas ó de sus desahogos. La opinión que acerca de él parecía más probable, y que fué generalmente adoptada, era la de la viuda Vauquer. Según ella, aquel hombre tan bien conservado, sano como una manzana y que podía aún dar muchas satisfacciones á una mujer, era un vicioso de aficiones fuera de lo normal.

He aquí los hechos en que fundaba sus suposiciones.

Algunos meses después de la desaparición de aquella maldita condesa que había sabido vivir á su costa durante seis meses, oyó en la escalera cierta mañana, antes de levantarse, el roce de una falda de seda y el paso menudito de una mujer joven y ágil que se entraba en el cuarto de Goriot, la puerta del cual, muy precavidamente, se hallaba abierta. En seguida vino la gruesa Silvia á decir á su ama que una joven demasiado bonita para ser honrada, *vestida como una divinidad*, calzada con brodequines finísimos que no estaban manchados de barro, habíase deslizado como una anguila desde la calle á la cocina, preguntándole dónde se hallaba la habitación del señor Goriot. Subieron patrona y criada, pusiéronse á escuchar cerca de la puerta, y oyeron algunas palabras

tiernas durante la visita, que se prolongó algún tiempo. Cuando Goriot salió con la señora para acompañarla, Silvia tomó la cesta y fingió que iba á la plaza, con objeto de seguir á la amorosa pareja.

— Preciso es, señora, dijo á su ama al regresar, que ese señor Goriot sea endemoniadamente rico, digan lo que digan, para mantenerla como la mantiene. Figúrese usted que ahí, en la esquina de la Estrapade, esperaba un soberbio carruaje, en el que ha subido.

Durante la comida, la viuda fué á correr una cortina, para q[illegible] un rayo de sol que entraba por la ventana no hiriese [illegible] los ojos al señor Goriot.

— Ya se conoce que le quieren á usted las mujeres guapas, porque hasta el sol le busca. ¡Caramba, si tiene usted buen gusto! ¡Qué guapa era!

— Es mi hija, dijo Goriot con cierto orgullo, en el que los circunstantes creyeron ver la vanidad mal disimulada de un viejo que se contenta con salvar las apariencias.

Un mes después de esta visita, el señor Goriot recibió otra. Su hija, que la primera vez vino en traje de mañana, presentóse después de almorzar y vestida como para ir de visita. Los huéspedes, que á la sazón se hallaban en la sala charlando, vieron entrar una hermosa rubia, elegante, graciosa y demasiado distinguida para ser hija del tío Goriot.

— ¡Y van dos! dijo la voluminosa Silvia, que no la reconoció.

A los pocos días, otra joven, alta y bien formada, morena, de cabellos negros y brillante mirada, también preguntó por el señor Goriot.

— ¡Y van tres! dijo Silvia.

Esta segunda joven, que la primera vez había venido también á ver á su padre por la mañana, volvió tiempo después por la noche, vestida de baile y en coche.

— ¡Y van cuatro! dijeron á una Silvia y la Vauquer, que no reconocieron en aquella señorona el menor vestigio de la señorita vestida sencillamente que, cuando su primera visita, se había presentado por la mañana.

Entonces pagaba todavía Goriot mil doscientos francos de pupilaje, y la viuda halló muy natural que un hombre rico tuviera cuatro ó cinco queridas. Es más: hasta le pareció muy ingeniosa la idea de hacerlas pasar por hijas suyas, y no se escandalizó de que les diera cita en la propia casa de la señora de Vauquer. Sólo que, como aquellas visitas le explicaban la indiferencia de su pupilo, se permitió llamarle, desde el comienzo del segundo año, *viejo verde*.

Por fin, cuando cayó su pupilo en los novecientos francos, varió la cosa y se insolentó con él, preguntándole un día que vió salir de su cuarto á una de les señoras, que qué clase de casa pensaba él que era aquélla. Goriot contestó diciendo que aquella señora era su hija mayor.

— ¿Por lo visto tiene usted treinta y seis hijas? dijo en tono agrio la viuda Vauquer.

— No tengo más que dos, dijo el pupilo con la humilde voz del hombre arruinado que se somete á todas las docilidades que impone la miseria.

Hacia el final del tercer año redujo aún sus gastos

el tío Goriot, subiendo al tercer piso y limitándose á pagar cuarenta y cinco francos mensuales. Dejó de tomar rapé, despidió al peluquero y no volvió á empolvarse el cabello. Cuando se presentó por primera vez sin este requisito, su patrona no pudo contener una exclamación de sorpresa al ver el natural color de aquellos cabellos, que era un ceniciento verdoso de lo más desagradable. Su fisonomía, que pesares ocultos habían insensiblemente entristecido de día en día, parecía la más angustiada de cuantas se veían en torno de la mesa. Entonces ya nadie tuvo el asomo de una duda: el tío Goriot era un viejo libertino, quien, si aun conservaba sana la vista, á pesar de la maligna influencia que en ella debían ejercer las medicinas que le obligaban á usar sus secretas enfermedades, debíalo á la ciencia de su médico, y cuya cabellera tenía aquel repugnante aspecto á causa de los excesos y de las drogas que para continuarlos se había visto precisado á tomar. El estado físico y moral del pobre hombre prestábase mucho á estas simplezas. El magnífico ajuar con que se presentó en la casa fué, una vez deteriorado por el uso, sustituído con camisas de indiana de á setenta céntimos metro. Desaparecieron uno á uno sus diamantes, la tabaquera de oro, la cadena con todos sus dijes, y al antiguo traje azul claro sustituyó, así en invierno como en verano, un pardo levitón de burdo paño, un chaleco de pelo de cabra y un pantalón de lana. Adelgazó progresivamente; sus pantorrillas desaparecieron; su cara, redondeada por la satisfacción de una dicha burguesa, se arrugó de extraordinaria manera; su frente se llenó de

surcos, y se dibujó marcadamente la mandíbula. En el transcurso del cuarto año de su estancia en la calle Neuve-Sainte-Geneviève, ya no se parecía á sí mismo. Aquel comerciante retirado que, contando sesenta y dos años representaba cuarenta, aquel sujeto acomodado, lozano, grueso y bien conservado, cuyo alegre aspecto regocijaba á las gentes, y que reía como un muchacho, parecía un setentón entontecido, de andar inseguro y de semblante blanquecino. Sus ojos azules tan vivos tornáronse pálidos y como acerados; ya no lagrimeaban, y su reborde rojo parecía llorar sangre. A unos causaba horror, y lástima á otros. Notaron algunos estudiantes de medicina que le colgaba mucho el labio inferior, y como le acosaran con preguntas sin obtener respuesta satisfactoria, calculáronle el ángulo facial y le declararon atacado de cretinismo.

Una noche, después de la comida, díjole la viuda de Vauquer, en tono irónico y como poniendo en duda su paternidad:

—¿Qué es eso? ¿Ya no vienen á verle á usted sus hijas?

Estremecióse el tío Goriot, como si le hubieran pinchado con un puñal, y replicó con voz conmovida:

— Vienen á verme de cuando en cuando.

—¿Conque las ve usted todavía de cuando en cuando? exclamaron á coro los estudiantes. ¡Bravo, tío Goriot!

Mas no oyó ó no quiso entender el anciano las burlas motivadas por su contestación, habiendo vuelto á aquel estado contemplativo que los observadores superficiales tomaban por sopor senil hijo de su idiotismo. Si le hubieran conocido mejor, seguramente

hubiera interesado á todos en el más alto grado el problema físico y moral de su existencia; pero nada era más difícil. Aunque poco trabajo costaba saber si Goriot había realmente sido fabricante de fideos y á cuánto ascendía su fortuna, los viejos, cuya curiosidad fué excitada por aquel asunto, vivían en la casa como las ostras adheridas á su peñasco, y los jóvenes, absorbidos por la vida parisiense, olvidaban, luego que volvían la esquina de la calle Neuve-Sainte-Geneviève, al pobre anciano objeto de sus burlas. Todos, viejos de limitado espíritu y jóvenes descuidados, convenían, sin embargo, en una cosa, á saber : que viviendo el tío Goriot tan miserablemente y siendo de tan estúpida apariencia, en manera alguna podía ser inteligente ni rico. En cuanto á las mujeres á quienes llamaba sus hijas, cada uno adoptaba la opinión de la señora de Vauquer, la cual decía, con la lógica severa que la costumbre de suponerlo todo da á las mujeres de edad ocupadas en charlar veladas enteras : « Si el tío Goriot tuviera hijas tan ricas, como, según todas las apariencias, lo son las señoras que han venido á verle, no viviría en mi casa, y menos en el tercer piso, pagando cuarenta y cinco francos de pupilaje al mes y vistiendo como un pobre. » Nada podía desmentir estas inducciones. Así es que hacia el final de noviembre de 1819, época en que estalló este drama, cada uno, en la casa de huéspedes, tenía opiniones decididas acerca del pobre anciano. Jamás había tenido mujer, ni hija, ni nada, y el abuso de los placeres le había convertido en un caracol, en una especie de molusco antropomorfo *de la familia de los* GORRIFEROS, según decía un empleado del Museo, perteneciente á la tertulia y también digno de nota.

Comparado con Goriot, Poiret, según aquellos críticos, resultaba un águila real y todo un caballero, porque hablaba, discurría y contestaba. Verdad es que hablando, discurriendo y contestando se las gobernaba de modo que no decía nada, porque tenía la costumbre de repetir en diferentes términos lo que decían los demás; pero contribuía á la conversación, vivía y parecía sensible, mientras que Goriot estaba siempre en el cero de Reaumur, según decía el tal empleado del Museo.

Hallábase ahora Eugenio de Rastignac en una disposición de espíritu que seguramente han experimentado los jóvenes superiores, ó aquellos á quienes una posición difícil comunica momentáneamente las cualidades de los hombres de primera fila. Como, durante el primer año, los estudios de su facultad le ocupaban poco tiempo, había tenido el suficiente para saborear las delicias visibles del París material. Apenas le queda un momento libre al estudiante que quiere conocer el repertorio de los teatros, estudiar las revueltas del laberinto parisién, saber las costumbres, aprender el lenguaje y habituarse á los placeres particulares de la capital, explorar los sitios malos y los buenos, asistir á las clases que le agradan y entretenerse en los museos. Apasiónase entonces el estudiante por nimiedades que le resultan grandezas; tiene su grande hombre, un profesor del colegio de Francia, al que satisface el Estado un sueldo para que se mantenga á la altura de los oyentes que acuden á sus explica-

ciones. Esmérase en ponerse la corbata según indican los últimos figurines de la moda, y se exhibe ante las mujeres de las primeras galerías del teatro de la Opera Cómica. En estas sucesivas iniciaciones se despoja de la corteza provincial, ensancha los horizontes de su vida y llega á comprender la superposición de capas humanas que componen la sociedad. Empieza por admirar los carruajes que desfilan por los Campos Elíseos, y pronto acaba por desearlos.

Imperceptiblemente había Eugenio ido pasando por ese aprendizaje, cuando, después de haber conseguido el grado de bachiller en letras y en derecho, se fué de vacaciones con su familia. Sus ilusiones de niño y sus ideas rurales habían muerto, y su inteligencia ya modificada y su ambición exaltada le permitieron ver claro en el hogar paterno y en el seno de la familia. Su padre, su madre, sus hermanos, sus dos hermanas y una tía cuya fortuna consistía en varias pensiones, vivían de la pequeña propiedad de Rastignac. Aquella finca, que proporcionaba una renta anual de tres mil francos, estaba sometida á la incertidumbre que rige el producto puramente industrial de la viña, y sin embargo era preciso entresacar los mil doscientos francos anuales que importaban los gastos del estudiante. Aquel aspecto de constante penuria, aunque ésta procuraban generosamente ocultársela, la comparación que por fuerza hubo de hacer entre sus hermanas que antes le parecían tan hermosas y las mujeres de París que habían realizado á sus ojos el tipo de una belleza soñada; el porvenir incierto de aquella numerosa familia que en él confiaba; el parsimonioso

cuidado con que vió economizar los más insignificantes productos, la bebida para la familia hecha con las heces del lagar; en una palabra, cantidad de circunstancias inútiles de consignar aquí exacerbaron su deseo de llegar á un alto puesto y le dieron sed de distinciones y de honores.

Sólo á su mérito quiso deber lo que llegara á ser; en esto pensaba como piensan las grandes almas; pero tenía un temperamento tan eminentemente meridional que en la ejecución de sus planes asaltáronle dudas comparables á las de un marino inexperto perdido en alta mar y no sabiendo hacia qué parte del horizonte encaminar su frágil embarcación. A veces intentaba consagrarse en cuerpo y alma al trabajo; pero seducido bien pronto por la necesidad de crearse relaciones, y comprendiendo la gran influencia que en la vida social tienen las mujeres, decidía repentinamente lanzarse á ella en demanda de protectoras, seguro de que no habían de faltarle á un mancebo ingenioso y ardiente, cuyo ingenio y cuyo ardor estaban realzados por un cuerpo elegante y una suerte de belleza nerviosa, á la que el bello sexo es muy sensible. Asaltáronle estas ideas en medio de los campos, durante los paseos que daba con sus hermanas, las cuales le hallaron muy cambiado, quizá notando en él la ausencia de la comunicativa alegría de los pasados años. La señora de Marcillac, que así se llamaba su tía, había vivido en su tiempo en la corte y conocido á muchas eminencias aristocráticas. El ambicioso joven adivinó de pronto, en varios de los recuerdos que su tía le había confiado, los elementos de muchas conquistas

29688
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo 1625 MONTERREY, MEXICO

sociales tan importantes por lo menos como sus triunfos de la facultad de derecho, y se hizo informar por ella en los lazos de parentescos que aún podían reanudarse. Después de haber desempolvado un poco las ramas del árbol genealógico de su familia, la anciana señora estimó que de todas las personas que podían serle útiles á su sobrino entre la raza egoísta de los parientes ricos, la vizcondesa de Beauseant sería la menos indiferente. Escribió, pues, la señora de Marcillac á la vizcondesa una carta en estilo antiguo, y entregándosela á Eugenio le dijo que si mediante aquel documento conseguía ser bien recibido, la vizcondesa le abriría las casas de las demás familias con quien la unían lazos de sangre. Días después de su regreso á París, envió Rastignac la carta de su tía á la señora de Beauseant, la cual contestó remitiéndole una invitación para el baile que al día siguiente daba en su palacio.

Con estos últimos apuntes queda presentada la situación general en la casa de huéspedes á fines de noviembre de 1819. Pasados unos días, Eugenio entraba en su cuarto á las dos de la mañana, después de haber asistido al baile de la señora de Beauseant. El animoso mancebo se había prometido, mientras bailaba, entregarse al estudio hasta el amanecer para ganar el tiempo perdido. El espectáculo de los esplendores sociales despertó en él una falsa energía, bajo cuyo influjo creyó que por primera vez pasaría el resto de la noche en vela y estudiando en aquel su barrio, tan silencioso. No había comido en casa; de suerte que los otros pupilos debieron creer que no volvería del baile

hasta el día siguiente al amanecer, como cuando iba á las fiestas del Prado ó á los bailes del Odeón, trayendo de regreso llenas de barro las medias de seda y medio torcidos los zapatos. Antes de correr los cerrojos, abrió Cristóbal la puerta para echar una ojeada de curiosidad por la calle. En aquel momento se presentó Rastignac, y pudo subir á su cuarto sin hacer el menor ruido, seguido de Cristóbal, el cual, en cambio, metía mucho. Se desnudó, púsose las zapatillas y un viejo levitón, encendió un poco de cisco para calentarse, y se preparó vivamente para trabajar, de manera que Cristóbal cubrió aún con el ruido de sus zapatones las idas y venidas poco alborotadoras del joven.

Pensativo quedó por espacio de algunos instantes Eugenio antes de hundirse en sus libros de derecho. Acababa de reconocer en la vizcondesa de Beauseant una de las reinas de la moda parisién, y cuya casa pasaba por ser la más agradable del aristocrático arrabal Saint-Germain. Era de las más encopetadas damas de la aristocracia, tanto por el nacimiento como por la fortuna. No sabía el humilde estudiante la magnitud del favor que debía á su instructora, la señora de Marcillac. Ser admitido en aquellos aristocráticos salones valía tanto como recibir un diploma de grandeza, por lo que, una vez presentado en ellos, quedábanle abiertos todos los demás. Deslumbrado por el espectáculo de aquella fiesta brillantísima, apenas pudo conversar breves momentos con la vizcondesa, pero no por eso dejó de fijarse en las deidades parisienses que le rodeaban. Detuviéronse sus miradas con parti-

cular complacencia en una de esas mujeres á la que debe adorar un joven desde el momento en que la ve. Era alta y elegante, gozaba fama de ser una de las más hermosas de París, y llamábase la condesa Anastasia de Restaud. Imagine el lector unos bellísimos ojos negros, mano admirable, pie bien torneado, movimientos que denotaban un temperamento ardiente, una mujer de quien decía el marqués de Ronquerolles que era un caballo de raza. Aquella finura de nervios no estorbaba en nada á sus atractivos plásticos; tenía formas llenas y redondas, sin que se la pudiera acusar de exagerada gordura. Por entonces comenzaban á desaparecer del vocabulario amoroso ó simplemente galanteador los ángeles del cielo, las figuras osiánicas y toda la mitología amatoria del romanticismo. El dandismo las iba reemplazando con otras del mismo estilo que la del marqués de Ronquerolles.

Mas, para Rastignac, Anastasia de Restaud fué la mujer codiciable. Le había hecho apuntar dos veces en su abanico — el cual por entonces hacía de *carnet*, para emplear, y perdónenoslo el lector, el lenguaje ridículo de los revisteros de salones, — en el que se apuntaban los nombres de los caballeros que venían á pedir á la dama el honor de un rigodón, de una polka ó de un vals. Eugenio y la señora de Restaud hablaron alguna palabra la primera vez que bailaron.

— ¿Dónde volveré á ver á usted? la dijo con esa vehemencia ingenua y brusca que tanto agrada á las mujeres.

— En el Bosque de Bolonia, en los Bufos, en mi casa, en todas partes, contestó ella.

Y el aventurero meridional habíase apresurado á intimar con aquella deliciosa condesa, cuanto es posible que un joven intime con una mujer mientras duran un par de figuras de baile. Su calidad de primo de la de Beauseant le allanó el camino. Anastasia, en quien veía toda una gran señora, le sonrió al despedirse, dejándole convencido de la necesidad de ir á visitarla.

Había tenido la dicha de dar con un hombre que no se había burlado de su ignorancia, defecto mortal para los ilustres impertinentes de la época; los Maulincourt, Ronquerolles, Máximo de Trailles, Marsay, Adjuda-Pinto, Vandenesse, que se hallaban en el esplendor de la gloria, y por tanto, en el de la fatuidad, y que vivían en íntima amistad con las mujeres más elegantes como lady Brandon, la duquesa de Langeais, la condesa de Kergarouët, la señora de Sérizy, la duquesa de Carigliano, la condesa de Ferraud, la señora de Lanty, la marquesa de Aiglemont, la señora de Firmiani, las marquesas de Listomère y de Espard, la duquesa de Maufrigneuse y los de Grandlieu. Afortunadamente, pues, el cándido estudiante dió con el marqués de Montriveau, amante de la duquesa de Langeais, un general sencillo como un niño, el cual le dijo que la condesa de Restaud vivía en la calle de Helder. ¡Ser joven, sentir sed de amar y ver recién abiertas, para darle paso, las puertas de dos salones! ¡Poner el pie en el arrabal Saint-Germain, en casa de la vizcondesa de Beauseant, y la rodilla en la Chaussée d'Antin, en casa de la condesa de Restaud! ¡Recrear la vista en los salones de la aristocracia parisiense, sintiéndose á

la par lo bastante agradable para alimentar la esperanza de encontrar en un corazón de mujer cariño y protección! ¡Llevar en el alma ambición bastante para caminar derecho á un fin y tener por guía á una hermosa!

Enardecido con semejantes imágenes, y pensando en aquella mujer cuya silueta veía dibujarse sobre el ténue resplandor del mezquino cisco que ardía en la chimenea, quién no hubiera olvidado el Código y la miseria para dejarse arrastrar por la fantasía, poblando de triunfos y de riquezas el porvenir. Su pensamiento vagabundo daba ya por tan seguras sus dichas futuras que se creía junto á la señora de Restaud, cuando un suspiro ahogado, semejante al lamento de un mártir, surgió del silencio profundísimo de la noche y vino á repercutir en el corazón del joven tan siniestramente como el estertor de un moribundo.

Sin hacer ruido abrió la puerta, salió al pasillo, y vió que había luz en el cuarto del tío Goriot. Temiendo que el viejo se hallara indispuesto, miró por el ojo de la cerradura, y observó que se dedicaba á trabajos por demás sospechosos, tanto que pensó que, tal vez, averiguando su significación, podría prestar un servicio á la sociedad. Goriot, que á lo que parecía había atado á la pata de una mesa un plato y una sopera de plata sobredorada, liaba estas alhajas ricamente cinceladas con una cuerda y las apretaba tan fuertemente, que bien se dejaba ver que trataba de deformarlas para venderlas á peso.

« ¡Caramba con el hombre! » se dijo Rastignac viendo los nervudos brazos del buen viejo á cuya presión cedían y se aplastaban sin ruido, como si fueran de pasta, el plato y la sopera.

Y luego, irguiéndose, pensó:

« ¿Será un ladrón ó un encubridor que se finge pobre y casi miserable para entregarse descuidadamente á su industria? »

De nuevo aplicó el estudiante su vista á la cerradura. El viejo Goriot, después de haber desliado la plata y levantado la mesa, había extendido sobre ésta la manta de la cama. En seguida había vuelto á estrujar aquélla, haciendo rodar la masa para convertirla en lingote, operación que realizó con maravillosa facilidad.

« Por lo visto tiene tanta fuerza como Augusto, rey de Polonia », pensó Eugenio, viendo la operación casi terminada.

Con tristeza miró su obra el anciano, y lágrimas brotaron de sus ojos, apagó el candil á cuya luz había amasado la plata, y Eugenio le oyó lanzar otro suspiro al acostarse.

« Está loco », pensó el estudiante.

— ¡Pobre hija! dijo en alta voz papá Goriot.

Llamóle la atención esta palabra á Rastignac y decidió guardar silencio acerca de lo que había visto y á no juzgar temerariamente á su vecino. Iba á volverse á su cuarto, cuando percibió un ruido difícil de definir y que parecía producido por alguien que subía por la escalera con zapatillas.

Escuchó atentamente Eugenio, y por el rumor de la respiración reconoció que subían dos hombres. No oyó los pasos de éstos ni el ruido de ninguna puerta al

abrirse, pero al poco tiempo advirtió una tenue claridad en el cuarto de Vautrin.

« ¡Pues no son pocos misterios estos para una casa de huéspedes! » pensó.

Bajó unos cuantos escalones, y púsose á escuchar.

Percibió claramente el ruido que hacen las monedas de oro al contarlas. Momentos después apagóse la luz, y sin que se abriera ninguna puerta, volvióse á sentir en la escalera el rumor de la respiración de los dos hombres, disminuyendo á medida que éstos se alejaban.

— ¿Quién anda allí? gritó en esto la señora de Vauquer, abriendo la ventana de su cuarto.

— Soy yo que vengo de la calle, señora, contestó la voz gruesa de Vautrin.

« ¡Pero si había Cristóbal atrancado la puerta! pensó Eugenio volviendo á su cuarto. Preciso es estar alerta, muy alerta en este París. »

Desviado por estos ligeros acontecimientos de su meditación ambiciosamente amorosa, volvió á ponerse á trabajar; pero distraíanle ahora las sospechas que le infundiera el tío Goriot, y aun más que éstas la seductora imagen de la condesa de Restaud, que por momentos se le aparecía como mensajera de brillantes destinos, con lo que acabó por acostarse y dormirse profundamente. De cada diez noches que la gente joven se promete consagrar al trabajo, siete pásalas durmiendo. Para velar es preciso tener más de veinte años.

Envuelto en una espesa niebla amaneció París al día siguiente; una niebla de esas que de tal manera cambian su habitual color de cielo, que los más puntuales se engañan y llegan tarde á sus citas para negocios. Cree uno que sólo son las ocho de la mañana, y están dando las doce. A las nueve y media continuaba tranquilamente acostada la señora de Vauquer.

Cristóbal y la gordinflona Silvia, que tampoco habían madrugado, tomaban tranquilamente café con la nata de la leche del destinado á los huéspedes. Silvia se encargaba luego de hervirla largo rato para que el ama no diera con el robo.

— Silvia, dijo Cristóbal mojando en el café la primera tostada, el señor Vautrin, que es una buena persona sin género alguno de duda, ha tenido también esta noche dos visitas. Aunque la señora entre en sospechas, es preciso quo no le digas una palabra.

— ¿Te ha dado algo?

— Me ha dado cinco francos por el mes, como diciéndome: « ¡Chitón! »

— Menos él y la señora de Couture, que no son tacaños, los demás quisieran quitarnos con la mano izquierda lo poco que nos dan con la derecha el día de año nuevo, dijo Silvia.

— ¡Y cuidado que son generosos! murmuro Cristóbal. ¡Una mala moneda de cinco francas! Hace dos años que el tío Goriot se limpia él mismo los zapatos. Ese judío de Poiret ni siquiera se da betún en las botas, y más creo que se lo comería que dárselo. El alfeñique del estudiante me ha dado dos francos, con los que no tengo ni para cepillos. ¡Y además vende la ropa vieja! ¡Vaya un chamizo!

— ¡Bah! dijo Silvia, saboreando el café á peque-

ños sorbos, peores son las otras casas del barrio. No se vive aquí tan mal. Pero, hablando del señor Vautrin, Cristóbal, ¿te han dicho algo de él?

— Sí. Hace días encontré en la calle á un señor que me dijo : « Diga usted, buen hombre, ¿vive en su casa de usted un señor, así, más bien grueso, y que se tiñe las patillas? » Y yo le contesté : « No, señor, no se las tiñe. Un hombre tan alegre como él no tiene tiempo para tal cosa. » Conque le conté lo ocurrido al señor Vautrin, y me contestó : « Muy bien hecho, muchacho. Responde siempre así. No hay nada tan desagradable como dar á conocer nuestros defectos físicos. Puede uno perder un buen casamiento. »

— Pues mira, también á mí me quisieron tirar de la lenga la otra mañana en la plaza, preguntándome si alguna vez le había visto mudarse de camisa. ¡Qué majadería!... ¡Diablo, exclamó interrumpiéndose, el reloj de Val-de-Grace da las diez menos cuarto y no se mueve un alma en la casa!

— ¡Anda, pues si están todos fuera! La de Couture y su niña han ido á San Esteban, á las ocho, á comulgar. El tío Goriot ha salido con un paquete debajo del brazo, y el estudiante no volverá hasta después de clase, á eso de las diez. Los he visto salir cuando estaba barriendo la escalera; por cierto que Goriot me dió con lo que llevaba debajo del brazo, que era duro como el hierro, un buen trastazo. No sé lo que le pasa. Los demás lo zarandean como una peonza, pero la verdad es que es un buen hombre; vale él solo más que todos juntos. No se suele correr mucho, pero en cambio esas señoras á cuyas casas me envía y que

están siempre tan peripuestas, me dan buenas propinas.

— ¿Esas señoras á quienes llama sus hijas? Creo que son doce.

— Nunca he ido más que á casa de dos : las mismas que han estado aquí.

— Ya está la señora dando señales de vida. Pronto va á empezar á chillar; Cristóbal, quédate tú cuidando de la leche y no pierdas de vista al gato.

Silvia subió al cuarto de su ama.

— ¿Cómo me has dejado dormir lo mismo que una marmota hasta las diez menos cuarto? ¡En mi vida me ha pasado otro tanto!

— Eso es cosa de la niebla, que puede cortarse con un cuchillo.

— Pero ¿y el desayuno?

— ¡Bah! Sus pupilos tienen hoy hormigueo en el cuerpo; todos se han largado desde muy temprano. De todos modos, podrá usted desayunarse á las diez. La Michoncita y el Poiretin no se han movido. Son los únicos que están en casa y duermen como lo que son, es decir, como dos maderos.

— Pero, Silvia, tú los mezclas como si...

— ¿Como si qué?... replicó la criada sonriendo estúpidamente. Los dos hacen buena pareja.

— ¡Qué cosa más rara, Silvia! ¿cómo ha podido entrar esta noche el señor Vautrin, siendo así que Cristóbal había echabo el cerrojo?

— Al contrario, señora. Cristóbal le oyó y bajó á abrirle. Sin duda por eso ha creído usted...

— Dame la camiseta, y vete en seguida á poner el

almuerzo. Arregla lo que quedó del carnero con unas patatas, y toma unas peras, de las de á céntimo, para ponerlas cocidas.

Poco después bajaba la viuda en el momento preciso en que el gato, después de derribar de un zarpazo el platillo que cubria uno de los tazones de la leche, comenzaba á beberse apresuradamente el líquido.

— ¡Minino! gritó.

Escapóse el gato, mas para volver á poco, á restregarse en las piernas de su ama.

— ¡Si, eso es, bribón, vente ahora con zalamerías! le dijo. ¡Silvia, Silvia!

— Mande usted, señora.

— Mira lo que se habebido el gato.

— El bruto de Cristóbal tiene la culpa, pues le dije que tuviera cuidado con la leche. Pero ¡no importa! Le echaremos agua al café del tio Goriot, y en paz. Ni siquiera lo notará. ¡No se fija ni en lo que come!

— ¿Dónde demonio ha ido ese marmaracho? dijo la de Vauquer, colocando los platos.

— Vaya usted á saber. Creo que anda metido en unos negocios endemoniados.

— He dormido demasiado, dijo la viuda.

— Razón por la que está usted fresca como una rosa.

En quel momento sonó la campanilla, y entró Vautrin en la sala, cantando con bronca voz:

Por largo tiempo he recorrido el mundo
Y en todas partes se me ha visto...

— ¡Hola, hola! ¡Buenos días, señora de Vauquer

exclamó al ver á la pupilera, á la que estrechó galantemente entre sus brazos.

— ¡Estése quieto, pues...!

— Vaya, dígame usted: « ¡Impertinente! » dijo Vatrin. Ande usted, dígamelo... Le ayudaré á poner los cubiertos. ¿No es verdad que soy bueno?

Enamorar á morenas, á rubias,
Amar, suspirar...

Acabo de ver una cosa rara

... por casualidad.

— ¿Qué? preguntó la viuda.

— Papá Goriot estaba á las ocho y media en la calle Dauphine, en casa del platero que compra cubiertos usados, galones, etc. Le ha vendido, por una cantidad más que regular, parte de un servicio de plata dorada Por cierto que para haberlo retorcido á mano iba bien retorcido.

— ¿De veras?

— Si. Venía yo de despedir á uno de mis amigos, que se marchaba en las *Mensajerías reales*, cuando vi al tío Goriot. Le seguí por curiosidad y para reirme un poco. Ha subido barrio arriba hasta casa de un conocido usurero que vive en la calle de Gres, un tal Gobseck, bribonazo capaz de hacer fichas de dominó con los huesos de su padre. Es judío, árabe, griego, gitano, que sé yo. Si sé que no sería fácil robarle, porque tiene siempre el dinero en el Banco.

— ¿Qué demonios puede hacer ese viejo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

— No hace nada; deshace. Es un imbécil, lo bastante tonto para arruinarse queriendo á muchachas que...

— ¡Ahí viene! dijo Silvia.

— ¡Cristóbal! gritó Goriot, sube conmigo.

Cristóbal fué tras él. Al poco rato bajó.

— ¿Dónde vas? le preguntó la viuda.

— A hacer un encargo del señor Goriot.

— ¿Qué llevas ahí? dijo Vautrin, arrancando á Cristóbal de entre las manos una carta, en la que se leía: *A la señora condesa Anastasia de Restaud.* ¿Y adónde vas? añadió al devolvérsela.

— A la calle de Helder, y con orden de entregar esto á la condesa en propia mano.

— ¿Qué encierra ese pliego? dijo Vautrin, cogiendo de nuevo la carta y examinándola. ¿Un billete de banco? No.

Entreabrió el sobre.

— Un pagaré saldado, exclamó. ¡Caracoles! es galante el abuelete. Anda, lagarto, añadió, poniendo sobre la cabeza de Cristóbal la ancha mano y haciéndole girar sobre sí mismo como si fuera un peón; ve, que tendrás buena propina.

La mesa estaba puesta. Silvia hacía hervir la leche, y la viuda de Vauquer encendía la estufa, ayudada por Vautrin, el cual seguía tarareando su canción:

Por largo tiempo he recorrido el mundo,
Y en todas partes se me ha visto...

Ya que todo estuvo listo, entraron la viuda de Couture y la señorita de Taillefer.

— ¿De dónde viene usted tan de mañana, mi buena señora? preguntó la de Vauquer á la de Couture.

— De cumplir con la Iglesia. Hemos estado en San Esteban del Monte. ¡Como debemos ir hoy á casa del señor de Taillefer!... Esta pobre criatura tiembla como la hoja en el árbol, siguió diciendo la interpelada, sentándose frente á la estufa, en la boca de la cual puso los pies.

De los húmedos zapatos empezó á salir humo.

— Caliéntese, Victorina, dijo la patrona.

— Muy bien está, señorita, el pedir á Dios que ablande el corazón de papá, dijo Vautrin, acercando una silla á la huérfana, pero me parece que no basta. Necesitaría usted de un amigo que se encargara de decirle dos palabritas bien dichas á ese cetáceo, á ese bárbaro que, según parece, tiene tres millones, y que, sin embargo, se empeña en no darle á usted un cuarto. En estos tiempos una muchacha bonita necesita dote.

— ¡Pobre niña! dijo la viuda de Vauquer. Crea usted, monina, que su monstruo de padre está llamando la maldición de Dios sobre sí con hacerla sufrir á usted de esa manera.

Al oír estas palabras arrasáronse en lágrimas los ojos de Victorina. Una seña de la de Couture contuvo á la patrona.

— Si al menos pudiéramos verle, si pudiéramos hablarle, dijo la viuda del comisario ordenador, le entregaría la última carta de su difunta mujer. Nunca me he atrevido á confiarla al correo. Además, conoce mi letra...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— *¡Oh inocentes mujeres desgraciadas y perseguidas!* exclamó Vautrin interrumpiendo. ¿De modo que eso es cuanto han adelantado?... Dentro de pocos días tomaré yo cartas en el asunto, y todo irá bien.

— ¡Ay! señor Vautrin, — dijo Victorina, dirigiéndole, al través de las lágrimas que velaban sus ojos, una ardiente mirada, sin que Vautrin diera la menor señal de sentirse conmovido. — Si conoce usted algún medio de llegar hasta mi padre, dígale que, para mí, su cariño y el honor de mi madre valen más que todo el dinero de la tierra. Si consiguiera usted que desarmara un poco contra mí, pediría á Dios por usted. Cuente con mi agradecimiento...

— *Por largo tiempo he recorrido el mundo*, cantó Vautrin con voz irónica.

Goriot, la señorita Michonneau, Poiret, bajaron en aquel momento, sin duda atraídos por el olorcillo de los aprestos culinarios de Silvia, la cual comenzaba á la sazón el asado del trozo de carnero. Aun duraban los saludos entre los recién llegados y sus predecesores, cuando se oyeron en la escalera los pasos del estudiante. Daban las diez.

— Vaya, hoy va usted á almorzar con todo el el mundo, señorito Eugenio, dijo Silvia.

El estudiante saludó á los demás comensales y se sentó junto al señor Goriot.

— Acaba de ocurrirme una singularísima aventura, dijo sin dejar por eso de servirse un buen plato del asado y cortando un trozo de pan, cuyas dimensiones calculaba con la vista la patrona.

— ¿Una aventura? dijo Poiret.

— ¿De qué se extraña usted, viejo tonto? dijo Vautrin á Poiret. El señor es de los que pueden tenerlas.

La señorita de Taillefer dirigió al joven estudiante una tímida mirada.

— Cuéntenos usted su aventura, dijo la viuda de Vauquer.

— Hallándome anoche en el baile de la condesa de Beauseant, mi prima y dueña de una casa magnífica con habitaciones forradas de seda, y que nos ha dado una fiesta espléndida en la que me he divertido como un re...

— Yezuelo dijo Vautrin interrumpiéndole bruscamente.

— ¿Qué quiere usted decir, señor mío? preguntó Eugenio con viveza.

— Digo *yezuelo*, porque los *reyezuelos* se divierten mucho más que los reyes.

— Es verdad; preferiría ser un descuidado pajarillo, porque... empezó á decir el *conformista* Poiret.

— Iba diciendo, repuso el estudiante cortándole la palabra, que bailé con una de las mujeres más hermosas que había en el baile, una condesa encantadora, criatura deliciosa cual no he visto otra. Llevaba prendidas en el cabello flores de melocotón, pendiente de la cintura un hermosísimo ramillete de flores naturales que embalsaban; pero, ¡bah! preciso sería que la hubiesen ustedes visto; es imposible describir á una mujer animada por el baile. Pues bien; esta mañana, á las nueve, he encontrado á mi divina condesa, á pie, en la calle

de Gres. ¡Ah! el corazón me palpitaba en el pecho cual si quisiera saltárseme; me figuré...

— Qué venía aquí, exclamó Vautrin lanzando una mirada profunda al estudiante. Pues no, señor; probablemente iba á ver al buen Gobseck, el usurero. Si profundiza usted alguna vez en el corazón de las señoras de París, hallará siempre antes que al amante al usurero. Esa condesa se llama Anastasia de Restaud y vive en la calle de Helder.

Al oír aquel nombre, Eugenio quedóse mirando fijamente á Vautrin. El tío Goriot irguió inmediatamente la cabeza y dirigió á ambos interlocutores una mirada tan viva y en la que revelaba inquietud tan intensa que sorprendió á los circunstantes.

— ¡Cristóbal llegará demasiado tarde, y habrá ella tenido que ir! exclamó dolorosamente Goriot.

— Adiviné, dijo Vautrin al oído de la patrona.

Goriot comía maquinalmente y cual si no se diera cuenta de que comía. Nunca había parecido tan concentrado y tan estúpido como en aquel momento.

— ¿Quién demonio le ha dicho á usted su nombre, señor Vautrin? preguntó Eugenio.

— ¡Pues... ahí verá usted! contestó Vautrin; ¡también el tío Goriot lo sabía! ¿Por qué no había de saberlo yo?

— El señor Goriot, dijo el estudiante.

— ¡Qué! murmuró el pobre viejo. ¿Estaba muy guapa anoche?

— ¿Quién?

— La señora de Restaud.

— ¡Habráse visto, y cómo se le encandilan los

ojos á ese viejo avaro! dijo la de Vauquer á Vautrin.

— ¿Será, según parece, su querida? preguntó la señorita Michonneau en voz baja al estudiante.

— ¡Oh! sí, estaba locamente hermosa, repuso Eugenio, á quien miraba ávidamente el viejo Goriot. Si no hubiera estado presente la señora de Beauseant, la de Restaud hubiera sido la reina del baile. Los hombres parecían querer comérsela con los ojos, y las mujeres rabiaban de envidia. Tenía comprometidos todos los turnos. Yo ocupaba el número doce en su lista. Si una criatura ha sido feliz ayer, de fijo que fué ella. Con razón se ha dicho que las tres cosas más hermosas del mundo son: una fragata con las velas desplegadas, un caballo al galope y una mujer bailando.

— Ayer en lo alto de la rueda, en casa de una duquesa, dijo Vautrin, mañana en lo bajo, en casa de un usurero. Esas son las parisienses. Si no bastan los maridos para mantener su lujo desenfrenado, se venden. Si no saben venderse, serían capaces de abrir en canal á su propia madre, si supiesen que en el vientre de ésta habían de hallar oro para seguir brillando. Apelan á todos los medios. ¡Es sabido, demasiado sabido!

El semblante de Goriot, que se había iluminado como el sol de un hermoso día al oír al estudiante, púsose sombrío al escuchar la cruel observación de Vautrin.

— ¿Y su aventura? dijo la viuda de Vauquer; ¿dónde está esa aventura? ¿Le habló usted? ¿le preguntó usted si quería aprender derecho?

— No me vió, dijo Eugenio. Pero no deja de ser raro encontrar en la calle de Gres, á las nueve de la mañana,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á una de las mujeres más bonitas de París, sobre todo si esa mujer se ha retirado á su casa á las dos de la madrugada después de haber estado bailando toda la noche. ¡Estas cosas sólo pasan en París!

— ¡Bah! Otras hay mucho más extrañas, exclamó Vautrin.

Apenas había escuchado la señorita de Taillefer, tan preocupada estaba con la empresa que iba á intentar, que casi no había oido lo que se hablaba. La señora de Couture le indicó con el gesto que se levantara para irse á vestir. Detrás de las dos señoras salió el tío Goriot.

— ¡Vaya, lo han visto ustedes! dijo la Vauquer á Vautrin y á los demás huéspedes. No me cabe duda. Esas mujeres son la causa de su ruina.

— Nadie podrá hacerme creer, replicó el estudiante, que la hermosa condesa de Restaud sea la amante del tío Goriot.

— Ni nosotros tenemos empeño en hacérselo creer á usted, dijo Vautrin interrumpiéndole. Usted es todavía demasiado joven para conocer bien á París; con el tiempo aprenderá usted que á veces se encuentran lo que llamanos *hombres apasionados*...

— Al oir estas palabras, la señorita Michonneau, miró á Vautrin con inteligente expresión. Parecía como un caballo de regimiento que oye tocar la trompeta.

— ¡Hola! ¡hola! exclamó Vautrin, dirigiéndola una de aquellas miradas en él peculiares. Cualquiera diría que también ha tenido usted sus pasiones, ¿eh?

La solterona bajó la vista como una monja que ve estatuas.

— Pues sí, continuó diciendo. Los tales, cuando se dejan dominar por una idea, conviértense en esclavos de ella. Sienten sed, y sólo pueden beber agua en determinada fuente, á veces sucia, pues por beberla venderían á sus mujeres y á sus hijos y hasta el alma al diablo. Para unos esta fuente es el juego, la Bolsa, una colección de cuadros ó de insectos, ó la música; para otros es una mujer que sabe aderezarles sus golosinas predilectas. A ésos ya podéis ofrecerles todas las mujeres de la tierra; como si no; sólo quieren á la que satisface su pasión. Muchas veces la mujer no corresponde al delirio amoroso que inspira, y paga ternura con asperezas, vendiendo á muy alto precio retazos de satisfacción. Pero no por eso se desengaña la víctima, antes bien, para llevar al objeto de su culto el último franco empeñarán en el monte de piedad la última manta de la cama. El tío Goriot es de ésos. La condesa le explota porque es discreto. ¡Y ése es el mundo elegante! El pobre viejo no piensa sino en ella. Extráiganle esa pasión, y no quedará en él sino el idiota. Pero tóquenle á ella, y verán que el rostro se le anima como un sol. Su secreto no es difícil de adivinar. Esta mañana ha llevado plata sobredorada á la fundición, yo mismo le vi entrar en casa del judío Gobseck, en la calle de Gres. ¡Fíjense ustedes! A la vuelta ha enviado á casa de la condesa de Restaud á ese mentecato de Cristóbal, quien nos ha enseñado el sobre dirigido á aquélla y el pagaré saldado que contenía. Es evidente que la condesa iba también á casa del judío, porque la cosa urgía, pero que el tío Goriot se ha apresurado á sacarla del apuro pagando por ella. No es preciso ser

muy listo para verlo claro como la luz del día. Todo lo cual le prueba á usted, señor estudiante, que mientras su condesa reía, bailaba, hacía mil monadas, ostentaba sus flores de melocotón y se remangaba la cola del vestido, estaba en brasas, como vulgarmente se dice, pensando en sus pagarés protestados ó en los de su amante.

— Me ha puesto usted en grandísima gana de saber la verdad, dijo Eugenio. Mañana iré á ver á la señora de Restaud.

— Sí, sí, dijo Poiret, es preciso que vea usted mañana á la señora de Restaud.

— Acaso encuentre usted allí al vejete, que habrá ido á cobrarse de sus galanterías.

— Por lo visto, dijo Eugenio, este París es una cloaca.

— Y una cloaca muy particular, repuso Vautrin. Los que se ensucian yendo en coche son gentes honradas, pero los que se manchan yendo á pie son unos pilletes. Si tiene usted la desgracia de cometer un robo pequeño, pronto dará usted con sus huesos en la audiencia, donde será usted blanco de todas las miradas. Pero robe usted un millón y pasará usted en todas partes por hombre honrado. ¡Y para sostener semejante moral gastamos treinta millones en policía y tribunales de justicia!... ¡Muy bonito!

— ¡Cómo! exclamó la viuda de Vauquer, ¿usted cree que el tío Goriot ha vendido el servicio de plata sobredorada?

— ¿No había dos tórtolas cinceladas sobre la tapadera? dijo Eugenio.

— Es verdad.

— Y por cierto que le tenía gran cariño, porque según vi, por una casualidad, lloraba al torcer el plato y la taza.

— Teníale tanto cariño como á la propia vida, respondió la viuda.

— ¡Qué pasión la de ese pobre hombre! exclamó Vautrin. Su alma está en manos de esa mujer.

El estudiante subió á su cuarto, marchóse Vautrin, y á los pocos momentos la viuda de Couture y Victorina tomaron un coche de punto que Silvia fué á buscar. Poiret ofreció el brazo á la señorita Michonneau, y ambos se fueron á aprovechar las dos horas de sol que quedaban, paseando por el Jardín de Plantas.

— Ahí los tiene usted casi casados, dijo Silvia. Hoy es la primera vez que salen juntos. Tan secos están que, si se les rozara el uno contra la otra, echarían chispas como si fueran de pedernal.

— Pues ojo con el chal de ella, replicó riendo la de Vauquer, porque ardería como yesca.

A las cuatro de la tarde, cuando regresó Goriot, vió, á la luz de las dos lámparas, que despedían más humo que claridad, los enrojecidos ojos de Victorina. La viuda de Vauquer escuchaba el relato de la infructuosa visita hecha aquella tarde á su padre por la infeliz niña. Cansado el señor de Taillefer de que fueran tantas veces á su casa, las había recibido al fin para explicarse con ellas.

— Querida señora, decía la señora de Couture á la de Vauquer, figúrese usted que ni siquiera ha dicho á Victorina que se siente; durante toda la visita la ha tenido

de pie. A mí me ha dicho sin enfadarse, con la mayor frialdad, que excusábamos molestarnos en volver; que la señorita, no dijo *su hija*, se perjudicaba en su opinión, importunándole (una vez al año: ¡qué monstruo!); que la madre de Victorina no llevó al matrimonio dote alguna, por lo que la niña á nada tenía derecho, y otra porción de cosas no menos duras que hicieron verter amargo llanto á esta infeliz. Se arrojó á los pies de su padre y tuvo el valor de decirle que obedecería humilde á sus voluntades; que sólo insistía por la memoria de su madre, que le suplicaba que leyese el testamento de la desdichada difunta; cogió la carta y se la presentó diciendo las cosas más hermosas del mundo y las más sentidas; no sé dónde las ha aprendido. Sin duda se las dictaba Dios, porque la pobre criatura hablaba de un modo que sólo de oírla me puse á llorar como una tonta. ¿Y sabe usted lo que hacía entre tanto aquel horrible hombre? Se limpiaba las uñas. Cogió la carta que, bañada en lágrimas, le daba su hija, y la arrojó á la chimenea, diciendo: « Está bien. » Quiso levantar á la niña que estaba arrodillada á sus pies, pero como ésta le tomara las manos para besárselas, las retiró. ¿No es esto una abominación? Su gran majadero de hijo entró sin saludar á su hermana.

— ¿Son pues unos monstruos? dijo papá Goriot.

— Después de lo cual, siguió diciendo la señora de Couture sin hacer alto en la exclamación del buen viejo, padre é hijo se marcharon haciéndome una reverencia, y rogándome que les dispensara; tenían asuntos urgentes. Tal fué nuestra visita. Al menos ha visto á

su hija. Y en verdad que no sé cómo se atreve á negarla porque se le parece como una gota de agua á otra.

Los huéspedes, internos y externos, fueron llegando, saludándose unos á otros y diciéndose esas expresiones sin sentido que entre ciertas clases parisienses forman un género de espíritu que creen chistoso, y en el que entra la necedad como elemento principal, consistiendo el mérito particularmente en el gesto ó en la pronunciación. Esta jerga especial varía continuamente, no teniendo el estribillo que le constituye más de un mes de vida generalmente. Ese estribillo sale de un suceso político, de un proceso ruidoso, de una canción callejera, de las gracias ó payasadas de un actor; todo sirve á fomentar ese juego del espíritu que consiste sobre todo en tomar las ideas y las palabras como volantes y á enviárselos unos á otros sobre raquetas. A la sazón acababa de inventarse el diorama, procedimiento óptico mucho más perfecto que los panoramas hasta entonces en boga, y de ahí había venido el emplear á tuerto y á derecho la expresión *rama*. Comenzó la moda en los estudios de los pintores, y un joven del gremio que venía á comer á la casa la inoculó en ella.

—Que tal, señor Poiret, dijo el empleado del Museo, ¿cómo va esa salud*rama*?

Luego, sin esperar la contestación:

— Señoras, ustedes, están apenadas, dijo á la señora de Couture y á Victorina.

— ¿Vamos á comer? Preguntó Horacio Bianchon, estudiante de medicina, amigo de Rastignac. El estómago se me ha bajado á los talones: *usque ad talones*.

—Hace un famoso frio*rama*, dijo Vautrin. Hágame

usted sitio, papá Goriot, ¡ocupa usted con el pie toda la boca de la estufa!

—Aquí tienen ustedes al excelentísimo señor marqués de Rastignac, doctor en derecho torcido, gritó Bianchon cogiendo por el cuello á Eugenio, y apretándole como si fuera á ahogarle. ¡Aquí está, caballeros!

Suavemente entró la señorita Michonneau, saludó á los presentes sin añadir una palabra al saludo y fué á sentarse junto á las tres mujeres.

—Siempre me hace tiritar ese viejo murciélago, dijo Bianchon al oído de Vautrin indicando á la solterona. Yo que estudio el sistema de Gall encuentro en ella la prominencia de Judas.

—¿El señor le ha conocido? preguntó Vautrin.

—¡Quién no ha tropezado con él! contestó Bianchon; y le juro á usted que esa paliducha solterona me hace el efecto de uno de esos gusanos que acaban por perforar una viga.

—Ha dicho usted bien, dijo el cuarentón, atusándose las patillas y añadiendo:

Siendo rosa vivió lo que viven las rosas,
Una sola mañana.

En esto entró Cristóbal trayendo la sopera.

—¿Ha reparado alguien de ustedes en la niebla de esta mañana? preguntó el empleado del Museo.

—Sí, dijo Bianchon. Ha sido una niebla lúgubre, melancólica, cenicienta, tísica, una niebla Goriot.

—*Goriorama*, añadió el pintor, porque no se veía ni una gota.

—¡Eh, lord Gooriote! ¡Que estamos hablando de usted!

Sentado al final de la mesa, cerca de la puerta que daba á la cocina, levantó el viejo Goriot la cabeza al propio tiempo que se llevaba á la nariz, para olerlo, un pedazo de pan, según antigua costumbre suya, adquirida en el comercio y que á veces asomaba de nuevo.

—¿Qué es eso? le gritó en tono tan agrio la viuda Vauquer, que dominó el ruido de las cucharas, de los platos y de las voces; ¿no le parece á usted bien el pan?

—Al contrario, señora, replicó. Está hecho con harina de Etampes, de primera clase.

—¿En qué lo conoce usted? dijo Eugenio.

—En la blancura y en el gusto.

—En el gusto de la nariz, puesto que usted lo huele, dijo la Vauquer. Se va usted haciendo tan económico, que acabará usted por alimentarse yendo á la cocina á olfatear lo que guisen.

—Pues saque usted privilegio de invención, dijo el empleado del Museo, y hará usted gran fortuna.

—¿No ven ustedes que hace eso para convencernos de que ha sido fabricante de fideos? dijo el pintor.

—¿La nariz de usted es una retorta? preguntó el empleado.

—Re... ¿qué? dijo Bianchon.

—Re-milgo.

—Re-lincho.

—Re-unión.

—Re-lativo.

—Re-truécano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Re-negado.

—Re-fectorio.

—Re-quinto.

En todas los lados de la sala estallaron estas ocho contestaciones con la rapidez de un fuego graneado, provocando á mayor risa por la expresión de la fisonomía del tío Goriot, el cual miraba á todos entontecido, como hombre que oye por primera vez una lengua extranjera.

—¿Re...? preguntó á Vautrin que se hallaba á su lado.

—¡Re-tonto, buen hombre! dijo Vautrin, dándole en el sombrero tal apabullo, que se lo metió hasta las orejas.

El pobre anciano, estupefacto por aquella brusca sacudida, quedó inmóvil un momento. Cristóbal creyó que habia acabado de comer la sopa y le retiró el plato, de suerte que, cuando un poco repuesto y después de haberse sacado el sombrero tomó la cuchara, dió con ella en la mesa, lo que aumentó la algazara de los convidados.

—Señor mio, dijo el anciano, es usted un gracioso de mal gusto, y si se permite usted conmigo otra broma semejante...

—¿Qué tenemos, abuelo? dijo Vautrin interrumpiéndole.

—Pues que algún dia le pesará á usted y lo pagará bien caro...

—En el infierno, ¿verdad? en ese sitio tan feo adonde van los niños malos, añadió el pintor.

—¿Qué es eso? Victorina; ¿no come usted? preguntó Vautrin dirigiéndose á la joven. ¿No se ha ablandado papá?

—¡Un horror! contestó la señora de Couture.

—Pues hay que amansarlo, dijo Vautrin.

—Pues, dijo Rastignac que se hallaba junto á Bianchon, esa señorita podria intentar un pleito acerca de la cuestión de alimentos, puesto que no come. ¡Hola, hola! vaya una manera de examinar á la señorita Victorina que tiene papá Goriot.

Olvidábasele al viejo comer por quedarse contemplando á la niña. En el rostro de ésta se reflejaba un dolor verdadero: el de un hijo que quiere á su padre y se ve negado por él.

—Amigo mio, dijo Eugenio en voz baja á Bianchon, nos hemos equivocado respeto de papá Goriot, el cual no es un imbécil ni un hombre sin nervios. Aplícale tu sistema de Gall, y dime lo que piensas de él. Le vi anoche retorcer un plato de plata sobredorada como si fuera de cera, y en este momento expresó su rostro sentimientos extraordinarios. Me parece su vida demasiado misteriosa y creo que vale la pena de estudiarla. Ríete cuanto quieras, Bianchon; no hablo en broma.

—Estoy conforme, repuso Bianchon. Ese hombre me parece *un caso*; si se deja, lo diseco.

—No; pálpale la cabeza.

—¿Y si es contagiosa su majadería?...

Al dia siguiente vistióse Rastignac con mucha elegancia, y á eso de las tres de la tarde encaminóse hacia casa de la condesa de Restaud, entregándose por el camino á esas locas esperanzas que tantas horas de felicidad proporcionan á los jóvenes: entonces no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

calculan obstáculos ni peligros; en todo ven el éxito, poetizan su existencia por el solo juego de su imaginación, y se desesperan ó se entristecen por la destrucción de proyectos que sólo vivían en sus locos deseos; si no fuesen ignorantes ó tímidos, el mundo social resultaría imposible. Caminaba Eugenio con mil precauciones para no mancharse de barro; pero al propio tiempo iba pensando en lo que diría á la señora de Restaud, haciendo provisión de ingenio, que derrochaba en una conversación imaginaria, preparando frases agudas á lo Talleyrand, y suponiendo mil circunstancias favorables á la declaración amorosa, en la que ya fundaba todo su porvenir. Distraído por tan elevados pensamientos, metió los pies en el barro, lo que le obligó á entrar en un establecimiento de limpiabotas del Palais-Royal.

« Si fuera rico, decíase cambiando una pieza de cinco francos que había tomado *para un apuro*, hubiera tomado un coche y habría podido ir pensando á mis anchas. »

Por fin llegó á la calle de Helder, y preguntó, en la casa á que se dirigía, por la condesa de Restaud. Con la ira fría de un hombre seguro de triunfar un día, recibió la ojeada despreciativa de los criados que le habían visto llegar á pie, sin que ruido alguno indicara que el carruaje quedaba de la parte de fuera de la verja. Sin embargo, sintiólo vivamente y más cuando al entrar en el patio vió enganchado á un ligero *cabriolé* de esos que á cien leguas pregonan la riqueza y despilfarro de su dueño, saturado de todas las dichas parisienses, un magnífico caballo que relinchaba ruidosamente. Púsose de mal humor sin ayuda de nadie. Sintió que todos los manantiales de ingenio que por el camino venían brotando en su cerebro se le secaban, dejándole estúpido.

Mientras esperaba la contestación de la condesa, á la que un ayuda de cámara iba á decir los nombres de la visita, Eugenio, acercóse á una ventana de la antesala, apoyó el codo en la falleba y quedóse mirando al patio. Haciasele largo el tiempo, y se hubiera marchado, de no estar dotado de esa tenacidad meridional que obra prodigios cuando domina en línea recta.

— Señor, dijo el criado, la señora está en su cuarto, muy ocupada, y no me ha contestado, pero si tiene á bien el señor pasar al salón, ya hay allí otro caballero.

En tanto que admiraba el gran poder de aquellos sujetos que con una sola palabra acusan ó juzgan á sus amos, Rastignac abrió la puerta por donde había salido el ayuda de cámara, sin duda con objeto de hacerles creer que conocía la casa, pero se metió aturdidamente en un cuarto en el que había quinqués, aparadores, un aparato de calefacción para la ropa de baño, cuyo cuarto daba á un corredor oscuro y á una escalera interior. Las risas ahogadas que desde la antesala llegaron á sus oídos acabaron de confundirle.

— Señor, el salón está por aquí, dijo el ayuda de cámara con cierto tono de falso respeto que era un sarcasmo más.

Eugenio volvió hacia atrás, con tal precipitación que tropezó en una bañera, estando en poco que el sombrero le cayera al agua. Abrióse en este momento

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

una puerta situada en el fondo del largo y obscuro pasillo débilmente alumbrado, y Rastignac oyó la voz de la señora de Restaud, la de papá Goriot y el ruido de un beso. Volvió al comedor, lo cruzó seguido del criado, entró en un primer salón, y en él quedó parado junto á una ventana, la cual, según vió en seguida, daba al patio. Quería saber positivamente si aquel papá Goriot era el tío Goriot tan conocido suyo. Latiale de una manera extraña el corazón, recordaba las espantosas reflexiones de Vautrin. El ayuda de cámara esperaba á Eugenio á la puerta del salón, del cual salió de pronto un joven elegantemente vestido que dijo al criado en tono de impaciencia:

— Me voy, Mauricio. Diga usted á la señora condesa que la he estado esperando más de media hora.

Aquel impertinente, que sin duda tenía el derecho de serlo, tarareó un trozo de música italiana y se dirigió á la ventana, junto á Eugenio, tanto para ver el rostro del estudiante cuanto para mirar al patio.

— Pero el señor conde haría mejor esperando un instante más; la señora ha terminado ya, dijo Mauricio volviéndose á la antesala.

Precisamente entonces salía Goriot al patio por la escalera interior, cerca de la puerta cochera. El buen hombre enarbolaba su paraguas y se disponía á desplegarlo, sin fijarse en que el portón estaba abierto para dar entrada á un tilburi guiado por un joven que ostentaba en el ojal de la levita una condecoración. El paraguas entreabierto asustó al caballo, el cual dió una huída, precipitándose hacia la escalinata de la entrada.

Volvió el joven del coche la cabeza, iracundo; miró al viejo Goriot, y le dirigió, antes de que saliera, un saludo que demostraba esa especie de deferencia obligada que concedemos al usurero de quien tenemos necesidad, ó al hombre venido á menos, y de la cual nos avergonzamos apenas manifestado. Papá Goriot le devolvió el saludo con gesto amistoso y bonachón.

Estos acontecimientos se efectuaron con la rapidez del rayo, pero Eugenio, que les había prestado toda su atención, se creía solo, cuando de pronto oyó la voz de la condesa.

— ¡Ah! Máximo, ¿de modo que se iba usted? dijo en tono de reconvención no exenta de despecho.

La condesa no había advertido la llegada del tilburi.

— Bruscamente volvióse Rastignac al oir la voz de Anastasia, y la vió lindamente vestida, con un peinador de cachemira blanco, adornado con lazos color de rosa, y peinada con ese descuido habitual por las mañanas en las mujeres de París. Sin duda salía del baño, lo que daba á su belleza una frescura particular; de su persona salía un como aroma embrigador, y sus ojos estaban húmedos. Las miradas de los jóvenes saben verlo todo; únense sus espíritus á la irradiación de la mujer del mismo modo que una planta aspira en el aire substancias que le son propias; sintió, pues, Eugenio el contacto de la tersa piel de Anastasia sin tocarla, y al través de la cachemira veía el rosado corpiño que, á veces, al entreabirse el peinador, quedaba al desnudo. ¡Espectáculo hermoso para el estudiante!

No era la condesa de las que deben la elegancia del

busto á las tiranías del corsé. Por el contrario, era esbelta y flexible, verdaderamente tentadora.

En el momento en que Máximo cogía aquella mano para besarla, fué cuando Eugenio vió á Máximo, y la condesa á Eugenio.

— ¡Ah! ¿es utesd, señor de Rastignac? Tanto gusto en verle, dijo en ese tono tan significativo para los discretos.

Alternativamente miraba Máximo á Eugenio y á la condesa de una manera bastante significativa para decidir la retirada del intruso.

« ¡Supongo, querida, que vas á echar de aquí á este danzante! »

Esta frase era una traducción clara é inteligible de las miradas del joven impertinentemente altanero á quien la condesa Anastasia había llamado Máximo, y cuyo rostro interrogaba á su vez con esa actitud de sumisión que descubre todos los secretos del corazón de una mujer, sin que ella misma se dé cuenta de ello.

Un odio violento contra aquel hombre brotó instantáneamente en el pecho de Rastignac. Los rubios y rizados cabellos de Máximo le decían cuán feos eran los suyos; luego Máximo tenía botas finas y limpias, en tanto que las suyas, á pesar del cuidado que había puesto en conservarlas limpias, tenían manchas de barro; y, por último, Máximo vestía ajustada levita que realzaba su natural apostura, semejándole á una linda mujer, y en cambio él, Eugenio, llevaba, á las dos y media de la tarde, frac negro. En el despierto espíritu del meridional nació inmediatamente la

noción de la superioridad que daba el traje á aquel *dandy* alto y delgado, de ojos claros y tez pálida, uno de esos hombres que se comen con la mayor tranquilidad la fortuna de unos huérfanos.

Sin esperar la contestación de Eugenio, la señora de Restaud escapóse hacia el otro salón, dejando flotar la cola de su peinador que en sus flexibles movimientos de vaporosa tela daba á la condesa la apariencia de una mariposa; y Máximo la siguió, y tras ambos fué Eugenio, furioso. Los tres personajes se detuvieron en el centro del salón, frente á la chimenea. Sabía muy bien el estudiante que con su presencia estorbaba á Máximo, pero se había propuesto estorbarle aun á riesgo de desagradar á la señora de Restaud. Recordó de pronto haberle visto en el baile de la de Beauseant, y comprendió quién era éste para Anastasia. Entonces, con esa audacia juvenil que hace incurrir en las mayores torpezas ó que conduce á los triunfos más estupendos, se dijo:

— Este es mi rival; quiero vencerle.

¡Imprudente! ignoraba que el conde Máximo de Treilles se dejaba insultar para tirar el primero y matar á su adversario. Eugenio era buen cazador, pero aun no había llegado á hacer de veintidós tiros veinte blancos en un salón. El condesito se sentó en una butaca junto al fuego, cogió las tenazas, y se puso á remover los troncos con un gesto tan violento y displicente que el hermoso rostro de Anastasia se cubrió de sombras. Volvióse hacia Eugenio, y le dirigió una de esas miradas friamente interrogativas que tan exactamente significan: « ¿Por qué no se va usted? »

y que la gente bien educada traduce por lo que podría llamarse frases de despedida.

Pero Eugenio dijo muy sonriente:

— Señora, tenía vivos deseos de verla á usted para...

Detúvose de repente. Una puerta se abrió. El señor que guiaba el tílburi apareció vivamente, sin sombrero; no saludó á la condesa, miró con recelo á Eugenio y tendió la mano á Máximo, dándole los buenos días de un modo tan fraternal que sorprendió singularmente á Eugenio, el cual, en su calidad de provinciano inexperto, ignoraba las dulzuras de ciertos tercetos cortesanos.

— El señor de Restaud, dijo la condesa al estudiante.

Eugenio hizo una profunda reverencia.

— El señor, dijo continuando y presentando á Eugenio al conde de Restaud, es el señor de Rastignac, pariente de la vizcondesa de Beauseant por los Marcillac, y he tenido el gusto de conocerle en el baile de la otra noche.

Pariente de la señora vizcondesa de Beauséant por los Marcillac, estas palabras, que fueron pronunciadas por Anastasia con cierto dejo enfático, propio de toda señora que se complace en probar que sólo recibe en su casa á personas distinguidas, produjeron un efecto mágico. El conde abandonó su ademán ceremonioso y saludó al estudiante.

— Mucho gusto tengo en conocerle, dijo.

El conde Máximo de Trailles dirigió á Eugenio una mirada de inquietud y abandonó también sus modales impertinentes de hombre contrariado.

Aquel repentino cambio, producido, como por arte de magia, por la sola intervención de un nombre, devolvió al cerebro de Eugenio toda aquella lucidez que poco antes perdiera, y con ella la posesión de aquellos tesoros de ingenio que por el camino viniera acumulando. Repentina claridad iluminó la atmósfera, aún tenebrosa para él, de la alta sociedad parisién, permitiéndole orientarse. ¡Qué lejos se hallaba en aquel momento de la casa de huéspedes y del tío Goriot!

— Creía que la familia de Marcillac se había extinguido, dijo á Eugenio el conde de Restaud.

— Sí, señor, replicó. Mi tío segundo, el caballero de Rastignac, casó con la heredera de la familia de Marcillac, y sólo tuvo de ella una hija, la cual casó con el mariscal de Clarimbault, abuelo materno de la señora de Beauseant. Nosotros formamos la rama segunda, rama tanto más pobre cuanto que mi tío segundo, vice almirante, perdió toda su fortuna al servicio del rey. El gobierno revolucionario no quiso reconocer nuestros créditos en el momento de liquidar con la compañía de las Indias.

— Su señor tío de usted ¿no mandaba el *Vengador* antes de 1789?

— Precisamente.

— Entonces debió de conocer á mi abuelo, que mandaba el *Warwick*.

Encogióse de hombros Máximo y miró á la señora de Restaud, como diciéndole: « Si se pone á hablar de marina con ése, estamos perdidos. » Anastasia comprendió la mirada del señor de Trailles, y son-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

riendo con esa admirable fuerza de voluntad que tienen las mujeres, le dijo:

— Máximo, venga usted conmigo, que tengo que hacerle un encargo... Señores, dejamos á ustedes navegando juntos en el *Vengador* y en el *Warwick*.

Levantóse é hizo á Máximo una seña, en la que significaba la burla de aquella traicioncilla. Ambos se dirigieron hacia el cuarto tocador. Apenas la pareja *morganática* — bonita expresión alemana, que no tiene equivalente en francés — había llegado á la puerta, cuando el conde interrumpió la conversación con Eugenio.

— ¡Anastasia! haz el favor de quedarte, querida; ya sabes que...

— Vuelvo en seguida, vuelvo, interrumpió la fugitiva. Sólo necesito un momento para explicarle á Máximo el encargo que tengo que hacerle.

Pronto regresó. Como todas las mujeres que, obligadas á estudiar el carácter del marido para hacer su propio gusto, saben muy bien hasta dónde pueden ir sin perder una confianza preciosa, y jamás le contrarían en las mil pequeñeces de la vida, la condesa había notado en el tono del conde que el tocador no les ofrecía seguridad alguna, y como el causante de aquella contrariedad era Eugenio, la condesa tomó una actitud é hizo un gesto tan lleno de despecho señalando al estudiante, que Máximo, dirigiéndose á los tres, dijo muy epigramáticamente:

— Están ustedes muy ocupados, y no quiero interrumpirles; adiós.

Y se retiró.

— ¡Quédese usted, Máximo! gritó el conde.

— Venga usted á comer, exclamó la condesa, quien, dejando solos una vez más á Eugenio y al conde, siguió á Máximo hasta el primer salón, en el que permanecieron el tiempo que creyeron menester para que el conde despidiera á Eugenio.

Oíales Rastignac charlar y reír alternativamente, callando luego; pero el muy ladino del estudiante entretenía al señor Restaud, ora con chistes, ora discutiendo con él. Proponíase hablar nuevamente á la condesa y saber cuáles eran sus relaciones con el tío Goriot. Aquella mujer, visiblemente enamorada de Máximo, aquella mujer, que gobernaba á su marido á su antojo, y unida por lazos secretos al ex-fabricante de fideos, pareciale todo un misterio. Quería penetrar ese misterio, esperando de esa manera poder reinar como dueño absoluto sobre aquella mujer tan eminentemente parisiense.

— ¡Anastasia! dijo el conde, llamando de nuevo á su mujer.

— Vaya, mi pobre Máximo, dijo ella al joven, hay que resignarse. Hasta la noche...

— Espero, *Nasia*, dijo Máximo, que despedirás á ese pollo, cuyos ojos echan chispas cuando se fijan en tu descote. Se te va á declarar, nos va á comprometer, y me obligarías á matarle.

— ¿Estás loco? replicó la condesa. No hay mejor pararrayos que un estudiantillo de ésos. Haré que el conde le tome entre ojo.

Soltó Máximo una carcajada, y salió, seguido de la condesa, la cual se asomó á la ventana para verle

agitando el látigo en el pescante y haciendo piafar el caballo.

No se entró hasta que la verja quedó cerrada de nuevo.

—Oye, querida, le dijo el conde cuando volvió, las tierras de la familia del señor, y en las que vive, están en el Charente, cerca de Verteuil, y un tio segundo del señor y mi padre eran amigos.

— Celebro tanto, dijo distraidamente la condesa, que seamos antiguos conocidos.

— Más de lo que usted cree, díjola en voz baja Eugenio.

— ¿Cómo? replicó Anastasia vivamente.

— Porque, siguió diciendo el estudiante, he visto salir de aquí á un sujeto que vive conmigo, en la casa de huéspedes, pared por medio: el tío Goriot.

No bien oyó aquel nombre, adornado con tal palabra, el conde, que estaba arreglando con las tenazas la lumbre de la chimenea, las tiró en el fuego como si le hubieran quemado las manos, y, levantándose, exclamó:

— ¡Caballero, bien pudiera usted haber dicho el señor Goriot!

Al pronto palideció la condesa al ver el disgusto de su marido, luego se sonrojó, sin poder disimular su turbación. En seguida añadió, procurando, aunque en vano, aparecer sosegada y hasta indiferente:

— Es imposible conocer á alguien á quien queramos más...

Se interrumpió, y como si de pronto se le ocurriera un capricho, miró al piano y dijo:

— ¿Es usted aficionado á la música?

— Mucho, contestó Eugenio, á quien la confusa noción de haber cometido una inconveniencia de grueso calibre había dejado ruborizado y corrido.

— ¿Canta usted? añadió dirigiéndose al piano y recorriendo con el dedo índice el teclado de extremo á extremo.

— No, señora.

El conde de Restaud se paseaba de arriba á abajo.

— Es lástima, se ha privado usted de un gran medio de obtener éxitos.

Y se puso á cantar:

Ca-a-ro, ca-a-ro, non du-bi-ta-re.

Al pronunciar el nombre del tío Goriot, Eugenio había producido un efecto mágico, pero totalmente contrario al de aquellas palabras de la condesa: *pariente de la señora de Beauseant*. Hallábase en una situación parecida al que, presentado en el museo de un aficionado de antigüedades, se acercara á un armario lleno de estatuitas y dejara caer dos ó tres cabezas mal encoladas. Hubiera querido hundirse en un abismo. Veíase en el rostro de la señora de Restaud una frialdad mal disimulada, y en la mirada, ahora indiferente, advertíase la tendencia á huir de la del estudiante.

— Señora, dijo, usted y el señor de Restaud tienen que hablar. Estoy á sus pies y con su permiso...

— Siempre que usted venga, dijo precipitadamente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la condesa, deteniendo al estudiante con un gesto, nos dará usted una verdadera satisfacción al señor de Restaud y á mí.

Eugenio saludó profundamente, y se retiró, seguido del señor de Restaud, el cual, á pesar de sus protestas, le acompañó hasta la antesala.

— Cuando venga ese señor, dijo el conde á Mauricio, que no estamos en casa, ni la señora ni yo.

Al llegar Eugenio á la puerta, advirtió que llovía.

— Estamos bien, pensó; he venido á esta casa á cometer una tontería cuya causa y cuyo alcance ignoro, y por añadidura voy á estropear mi frac y mi sombrero. ¡Cuánta mejor cuenta me tendría estarme en mi cuarto arreando de firme con el Derecho y pensando tan sólo en ser con el tiempo un buen magistrado! ¿Qué voy á ganar en estas lides cuando para alternar con tales gentes necesito unos cuantos carruajes, lustrosas botas, buena ropa, cadena de oro, guantes blancos de á seis francos por la mañana y guantes amarillos por la noche? ¡Qué demonio de tío Goriot!

Cuando estuvo bajo la puerta de la calle, el cochero de un carruaje de alquiler, que al parecer acababa de dejar en su nido á dos recién casados, y que aprovecharía gustoso la ocasión de robarle á su amo alguna carrera de contrabando, al ver á Eugenio vestido de negro, botas bien embetunadas, guantes amarillos y sin paraguas, le hizo señas ofreciéndole su coche, Eugenio hallábase en aquel momento dominado por uno de esos despechos concentrados que empujan á

un joven hacia el abismo en que ya ha comenzado á rodar como si esperara hallar en el fondo la mejor salida; así es que admitió el ofrecimiento del cochero, significándoselo por un movimiento de cabeza. Subió al coche, en el cual aún se veían algunas hojas de azahar y trozos de canutillo, vestigios de la pareja amorosa que allí había ido sentada.

— ¿Dónde? preguntó el cochero, el cual se había despojado ya de sus guantes blancos.

— ¡Caramba! se dijo Eugenio. Ya que me he metido en esto hay que sacar de ello algún partido... ¡Al hotel de los señores de Beauseant! añadió en voz alta.

— ¿A cuál? preguntó el cochero.

Palabra sublime que confundió á Eugenio. Aquel elegante improvisado ignoraba que había dos palacios de Beauseant; desconocía cuán rico era en parientes que para nada se acordaban de él.

— Vizconde de Beauseant, calle de...

— De Grenelle, dijo el cochero inclinando la cabeza é interrumpiéndole. Sabe usted que como hay también el palacio del conde y del marqués de Beauseant en la calle de Santo Domingo, añadió mientras levantaba el estribo.

— Estoy enterado, contestó secamente Eugenio. ¡Todo el mundo hoy se burla de mí! se dijo tirando el sombrero sobre los cojines delanteros. Pues lo que es esta escapatoria, me va á costar el rescate de un rey. Pero al menos voy á visitar á mi prima, ó lo que sea, de un modo verdaderamente aristocrático. ¡Ese bribón de Goriot me lleva costado más de diez francos! Voy

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

á contarle mi aventura á la señora de Beauseant, y acaso la haga reir. Sin duda estará al tanto de los misteriosos líos criminales que median entre esa vieja rata rabona de Goriot y la hermosa condesa de Restaud. Después de todo, más cuenta me tendrá hacerme simpático á mi prima que chocar con la de Restaud, la cual, por otra parte, me parece demasiado costosa. Si tanto vale, según he visto ha poco, el nombre de mi prima, ¿cuánto valdrá su persona? Empecemos, pues, por arriba, que el que algo quiere del cielo debe pedirlo á Dios.

Estas palabras son la fórmula breve de los mil y un pensamientos que hervían en el cerebro de nuestro estudiante. Fué recobrando la calma y adquiriendo aplomo poco á poco, mientras veía caer la lluvia. Pensó entonces que iba á gastar las dos monedas de cinco francos que le quedaban, las cuales estarían mucho mejor empleadas en arreglarse la ropa, las botas y el sombrero, y no oyó á su cochero gritar alegremente: *¡Hagan el favor de abrir la puerta!* Un criado de portería, vestido de rojo y dorado, hizo girar sobre sus goznes la puerta del palacio, y Rastignac vió con dulce satisfacción que el coche que le conducía entraba en el patio, daba la vuelta y se detenía al pie de la escalera. El cochero, que vestía una hopalanda ó largo sobretodo de tela azul con vivos encarnados, saltó del pescante y fué á desdoblar el estribo. En el momento de bajar Eugenio del coche oyó risas ahogadas que partían de la entrada de los salones en la planta baja. Tres ó cuatro ayudas de cámara habíanse ya mofado de aquel carruaje de

novia vulgar. El estudiante, que en aquel momento fijaba la atención en un carruaje que junto al suyo estaba, comprendió su situación oyendo aquellas risas. Aquel otro coche era uno de los más elegantes cupés de París. Tiraban de él dos fogosos caballos muy bien empenachados, que tascaban el freno, y á los que un cochero empolvado y encorbatado tenía sujetos como si hubieran tratado de escaparse. En la Chaussée d'Antin, la señora de Restaud tenía en su patio el elegante cabriolé del hombre de veintiséis años. En el arrabal Saint-Germain esperaba el lujo de un gran señor, un tren que treinta mil francos no habrían pagado.

—¿Quién estará aquí? se preguntó Eugenio, comprendiendo, aunque un poco tarde, que las señoras parisienses solían estar todas comprometidas, y que la conquista de una aquellas reinas había de costar más que sangre. ¡Diantre! ¿Tendrá también mi prima su Máximo?

Subió la escalinata con la muerte en el alma. Abrióse ante él la puerta, y encontróse en presencia de lacayos tan graves como asnos á quienes están cepillando. La fiesta á que noches antes asistiera se había dado en los salones situados en la planta baja del palacio de Beauseant, y, como en el tiempo que medió entre la invitación y el baile no había visitado á su prima, desconocía las habitaciones de la vizcondesa; iba pues á ver por vez primera las maravillas de esa elegancia personal que pone al descubierto el alma y las costumbres de una mujer de distinción. Estudio doblemente curioso, porque podía tomar como

término de comparación lo que había visto en casa de la señora de Restaud.

A las cuatro y media, la vizcondesa estaba visible, pero cinco minutos antes no hubiera recibido á su primo. Eugenio, que no entendía de estas etiquetas parisienses, penetró, siguiendo á un criado, por una escalera cubierta de flores, de piso blanco, barandilla dorada y alfombra encarnada, hasta la sala de la vizcondesa de Beauseant, de la cual, aunque su parienta, ignoraba la biografía verbal, historia variable que andaba, como tantas otras, de lengua en lengua por los salones de París.

Hacía tres años que vivía la vizcondesa en íntimas relaciones con uno de los más célebres y más ricos magnates portugueses, el marqués de Ajuda Pinto. Esta unión era de las de cierto género inocente, pero que unen de tal suerte y con tales atractivos, que los dos que en ella entran, en manera alguna pueden sufrir la participación de un tercero, por lo que el vizconde de Beauseant había dado ante el público ejemplo de respetar, con agrado ó sin él, aquella unión morganática. Las personas que á las dos de la tarde iban á visitar á la vizcondesa, en los primeros días de sus nuevas relaciones, hallaban al marqués de Ajuda Pinto en su compañía, y aunque á nadie cerraba la puerta, lo cual, por otra parte, habría sido poco discreto, recibía á todos con tal frialdad y miraba tantas veces al techo, que pronto comprendieron los visitantes que estorbaban. Esparcióse prontamente la noticia, y la señora de Beauseant pudo disfrutar todos los días, de dos á cuatro, de la más absoluta soledad, es decir,

libertad. A los Bufos y á la Opera iba acompañada por su marido y por el marqués de Ajuda Pinto, pero el vizconde, como hombre correcto y avisado, se despedía de su mujer y del portugués una vez instalados éstos en su palco.

Estaba próximo á casarse el señor de Ajuda Pinto; su futura era la señorita de Rochefide. En toda la alta sociedad, sólo una persona ignoraba aún la noticia, y aquella persona era la vizcondesa de Beauseant. Algunas de sus amigas se habían referido vagamente á la proyectada boda en su presencia, pero lo había tomado á risa creyendo que se trataba tan sólo de perturbar aquellos amores que la hacían feliz y, por tanto, envidiada. Y, sin embargo, las amonestaciones iban á correrse en breve. Aunque había venido para notificar aquella boda á la vizcondesa, el elegante portugués no soltaba la primera palabra acerca del asunto. ¿Por qué? Porque no hay nada tan difícil como presentar á una mujer semejante *ultimatum*. Algunos hombres preferirían encontrarse frente á un enemigo, espada en mano, á tener que habérselas con una amante que llora, se desespera y acaba por desmayarse. Por eso al llegar Eugenio hallábase el marqués sobre ascuas y buscaba un medio de salir de aquel salón, pensando en sí mismo que la noticia llegaría á oídos de la vizcondesa, y que entonces le escribiría, pareciéndole mucho más cómodo cometer aquella especie de asesinato amoroso por escrito que de palabra. Cuando el ayuda de cámara anunció al señor de Rastignac, el marqués de Ajuda Pinto no pudo contener un movimiento de satisfacción.

No hay que olvidar que una mujer que ama aguza más su ingenio para crearse dudas que para variar sus placeres. Cuando se halla á punto de ser abandonada, adivina la significación de un gesto más rápidamente que olfateaba el corcel de Virgilio desde lejos los corpúsculos que le anunciaban el amor. Puede, por tanto, tenerse como seguro que la vizcondesa de Beauseant sorprendió aquel ligero movimiento involuntario, pero cándidamente espantoso. Eugenio ignoraba que nadie debe presentarse en una casa de París sin que antes le hayan referido los amigos de la familia la historia del marido, de la mujer y de los niños, con objeto de no cometer una de esas indiscreciones de las que dicen, en frase muy pintoresca, los polacos *enganche usted cinco bueyes en el carro*, significando que son necesarios para sacar al atascado del *atolladero*. Si esas desgracias de la conversación no tienen aún nombre apropiado en Francia, es que se las supone imposibles, por la enorme publicidad que alcanza la murmuración. Sólo Eugenio era capaz de presentarse en casa de la señora de Beauseant, después del percance que le había ocurrido con la condesa de Restaud, la cual ni siquiera le había dado tiempo de enganchar los cinco bueyes para desatascarse. Verdad es que, si había contrariado horriblemente á la condesa y á Máximo de Trailles, en cambio venía á sacar de una situación difícil al marqués de Ajuda Pinto.

— Adiós, dijo el portugués, apresurándose á retirarse al mismo tiempo que entraba Eugenio en el elegante saloncillo, gris y rosa, en el que el lujo parecía sencillamente elegancia.

— Pues hasta la noche, dijo la señora de Beauseant, volviendo la cabeza para mirar al marqués. ¿No vamos á los Bufos?

— No me es posible, contestó con la mano puesta ya en el botón de la puerta.

Levantóse vivamente la señora de Beauseant, le llamó cerca de ella, sin cuidarse en lo más mínimo de Eugenio, quien, en pie, aturdido por el centelleo de una riqueza asombrosa, creía en la realidad de los cuentos árabes, y no sabía dónde meterse al encontrarse en presencia de aquella mujer que ni siquiera había advertido la suya. La señora de Beauseant indicaba gentilmente al marqués, con el índice de la mano derecha, un sitio á su lado. Puso en este ademán tal cantidad en apasionado despotismo, que el marqués dejó el botón de la puerta y retrocedió hasta la vizcondesa. Eugenio les contempló, no sin envidia.

— ¡De manera que ése es el hombre del carruaje que abajo espera! ¿Es, pues, indispensable, para atraer las miradas de una dama parisiense, tener el pelo rizado, lacayos con librea y ríos de oro?

El demonio del lujo mordióle el corazón, dióle la fiebre del lucro, y la sed de oro le secó la garganta. Disponía de ciento treinta francos por trimestre. Su padre, su madre, sus hermanas y hermanos y su tía gastaban, para todos, doscientos francos mensuales escasos. Esta rápida comparación entre su situación presente y el fin propuesto aumentó su estupor.

— ¿Por qué no puede usted ir á los Italianos? preguntó riendo la condesa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

— Tengo que hacer. Como con el embajador de Inglaterra.

— Puede usted despedirse temprano.

Cuando un hombre engaña, se ve fatalmente obligado á acumular mentira sobre mentira. El marqués de Ajuda exclamó sonriendo :

— ¿Lo exige usted?

— Sí por cierto.

— Precisamente eso deseaba oír, respondió mirándola de un modo que hubiera tranquilizado á cualquier otra mujer.

Tomó la mano de la condesa, se la besó, y salió.

Arreglóse Eugenio los cabellos con la mano y se hizo un garabato para saludar, creyendo que la señora de Beauseant iba á dirigirse á él. Se llevó chasco. La de Beauseant levantóse con violencia, precipitóse en la galería, se asomó á la ventana, y estuvo viendo al marqués subir al coche. Escuchó atentamente, y oyó al lacayo de recados decir al cochero, repitiendo la orden de su amo : « A casa del señor de Rochefide. » Palabras que, unidas á la manera de arrellanarse Ajuda en el coche, le hicieron el efecto de un rayo que hubiera caido á sus pies; volvió presa de mortales angustias. A esto suele reducirse á veces una gran catástrofe en las altas esferas sociales.

Retiróse la vizcondesa á su alcoba, sentóse ante una mesa, y tomó un elegante plieguecillo de papel y escribió :

« Puesto que come usted en casa de Rochefide y no en la embajada inglesa, me debe usted una explicación. Quedo esperándole. »

Después de haber enmendado algunas letras, que por el convulsivo temblor de la mano que las trazara habían quedado bastante desfiguradas, firmó con *C*, que quería decir *Clara de Borgoña*, y llamó.

— Santiago, dijo al ayuda de cámara que acudió en seguida, vaya usted á las siete y media á casa del señor de Rochefide y pregunta usted por el marqués de Ajuda. Si está, hará usted que le entreguen este billete, y no espere usted respuesta; pero si no está, volverá usted y me lo traerá.

— La señora vizcondesa tiene visita.

— ¡Ah! ¡es verdad! exclamó abriendo la puerta.

Eugenio empezaba á estar muy disgustado; por fin vió á la vizcondesa, que le dijo con un tono cuya emoción le llegó á lo íntimo del corazón :

— Perdone usted, caballero; tenía que escribir cuatro letras. Desde ahora estoy á su disposición.

No sabía lo que se decía, porque pensaba lo siguiente: « ¿Conque quiere casarse con la señorita de Rochefide? ¿Pero acaso es libre él? Esta noche quedará roto ese enlace ó yo... Mañana no se acordará de tal cosa. »

— Prima... empezó á decir Eugenio.

— ¿Eh? exclamó la vizcondesa dirigiéndole una mirada, de soberbia tal, que le dejó cortado.

Eugenio comprendió aquel ¿eh? Desde hacía tres horas había aprendido tantas cosas, que ya estaba en guardia.

— Señora... repuso, sonrojándose.

Vaciló, y después dijo continuando :

— Perdóneme usted; necesito tanta protección, que me venía muy bien un poco de parentesco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La señora de Beauseant sonrió, pero con tristeza, porque presentía la desgracia que se cernía sobre ella.

— Seguro estoy de que si conociera usted la situación en que se halla mi familia, dijo continuando, le gustaría á usted desempeñar el papel de hada protectora como esas que en los cuentos van allanando el camino á sus protegidos.

— Pues bien, contestó la vizcondesa riendo; ¿en qué puedo servir á usted?

— ¿Acaso lo sé yo mismo? Ya no es poca fortuna estar unido á usted, siquiera sea por los lazos de un parentesco bastante remoto. Me ha desconcertado usted, y no sé qué decirle, pues usted es también la única persona á quien conozco en París, y venía á consultarla, y á manifestarle que viera en mí un pobre muchacho que quiere acogerse bajo su protección, y que, llegado el caso, sabría jugarse la vida por usted.

— ¿Mataría usted á uno por mí?

— O á dos.

— ¡Niño! Sí, es usted un niño, dijo reprimiendo algunas lágrimas; ¡usted sí que amaría de veras!

— ¡Oh! exclamó Eugenio moviendo la cabeza.

La vizcondesa se interesó vivamente al estudiante por una contestación de ambicioso. El estudiante habíase aferrado á su plan primitivo, habiendo estudiado en el salón azul de la señora de Restaud y el rosa de la Beauseant, tres años de ese *derecho parisiense* del que nadie habla, aunque constituye una alta jurisprudencia social que, bien aprendida y practicada, permite ir muy lejos.

— ¡Ah! Sí, ahora caigo, dijo Eugenio. En el baile de la otra noche me llamó la atención la señora de Restaud, y he ido esta mañana á visitarla.

— ¡Pues ha debido usted de estorbarla mucho! dijo sonriendo la vizcondesa.

— Mucho, en efecto. Soy un ignorante, y si usted no me otorga su auxilio, me las arreglaré de modo que todos se pondrán en contra mía. Creo que es muy difícil hallar en París mujer joven, hermosa, rica y distinguida, que se halle... vacante, y, sin embargo, me es muy necesario una que me enseñe eso que ustedes las mujeres saben explicar tan maravillosamente: la vida. En todos partes encontraré un señor de Trailles. A usted venía, pues, para pedirle que descifrara un enigma, y tuviese á bien decirme qué clase de torpeza he cometido en aquella casa. He hablado de un tío...

— La señora duquesa de Langeais, dijo Santiago cortando la palabra al estudiante, el cual no pudo reprimir un gesto de violenta contrariedad.

— Si quiere usted salir airoso en sus empresas, comience por ser menos expresivo, murmuró la vizcondesa en voz baja.

Y, levantándose para recibir á la duquesa y salir á su encuentro:

— Buenos días, querida, repuso.

La cogió de las manos con la misma cariñosa efusión que á una hermana, á cuyas demostraciones respondió la duquesa con no menos expresivas caricias.

« He aquí dos buenas amigas, se dijo Rastignac. Desde ahora cuento con dos protectoras, porque, indu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dablemente, estas dos mujeres tienen los mismos afectos, y claro es que la que ha venido se interesará también por mí. »

— ¿A qué feliz pensamiento debo el gusto de verla, querida Antonia? dijo la señora de Beauseant.

— Pues que he visto al señor de Ajuda Pinto entrar en casa de Rochefide, y he calculado que estaría usted sola.

La señora de Beauseant no se mordió los labios, ni se sonrojó; en nada se alteró su mirada, y más bien pareció que se le animaba el semblante mientras pronunciaba la duquesa aquellas fatales palabras.

— Pero si hubiera sabido que tenía usted visita... añadió, volviéndose hacia Restignac.

— Este caballero es el señor de Rastignac, uno de mis primos, dijo la vizcondesa. ¿Tiene usted noticias del general Montriveau? continuó diciendo. Ayer me dijo Serizy que ahora se le ve muy poco. ¿Ha ido hoy por casa de usted?

La duquesa, de quien se decía que la había abandonado el señor de Montriveau, estando perdidamente enamorada de él, sintió en el corazón la puñalada de aquella pregunta y se sonrojó contestando :

— Ayer estaba en el Elíseo.

— De servicio, sin duda, dijo la señora de Beauseant.

— Supongo, Clara, añadió la condesa con una intención que á torrentes se le salía por los ojos, que sabrá usted que mañana se corre la primera amonestación entre el marqués de Ajuda Pinto y la señorita de Rochefide.

El golpe era demasiado rudo. La vizcondesa palideció, pero respondió sonriendo :

— Uno de esos rumores que divierten á los necios. ¿Por qué razón había de unir el marqués de Ajuda Pinto su nombre, uno de los más ilustres de Portugal, al de esa familia de advenedizos?

— Sí, pero Berta tiene, según dicen, una renta de más de doscientos mil francos.

— Es demasiado rico el señor de Ajuda para echar cuentas de esa índole.

— Además, hija mía, la señorita de Rochefide es preciosa.

— ¡Ah!

— En fin, hoy come allí, y ya está todo concertado. Me extraña mucho verla á usted tan atrasada de noticias.

— ¿Qué torpeza es, pues, la que ha cometido usted, caballero? dijo la señora de Beauseant. Este muchacho acaba de ser presentado en sociedad, y no comprende una palabra de lo que estamos diciendo, querida Antonia. Por tanto, hágame usted el favor, en beneficio suyo, de dejar esta conversación para mañana. La noticia será ya oficial, y usted podrá dármela en la seguridad de no equivocarse.

Clavó la duquesa en Eugenio una de esas miradas impertinentes que envuelven á un hombre de pies á cabeza, lo aplastan y lo reducen á cero.

— Sin saberlo, he hundido un puñal en el corazón de la señora de Restaud. Sin saberlo, y precisamente ése es mi delito, dijo el estudiante, quien con su natural perspicacia había adivinado los punzantes epi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gramas que, disfrazados de frases afectuosas, se habian lanzado ambas damas. Continuamos tratando, y aun quizá tememos á muchos que conscientemente nos lastiman, y en cambio el que hiere sin saberlo y sin la menor noción de la herida que causa es tenido por tonto, por un torpe que no sirve para nada, y todos le desprecian.

Dirigió la vizcondesa á Eugenio una de esas miradas profundas con las que las grandes almas saben expresar su agradecimiento y su dignidad. Aquella mirada fué para Eugenio un bálsamo aplicado á la herida que momentos antes causara en su amor propio la duquesa de Langeais, quien manifiestamente le había tasado con la vista.

— Imagínese usted, dijo Eugenio, que acababa de conquistar la benevolencia del conde de Restaud; porque debo decir á usted, señora mía,— y se volvió hacia la duquesa con cierto ademán entre humilde y malicioso, — que todavía no soy sino un pobre estudiante, muy pobre y muy solo...

— No diga usted eso, señor de Rastignac. Nosotras las mujeres no estimamos lo que nadie quiere.

— ¡Bah! dijo Eugenio. Solo tengo veintidós años; hay que saber sufrir las desgracias propias de la edad. Además, estoy confesándome, y es imposible arrodillarse en más lindo confesonario: en él se cometen los pecados de que luego nos acusamos en el otro.

Este discurso antirreligioso puso seria á la duquesa, la cual le halló de mal gusto. Para cortarlo, dijo á la vizcondesa:

— El señor acaba de llegar...

— Acaba de llegar, querida, replicó la de Beauseant riéndose francamente de su primo y de la duquesa; y busca á una institutriz que le dé lecciones de buen gusto.

— Señora duquesa, continuó Eugenio, ¿no es natural que deseemos conocer los secretos de aquello que nos cautiva? (Vamos, se dijo, les estoy diciendo frases de peluquero.)

— Según creo, la señora de Restaud es discípula de Trailles, dijo la duquesa.

— Lo ignoraba, señora, contestó el estudiante, por lo cual he incurrido en la ligereza de contrariarlos. Pero es el caso que ya me había entendido con el marido, y que la señora se había resignado á mi presencia, cuando se me ocurrió decir que conocía á un sujeto, al cual poco antes había visto salir de la casa por la escalera de la servidumbre, no sin haber dado antes un abrazo á la condesa en el fondo del pasillo.

— ¿Y quién es? preguntaron las dos mujeres.

Un anciano que vive á razón de dos luises mensuales en el fondo del arrabal Saint-Marcel, como yo, pobre estudiante; un verdadero desdichado objeto de las burlas de todos, y al que llamamos papá Goriot ó el tío Goriot.

— ¡Pero criatura, exclamó la vizcondesa, la señora de Restaud es hija de Goriot!

— La hija de un fabricante de fideos, repuso la duquesa; una buena mujer presentada en la corte el mismo día que la hija de cierto pastelero. ¿Se acuerda usted, Clara? El rey se echó á reír y dijo no sé qué chiste en latín á propósito de la harina. ¿A ver, cómo dijo? « Gente... gente... »

— *Ejusdem farinæ*, dijo Eugenio.

— Eso mismo.

— ¡Conque es su padre! repitió el estudiante haciendo un gesto de horror.

— Pues, sí, señor. Ese pobre hombre tiene dos hijas, á las que quiere con locura, á pesar de que ambas han renegado su nombre ó poco menos.

— ¿No está la segunda, dijo la vizcondesa mirando á la señora de Langeais, casada con un banquero que tiene apellido alemán, un barón de Nucingen? ¿No se llama Delfina? ¿La rubia esa que tiene un palco en la Opera, que va á los Bufos y que se ríe muy alto para hacerse notar?

La duquesa sonrió, diciendo:

— La admiro á usted, querida. ¿Por qué habla usted tanto de esa gente? Para que Restaud se haya enharinado con Anastasia, ha sido preciso que estuviera locamente enamorado de ella. Pero no le arriendo la ganancia, porque la condesa ha caído en manos de Trailles, el cual la perderá.

— ¡Haber renegado de su padre! dijo Eugenio.

— Pues sí, de su padre, del padre, un padre, repuso la vizcondesa, un buen padre que les ha dado, dicen, quinientos mil ó seiscientos mil francos á cada una, casándolas bien para hacerlas felices, y que sólo se había reservado ocho ó diez de renta, creyendo que sus hijas seguirían siendo sus hijas y que se habría creado al casarlas dos nuevas existencias, dos familias que le adorarían y le mimarían. En dos años, sus yernos le han expulsado de sus respectivas casas como al último de los miserables.

Algunas lágrimas brotaron de los ojos de Eugenio, recientemente refrescado por las puras y santas tradiciones de familia.

Hallábase, además, bajo el encanto de las creencias juveniles, y era, por otra parte, nuevo en el campo de batalla de la civilización parisiense.

Son tan comunicativas las emociones verdaderas, que durante un momento los tres interlocutores guardaron silencio.

— Sí, dijo la señora de Langeais, sí, eso parece muy horrible, y, sin embargo, lo estamos viendo todos los días. Sin duda, hay una razón para ello. ¿Ha pensado usted alguna vez, querida, en lo que es un yerno? Pues un yerno es un hombre para el cual criaremos usted ó yo una criaturita, á la que nos unirán lazos estrechísimos, que será durante diez y siete años la alegría de la casa, su alma blanca, como diría Lamartine, y que se convertirá al casarse en una plaga. Cuando ese hombre se la haya llevado de nuestro lado, comenzará á servirse del amor que la inspira, como de un hacha con la que cortará por lo sano cuantos afectos unen el corazón del ángel á su familia. Ayer, nuestra hija era todo para nosotros y nosotros todo para ella; mañana será nuestra enemiga. ¿No vemos esa tragedia efectuarse á diario? Aquí la nuera muéstrase archi-impertinente con el suegro, que todo lo ha sacrificado por su hijo; allá un yerno planta á su suegra en la calle. Oigo á veces preguntar que dónde está el drama en la sociedad moderna. Pues yo digo que el drama del yerno es espantoso, así como también que nuestros casamientos son verdaderas tonterías. Comprendo perfectamente

lo que le ha ocurrido á ese pobre fabricante de fideos. Si la memoria no me es infiel, ese Foriot...

— Goriot, señora.

— Bien, ese Moriot fué presidente de una sección en la época revolucionaria. Anduvo metido en aquello de la famosa carestía, y por entonces comenzó su fortuna vendiendo las harinas diez veces más caras de lo que costaban. Tuvo cuanto quiso. Recuerdo que un administrador de mamá le vendió enormes cantidades. Noriot partía ganancias sin duda con los individuos del Comité de Salvación pública. Recuerdo que el administrador decía á mi abuela que podía permanecer tranquila en Grandvilliers, porque sus trigos eran un excelente certificado de civismo. Pues bien, ese Loriot, que vendía trigo á los cortadores de cabezas, no ha tenido más que una pasión. Dicen que adora á sus hijas. Ha encaramado á una en la casa de Restaud, y á la otra la ha injertado en el árbol genealógico de Nucingen, rico banquero que las echa de realista. Ya comprenderá usted que, en tiempo del Imperio, á ninguno de los dos yernos se les daba gran cosa de ver por casa á aquel antiguo terrorista; en tiempo de Bonaparte, no eran indispensables ciertos escrúpulos. Pero cuando han vuelto los Borbones, el buen hombre ha estorbado al señor de Restaud y más aún al banquero. Las hijas, que quizá conservaban cierto cariño al viejo, quisieron contentar al padre y al marido. Veían á Loriot cuando no tenían visita, queriéndole hacer creer que obraban así por exceso de cariño: « Papa, venga usted cuando no haya nadie, porque estaremos mejor. » Creo que los sentimientos verdaderos tienen ojos é inteligencia: por lo cual ha brotado sangre del corazón del antiguo terrorista. Ha visto que sus hijas se avergonzaban de él; que si querían á sus maridos, él perjudicaba á sus yernos. Era pues necesario sacrificarse. Como era padre, se ha sacrificado condenándose á sí mismo á destierro, y aun creía haber obrado con acierto porque veía á sus hijas felices. El padre y las hijas han sido cómplices de ese pequeño crimen. Eso lo vemos á diario. ¿No hubiera sido ese Goriot como una mancha en el salón de sus hijas? Hubiera molestado á todos, y él se hubiera aburrido. Y lo que le sucede á ese padre puede sucederle también á la mujer más bonita con el hombre á quien más quiera: si llega á cansarse de ella, la deja, inventando mil vanos pretextos para huir de su lado. Esa suele ser la historia de nuestros sentimientos; tenemos un tesoro en el corazón; si le vaciamos de un golpe, nos arruinamos. Somos inexorables con un sentimiento que se muestra según es, al desnudo, como con un hombre que carece de dinero. Ese padre había dado en veinticinco años sus entrañas y su amor; luego, en un día dió todo su dinero. Quedó como un limón exprimido, y sus hijas han arrojado la corteza al arroyo.

— El mundo es infame, dijo la vizcondesa, entreteniéndose en deshilachar su chal y sin alzar la vista, porque se sentía herida en el corazón por las palabras que la duquesa había intercalado en su historia.

— ¡Infame, no! replicó la duquesa. Sigue su camino; ni más, ni menos, y al hablarle á usted en estos términos me propongo probar que no me dejo engañar por él.

Pienso como usted, dijo, estrechando la mano de la con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

desa. El mundo es un barrizal; tratemos de conservarnos en las partes más elevadas.

Se levantó, dió un beso á la señora de Beauseanten la frente, y le dijo:

— Está usted muy hermosa en este momento, querida mía, y tiene usted el color más bonito que he visto en mi vida.

Dicho lo cual, salió, después de haber saludado con una inclinación de cabeza al primo.

— ¡Papá Goriot es sublime! exclamó Eugenio, recordando en aquel momento la escena del buen viejo deformando el servicio de plata noches antes.

La de Beauseant no le oyó; estaba pensativa. Transcurrieron algunos minutos de silencio, y el pobre estudiante, por una especie de estupor vergonzoso, no se atrevía á marcharse, ni á quedarse, ni á hablar.

— El mundo es infame y malvado, dijo por fin la vizcondesa. En cuanto nos occurre una desgracia, hállase siempre un amigo dispuesto á venir á decírnoslo, entreteniéndose en desgarrarnos el corazón con un puñal, á pretexto de que admiremos el mango. ¿Ya empiezan el sarcasmo y las burlas? ¡Oh! Pero me defenderé.

Irguió la cabeza con arrogancia propia de su noble sangre, y sus ojos despidieron relámpagos.

— ¡Ah! exclamó al ver á Eugenio, ¿estaba usted aquí?

— Todavía, dijo de un modo lastimoso.

— Pues bien, señor de Rastignac, trate usted al mundo como merece ser tratado. Puesto que usted es ambicioso, yo le ayudaré á subir. Sondará toda la profundidad de la corrupción femenina y medirá usted

en toda su extensión la miserable vanidad de los hombres. Yo había leído ya bastante en el libro del mundo, pero aun me quedaban muchas páginas que leer. Ahora lo conozco todo. Cuanto más friamente calcule usted, tanto más lejos irá. Azote sin piedad, y será temido. No acepte á los hombres y á las mujeres sino como caballos de posta, que se dejan medio reventados en cada relevo, y así llegará usted á la meta de sus deseos. No será usted nada en París sin tener una mujer que se interese por usted. Debe ser joven, rica y elegante. Pero si alimenta usted un sentimiento verdadero, ocúltelo como un tesoro; si se lo descubren, está usted perdido. Dejaría usted de ser verdugo para convertirse en víctima. Si ama usted alguna vez, ¡guarde bien su secreto! al menos no lo descubra usted sin ver á quién. Para preservar anticipadamente este amor que aun no existe, desconfíe usted de todos. Escuche usted, Miguel, sin darse cuenta de ello, incurría en la candidez de equivocarse de nombre... Hay algo más espantoso todavía que el abandono de un padre por sus dos hijos que desean verle muerto: la rivalidad de dos hermanas. Restaud es de buena cuna; su mujer ha sido presentada y admitida en la corte; pero su hermana, con ser tan rica, su hermosa hermana la señora de Nucingen, casada con un banquero, se muere de pena, devorada por los celos que le inspira no haber recibido iguales honores. Su hermana no es su hermana: está á cien leguas de ella. Ambas reniegan la una de la otro como reniegan de su padre. Delfina de Nucingen lamería todo el barro que hay entre la calle de San Lázaro y la de Grenelle por tal de ser admitida en mi

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

casa. Se ha hecho esclava de De Marsay, porque creyó que De Marsay la serviría para llegar á su propósito; convencida de su error maltrata á De Marsay. Pero á éste le importa poco ó nada. Si me la presenta, será usted su mejor amigo, su Benjamín, su adorado. Si después de eso puede usted amarla, ámela; y si no, utilícela. La veré una ó dos veces, en días de gran sarao, cuando haya muchedumbre; pero nunca la recibiré de mañana. Usted se ha cerrado las puertas de casa de la condesa por haber pronunciado el nombre del viejo Goriot. Sí, amigo mío, aunque vuelva usted veinte veces á casa de la señora de Restaud, otras tantas le dirán que ha salido. En una palabra, ha sido usted despedido. Pues bien, que el propio papá Goriot le abra las de la casa de Delfina. La hermosa señora de Nucingen será para usted una bandera. Sea usted el hombre á quien ella distinga, y las demás mujeres se volverán locas por usted. Sus rivales, sus amigas, sus mejores amigas querrán atraerle, porque hay mujeres que envidian al hombre elegido por otra; como hay pobres señoras de la clase media que se ponen nuestros sombreros creyendo copiar con esto nuestros modales. Tendrá usted éxitos. En París, el éxito lo es todo, es la llave del poder. Si las mujeres le hallan á usted ingenioso y le atribuyen talento, lo creerán los hombres, salvo si usted se empeña en desmentirlas. Entonces la voluntad de usted será omnipotente, podrá usted osarlo todo y tendrá usted entrada en todas partes. Entonces sabrá usted que el mundo es un conjunto de tontos y de pillos; no esté usted con los primeros ni con los segundos. Le presto mi nombre cual hilo de Ariadna para

entrar en el laberinto. No me lo comprometa usted, dijo inclinando el cuello y dirigiendo al estudiante una mirada de reina; devuélvamelo limpio. Y ahora, déjeme sola, que también nosotras las mujeres tenemos batallas que librar.

— ¡Si alguna vez le hace á usted falta un hombre decidido para hacer volar una mina! dijo Eugenio interrumpiéndola.

— ¿Qué?

Dióse un golpe en el pecho, devolvió su sonrisa á su prima, y salió. Eran las cinco. Eugenio sentía apetito, y temió no llegar á la hora de comer, temor que le hizo comprender la alegría de ser transportado con rapidez al través de París. Este placer puramente maquinal le permitió entregarse por completo á los diversos pensamientos que le asaltaban. Cuando un joven de su edad recibe un desprecio, se enfurece, se pone rabioso, amenaza con el puño á la sociedad entera, jura vengarse y hasta duda de sí mismo. Rastignac se hallaba en aquel momento bajo la impresión de estas palabras: « Se ha cerrado usted la puerta de casa de la condesa ».

« Iré, díjose á sí mismo; y si la señora de Beauseant tiene razón, si he sido despedido... la de Restaud me encontrará por donde quiera que vaya. Aprenderé á manejar las armas, á tirar á la pistola, y mataré á su querido Máximo. »

« ¡Y dinero! le gritaba su conciencia, ¿dónde encontrarás el dinero que necesitas? »

De pronto brilló ante sus ojos la riqueza que admirara en casa de la condesa de Restaud. Había visto el

lujo que tanto debía enamorar á la ex-señorita Goriot, las molduras doradas, los objetos caros colocados en primer término, donde se vieran con ese afán de exhibición y despilfarro del advenedizo y de la mujer entretenida. Esta fascinadora imagen fué repentinamente aniquilada por el grandioso hotel de Beauseant. Su imaginación, transportándole á las altas regiones de la sociedad parisiense, le inspiró un mundo de malos pensamientos, llenándole la cabeza y ensanchándole la conciencia. Vió la sociedad tal cual es: las leyes y la moral impotentes con los ricos, siendo el dinero la *ultima ratio mundi*.

« Vautrin tiene razón, pensó; la fortuna es la virtud. »

Ya que llegó á la casa de huéspedes, subió apresuradamente á su cuarto, bajó de nuevo para dar diez francos al cochero, y entró después en el comedor inmundo, donde halló á los diez y ocho huéspedes apercibidos para comer como animales en un establo. El espectáculo de aquellas miserias y el aspecto del comedor le horrorizaron. Era demasiado brusca la transición, demasiado violento el contraste para que con ellos no se exacerbara su ambición. Allá, las frescas y risueñas imágenes de la naturaleza social más elegante, rostros jóvenes, vivos, teniendo por marco las maravillas del arte y del lujo, cabezas apasionadas, llenas de poesía; aquí, torpes cuadros rodeados de fango, y caras en que las pasiones sólo habían dejado el feo mecanismo que las hace moverse. Las enseñanzas que en su cólera de mujer desdeñada había vertido la señora de Beauseant, los capciosos ofrecimientos, de ésta volvieron á su memoria comentados por la miseria. Rastignac resolvió abrir dos paralelas para llegar á la fortuna: la ciencia y el amor. Sería gran doctor y hombre de los de moda en los salones de París. ¡Cuán niño era todavía! Ignoraba que esas dos líneas son asintotas que nunca han de encontrarse.

— Muy tétrico está usted hoy, señor marqués, le dijo Vautrin, lanzándole una de aquellas miradas que parecían explorar los últimos rincones de un corazón.

— No estoy dispuesto á aguantar las bromas de los que me llaman « señor marqués », contestó. Para ser marqués de veras se necesita tener cien mil francos de renta, y los que vivimos en casa de la señora de Vauquer no solemos ser niños mimados de la fortuna.

Vautrin miró á Rastignac con aire desdeñoso y compasivo, como diciendo: « Chicuelo, contigo no tengo yo ni para empezar. » Y después añadió:

— ¿Está usted de mal humor porque no le ha ido á usted bien con la hermosa condesa de Restaud?

— Me ha cerrado su puerta porque he dicho que su padre vivía con nosotros, exclamó Rastignac.

Todos los comensales se miraron. Papá Goriot bajó los ojos y se volvió para limpiárselos.

— Me ha echado usted tabaco en un ojo, dijo á su vecino.

— El que moleste á papá Goriot se las entenderá conmigo desde hoy, respondió Eugenio, dirigiéndose al vecino del fabricante de fideos. Vale más que todos nosotros. Esto no va con las señoras, dijo volviéndose hacia Victorina.

La frase fué decisiva. Eugenio la había pronunciado

en un tono que impuso respeto á los convidados. Sólo Vautrin pronunció estas palabras en tono de mofa:

— Para que tome usted al papá Goriot bajo su protección y se declare su editor responsable es preciso manejar una espada y tirar á la pistola.

— Así lo haré, dijo Eugenio.

— ¿Se ha puesto usted hoy en campaña?

— Acaso, respondió Rastignac. Pero no tengo que dar á nadie cuenta de mis actos, por lo mismo que no me meto en lo que los demás hacen por la noche.

Vautrin miró á Rastignac de reojo.

— Joven, el que no quiera tomar en serio los fantoches, no debe contentarse con mirar por los agujeros del telón, sino entrar entre bastidores. Y basta con lo dicho, añadió viendo á Eugenio á punto de amostazarse. Cuándo usted quiera, hablaremos más despacio.

La comida hízose sombría y triste. Papá Goriot, entregado completamente al dolor que le había causado la frase del estudiante, no comprendió que la disposición de los espíritus había cambiado á su respecto, y que un joven muy capaz de imponer silencio á los burlones había salido á su defensa.

— ¿De modo que el señor Goriot, dijo en voz baja la viuda de Vauquer, es padre de una condesa?

— Y de una baronesa, replicó Rastignac.

— Ese es su punto fuerte, dijo Bianchon á Rastignac; he estudiado su cabeza y no tiene más que una protuberancia: la de la paternidad. Este hombre es un *padre eterno*.

Pero Eugenio estaba demasiado serio para reír de las bromas de Bianchon. Quería aprovechar los consejos de la vizcondesa de Beauseant, y se preguntaba cómo y dónde encontraría dinero. Quedóse pensativo viendo desarrollarse ante sí la inmensa llanura de la vida, á la vez vacía y llena de encantos para él; todos se fueron, dejándole solo, una vez terminada la comida.

— ¿De modo que ha visto usted á mi hija? dijo á su lado la voz conmovida de papá Goriot.

Despertó Eugenio de su meditación, tomó la mano del viejo, la contempló tiernamente y le contestó:

— Es usted una persona excelente y dignísima; ya hablaremos de sus hijas de usted.

Levantóse sin escuchar á Goriot, subió á su cuarto, y escribió la siguiente carta:

« Querida mamá: Mira si no te queda un tercer pecho que puedas abrirte para mí. Estoy en situación de lograr fortuna en poco tiempo. Necesito á toda costa mil doscientos francos. No digas nada á papá, porque si se entera es probable que se oponga, en cuyo caso la desesperación podría llevarme hasta el suicidio. Cuando nos veamos, te expondré los motivos de mi petición, porque tendría que escribir muchos tomos para explicarte la situación en que me encuentro. Mamá, no he jugado ni debo nada, pero si quieres que conserve la vida que me diste es preciso que me envíes dicha cantidad. En una palabra, he ido á casa de la vizcondesa de Beauseant, y ésta me ha tomado bajo su protección. Tengo que presentarme en sociedad, y no poseo un cuarto ni para llevar guantes limpios. Sabré no comer más que pan, beber sólo agua; si es preciso, ayunaré; pero no puedo privarme de los medios

indispensables para labrar mi porvenir. Se trata de vencer ó de quedar en la estacada, caído en el barro. Sé lo que esperáis de mí, y quiero realizarlo. Así, querida mamá, vende alguna de tus alhajas antiguas, que no tardaré en comprarte otras. Conozco lo bastante la situación de la familia para poder apreciar tales sacrificios y no debes creer que te los exijo en vano: si tal hiciera, sería un monstruo. No veas en mi ruego sino el grito de una imperiosa necesidad. Todo nuestro porvenir depende de esa suma. Con ella debo comenzar la campaña, pues esta vida de París es una continua lucha. Si para completar la suma no hay más remedio que vender los encajes de tía, dile que le enviaré otros más hermosos, etc. »

También escribió á cada una de sus hermanas pidiéndoles sus economías, y para arrancárselas sin que las muchachas hablasen en familia del sacrificio que no dejarían de hacerle con verdadero placer, apeló á su delicadeza tocando el punto de honra, á que tan sensibles son los corazones juveniles. Sin embargo, después de haber escrito las cartas, sintióse involuntariamente conmovido: estaba anhelante y trémulo. El ambicioso joven conocía la inmaculada nobleza de aquellas almas sepultadas en la soledad, sabía qué causaría á sus dos hermanas, y también cuán alegres disgusto estarían por haberle sacado de apuro y con qué placer hablarían en secreto de aquel hermano querido, en el fondo del jardincito. La imaginación se las hacía ver con la propia lucidez que si las tuviese delante, contando en secreto su pequeño tesoro, desplegando

todo su malicioso ingenio de muchachas para enviarle de *incógnito* el dinero y fraguando aquella primera mentira, que las sublimaba.

« El corazón de una hermana, se dijo, es puro como un diamante, es un abismo de pureza. »

Sentía vergüenza por haber escrito. ¡Cuán poderosas serían sus súplicas, cuán puro sería el fervor de sus almas hacia el cielo! ¡De qué buena voluntad iban á sacrificarse y qué profundo sería el dolor de su madre si no podía enviar toda la cantidad pedida! Aquellos sentimientos tan hermosos, aquellos sacrificios tan terribles iban á servirle de escalones para llegar hasta Delfina de Nucingen. Algunas lágrimas, últimos granos de incienso quemados en el altar de la familia, brotaron de sus ojos. Goriot, que le veía por la puerta mal cerrada, entró y le dijo:

— ¿Qué le pasa á usted?

— ¡Ah! mi buen vecino, soy hijo y soy hermano, así como usted es padre. Con razón tiembla usted por la condesa Anastasia: se ha entregado á un Máximo de Trailles que la perderá.

Alejóse Goriot balbuceando algunas palabras, cuyo sentido no alcanzó Eugenio á comprender. Éste fué al día siguiente á echar las cartas al correo. Vaciló hasta el último instante, pero por fin las arrojó en el buzón, diciendo: « ¡Venceré! » Palabra de jugador y de gran capitán; palabra fatal que pierde á más hombres que salva.

Al cabo de algunos días fué Eugenio á casa de la condesa de Restaud, y no fué recibido. Volvió tres veces, y otras tantas halló cerrada la puerta, á pesar

de que adoptó la precaución de presentarse á horas en que sabía que no se encontraba allí el conde de Trailles.

No le había engañado la vizcondesa. El estudiante dejó de estudiar. Iba á clase para contestar á la llamada, pero en cuanto contestaba marchábase. Habíase trazado el plan de todos los estudiantes: se reservaba para la época de los exámenes; ganaría dos años, el segundo y tercero, de una vez, y aprendería derecho á fondo en el momento oportuno. Quedábanle, pues, quince meses de ocio para explorar ese océano llamado París; dedicaríase á la trata de mujeres ó pescaría una fortuna. Durante la semana vió dos veces á la señora de Beauseant, en cuya casa no entraba sino después de ver salir al marqués de Ajuda. Aquella mujer ilustre, la más poética figura del arrabal Saint-Germain, obtuvo una victoria de algunos días, logrando que fuera aplazado el matrimonio de la señorita de Rochefide con el marqués de Ajuda. Pero esos días, en los cuales el temor de ver perdida la felicidad la hicieron desplegar más ardor que nunca, precipitaron la catástrofe. El marqués de Ajuda, de acuerdo con los Rochefide, había mirado aquella riña amorosa y la reconciliación que siguió como una circunstancia feliz: tenían la esperanza de que la vizcondesa se habituaría á la idea de aquel enlace y acabaría por resignarse á un suceso á todas luces inevitable. Vese que, á pesar de los más sagrados juramentos, diariamente renovados, el marqués engañaba á la vizcondesa, la cual, al decir de la duquesa de Langeais, una de sus mejores amigas, *en vez de arrojarse noblemente por la ventana, dejaba que la echaran por las escaleras*. Sin embargo, aquellas

últimas ráfagas duraron lo bastante para que la vizcondesa permaneciese en París y prestase su apoyo á Eugenio, por el cual había concebido una especie de afecto supersticioso, sin duda por haberle demostrado él cariño y mostrádose sensible á sus dolores en circunstancias en que las mujeres no ven piedad ni consuelo verdadero en ninguna mirada. Si en tales circunstancias dícelas un hombre dulces palabras amorosas, dícelas por especulación.

Deseando ponerse bien al tanto de cuanto érale necesario saber para la conquista de Delfina de Nucingen, quiso Rastignac conocer previamente la vida de Goriot, y recogió acerca de ella las siguientes noticias:

Juan Joaquín Goriot era antes de la Revolución obrero en una fábrica de harinas, hábil, económico y lo bastante emprendedor para haber comprado las existencias de su amo, á quien la casualidad hizo víctima de la primera sublevación de 1789. Estableciόse en la calle de la Jussienne, cerca del mercado de granos, teniendo el buen acuerdo de aceptar la presidencia de la sección de su barrio, con objeto de obtener para su comercio la protección de los personajes que en aquella peligrosa época disponían de mayor influjo. Tal prudencia fué la base de su fortuna, la que comenzó en la carestía, verdadera ó falsa, que tan alto precio hizo adquirir en París á los granos. Matábase el pueblo á la puerta de los panaderos, mientras ciertas personas iban, sin peligro alguno, á comprar pastas de Italia en las tiendas de ultramarinos. En aquel año reunió el ciudadano Goriot los capitales que más adelante le sirvieron para continuar su comercio con toda esa supe-

rioridad que dan las grandes masas de dinero á los que las poseen. Sucedióle lo que á todos los hombres que tienen una capacidad relativa: que le salvó su propia mediania. Además, como no se supo que era rico hasta que desapareció el peligro de serlo, no excitó la envidia de nadie. Diríase que el comercio de granos había absorbido toda su inteligencia.

No tenía su igual Goriot en la cuestión de trigos, de harinas, de granos de desecho, de reconocer su clase y procedencia, de conservarlos, prever los precios, profetizar la abundancia ó escasez de las cosechas, de procurarse cereales baratos y de comprarlos en Sicilia ó en Ucrania. Viéndole llevar su negocio y oyéndole explicar las leyes de la exportación y de la importación de granos y exponer su alcance y sus inconvenientes, hubiérasele creído capaz de regir un ministerio. Era paciente, activo, enérgico, constante y rápido en el obrar; tenía mirada de águila, se anticipaba á todo, lo preveía todo, lo sabía todo y lo callaba todo; era un diplomático en la concepción, y un soldado en la ejecución. Pero fuera de su especialidad, sacándolo de la humilde y obscura tienda, en cuyo umbral permanecía durante las horas de ociosidad, con el hombro apoyado en el montante de la puerta, transformábase en obrero estúpido y grosero, incapaz de comprender un razonamiento, insensible á todos los placeres del espíritu al punto de dormirse en el teatro; uno de esos Dolibans parisienses, superiores tan sólo en estupidez. Esos temperamentos se parecen casi todos. En casi todos hallarías un sentimiento sublime en su corazón. Dos, y muy exclusivos, llenaban el de

nuestro fabricante, ocupándolo todo, lo mismo que el comercio de granos había absorbido toda la inteligencia de su cerebro. Inspiróle su mujer, hija única de un rico hacendado de Brie, un amor sin límites, especie de adoración religiosa. Goriot admiró en ella una naturaleza á la par delicada y fuerte, sensible y hermosa, que contrastaba radicalmente con la suya. Si hay un sentimiento innato en el corazón del hombre, ¿no lo constituye el orgullo de la protección ejercida en todo momento en favor de un ser débil? Unid á esto el amor, vivo agradecimiento de todas las almas francas hacia el principio de sus placeres, y comprenderéis una multitud de rarezas morales. A los siete años de una felicidad no interrumpida, tuvo Goriot la desgracia de perder á su mujer, precisamente cuando ésta comenzaba á ejercer cierto dominio sobre él, aun fuera de la esfera de los sentimientos. Tal vez, de haber vivido, hubiera cultivado aquella naturaleza inerte, sembrando en ella la inteligencia de las cosas del mundo y de la vida. En Goriot viudo, desarrollóse el sentimiento de la paternidad hasta más allá de lo razonable. Concentró todos sus afectos, burlados en gran parte por la muerte, en sus dos hijas, las cuales en un principio supieron corresponder á aquellos sentimientos. Por brillantes que fueron las proposiciones que le hicieron negociantes ó ricos labradores que anhelaban darle sus hijas, determinó quedar viudo. Su suegro, único hombre á quien había profesado algún afecto, pretendía saber de ciencia cierta que Goriot había jurado permanecer fiel á su mujer aun después de muerta; pero la gente del mercado,

incapaz de comprender esta sublime locura, bautizó á Goriot con cierto apodo grotesco. El primero que tuvo la ocurrencia de pronunciarlo en su presencia — por cierto que fué bebiendo el vino de un trato — recibió del fabricante de fideos un puñetazo en el hombro, que le envió de cabeza contra un guardacantón de la calle Oblin. Tan conocidos eran la irreflexiva abnegación de Goriot y el cariño temeroso y delicado que profesaba á sus hijas, que en cierta ocasión, un su rival que deseaba alejarle del mercado para quedar dueño de la cotización, le dijo que Delfina había sido atropellada por un coche. Pálido y convulso, abandonó Goriot en el acto el mercado, y estuvo enfermo muchos días á causa del choque de los encontrados sentimientos que la falsa noticia le produjo. Si no descargó su terrible puño sobre el hombro de aquel competidor, echóle del mercado obligándole, en una circunstancia crítica, á quebrar.

La educación de sus dos hijas fué naturalmente disparatada. De sus sesenta mil francos de renta, Goriot sólo gastaba mil doscientos; el resto lo empleaba en satisfacer los menores caprichos de ellas. Tuvieron, para aprender, lo necesario á señoritas que aspiran á brillar en la más encumbrada sociedad: los mejores maestros, una institutriz que, afortunadamente, era mujer de talento y de buen gusto; tenían coche, montaban á caballo y vivían como la amante más mimada de un viejo rico. Con sólo manifestar los más costosos deseos, acudía inmediatamente su padre á colmarlas; y, como recompensa, sólo un beso de sus hijas pedía. Goriot ponía á sus hijas por cima de los ángeles y,

por tanto, muy por cima de sí mismo, amando de ellas hasta el mal que le hacían.

Cuando tuvieron edad para casarse pudieron elegir marido según sus aficiones: cada una había de llevar como dote la mitad de la fortuna del padre. Solicitada por su belleza por el conde Restaud, Anastasia tenía inclinaciones aristocráticas que la indujeron á abandonar la casa paterna para lanzarse en la alta sociedad parisiense.

En cambio, á Delfina gustábale el dinero, y se casó con el barón de Nucingen, banquero de origen alemán, que logró del Santo Imperio su título. Goriot siguió comerciando en harinas y sopas de pasta. No tardaron yernos é hijas en manifestar su disgusto al verle continuar en su comercio, aunque constituía éste toda su vida; y al cabo de cinco años de instancias consiguieron que se retirara, capitalizando sus fondos y el producto de los negocios durante los últimos años, capital que la viuda de Vauquer, á cuya casa fué á vivir, suponía productos de una renta de ocho á diez mil francos. Se encerró en la casa de huéspedes á causa de la desesperación que le produjo ver que sus hijas, obligadas por sus maridos, no sólo no quisieron que viviera con ellas, sino que hasta se negaron á que las visitara ostensiblemente.

Estos informes era todo cuanto sabía un tal señor Muret, acerca del bueno de Goriot, al que había éste traspasado su comercio. Las suposiciones que Rastignac había oído hacer á la duquesa de Langeais eran, por tanto, exactas. Y con esto termina la exposición de nuestra obscura pero terrible tragedia parisiense.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Hacia el fin de la primera semana del mes de diciembre recibió Rastignac dos cartas, una de su madre y otra de su hermana mayor. Aquellos caracteres de letra que tanto conocía le hicieron palpitar de alegría y temblar de miedo al mismo tiempo, porque las delgadas hojas de papel contenían su fortuna ó la muerte de sus esperanzas. Por una parte, y teniendo en cuenta la difícil situación de su familia, concebía mil temores; pero, por otra parte, y sabiendo hasta qué punto era querido de toda ella, aterrábale la idea de haber arrebatado á los suyos las últimas gotas de sangre.

Esto decía la carta de su madre:

« Querido hijo: Te mandó lo que me has pedido. Emplea bien ese dinero; me sería imposible, aun cuando se tratase de salvarte la vida, encontrar una segunda vez tan considerable suma sin que tu padre se enterara, lo que produciría un disgusto de familia; pues, para obtenerla, tendríamos que hipotecar las tierras. No puedo juzgar el mérito de tus proyectos, porque no los conozco; pero ¿de qué especie serán cuando no te atreves á confiármelos? No me digas que necesitabas para ello muchos tomos; á las madres nos basta media palabra para comprender á los hijos, y esa media palabra me hubiera evitado las angustias de la incertidumbre. Me es imposible ocultarte la impresión dolorosa que tu carta me ha causado. Querido hijo, ¿qué sentimiento te ha llevado á llenar mi corazón de tales temores? Mucho has debido de sufrir al escribirme, porque yo he sufrido mucho al leerte. ¿En qué empresa te has metido? ¿Cifrarás la felicidad de

tu vida en parecer lo que no eres, en vivir en un mundo para frecuentar el cual tendrás que hacer gastos que no podrás sostener, y perder un tiempo precioso para tus estudios? Mi buen Eugenio, cree en lo que te dice el corazón de tu madre: los caminos torcidos no conducen á nada grande. La resignación y la paciencia son las grandes virtudes de los jóvenes sin fortuna. No te riño, ni quiero que esta ofrenda nuestra vaya acompañada de la menor amargura. Mis palabras son de madre tan confiada como previsora. Si tú sabes cuáles son tus obligaciones, yo conozco la pureza de tu corazón y la rectitud de tus intenciones, y por eso puedo decirte sin temor: ¡Anda, sigue adelante, querido hijo mío! Temo, porque soy madre; pero cada uno de tus pasos irá acompañado por nuestros votos y nuestras bendiciones. Sé prudente, hijo mío. Debes ser juicioso como un hombre, puesto que de ti depende el porvenir de cinco personas que te quieren. Sí, en ti estriba nuestro bienestar, así como tu dicha es nuestra dicha. Todos pedimos á Dios que secunde tus planes. Tu tía Marcillac se ha mostrado admirable en esta ocasión, diciendo que comprendía muy bien lo que contabas de los guantes, añadiendo alegremente que tú eres su preferido. Eugenio mío, quiere mucho á tu tía; no te diré lo que por ti ha hecho hasta que hayas alcanzado el éxito que te propones conseguir; si ahora te hablara claro, su dinero te quemaría los dedos. ¡No sabéis, oh jóvenes, lo que es sacrificar recuerdos! Pero ¿qué no os sacrificaríamos? Me encarga decirte que te manda un beso, en el que quisiera comunicarte fuerza bastante para que seas

siempre afortunado. La pobre no te escribe, á causa de la gota de los dedos. Tu padre está bien. La cosecha excede á nuestras esperanzas. Adiós, hijo mío; no te digo nada de tus hermanas, porque Laura te escribe. Quiero dejarle el gusto de charlar sobre los asuntillos de familia. ¡Quiera Dios que triunfes! ¡Oh! sí, triunfa, Eugenio mío; me has hecho sentir un dolor demasiado vivo para que pudiera soportarlo una segunda vez! Hasta que he deseado una fortuna para mi hijo, no he comprendido lo que era ser pobre. ¡Vaya, adiós! No nos dejes sin noticias tuyas, y recoge aquí el beso que tu madre te envía. »

Lloroso estaba Eugenio al acabar la lectura de la carta, lloraba y pensaba en el papá Goriot aplastando su vajilla de plata para venderla y pagar la letra de su hija.

— También tu madre ha retorcido sus joyas, se decía, y tu tía habrá llorado, seguramente, deshaciéndose de algunas de sus reliquias. ¿Con qué derecho maldecirías á Anastasia? ¿Acaso no acabas de hacer tú, en interés de tu porvenir, lo que ella ha hecho por su amante? ¿Cuál de los dos vale más, ella ó tú?

Sentía el estudiante sus entrañas roídas por una sensación de calor intolerable. Quería prescindir de aquel dinero y renunciar al mundo, experimentando uno de esos bellos y nobles remordimientos secretos cuyo mérito rarísima vez aprecian los hombres cuando juzgan á sus semejantes y que á veces hace que los ángeles del cielo absuelvan al criminal condenado por los juristas de la tierra. Abrió Rastignac la carta

de su hermana, cuyas expresiones inocentemente graciosas le refrescaron el corazón:

« Muy á punto ha venido tu carta, querido hermano. Águeda y yo teníamos acerca del empleo que habíamos de dar á nuestro dinero ideas tan diferentes que no sabíamos por cuál decidirnos. Has hecho lo que el criado del rey de España cuando derribó los relojes de éste: nos han puesto de acuerdo. Siempre andábamos en discusiones para saber á cuál de nuestros deseos daríamos la preferencia, y no habíamos adivinado, mi buen Eugenio, el empleo que plenamente satisfacía nuestros corazones. Águeda saltaba de alegría. Hemos pasado el día como locas, siendo tan ruidosa nuestra alegría que mamá nos decía en tono severo: « ¿Pero qué tienen ustedes, señoritas? » Y, si nos hubiera reñido un poco, creo que aun habríamos estado más contentas. ¡Mucho debe de agradar á una mujer sufrir por aquel á quien ama! Sólo yo estaba, á pesar de mi alegría, pensativa y triste. No seré una buena mujer de mi casa, porque soy muy gastadora. Me había comprado dos cinturones, un punzón muy bonito para abrir los ojales de mi corsé y otras bagatelas, por la cual mis ahorros eran menores que los de la tranquilota de Águeda, que es económica y junta peseta á peseta como una urraca. ¡Tenía ella doscientos francos! Yo, pobre amigo mío, sólo tengo ciento cincuenta. Bien castigada estoy, y me dan ganas de coger los cinturones y echarlos al pozo; no voy á tener gusto al ponérmelos, sino al contrario. Te he robado. En cambio Águeda se ha po-

tado muy bien. Me dijo: « ¡Vamos á mandarle trescientos cincuenta francos las dos! » Mas no he podido resistir al deseo de contarte las cosas tal como ocurrieron. ¿Sabes cómo nos hemos arreglado para obedecer á tus órdenes? Salimos de casa como quien va de paseo, y, una vez en la carretera, corrimos á Ruffec, donde entregamos el dinero al señor Grimbert, encargado del despacho de las Reales Mensajerías. Íbamos ligeras como golondrinas que vuelven á sus nidos. « Parece que la alegría nos da alas », decía Agueda. Y nos dijimos otras muchas cosas que no quiero repetir aquí, señor parisiense, pero que se referían á usted. Aunque puedo decirlo en dos palabras. Te queremos mucho, ni más ni menos. En cuanto al secreto, dice la tía que las muñecas como nosotras somos capaces de todo, incluso de callar. Nuestra madre ha ido misteriosamente á Angulema con la tía, y ambas han guardado silencio en lo referente á la alta política de su viaje, el cual no se ha efectuado sin largas conferencias de las que hemos sido excluídas, y también el señor barón. Grandes conjeturas ocupan los espíritus en el Estado de Rastignac. El vestido de muselina con flores bordadas que las infantas bordan para Su Majestad la reina adelanta en medio del mayor secreto, sólo le faltan dos paños. Se ha acordado no construír la tapia de la parte de Vertueil: en su lugar se pondrá una empalizada. El pueblo perderá alguna fruta y algunas enredaderas, pero los forasteros disfrutarán de mejores vistas. Si necesitara pañuelos el presunto heredero, queda prevenido que la anciana princesa de Marcillac ha ha-

llado en sus dos baúles, llamados Herculano y Pompeya, tras minuciosas investigaciones en los tesoros que contienen, una hermosa pieza de tela de Holanda, cuya existencia era desconocida; las princesas Águeda y Laura ponen á su disposición hilo, agujas y manos siempre demasiado coloradas. Los dos príncipes menores, don Enrique y don Gabriel, conservan la funesta costumbre de atracarse de arrope, hacer rabiar á sus hermanas, no querer aprender una palabra, coger nidos, meter ruido y cortar, á pesar de lo que imponen las leyes del Estado, varas para hacer bastones. El nuncio de Su Santidad, vulgarmente llamado señor cura, amenaza excomulgarlos si persisten en olvidar los santos cánones gramaticales para dedicarse á ejercicios belicosos.

» Adiós, querido hermano. Ninguna carta ha llevado tantos votos por tu felicidad como ésta lleva, ni tanto ni tan satisfecho cariño. ¡Cuántas cosas tendrás que contarnos cuando vengas! A mí me confiarás todos tus secretos, por ser la hermana mayor. La tía nos ha dado á entender que has tenido alguna buena fortuna.

Háblase de una dama y lo demás lo callan...

» Responde pronto á esto, porque si quieres camisas buenas y bien cosidas, tendremos que ponernos á trabajar en ellas inmediatamente, y, si hay en París modas nuevas que no conozcamos, envíanos un modelo, sobre todo para los puños. ¡Adiós, adiós! Te mando un beso en la frente, del lado izquierdo, que es el que me pertenece exclusivamente... Dejo la otra hoja de la carta para Águeda, la cual me ha prome-

tido no leer lo que te escribo. Pero por si acaso, no me separaré de su lado hasta que acabe. Tu hermana, que te quiere. — LAURA DE RASTIGNAC. »

— ¡Oh, sí, pensó Eugenio, sí, la fortuna á toda costa! Todos los tesoros del mundo no recompensarían esta abnegación. Quisiera poder pagársela con todas las felicidades juntas... ¡Mil quinientos cincuenta francos! se dijo, después de una pausa. ¡Es necesario que cada pieza de cinco francos gane una victoria! Dice bien Laura. ¡Demonio de mujeres! Todas las camisas que tengo son ordinarias. El deseo de contribuír á la fortuna ajena hace muy perspicaces á estas muchachas. Inocente para ella y previsora para mí, Laura es como el ángel del cielo que perdona las culpas de la tierra sin comprenderlas.

¡Suyo era el mundo! Ya su sastre había sido convocado, sondeado, conquistado. Desde que Rastignac vió al señor de Trailles, comprendió la influencia del sastre en la vida de la gente joven. En efecto, no hay término medio: un sastre es un enemigo mortal ó un amigo proporcionado por una factura. Eugenio halló en el suyo un hombre que ejercía el comercio de una manera, en cierto modo, paternal, y que se consideraba como una especie de lazo de unión entre el presente y el porvenir de sus parroquianos jóvenes. Así es que Rastignac, agradecido, hizo la fortuna de aquel hombre con una frase típica, de esas en que más tarde sobresalió. « He visto de él, decía, dos pantalones que han proporcionado á sus bienaventurados dueños herederas con veinte mil francos de renta. »

¡Mil quinientos francos y ropa á discreción! Desde aquel momento el pobre meridional no dudó de nada, y bajó á almorzar con ese aire indefinible que da á un joven la posesión de algún dinero. Parece que, en cuanto éste entra en el bolsillo de un estudiante, levántase delante del favorecido para servirle de apoyo una columna fantástica. Camina más derecho, como sintiendo un punto de apoyo para su palanca, mira frente á frente y tiene más agilidad en todos sus movimientos. La víspera, humilde y tímido, hubiera recibido un golpe sin protesta; al día siguiente es capaz de pegar al primer ministro. Ocurren en él fenómenos inauditos: quiere todo, lo puede todo y todo lo desea; es alegre, generoso y expansivo. En una palabra, hállase como un pájaro que, sin alas momentos antes, se hallara con ellas de repente. El estudiante pobre atrapa un pedazo de placer como un perro que, arrostrando mil peligros, roba un hueso, lo rompe, chupa la médula y sigue corriendo; pero el que hace sonar en el bolsillo unas cuantas monedas de oro, saborea los goces que han de proporcionarle, los analiza, se complace en pensar en ellos, se cierne en los espacios, agitando sus alas, y no sabe lo que la palabra *miseria* significa. París entero es suyo. ¡Edad en que todo brilla, fulgura y llama! ¡Edad de fuerza alegre de la que nadie aprovecha, ni el hombre ni la mujer! ¡Edad de las dudas y de los continuos temores que duplican todos los placeres! ¡Quien no ha vivido en el ribazo izquierdo del Sena, entre la calle Saint-Jacques y la de Saint-Pères, nada conoce de la vida humana!

— ¡Ah! se decía Rastignac, devorando las peras

cocidas, á céntimo cada una, servidas por la viuda de Vauquer. Si las mujeres de París supieran, vendrían á amar aquí.

En efecto, un factor de las reales mensajerías presentóse en el comedor, después de haber abierto ruidosamente la verja del jardín. Preguntó por el señor Rastignac, y le alargó dos saquitos y un libro de asiento para firmar. Una mirada profunda de Vautrin cruzó el rostro de Eugenio, enrojeciéndolo como un latigazo.

— Con eso podrá usted pagar las lecciones de esgrima y las sesiones de tiro, dijo aquél.

— Han llegado los galeones, añadió la viuda mirando los saquitos.

La señorita Michonneau hizo por mirarlos, temiendo que si fijaba en ellos la vista habían de descubrir su codicia.

— Tiene usted una madre muy buena, dijo la de Couture.

— La madre del señor es muy buena, repitió Poiret.

— Sí, la mamá se ha dejado hacer una sangría, dijo Vautrin. Ahora podrá usted andar de juergas, frecuentar la alta sociedad, pescar dotes y bailar con las condesas que llevan en la cabeza adornos de flores de melocotón. Pero créame, pollo, frecuente usted las salas de tiro.

Vautrin remedó la actitud del que apunta á un adversario. Rastignac quiso dar propina al dependiente, pero por más que buscó no halló nada en los bolsillos. Vautrin metió la mano en el suyo y sacó un franco que dió al hombre.

— Conmigo tiene usted crédito, repuso mirando al estudiante.

Vióse Rastignac obligado á darle las gracias, aunque después de las palabras cambiadas entre ellos en tono tan agrio, el día en que volvía de casa de la de Beauseant, se le había hecho insoportable. Durante aquellos ocho días, Vautrin y Eugenio se habían contemplado en silencio, observándose mutuamente, sin que Eugenio pudiese explicar el por qué. Sin duda, las ideas se lanzan en razón directa de la fuerza con que han sido concebidas y van á caer allá donde el cerebro las envía, según una ley matemática comparable á la que dirige la bomba á la salida del mortero. Varían mucho los efectos que producen. Si hay naturalezas débiles en las que se aloja y hace estragos una idea, en cambio hay naturalezas enérgicas, cráneos de bronce, en los cuales las balas por otros disparadas se aplastan como contra una muralla; y por último, las hay sin consistencia, como de algodón, en las que las ideas ajenas se estrellan, así como se detienen y mueren las granadas en la blanda tierra de los reductos. Tenía Rastignac una de esas cabezas llenas de pólvora que al primer choque hacen explosión. Su juvenil vitalidad le hacía muy accesible á esta proyección de ideas, á este contagio de sentimientos, cuyos extraños fenómenos nos sorprenden frecuentemente. La vista de su espíritu poseía el alcance y la lucidez de sus ojos de lince. Cada uno de estos dobles sentidos tenía en él esa extensión misteriosa, esa facilidad de ida y vuelta que nos maravilla en los hombres superiores, tiradores expertos en encontrar los puntos

vulnerables de todas las corazas. Durante el mes que acababa de transcurrir habíase desarrollado en Eugenio igual cantidad de defectos que de cualidades. El mundo y el cumplimiento de sus crecientes deseos le exigían esos defectos. Entre sus cualidades, hallábase esa viveza meridional que encamina al hombre en línea recta hacia una dificultad para resolverla, y que no permite á nadie nacido al sur del Loira permanecer en ninguna incertidumbre, cualidad que los del norte llaman defecto, porque, dicen, si fué la causa de la fortuna de Murat, también lo fué de su muerte. De lo que debe deducirse, que cuando un meridional sabe unir la astucia del norte á la audacia del sur, es completo y queda en el trono de Suecia. No podía, por tanto, Rastignac, permanecer mucho tiempo bajo el fuego de las baterías de Vautrin sin decidir si éste era amigo ó enemigo. Por momentos pareciale que el singular personaje penetraba en sus pasiones y en su corazón leyendo en ellos, guardando con tal cuidado los propios, que presentaba la inmóvil inmensidad de la esfinge que todo lo sabe, todo lo ve y nada dice. Al sentirse lleno el bolsillo, Eugenio se insubordinó.

— Tenga usted la amabilidad de esperar, dijo á Vautrin, que después de haber saboreado los últimos sorbos de café, se levantaba para salir.

— ¿Para qué? contestó el interpelado poniéndose el sombrero de anchas alas, y tomando su bastón de hierro, con el cual se entretenía á veces en describir molinetes como hombre que no hubiera temido la acometida de cuatro ladrones.

— Deseo devolverle su dinero, repuso Rastignac

desatando rápidamente un saquito, y contando ciento cuarenta francos á la patrona. Entre amigos, cuentas claras, dijo á la viuda. Estamos en paz hasta fin de año. Haga el favor de cambiarme esta moneda de cinco francos.

— Entre amigos, cuentas claras, repitió Poiret mirando á Vautrin.

— Tome su franco, dijo Rastignac, extendiendo la mano hacia la esfinge con peluca.

— Diríase que tiene usted miedo de deberme algo, exclamó Vautrin, lanzando al joven una mirada adivinadora y dirigiéndole una de aquellas sonrisas socarronas y diogénicas que habían estado más de cien veces á punto de hacerle saltar.

— Pues... sí, contestó el estudiante, que, teniendo en cada mano uno de los saquitos, se había levantado para marcharse.

Vautrin iba á salir por la puerta que daba á la sala, y Eugenio por la de la escalera.

— ¿Sabe usted, señor marqués de Rastignac*orama*, que eso que usted dice no es muy delicado? dijo entonces Vautrin, empujando la puerta de la sala y yéndose al estudiante, el cual le miró friamente.

Cerró Eugenio la puerta del comedor y condujo á Vautrin al descanso de la escalera, que separaba dicha pieza de la cocina, y en el que había otra puerta que daba al jardín, sobre la cual se veía un ancho tragaluz cerrado por una reja. Una vez allí, el estudiante dijo delante de Silvia, que salía de la cocina:

— *Señor* Vautrin, ni soy marqués ni me llamo Rastignac*orama*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

— Van á pegarse, dijo la Michonneau con aire indiferente.

— ¡A pegarse! repitió Poiret.

— ¡Ca! respondió la señora viuda de Vauquer, acariciando la pila de escudos recibidos.

— ¡Pero si están en la alameda de los tilos! gritó Victorina, que se había levantado para mirar al jardín. El caso es que ese pobre muchacho tiene razón.

— Subamos á nuestras habitaciones, querida, dijo la señora de Couture; esos asuntos no nos importan.

Y cuando ambas se disponían á salir, hallaron interceptado el paso por la gruesa Silvia.

— ¿Pero que es lo que pasa? El señor Vautrin le ha dicho al señor de Rastignac: «¡Vamos á explicarnos!» Luego le ha cogido por un brazo, y allá van pisando las alcachofas.

En esto llegó Vautrin.

— Mamá Vauquer, dijo sonriendo, voy á probar mis pistolas bajo los tilos.

— ¡Oh, caballero! dijo Victorina en ademán suplicante, ¿por qué quiere usted matar al señor de Rastignac?

— ¿También usted?... dijo con acento zumbón, que hizo ruborizar á Victorina. Es un guapo muchacho, ¿no es verdad? Me ha dado usted una idea. Niña hermosa, os haré felices á los dos.

La viuda de Couture había cogido á Victorina por un brazo y la había sacado fuera, diciéndola al oído:

— Pero, Victorina, ¡está usted hoy imposible!

— Prohibo que haya tiros en mi casa, dijo la de Vauquer. Van ustedes á llamar la atención de los vecinos y á hacer que venga la policía.

— Vamos, vamos, no se sulfure, mamá Vauquier, contestó Vautrin. Está bien, está bien, iremos á la sala de tiro.

Y volvió con Rastignac, al que cogió familiarmente por un brazo.

— Aunque le probara á usted que á treinta y cinco pasos pongo cinco balas seguidas en un as de espadas, le dijo, no se asustará. Me parece que tiene usted mal genio, y que es usted muy capaz de hacerse matar como un imbécil.

— Usted se vuelve atrás, dijo Eugenio.

— No me excite usted la bilis, contestó Vautrin. No hace frío esta mañana, venga usted á sentarse allí, dijo señalando los bancos pintados de verde. Tenemos que hablar. Es usted un buen muchacho, á quien estoy muy lejos de querer mal. Le estimo á usted palabra de Eug... (¡mil rayos!) palabra de Vautrin. ¿Por qué? Voy á decírselo. Entre tanto sepa usted que le conozco como si le hubiera parido y que se lo voy á probar. Deje usted ahí sus sacos, añadió indicándole la mesa redonda.

Descansó Rastignac su dinero sobre la mesa y se sentó, presa de una curiosidad en alto grado excitada por el repentino cambio operado en los modales de aquel hombre que después de haber hablado de matarle se le presentaba como protector.

— Usted arde en deseos de saber quién soy, lo que he hecho y lo que hago, continuó diciendo Vautrin. Es usted muy curioso, amiguito mío. Por lo pronto, tran-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quilícese. Va usted á oír cosas buenas. He sido desgraciado. Principie usted por escuchar y luego me contestará. He aquí ahora mi vida anterior en tres palabras. ¿Quién soy? Vautrin. ¿Qué hago? Lo que me da la gana. Prosigamos. ¿Quiere usted conocer mi carácter? Soy bueno con los que me hacen bien ó con aquellos que me son simpáticos. Á éstos todo les está permitido conmigo; hasta pueden darme puntapiés en la espinilla sin que yo diga: « ¡Ojo! » Pero, ¡mil rayos! soy malo como el demonio con los que me incomodan ó que no me agradan. Bueno es que usted sepa que se me da tanto de matar á un hombre como de esto, dijo lanzando á lo lejos un poco de saliva. Sólo que hago lo posible por matarlo con limpieza y como es debido. Soy lo que usted llamaría un artista. Aquí donde usted me ve, he leído las *Memorias de Benvenuto Cellini*, y en italiano, por añadidura. Aquel hombre, que lo era de veras, me ha enseñado á imitar á la Providencia que mata á tuerto y á derecho, y á amar lo bello donde quiera que lo halle. ¿No es verdad que eso de jugar uno solo contra todos los demás hombres y ganar la partida es cosa que seduce? He reflexionado mucho acerca de la constitución presente de vuestro desorden social. Hijo mío, el duelo es un juego de niños, una tontería. Cuando de dos hombres vivos debe desaparecer uno, es preciso ser un imbécil para confiar su desaparición al acaso. ¿Qué es el duelo? Una cuestión de cara ó cruz; ni más ni menos. Meto cinco balas seguidas en el blanco, colocando cada una de ellas sobre la anterior y á treinta y cinco pasos de distancia. Me parece que con semejante habilidad bien puede

uno tener confianza delante de un hombre. Pues mire usted á qué sorpresas se presta el duelo: una vez me batí á veinte pasos... y no hice blanco en mi adversario; pero, en cambio, él, que en su vida había cogido una pistola, ¡zas! aquí tiene usted el recuerdo que me dejó. — Desabrochóse el chaleco y poniendo al descubierto un pecho velludo como el lomo de un oso, pero un vello rojizo que causaba espanto y repugnancia, hizo que Eugenio tocara con el dedo un agujero que en un lado tenía. — Pero entonces era yo un niño, tenía la edad de usted, veintiún años, y todavía creía en algo, en el amor de una mujer, por ejemplo, y en otra porción de tonterías en que va usted á embarrancar. Supongamos que nos hemos batido y que el muerto soy yo. Y usted ¿qué hace? Huir, refugiarse en Suiza y comerse el dinero de papá... que no lo tiene de sobra. Voy á darle á usted luz acerca de su actual situación, pero quiero hacerlo con la superioridad de un hombre que, después de haber examinado las cosas de este mundo, ha llegado á la conclusión de que no hay más que dos partidos que adoptar: una estúpida obediencia ó sublevarse. Yo no obedezco á nadie, ¿comprende usted? ¿Sabe usted lo que necesita, al paso que va? Necesita usted un millón inmediatamente, sin el cual podría bien suceder que esa cabecita vaya á caer en las redes de Saint-Cloud y marche á averiguar si hay un Ser Supremo. Ese millón voy á dárselo yo á usted.

Hizo una pausa y se quedó mirando á Eugenio.

— ¡Vaya, vaya! veo que pone usted mejor cara á su papaito Vautrin. Al oír tal palabra se esponja usted

como una señorita á la que se dice ¡hasta la noche! y que se compone relamiéndose como un gato que ha bebido leche. Más vale así. ¡Andando, pues, y á explicarnos! Esta es su situación, pollo. Usted tiene allá, en su pueblo, papá, mamá, tía mayor, dos hermanas (diez y ocho y diez y siete años) y dos hermanitos (quince y diez años); he aquí la lista de la gente. La tía educa á las dos hermanas, y el cura enseña latín á los hermanos. La familia come más castañas cocidas que pan blanco, el papá cuida cuanto puede los calzoncillos, la mamá se contenta con un vestido de verano y otro de invierno, y las hermanas se visten como pueden. Estoy al tanto de todo eso, he vivido en el Mediodía y me consta que las cosas pasan así cuando de una renta de tres mil francos que produce vuestro exiguo dominio, hay que enviarle á usted mil doscientos. Á lo sumo tenemos criado y cocinera, porque después de todo papá es barón y hay que mirar el qué dirán. Pero usted siente ambiciones; se trata con los Beauseant, que son parientes, y tiene que ir á pie por la calle; ansia hacer fortuna, y no posee un céntimo; suspira por las suculentas comidas del arrabal Saint-Germain, y se ve obligado á contentarse con los guisotes de mamá Vauquer, ¡desea un hotel, y duerme en un camaranchón! No censuro esos apetitos. No á todos les es dado tener ambición, simpático joven. Pregunte á las mujeres qué clase de hombres prefieren, y le contestarán que los ambiciosos, porque éstos son más fuertes, tienen más hierro en la sangre y más calor en el corazón que los demás. Y la mujer, que cuando se siente fuerte se considera feliz y más hermosa, prefiere á todos los hombres los que representan una gran fuerza, aun á riesgo de ser aplastada por ella. He hecho el inventario de las aspiraciones de usted con objeto de llegar á plantearle la cuestión. Y la cuestión es la siguiente: usted siente un hambre canina y tiene los dientes afilados, ¿cómo se las arregla para tener bien provista la despensa? Tenemos, en primer término, el código penal. No es muy apetitoso y no enseña nada, pero hay que comerlo. Sea. Se hace usted abogado para llegar á presidente de audiencia, enviar á presidio á unos cuantos pobres diablos que valen más que nosotros á pesar de las iniciales T. F. que que llevan en el hombro, probando usted de esta suerte á los ricos que pueden dormir tranquilos. Poco chiste tiene la cosa, á más de que se tarda en llegar á ese puesto. Es preciso, en primer lugar, estar hecho un papanatas en París por espacio de dos años, mirando, sin tocarlas, todas las golosinas que nos apetecen. Cansa á cualquiera eso de desear siempre sin satisfacerse jamás. Si usted fuese endeble, de constitución análoga á la de los moluscos, nada tendría usted que temer; pero usted tiene la naturaleza febril del león y un apetito capaz de obligarle á cometer veinte disparates diarios. Por tanto, sucumbirá usted á ese suplicio, el más horrible que nos ofrece el infierno del Dios de bondad. Admitamos que sea usted prudentito, que beba leche y componga elejías; será menester que, generoso como es usted, comience, después de disgustos y de privaciones que volverían rabioso á un perro, por ser sustituto de algún majadero ó pillete, en un rincón de provincia, adonde el gobierno le

arrojará á usted mil francos de sueldo como se arroja un plato de comida á un perro de guarda. Ladrará usted á los ladrones, defenderá usted al rico y hará guillotinar á la gente de corazón. ¡Muchas gracias! Si no tiene usted protector, se pudrirá en un tribunal de provincias. Alrededor de los treinta será usted juez con mil doscientos francos anuales de sueldo si aún no ha colgado usted la toga. A los cuarenta se casará usted con la hija de algún molinero dotada con seis mil francos de renta: delicioso. Si comete usted alguna bajeza política, vendiendo á un hombre que le estorbe al gobierno, á los cuarenta años será usted fiscal general y puede llegar á diputado. Observe usted, querido hijo mío, que para entonces le habrá á usted hecho algunos desgarrones la conciencia, sufrido veinte años de disgustos y de secretas miserias, y sus hermanas se habrán quedado para vestir imágenes. Tengo el honor de añadir á la anterior observación que sólo hay en Francia veinte fiscales generales, para cuyas veinte plazas son ustedes veinte mil aspirantes, entre los cuales hay farsantes que venderían á toda su familia para obtener un ascenso. Si este porvenir le desagrada, veamos otro. ¿Prefiere el señor barón de Rastignac ser abogado? ¡Oh, qué bonito! Tendrá usted que padecer diez años, gastar mil francos al mes, tener una biblioteca, un bufete; presentarse en sociedad, besar la toga de un abogado para tener causas, y barrer con la lengua el palacio de Justicia. Si ese oficio le pusiera á usted en candelero, no me opondría; pero encuéntreme usted en París cinco abogados que á los cincuenta años ganen más de cincuenta mil

francos anuales. ¡Yo, antes de empequeñecer de ese modo mi alma, me haría pirata! Además, dónde pescar los cuartos que me hacen falta? Poco risueño es todo eso. Tiene usted un recurso aún; la dote de una mujer. ¿Quiere usted casarse? Equivaldría á amarrarse una cuerda al cuello. Por otra parte, ¿adónde irán á parar sus ideas de dignidad y de nobleza si se casa usted por dinero? Para eso mejor fuera comenzar desde ahora mismo la guerra á los convencionalismos humanos. Poco sería arrastrarse como una culebra á los pies de una mujer, lamer los pies de la madre, cometer bajezas que repugnarían á una cerda. ¡Qué asco! ¡si por lo menos hallara usted dicha y reposo! Pero con una mujer con quien se case usted en tales condiciones será más desgraciado que las piedras de las alcantarillas. Más vale pelear con los hombres que con la mujer propia. Tal es la encrucijada de la vida: elija usted el camino, joven.

» Ya eligió: fué usted á casa de su primo Beauseant, y allí olfateó usted el lujo. Luego, en casa de la señora de Restaud, la hija de Goriot, ha visto usted á la mujer parisiense. Aquel dia volvió usted á casa con esta palabra escrita en la frente: *Llegar*, llegar á toda costa. La leí y me dije: *¡Bravo! ¡Este es de los mios!* usted necesitaba dinero, y, no sabiendo dónde obtenerlo, se lo ha sacado á sus hermanas. Todos los hermanos saquean más ó menos á sus hermanas. Reunidos, sabe Dios cómo, los mil quinientos francos, en un país donde abundan mucho más las castañas que las monedas de á cinco francos, van á desfilar como soldados en desbandada. ¿Qué hará usted des-

pués? ¿Trabajar? El trabajo, tal cual usted lo comprende ahora, da para la vejez un cuarto en casa de la señora de Vauquer á tipos por el estilo de Poiret. Una rápida fortuna es el problema que se proponen resolver en este momento cincuenta mil jóvenes que están en el propio caso que usted. Por tanto, usted es una unidad de aquel número. Calcule usted los esfuerzos que tendrá que hacer y lo encarnizado del combate. Como no hay cincuenta mil puestos buenos, se ven ustedes precisados á comerse unos á otros como arañas dentro de un puchero. ¿Y sabe usted los medios de abrirse camino? El brillo del genio ó la astucia de la corrupción. Hay que penetrar en esa masa humana como una bala de cañón ó filtrarse en ella como una epidemia. La honradez de nada sirve. Cede la masa ante el poder del genio; le odian, y tratan de calumniarle porque toma y no reparte; pero si persiste ceden al fin. En una palabra, se le adora de rodillas cuando no se ha podido enterrarle en el lodo. La corrupción abunda: el talento escasea. Por eso es la corrupción el arma de las medianías, que es lo que abunda, y muchas veces sentirá usted sus punzadas. Verá usted mujeres cuyos maridos tienen seis mil francos de sueldo por toda renta, gastar diez mil sólo en vestir; otras que se prostituyen para pasear en el carruaje de lujo de un par de Francia de esos que lucen en Longchamps sus caballos de carreras; empleados de doscientos francos que compran tierras, etc. Ha visto usted á ese pobre tonto de Goriot pagar la letra de cambio endosada por su hija, casada con un hombre que tiene cincuenta mil francos de renta; pues bien,

le desafío á que dé dos pasos en París sin hallar chanzas infernales. Apostaría la cabeza contra una de estas alcachofas á que la primera mujer que le guste, aunque tenga dinero, juventud y belleza, será para usted un avispero. Todas andan huidas de la ley y en guerra con sus maridos por esto, por lo otro, por todo, por nada. Sería el cuento de nunca acabar referir á usted los convenios que se establecen tratándose de amantes, de trapos, de niños, de matrimonios ó de vanidades, rara vez por virtud, téngalo usted por cierto.

» Así es que el hombre honrado es el enemigo común. ¿Pero qué cree usted que es el hombre honrado? En París, el hombre honrado es el que calla y no entra en el reparto. No hablo ahora de esos pobres ilotas que en todos los oficios trabajan sin que sus tareas sean debidamente recompensadas, y á los que yo llamo la cofradía de los zancajos de Dios. En ellos florece la virtud con todo el esplendor de la estupidez, pero también la miseria. Me figuro la cara que pondrán esos pobretes si el día del juicio final se le ocurre al Padre Eterno no comparecer.

» Si quiere usted hacer fortuna, es preciso ser rico desde ahora ó parecerlo. Y para ser rico hay que dar un gran golpe, ó, de lo contrario, se recurre á la estafa y ¡buenas noches! Si en las cien profesiones á que puede usted dedicarse todos llaman ladrones á los diez que llegan rápidamente á la meta, ¡saque usted la consecuencia! Esa es la vida tal como es. Parece una cocina en lo sucia y mal oliente, y en que el que quiere guisotear forzosamente ha de mancharse las manos; toda la moral de nuestra época consiste en

saber salir de apuros. Si le hablo á usted del mundo en estos términos es porque me ha dado derecho para ello; lo conozco. ¿Cree usted que lo censuro? Ni por asomos. Siempre ha sido igual y no serán los moralistas quienes lo cambien; el hombre es imperfecto. A veces también es hipócrita, y entonces dicen los necios que tiene ó no tiene sanas costumbres. Tampoco acuso á los ricos en nombre del pueblo; el hombre es el mismo, arriba, abajo y enmedio. Por cada millón de cabezas de ese rebaño perfeccionado, aparecen diez hombres listos que se sobreponen á todo, incluso á las leyes; yo soy de ésos. Y usted, si es hombre superior, marche en línea recta, con la frente erguida. Tendrá usted que luchar, como todos, contra la envidia, la calumnia, las medianías, contra todo el mundo. Napoleón tuvo por ministro de la guerra á un tal Aubri, el cual había estado á punto de enviarle á ultramar. ¡Tómese el pulso! Vea si podrá usted levantarse cada mañana con más voluntad que la que tuvo el día de antes. Aprovechando las circunstancias, voy á hacerle una proposición que nadie en lugar de usted rechazaría.

» Fíjese en lo que le voy á decir. Aquí donde usted me ve, tengo un proyecto. Mi proyecto consiste en irme á vivir patriarcalmente á una gran hacienda de muchísimas hectáreas de terreno, por ejemplo, á los Estados Unidos, al Sur. Quiero hacerme un plantador, poseer esclavos, ganar unos cuantos milloncitos vendiendo mis bueyes, mis tabacos y mis maderas, vivir como un príncipe, haciendo mi santa voluntad, en una palabra, pasar mis días de un modo de que nadie

tiene idea en esta tierra en que vivimos encerrados en madrigueras de yeso. Soy un gran poeta, pero no escribo mis poesías, porque éstas consisten en acciones, y en sentimientos. Poseo ahora cincuenta mil francos, con los cuales sólo tendría para cuarenta negros. Necesito doscientos mil francos, porque quiero tener doscientos negros, con objeto de satisfacer mis aficiones por la vida patriarcal. Los negros, sabe usted, son niños ya criados, de los que hace uno lo que quiere, sin que la curiosidad importuna del fiscal del rey le pida á usted cuenta. Con ese capital negro, y al cabo de diez años, tendré tres ó cuatro millones. Si lo consigo, nadie me preguntará quién soy, porque seré sencillamente el señor Cuatro Millones, ciudadano de los Estados Unidos. Para entonces habré cumplido los cincuenta; no estaré enclenque, ni mucho menos, y me divertiré á mi manera. En una palabra: si le procuro á usted una dote de un millón, ¿me dará usted doscientos mil francos? El veinte por ciento de comisión, ¿eh? ¿le parece á usted caro?... Usted sabrá hacerse querer de su mujercita. Una vez casado, hará usted ver que se siente inquieto, que tiene remordimientos, y durante quince días se finge triste. Una noche, después de unos cuantos mimos, declara usted, entre dos besos, doscientos mil francos de deudas á su mujer, llamándola: « ¡Amor mío! » Es comedia que á cada momento representan los jóvenes de posición más encumbrada. Una mujer no niega jamás la bolsa á aquel á quien ha entregado el corazón. ¿Cree usted perder en el negocio? No. En cualquier negocio encuentra usted medio de recuperar el dinero perdido.

Con el talento de usted y con dinero realizará usted una fortuna tan cuantiosa como quiera. Consecuencia de cuanto he dicho : en seis meses habrá usted hecho su felicidad, la de una mujer bonita y la del papá Vautrin, sin contar con la de la propia familia de usted, que ahora se sopla los dedos de frío en invierno á falta de leña. No le asombre á usted lo que le propongo ni lo que le pido. De cada sesenta casamientos ricos que se verifican en París, cuarenta y siete dan lugar á tratos semejantes. El colegio de notarios ha obligado al señor...

— ¿Qué debo hacer? preguntó ávidamente Rastignac, interrumpiendo á Vautrin.

— Una cosa insignificante, respondió aquel hombre dejando escapar un movimiento de alegría semejante al del pescador que siente al pez cogido en el anzuelo. ¡Oigame usted bien! El corazón de una pobre muchacha desgraciada y miserable es la esponja mejor dispuesta para la absorción del amor; esponja completamente seca que se dilata en cuanto cae en ella una gota de sentimiento. Cortejar á una joven que se halla en condiciones de soledad, de desesperación y de pobreza, sin que ella sospeche que el porvenir la reserva una fortuna, es jugar con los triunfos en la mano; conocer, antes de comprar el billete, los números que han de salir premiados en la lotería; operar en la Bolsa conociendo previamente las noticias. Hecha la conquista, la felicidad matrimonial queda asentada sobre bases indestructibles, y si la muchacha hereda millones se los arrojará á usted á los pies como si fueran piedras. « Toma, mi

bien, toma, Adolfo, Alfredo ó Eugenio », si Adolfo, Alfredo ó Eugenio han tenido el buen acuerdo de sacrificarse por ella. Por sacrificios entiendo yo vender un traje viejo para ir al *Cadran-Bleu* á comer juntos empanadas con setas y luego al teatro del *Ambigu-Comique* por la noche; empeñar el reloj para regalarle un chal. No hablo de las tonterías del amor, ni de esas pamemas tan del gusto de las mujeres, y que consisten en echar gotas de agua en el papel á manera de lágrimas cuando se está lejos de ellas, y en otras cosas de este jaez. Usted tiene traza de conocer bien la jerga del corazón. París, amigo mío, es como una selva del nuevo mundo, en la cual viven veinte especies de pueblos salvajes del producto de la caza que dan las diferentes clases sociales : usted es un cazador de millones, y para cazarlos usa usted lazos, liga ó reclamo; hay muchas maneras de cazar. Unos cazan dotes, otros liquidaciones; éstos pescan conciencias, aquéllos venden á sus clientes atados de pies y manos. El que vuelve con el zurrón lleno es saludado, festejado y recibido en la buena sociedad. Hagamos justicia á este hospitalario suelo : tiene usted, como teatro de sus hazañas, la ciudad de manga más ancha que hay en el orbe. Si las orgullosas aristocracias de todas las capitales de Europa rechazan de su seno al millonario infame, París le tiende los brazos, asiste á sus reuniones, come á su mesa y brinda por su infamia.

— ¿Pero dónde encontraremos la muchacha? dijo Eugenio.

— ¡Es de usted, la ve usted á diario!

— ¿Victorina Taillefer?

— Precisamente.

— ¿Y cómo?

— ¡Ya le quiere á usted su baronesita de Rastignac!

— No tiene un céntimo, contestó Eugenio muy extrañado.

Ya hemos llegado á la cuestión palpitante... Todavía das palabritas, dijo Vautrin, y todo quedará en claro. Es el papá Taillefer un viejo tuno, que pasa por haber asesinado á un amigo suyo durante la Revolución. Me es simpático por la independencia de sus opiniones. Es banquero, socio principal de la casa Federico Taillefer y compañía. Tiene un hijo, único, á quien quiere dejar todo su capital en perjuicio de Victorina. A mí no me agradan estas injusticias. Soy como Don Quijote, y me gusta salir á la defensa del débil contra el fuerte. Si tal fuera la voluntad de Dios que se llevara al muchacho, Taillefer volvería á hacerse cargo de su hija, porque quiere tener un heredero á toda costa (tontería muy natural), y no puede ya tener hijos; me consta. Victorina es amable y bonita. En poco tiempo se hará querer de su padre, y con el cordel del sentimiento le hará dar más vueltas que una peonza. Harto agradecida le quedará á usted para abandonarle, y se casará con ella. Yo me encargo del papel de la Providencia, yo obligaré á Dios á manifestar su voluntad. Tengo un amigo que me aprecia mucho, coronel del ejército del Loira, y que acaba de entrar en la guardia real. Atiende mis indicaciones y se ha hecho ultrarrealista, no siendo del número de

esos imbéciles que viven aferrados á sus opiniones. Otro consejo que me faltaba dar á usted es el de no mostrarse fiel á las ideas ni á las palabras: cuando le pidan á usted unas ú otras, véndalas. El que se jacta de no haber cambiado nunca de opinión, es hombre que marcha siempre en línea recta, un majadero que cree en su infalibilidad. No hay principios, sino sucesos solamente; no hay leyes, sino circunstancias; el hombre superior se alia á los sucesos y á las circunstancias para encarrilarlos á su antojo. Si hubiera principios y leyes fijas, no cambiarían de ellos los pueblos como nosotros cambiamos de camisa. Nadie está obligado á tener mejor juicio que una nación entera. El hombre que menos servicios ha prestado á Francia es un ídolo, venerado por haberlo visto todo de color de sangre, pero que sólo sirve, á lo sumo, para figurar en el Conservatorio, entre las máquinas, con una etiqueta que diga Lafayette; mientras que el príncipe á quien todos atacan y que desprecia á la humanidad lo bastante para arrojarle al rostro cuantos juramentos pida, ha impedido el reparto de Francia en el Congreso de Viena: debieron levantarle estatuas, y le tiran puñados de cieno. ¡Oh! yo entiendo de negocios; poseo muchos secretos de mucha gente. No digo más. Tendré una opinión fija el día en que encuentre tres cabezas que estén de acuerdo sobre el empleo de un principio, y creo que lo mejor es esperar sentado, para no cansarse. No hallará usted en los tribunales tres jueces que tengan la misma opinión acerca de un artículo de la ley. Volvamos á mi hombre. Clavaría de nuevo á Cristo en la cruz si yo se lo dijera. Con una

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

sola palabra del buen papá Vautrin buscará camorra á ese bribón que no envía á su hermana ni una moneda de cinco francos, y...

Llegando á este punto, Vautrin se levantó, se puso en guardia, é hizo el movimiento de un maestro de armas que se tira á fondo, y añadió en seguida : « Y al otro mundo. »

— ¡Qué horror! dijo Eugenio. ¿Usted se chancea, señor Vautrin?

— Calma, calma, calma, repuso aquel hombre. No haga usted niñerías; sin embargo, indignese usted, enfadése usted, si eso le ha de servir de entretenimiento. Diga usted que soy un infame, un malvado, un pillo, un bandido; pero no me llame usted espía ni estafador. Vamos, ande usted; dé rienda suelta á su indignación. Desde luego se lo perdono á usted porque es muy natural á su edad. Lo mismo he sido yo... ¡sí, yo! Pero piense usted que hará usted algún día algo peor que lo que le propongo : irá usted á cortejar á alguna mujerzuela y recibirá usted dinero de ella. Y ya ha pensado usted en ello, dijo; porque ¿cómo llegará usted á lo que se propone si no vende usted su amor? La virtud, mi querido estudiante, no tiene término medio; es ó no es. Nos hablan de hacer penitencia por nuestros culpas. ¡Otro lindo sistema aquel en virtud del cual queda uno aligerado de un crimen por medio de un acto de contrición! Seducir á una mujer para llegar por este medio á colocarse en tal peldaño de la escala social; sembrar la cizaña entre los hijos de una misma familia, y otras muchas infamias que se practican al calor de una buena chimenea,

para propia satisfacción ó por interés personal, ¿cree usted que son actos de fe, esperanza y caridad? ¿Por qué se ha de condenar á dos meses de cárcel al dandy que, en una noche, despoja á un muchacho de la mitad de su fortuna, y á presidio al pobre diablo que roba un billete de mil francos con circunstancias agravantes? ¡Esas son vuestras leyes! ¡No hay en ellas un solo artículo que no sea absurdo! Un bandido de guante blanco y de palabras más blancas aún comete uno ó varios asesinatos, en los que no derrama sangre, pero hay quien la vierte para darla; un asesino vulgar penetra en una habitación valiéndose de una ganzúa : ¡dos cosas nocturas! Entre lo que ahora propongo yo á usted y lo que usted hará algún día, no hay otra diferencia que la sangre de menos. ¡Y usted cree en la fijeza de los principios sociales! Desprecie usted á los hombres, y vea usted el modo de pasar sin enredarse al través de la red del código. El secreto de las grandes fortunas sin causa aparente es un crimen olvidado, porque fué ejecutado con limpieza.

— ¡Basta, caballero! no quiero seguir escuchándole. Llegaría usted á hacerme dudar de mí mismo. El sentimiento es en este instante toda mi ciencia.

— Como usted guste, hermoso joven. Le creía á usted de más agallas, dijo Vautrin. No le diré nada más. Una palabra, sin embargo.

Y mirando fijamente al estudiante, añadió:

— Usted posee mi secreto.

— Un joven que rehusa sus ofrecimientos lo olvidará muy pronto.

— Ha dicho usted muy bien eso, y me gusta. Otro sería menos escrupuloso. Tenga usted presente lo que quiero hacer por usted. Le doy quince días de plazo. Es cosa de tomarlo ó dejarlo.

— Pero ¡qué cabeza de hierro tiene este hombre! exclamó Rastignac, viendo á Vautrin alejarse tranquilamente con su bastón debajo del brazo. Me ha venido á decir en crudo lo mismo que la señora de Beauseant me decía guardando las formas. Me desgarraba el corazón con garras de acero. ¿Por qué quiero ir á casa de la señora de Nucingen? Adivinó ese hombre mis propósitos cuando acababa yo de concebirlos. En una palabra, ese bandido me ha dicho más cosas acerca de la virtud que me han enseñado los hombres y los libros. ¡Si la virtud no tiene término medio, quiere decir que he robado á mis hermanas! exclamó arrojando los sacos sobre la mesa.

Se sentó, quedando sumido en una meditación que le entontecía por su intensidad.

— ¡No apartarse en nada de la virtud, martirio sublime! ¡Bah! todo el mundo cree en la virtud; pero ¿quién es virtuoso? Los pueblos han hecho de la libertad un ídolo; pero ¿dónde hay en la tierra un pueblo libre? Aun está mi juventud pura como un cielo sin nubes; y ambicionar la grandeza y el dinero, ¿no es lo mismo que resignarse á mentir, á doblarse, á arrastrarse, á enderezarse después, á adular y á disimular? ¿no es consentir en hacerse el lacayo de los que han mentido, y se han doblado y arrastrado? Antes de ser su cómplice, es preciso servirles. Pues bien, no. Quiero trabajar noble y santamente, quiero trabajar día y noche y no deber mi fortuna sino á mi propio esfuerzo. Será la más lenta de las fortunas: pero cada noche, reclinaré en la almohada una cabeza limpia de todo mal pensamiento. ¿Hay nada tan hermoso como contemplar la propia existencia y hallarla blanca como una azucena? La vida y yo somos dos novios, y Vautrin me ha hecho ver lo que seremos á los diez años de casados. ¡Demonio! ¡Se me va la cabeza! No quiero pensar en nada; el corazón es el mejor guía.

Vino á sacar á Eugenio de sus ensueños la voz de la gruesa Silvia anunciándole la llegada del sastre, ante el cual se presentó teniendo en cada mano su saquito de dinero, circunstancia que le agradó aprovechar. Probada que hubo la ropa, púsose su nuevo traje de mañana, que le daba un aspecto completamente distinto.

— Supongo que valgo siquiera lo que Máximo de Trailles, se dijo. Después de todo, tengo, en verdad, el aspecto de un gentilhombre.

— Caballero, dijo Goriot, entrando en el cuarto de Eugenio, usted me preguntó si sabía las casas á que concurre la señora de Nucingen.

— Sí.

— Pues bien, va el lunes al baile del mariscal Carigliano. Si usted puede asistir, me dirá si mis hijas se han divertido, el traje que tengan, todo en fin.

— ¿Y cómo lo ha sabido usted, mi buen papá Goriot? dijo Eugenio haciéndole sentar ante su chimenea encendida.

— Su doncella me lo ha dicho. Sé por Teresa y por

Constancia cuanto hace, añadió con tono muy gozoso.

El anciano tenía en aquel momento todo el aspecto de un enamorado joven que ha dado con una buena estratagema para comunicarse con su amada sin que ésta lo sospeche siquiera.

— ¡Usted, usted sí que las verá! dijo expresando con sencillez una envidia llena de dolor.

— No lo sé, replicó Eugenio. Voy á ir á casa de la de Beauseant para preguntarle si puede presentarme á la mariscala.

Pensaba Eugenio con una especie de alegría íntima en presentarse á la vizcondesa vestido con toda elegancia. Lo que los moralistas llaman abismos del corazón humano son, sencillamente, pensamientos engañosos, movimientos involuntarios del interés personal. Esas peripecias, objeto de tantas declamaciones, esos cambios repentinos redúcense á cálculos hechos en provecho de nuestra personal satisfacción. Viéndose bien vestido, bien enguantado y bien calzado, Rastignac olvidó sus virtuosos propósitos. La juventud, cuando se inclina hacia lo injusto, no se atreve á mirarse en el espejo de su conciencia, mientras que la edad madura se ha mirado ya en él antes: en eso consiste la diferencia entre ambas fases de la vida.

Desde hacía algunos días, los dos vecinos, Eugenio y papá Goriot, habían trabado afectuosa amistad. Radicaba ésta en las mismas razones psicológicas que habían producido entre Vautrin y el estudiante sentimientos contrarios. El atrevido filósofo que quiera comprobar los efectos de nuestros sentimientos en el mundo físico, halla sin duda más de una prueba de

su efectiva materialidad en las relaciones que crean entre nosotros y los animales. ¿Qué fisonomista adivina un carácter con más rapidez que la que emplea un perro para saber si un desconocido se le acerca con buenas ó malas intenciones? El *gancho*, expresión proverbial muy vulgar, expresa un hecho de esos que quedan consignados en las lenguas para desmentir las tonterías filosóficas en que incurren los que se ocupan en acechar las raspaduras de las palabras primitivas. Percibimos que nos aman. El sentimiento se graba en las cosas, y cruza los espacios. Una carta es un alma, eco tan fiel de la voz que habla, que los espíritus delicados la miran como á uno de los más inapreciables tesoros del amor. Papá Goriot, á quien su irreflexivo sentimiento elevaba á la sublimidad de la raza canina, había olfateado la compasión, la admirativa bondad y las juveniles simpatías que por él se habían despertado en el corazón del estudiante. Sin embargo, aun no había resultado de aquella unión naciente ninguna confidencia. Si el joven había manifestado el deseo de ver á la señora de Nucingen, no era porque pensara servirse del anciano como introductor, sino esperando utilizar alguna indiscreción de éste. Papá Goriot no le había hablado nunca de sus hijas sino con motivo de lo que él mismo se había permitido decir de ellas públicamente el día de sus dos visitas.

— Mi querido señor, habíale dicho al día siguiente, ¿cómo ha podido usted creer que Anastasia llevara á mal que pronunciara usted mi nombre? Mis dos hijas me quieren: soy un padre feliz. Lo que hay es que

mis dos yernos se han portado mal conmigo. No he querido que esas amadas criaturas sufran por mis disensiones con sus maridos, y he preferido verlas á hurtadillas. Este misterio me proporciona mil goces desconocidos de los padres que pueden ver á sus hijas siempre que quieren. A mí no me es posible, ¿comprende usted? Entonces lo que hago es ir á los Campos Elíseos, cuando hace buen tiempo, después de haber preguntado á las doncellas si salen mis hijas. Las espero al pasar. Cuando sus coches se acercan, el corazón me late con fuerza. Admiro su tocado, y ellas me envían una sonrisita, que es para mí como un rayo de sol que todo lo anima y alegra. Me quedo en en el mismo sitio para verlas á la vuelta. La brisa ha sonrosado sus rostros, y oigo decir en torno mío: « ¡Hermosa mujer! » Y eso me regocija el corazón. ¿No son sangre mía? Quiero al caballo que tira de su coche, y quisiera ser el perrillo que acarician sobre sus rodillas. Vivo de sus placeres. Cada cual tiene su modo de querer; el mío á nadie perjudica; ¿por qué, pues, intervienen en mis asuntos los demás? Soy feliz á mi modo. ¿Prohiben, acaso, las leyes, que vaya yo á ver á mis hijas por la noche cuando salen para ir al baile? ¡Qué dolor experimento si llego tarde y me dicen: « La señora ha salido! » Una vez esperé hasta las tres de la mañana para ver á Nasia, á la cual hacia dos días que no veía.

» ¡Estuve á punto de estallar de gusto. Por Dios, no hable usted de mí sino para decir lo buenas que son mis hijas! Se empeñan en hacerme mil regalos, pero se lo impido y les digo: « ¡Guardaos vuestro dinero!

¿Para qué quiero esas cosas si nada me hace falta?... » En efecto, ¿qué soy yo, señor mío? Un mezquino cadáver, cuya alma está allí donde están mis hijas... Cuando conozca usted á la señora de Nucingen, me dirá usted á cuál de las dos prefiere, dijo el buen hombre después de un momento de silencio, viendo que Eugenio se disponía á salir para irse de paseo á las Tullerías mientras llegaba la hora de presentarse á la señora de Beauseant.

Fatal fué para el estudiante aquel paseo. Algunas mujeres dieron muestras de haberse fijado en él. ¡Era tan joven y estaba tan guapo y vestido con tan buen gusto! Al verse objeto de atención casi admirativa, olvidó á sus hermanas y tía despojadas y sus virtuosas repugnancias. Había visto pasar sobre su cabeza á ese demonio que tan fácilmente se toma por ángel, á ese Satán de alas doradas, que siembra rubíes, que lanza saetas de oro á las fachadas de los palacios, cubre de púrpura á las mujeres y reviste de fatuo brillo á los tronos, tan sencillos en su origen; había escuchado al dios de esa vanidad llamativa, cuyo oropel parece ser un símbolo de poder. Las palabras de Vautrin, por cínicas que fueran, se habían afianzado en su corazón como en la memoria de una virgen se graba el perfil innoble de una vieja tercera que viene á decirla: « ¡Tendrás oro y amor á mares! » Después de haber paseado perezosamente, Eugenio presentóse á las cinco de la tarde en casa de Beauseant, y allí recibió uno de esos golpes terribles, contra los cuales hállanse sin armas los corazones jóvenes. Hasta entonces había hallado en la vizcondesa esa cortés ama-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

bilidad, esa gracia meliflua que da la educación aristocrática, pero que sólo es completa cuando la dicta el corazón.

Cuando entró, hizo la señora de Beauseant un gesto displicente, y dijo secamente :

— Señor de Rastignac, me es imposible recibirle, al menos en este instante, porque estoy ocupada...

Para un observador, — y Rastignac había llegado á serlo en muy poco tiempo, — la frase, el gesto, la mirada, la inflexión de la voz eran la historia del carácter y de las costumbres de aquella raza. Vió la mano de hierro bajo el guante de terciopelo; la personalidad, el egoísmo, bajo los modales atildados; la madera, bajo el barniz. Oyó, en una palabra, el *yo el rey*, que comienza en las gradas del trono y acaba bajo el uniforme del último gentilhombre. Eugenio había cometido la ligereza de creer, sin pruebas, en la nobleza de alma de la mujer. Como todos los desheredados, había firmado, de buena fe, el pacto delicioso que debe unir á protector y protegido, y cuyo primer artículo consagra, entre dos almas elevadas, una completa igualdad. El favor que reune á dos seres en uno solo es una pasión celeste, tan poco comprendida y tan rara como el amor. Uno y otro constituye la prodigalidad de las almas bellas. Rastignac, que á toda costa quería ir al baile de la duquesa de Carigliano, aguantó á pie firme la borrasca.

— Señora, dijo con voz conmovida, no hubiera venido, á no tratarse de un asunto importante; si es usted tan amable que me permite verla más tarde, esperaré.

— Pues en ese caso, venga usted á comer conmigo, dijo la vizcondesa, un tanto avergonzada de la excesiva dureza que había dado á sus palabras; porque, en realidad, aquella mujer era tan buena como gran señora.

Aunque vivamente impresionado por este repentino cambio, Eugenio se decía al salir :

« Arrástrate, súfrelo todo. ¡ Cómo serán las demás, si la mejor de las mujeres, olvidando en un momento las más amistosas promesas, te arroja lejos de sí como un zapato viejo ! ¡ Luego cada uno ha de bastarse á sí mismo ! Verdad es que su casa no es una tienda, y que me desfavorece el necesitar de ella. Es preciso, como dice Vautrin, hacerse bala de cañón. »

Las amargas reflexiones del estudiante se desvanecieron pronto por el placer que se prometía comiendo con la vizcondesa. De modo que, por una especie de fatalidad, los sucesos más insignificantes de la vida le impulsaban por el camino en el que, según las observaciones de la terrible esfinge de la casa de huéspedes, debía, como en un campo de batalla, matar para no ser muerto, engañar para no ser engañado, y á cuya entrada había de dejar el corazón y la conciencia, ponerse una máscara, burlar sin piedad á los hombres, y, como en Lacedemonia, coger la fortuna sin ser visto para merecer el premio.

Bondadosa y afable como de costumbre halló á la vizcondesa cuando volvió á su casa. Ambos se encaminaron hacia un comedor en el que el vizconde esperaba á su mujer, y en el que brillaba ese lujo de la

mesa que, como es sabido, llegó durante la Restauración á su apogeo. El señor de Beauseant, como tantos hombres gastados, no tenía otro placer que el del estómago, siendo en punto á gula de la escuela de Luis XVIII y del duque de Escars. Su mesa ofrecía doble lujo : el del continente y el del contenido. Jamás semejante espectáculo habíase ofrecido á la admiración de Eugenio, pues por primera vez comía en una de esas casas en que las grandezas sociales son hereditarias. Acababa la moda de suprimir las cenas con que en otro tiempo terminaban los bailes del Imperio, y en las que los militares tenían necesidad de reparar las fuerzas para prepararse á todos los combates que los esperaban así dentro como fuera. Sólo á bailes había asistido Eugenio todavía; pero el aplomo que más tarde le distinguió en tan alto grado, y que ya empezaba á adquirir, fué causa de que no llegara á embobarse tontamente. No obstante, viendo aquella plata esculpida y las mil delicadezas de un servicio suntuoso, y admirando por primera vez el profundo silencio en que se hacía, érale difícil, como hombre de imaginación ardiente, no preferir esta vida, siempre elegante, á aquella otra, toda de privaciones, que por la mañana quería abrazar. Su pensamiento lo transportó por un instante á la casa de huéspedes, y sintió tal horror hacia ella, que juró dejarla en el próximo mes de enero, tanto por tener habitación decente, cuanto por huir de Vautrin, cuya ancha mano sentía posada en su hombro. Cuando piensa uno en las mil formas que reviste en París la corrupción muda ó hablada, un hombre de buen sentido no puede dejar

de preguntarse por qué aberración funda el Estado escuelas en tal ciudad, cómo reune en ella á la juventud, cómo son respetadas las mujeres y cómo el oro que los cambistas exhiben en los escaparates no desaparece por arte de magia. Mas al reflexionar acerca de la escasez de crímenes, y hasta de simples delitos cometidos por los jovenes, ¡cuál no ha de ser el respeto que infunden esos pacientes Tántalos, que, luchando contra sí mismos, casi siempre quedan vencedores! Si se le pintara bien en su lucha con París, suministraría el estudiante pobre uno de los más dramáticos asuntos que pueden encontrarse en la civilización moderna.

La señora de Beauseant miraba en vano á Rastignac, invitándole á hablar. Nada quería decir en presencia del vizconde.

— ¿Me lleva usted esta noche á los Italianos? preguntó la vizcondesa á su marido.

— Bien sabe usted cuánto me agradaría complacerla, respondió con cierta socarrona galantería, que engañó al estudiante; pero tengo una cita en Variedades.

« Su querida » pensó la vizcondesa.

— ¿Por lo visto no tiene usted á Ajuda esta noche? preguntó el vizconde.

— No, respondió ella de mala gana.

— Pues, si le es indispensable un caballero para acompañarla, el señor de Rastignac se ofrecerá gustoso.

La vizcondesa miró á Eugenio sonriendo.

— Será para usted un compromiso, dijo.

— *El francés busca el peligro porque se encuentra*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

en él la gloria, ha dicho Chateaubriand, respondió Rastignac inclinándose.

Terminada la comida, un tronco veloz le conducía, en compañía de la señora de Beauseant, al teatro de moda, y creyóse bajo el influjo de un sueño de hadas cuando entró en un palco del centro, y vió dirigidos á él y á la vizcondesa, cuyo tocado era bellísimo, todos los gemelos. Caminaba de asombro en asombro.

— Me parece que deseaba usted hablarme, dijo la señora de Beauseant. ¡Ah! mire usted á la señora de Nucingen á tres palcos del nuestro. Su hermana y el señor de Trailles están del lado opuesto.

Mientras pronunciaba estas palabras, la vizcondesa miraba al palco en que debía estar la señorita de Rochefide, y, no viendo en él á Ajuda, su semblante se animó de un modo extraordinario.

— Es deliciosa, dijo Eugenio después de haber contemplado á Delfina de Nucingen.

— Tiene las pestañas blancas.

— Sí, ¡pero qué talle tan esbelto!

— Tiene manazas.

— ¡Qué hermosos ojos!

— El óvalo de la cara es demasiado alargado.

— ¡Son tan distinguidas las formas alargadas!...

— Mejor para ella que las tiene. Vea usted cómo toma y deja los gemelos. La sangre de los Goriot se manifiesta en todos sus movimientos, dijo la vizcondesa con gran asombro de Eugenio.

Pues el caso era que la señora de Beauseant á todas partes de la sala dirigía sus miradas sin parecer ocuparse para nada de la señora de Nucingen, y, no obstante, ni un solo gesto de ésta pasaba inadvertido por la vizcondesa. La concurrencia era brillantísima. Delfina de Nucingen estaba no poco satisfecha de ocupar casi por completo la atención del guapo y el elegante primito de la vizcondesa, el cual, en efecto, sólo á ella miraba.

— Si continúa usted mirándola de ese modo, va usted á dar un escándalo, señor de Rastignac. Además, he de decirle que nada conseguirá usted en nuestra sociedad si no se hace valer.

— Mucho me ha protegido usted ya, querida prima; pero, si quiere usted acabar su obra, sólo le pediré un favor que, sin costarle á usted gran cosa, puede serme muy útil. Me he enamorado.

— ¿Ya?

— Sí.

— ¿Y de esa mujer?

— ¿Serían atendidas mis pretensiones en otra parte? replicó, dirigiendo á su prima una mirada penetrante. La duquesa de Carigliano es dama de la señora duquesa de Berry, añadió después de una pausa; usted debe de verla; pues bien, tenga usted la bondad de presentarme á ella y de llevarme al baile que da el lunes. En él hallaré á la señora de Nucingen y libraré mi primera escaramuza.

— Con mucho gusto, contestó la vizcondesa. Si ya ha simpatizado usted con ella, me parece que no marchan mal las cosas para ese amor naciente. Allí tiene usted á de Marsay en el palco de la princesa Galathionne y la de Nucingen, despechada, está sufriendo un verdadero suplicio. No hay mejor ocasión para

acercarse á una mujer, sobre todo á una mujer de banquero. Todas esas señoras de la Chaussée-d'Antin son muy vengativas,

— ¿Y usted qué haría en su caso?

— Yo sufriría en silencio.

En esto, el marqués de Ajuda se presentó en el palco de la señora de Beauseant.

— He desatendido mis asuntos para venir á verla, dijo, y lo pongo en conocimiento de usted para que reconozca el sacrificio.

La expresión que tomó el rostro de la condesa enseñó á Eugenio á conocer las manifestaciones del amor verdadero y á no confundirlas con las muecas de la coquetería parisiense. Admiró á su prima, calló, y, suspirando, cedió su puesto al marqués de Ajuda.

« Qué noble y sublime criatura es una mujer cuando ama de tal modo, se dijo. ¡Y este hombre la engaña por una muñeca! ¿Cómo tiene valor para engañarla? »

Mordióle el corazón una rabieta infantil. Hubiera querido arrojarse á los pies de la señora de Beauseant y envidiaba el poder del demonio, con el cual hubiera podido arrebatarla llevándola en el corazón, como un águila arrebata de la llanura, para llevárselo á su nido, un tierno cabrito blanco que amamanta aún su madre. Sentíase humillado hallándose en aquel museo de belleza sin poder disponer de un cuadro, es decir, sin una amante. « Tener una querida y una posición casi regia, pensaba, es el verdadero signo de poderío. » Y miraba á la señora de Nucingen como un hombre insultado mira á su adversario. La vizcondesa volvió

la cabeza para darle las gracias por su discreción con un guiño. Acababa el primer acto.

— ¿Conoce usted á la señora de Nucingen lo bastante para presentar al señor de Rastignac? dijo al marqués.

— Seguramente tendrá sumo placer en ver al señor, contestó el marqués.

Y en seguida levantóse el bello portugués, y, cogiendo del brazo al estudiante, le condujo al palco de la señora de Nucingen.

— Señora baronesa, dijo el marqués, tengo el honor de presentar á usted al caballero Eugenio de Rastignac, primo de la vizcondesa de Beauseant. Tal impresión ha producido usted en él, que he querido contribuir á su felicidad acercándole á su ídolo.

Estas palabras fueron pronunciadas con cierto tono zumbón que disfrazaba el fondo, bastante crudo, del pensamiento que las había dictado; pero, sabiendo guardar las formas, no rechaza una mujer cierta clase de galanteos. La señora de Nucingen sonrió y ofreció á Eugenio el puesto de su marido que acababa de salir.

— No me atrevo á proponer á usted que permanezca á mi lado, dijo. Es demasiada suerte la de estar en compañía de la señora de Beauseant para que siquiera piense un hombre en apartarse de ella.

— Pero me parece, dijo Eugenio en voz baja, que si quiero agradar á mi prima debo continuar aquí. Antes de la llegada del señor marqués hablábamos de usted y de la distinción de toda su persona, añadió en alta voz.

El señor de Ajuda se retiró.

— ¿Pero de veras se queda usted, caballero? dijo

la baronesa. Entonces nos haremos amigos, porque mi hermana, la señora de Restaud, me había puesto ya en gran deseo de conocer á usted.

— Bien disfraza su pensamiento, pues me ha cerrado su puerta.

— ¿Cómo es eso?

— Tendré, señora, conciencia suficiente para manifestar á usted la razón que motivó ese incidente; pero reclamo toda su indulgencia al confiarle semejante secreto. Vivo pared por medio de su señor padre. Ignorando que la señora de Restaud fuese hija suya, cometí la torpeza de mencionarlo de manera poco correcta, y tanto la hermana de usted como su marido manifestaron evidentes señales de desagrado. No puede usted figurarse de qué mal gusto ha parecido á la duquesa de Langeais y á mi prima esta apostasía filial. Les conté la escena, y se rieron como locas. Entonces, haciendo la vizcondesa un paralelo entre usted y su hermana, me habló de usted en los términos más favorables, diciéndome lo buena que era usted con mi vecino el señor Goriot. ¿Cómo, en efecto, no le habría usted de querer? Tan apasionadamente la adora á usted que ya ha despertado celos en mí. Esta mañana hemos estado hablando de usted durante dos horas. Después, impresionado por lo que su padre de usted me ha referido, decía yo hablando con mi prima, mientras comíamos, que no podía ser usted tan hermosa como buena y cariñosa. Deseando, sin duda, favorecer una admiración tan entusiasta, me ha traído al teatro, diciéndome con su acostumbrada afabilidad que aquí la vería á usted.

— Siendo así, ya le debo á usted agradecimiento. Dentro de poco seremos como antiguos amigos.

— Desde luego, la amistad con una persona como usted no ha de parecerse á esa vulgaridad que bajo ese nombre corre por el mundo; y no obstante, señora, rehuso ser sólo su amigo.

Estas tonterías estereotipadas para uso de los principiantes agradan siempre á las mujeres, y sólo porque las leemos en momentos de indiferencia, y en frío, nos parecen insulsas. El gesto, los ademanes y las miradas de un hombre joven les dan extraordinario valor. La señora de Nucingen halló que Rastignac era muy agradable, pero como no podía contestar á las cuestiones planteadas tan en crudo por Eugenio, hizo lo que hacen siempre en este caso todas las mujeres: contestó á otra cosa.

— Por desgracia es cierto que mi hermana se perjudica con la manera que tiene de tratar á mi pobre padre. Para que yo haya dejado de verle todas las mañanas, ha sido necesario que mi marido me lo haya ordenado de un modo terminante. Pero ha sido muy desgraciada durante mucho tiempo; me pasaba los días llorando. Estas violencias, que siguieron á las brutalidades del matrimonio, han sido una de las causas que más han perturbado nuestro interior. Soy sin duda alguna la mujer más feliz de París en el concepto de los demás, pero en realidad la más desgraciada. Dirá usted que es preciso que esté loca para hablarle así. Pero como usted conoce á mi padre, yo no le considero como un extraño.

—Nunca ha dado usted con un hombre animado de

mayor deseo de pertenecerle y servirla... ¿Qué buscan ustedes? La felicidad, añadió con una voz que llegaba al alma. Escuche, pues, lo que le voy á decir: si la felicidad consiste, para una mujer, en ser amada, adorada, en tener un amigo á quien pueda confiar sus deseos, sus fantasías, sus penas, sus dichas; mostrarse en la desnudez de su alma, con sus lindos defectos y sus hermosas cualidades, sin temor á ser vendida; créame, ese corazón consagrado, dispuesto á sacrificarse, siempre ardiente, sólo puede existir en un hombre joven, lleno de ilusiones, capaz de morir á una señal de usted, que no conoce aún el mundo y que no quiere siquiera conocerle, porque para él el mundo es usted. Yo, y va usted á reirse de mi candidez, llego ahora del fondo de una provincia, sin malicia, no habiendo conocido sino almas buenas, y estaba decidido á vivir sin amor. Ocurrióme conocer á mi prima, que me ha colocado en sitio preferente en su alma, y me ha hecho adivinar los mil tesoros de la pasión; y así, mientras encuentro una mujer á quien amar, las amo á todas en general, como Chérubin. Al verla á usted, tan pronto entré en esta sala, sentía una corriente que me traía hacia aquí. ¡Había pensado ya tanto en usted! Pero no la había imaginado tan hermosa como lo es. La señora de Beauseant ha tenido que decirme que no la mirara á usted tanto. Ignora sin duda lo grato que es contemplar esos lindos labios rojos, esa blanca tez, esa mirada tan dulce... También le digo yo á usted tonterías, pero permítame que las diga.

Nada agrada á las mujeres como escuchar dulces

galanteos. La devota más austera los escucha; lo más que hace es no contestarlos. Después de haber comenzado de este modo, Rastignac continuó su oración á media voz, con cierta misteriosa coquetería, y la señora de Nucingen le animaba con sonrisas, mirando al mismo tiempo á Marsay, que no salía del palco de la princesa Galathionne. Rastignac permaneció junto á la señora de Nucingen hasta que el marido de ésta vino á buscarla para retirarse.

— Tendré mucho gusto, señora, en ir á verla antes del baile de la duquesa de Carigliano.

— Puesto que la señora le invita, dijo el barón, grueso alsaciano cuya redonda faz denunciaba una astucia peligrosa, puede usted estar seguro de ser bien recibido.

— Todo va á pedir de boca, porque no se ha ofuscado en demasía al oírme decir: « ¿Me amará usted mucho? » Ya tiene puesto bocado el animal; ahora, á brincar sobre su lomo y regirle, se dijo Eugenio yendo á saludar á la señora de Beauseant que se levantaba y salía con Ajuda.

El pobre estudiante ignoraba que la baronesa estaba aquella noche muy distraída esperando de Marsay una de esas cartas decisivas que desgarran el alma. Satisfechísimo de su supuesto éxito, acompañó á la vizcondesa hasta el peristilo, donde los concurrentes esperaban el coche.

— Está desconocido su primo, dijo el portugués á la de Beauseant, riendo, cuando Eugenio se hubo despedido de ellos. Creo que va á copar la banca. Es más fino que una aguja, y me parece que irá lejos.

Sólo usted ha podido escoger entre mil una mujer en el momento en que está necesitada de consuelo.

— Aun queda por saber, dijo la señora de Beauseant, si ella sigue amando á quien le abandona.

A pie regresó el estudiante desde el teatro Italiano á su casa de la calle Neuve-Saint-Geneviève, forjándose las ilusiones más agradables. Había notado la atención con que le examinara la señora de Restaud, ora cuando se hallaba en el palco de la vizcondesa, ora en el de Delfina de Nucingen, y sospechó que las puertas de la casa de la condesa volverían á abrirse para él. De manera que podía apuntar ya cuatro relaciones de las de primera fila, pues contaba que agradaría á la mariscala. Adivinaba, aunque sin darse cuenta de los medios, que, en el complicado engranaje de los intereses de este mundo, debía agarrarse á una de las ruedas para subir á lo largo de la máquina, sintiéndose con fuerzas suficientes para detener la rueda, ya que se hallara él en la cúspide. « Si la de Nucingen llega á tener algún interés por mí, yo la enseñaré á gobernar á su marido, el cual marido, puesto que realiza magníficos negocios, puede muy bien servirme para hacer fortuna. » Esto no se lo decía él á sí mismo crudamente, pues no era aún lo suficiente astuto para precisar una situación, apreciarla y calcularla; aquellas ideas flotaban en su horizonte bajo la forma de ligeras nubes, y aunque no tenían la brutal aspereza de las de Vautrin, es seguro que, sometidas al crisol de la conciencia, hubieran dado un residuo de muy dudosa pureza. Los hombres llegan por una serie de transacciones de este género

á esa moral relajada que profesa la época actual, época en la que son más raros que en ninguna otra esos caracteres rectangulares, esas voluntades admirables que no se doblan nunca ante el mal, y á las que á la menor desviación de la línea recta parece un crimen; imágenes magníficas de la probidad que nos han valido obras maestras, tales como el Alcestes, de Molière, y más recientemente Jenny Deans y su padre en la obra de Walter Scott. Acaso la obra opuesta, la pintura de los caminos tortuosos que sigue un hombre de mundo, y por los que un ambicioso hace rodar á su conciencia, tratando de costear el mal con objeto de llegar á su fin salvando las apariencias, no fuera menos hermosa ni menos dramática. Al pisar el umbral de su casa, Rastignac sentíase enamorado de Delfina Nucingen, la cual le había parecido esbelta y fina como una golondrina. La dulzura embriagadora de sus ojos, el delicado y suave tejido de su piel bajo la que había creído ver correr la sangre, el encanto de su voz, sus rubios cabellos; todo lo recordaba; y acaso la marcha, acelerando el movimiento de la sangre, cooperara á la fascinación. El estudiante llamó con fuerza á la puerta de Goriot:

— Vecino, he visto á Delfina.

— ¿Dónde?

— En los Italianos.

— ¿Se divertía mucho? Entre usted.

Y el buen hombre, que se había levantado en camisa, abrió la puerta y volvió á acostarse rápidamente.

— Pero háblame usted de ella, añadió en tono de súplica.

No pudo Eugenio, que por primera vez entraba en el cuarto de papá Goriot, reprimir un movimiento de asombro viendo, después de haber admirado el lujo de la hija, la zahurda en que vivía el padre. La ventana carecía de cortinas; el papel pintado que cubría las paredes caía á pedazos por efecto de la humedad, y se abarquillaba dejando al descubierto el yeso ennegrecido por el humo. El buen viejo yacía sobre una mala cama; sólo tenía una manta de poco abrigo y un cubrepiés acolchado que consistía en retazos de vestidos viejos de la patrona. El piso estaba húmedo y polvoriento. Frente á la ventana veíase una de esas cómodas viejas de palo rosa y frente curvado, con tiradores de cobre retorcido, figurando sarmientos cubiertos de hojas ó flores; mueble viejo con tablero de madera, sobre el cual se veía una jarra de agua en su jofaina y todos los enseres necesarios para afeitarse.

En un rincón, los zapatos; junto á la cabecera de la cama, una mesa de noche, sin puerta ni piedra mármol; en el hueco de la chimenea, en la que no se veía el menor indicio de fuego, estaba la mesa cuadrada, de nogal, cuya barra había servido á Goriot para deformar el servicio de plata sobredorada. Un destartalado mueble, armario-escritorio sobre el que descansaba el sombrero del buen viejo, una butaca con asiento de paja y dos sillas, completaban aquel mobiliario miserable. El cortinaje de la cama pendía de una armadura sujeta al techo con un trapo, y consistía en una mala blonda de tela de cuadros blancos y colorados.

El más pobre mozo de cuerda tenía mejores muebles en su buhardilla que el tío Goriot en casa de la señora de Vauquer. El aspecto de aquel cuarto daba frío y oprimía el corazón, recordando el más triste calabozo que pudiera imaginarse. No se dió cuenta Goriot de la expresión del rostro de Eugenio al colocar el candelero sobre la mesa de noche. El buen hombre volvióse hacia él, permaneciendo tapado hasta la barba.

— Vamos á ver, ¿quién le gusta á usted más, Anastasia de Restaud ó Delfina de Nucingen?

— Prefiero á Delfina, respondió el estudiante, porque le quiere á usted más.

Al oir estas palabras, dichas con cierto calor, el pobre anciano sacó un brazo y estrechó la mano de Eugenio.

— Gracias, gracias, exclamó Goriot conmovido. Y cuénteme, ¿qué le ha dicho ella de mí?

Repitió el estudiante las frases de la baronesa embelleciéndolas, y el viejo le escuchó como si oyera la palabra de Dios.

— ¡Querida hija mía! Sí, sí, me quiere mucho. Pero no crea usted lo que ha dicho de Anastasia. Las dos hermanas se tienen envidia, ¿sabe usted? Y eso es una prueba más de su ternura. Mucho me quiere también la señora de Restaud. Lo sé. Un padre es para sus hijos lo que Dios para nosotros: penetra hasta el fondo de las almas y juzga las intenciones. Las dos me adoran lo mismo. ¡Ah! si hubiera tenido buenos yernos, habría sido demasiado feliz. Acaso no hay en el mundo felicidad completa. Si hu-

biera vivido con ellas, sólo con escuchar su voz, con saber que estaban allí, con verlas salir y entrar, como cuando vivían conmigo, el corazón se me hubiera saltado del pecho. ¿Iban bien vestidas?

— Elegantísimas. Pero, señor Goriot, ¿por qué razón, teniendo hijas tan ricas y tan ventajosamente casadas, vive usted en semejante chiribitil?

— ¿Y para que? ¿de qué me serviría tener mejor habitación? dijo el anciano con aire de aparente indiferencia. No puedo explicárselo á usted, porque no sé expresarme como es debido. Aquí está cuanto me interesa, añadió, golpeándose el pecho. Mi vida está entera en mis dos hijas. Si se divierten, si son felices, si van bien vestidas, si pisan alfombras, ¡qué me importa la ropa que uso ni el sitio en que me acuesto! No tengo frío si tienen calor, nunca me aburro si ellas se ríen. No tengo otras penas que las suyas. Cuando sea usted padre y pueda usted decir, oyendo balbucear á sus hijos: « Esto ha salido de mí »; cuando vea usted en cada criatura de aquéllas sangre de su propia sangre, mejor dicho la esencia de su sangre, ¡porque así es! creerá que forman parte de usted, y que hasta cuando ellos se mueven se mueve usted. El eco de su voz me responde por doquier. Una mirada suya, si es triste, me hiela la sangre. Algún día sabrá usted que su felicidad nos es más cara y sabrosa que la nuestra. No puedo explicarle esto: son unos como movimientos interiores que nos inundan de bienestar. En una palabra, tengo tres vidas. ¿Quiere usted que le diga una cosa rara? Pues cuando fuí padre comprendí á Dios. Está todo él en todas partes, puesto que de él ha salido la creación. Señor mío, eso mismo me ocurre con mis hijas. Sólo que yo las quiero más á ellas que Dios al mundo, porque el mundo no es tan hermoso como Dios, mientras que mis hijas son mucho más hermosas que yo. Las tengo tan dentro de mi alma que ya había presentido que las vería usted esta noche. ¡Dios mío! El hombre que hiciera á mi Delfina todo lo feliz que es una mujer cuando se siente amada de veras, pues á ese hombre le limpiaría yo las botas, sería su criado y le haría los recados. Por su doncella he sabido que el mequetrefe de Marsay es un vil perro. Me han dado ganas de retorcerle el pescuezo. ¡No amar á una mujer que es una joya, con una voz de ruiseñor y con un cuerpo de estatua! ¿Dónde tenía los ojos cuando se casó con ese mostrenco de alsaciano? Ambas necesitaban jóvenes simpáticos. ¡Pero, en fin, han hecho su capricho!

Sublime resultaba el tío Goriot. Hasta entonces no había tenido Eugenio ocasión de verle iluminado por el fuego de su pasión paternal. Es muy digno de ser notado el poder de transmisión que tienen los sentimientos. Por tosca que sea una criatura, desde el momento en que le domina un afecto verdadero y fuerte, exhala un fluido particular que modifica su fisonomía, anima su gesto y da tono á su voz. Suele ocurrir que el ser más estúpido llega, á impulsos del movimiento pasional, á la elocuencia más sublime de ideas y aun de palabras, y parece moverse en una esfera luminosa. Tenía el buen viejo en la voz en aquel instante la potencia comunicativa que distingue

al actor de vuelos. Pero ¿qué son los sentimientos sublimes sino la poesía de la voluntad?

— Pues ya que es usted tan apasionado por sus hijas, no le ha de disgustar, supongo, el saber que Delfina va á romper con de Marsay. Este guapo mozo la ha dejado para dedicarse á la princesa Galathionne. En cambio, yo me he enamorado de Delfina esta noche.

— ¡Hombre! exclamó el tío Goriot.

— Sí; y creo que no le he parecido mal. Hemos hablado de amor durante una hora, y he quedado en ir á verla el sábado.

— ¡Ah! ¡cuánto le querré á usted si ella le quiere!. Usted es bueno, y no la atormentará. Pero si le hace usted traición, empezaré por cortarle á usted el pescuezo. Una mujer no puede tener dos amores, ¿sabe usted?... Dios mío, ¿qué tontería estoy diciendo? Hace aquí frío para usted, Dios mío, ¿conque ha hablado usted con ella? ¿Y qué le ha encargado que me diga?

« Nada », pensó Eugenio.

— Me ha dicho, respondió en alta voz, que le enviaba á usted un cariñoso beso de hija.

— ¡Buenas noches, vecino mío! duerma usted bien y sueñe con cosas agradables; pues yo, con lo que usted me ha dicho, pasaré una noche deliciosa. ¡Protéjale Dios en sus deseos! Ha sido usted esta noche para mí como un ángel que me ha traído las brisas de mi hija.

« ¡Infeliz! pensaba Eugenio al acostarse; lo que le pasa basta y sobra para ablandar un corazón de mármol. Su hija se ha acordado tanto de él como del Gran Turco. »

Desde esta conversación, vió el tío Goriot en su vecino un confidente inesperado y un amigo,. Habíase establecido entre ambos el único lazo que podía unir al viejo con otro hombre. Las pasiones no se equivocan nunca. Goriot veíase menos alejado de Delfina y mejor recibido por ella si Eugenio llegaba á ser amado por la baronesa. Por otra parte, ya le había confiado una de sus grandes penas; Delfina, á la cual deseaba mil veces al día todo género de felicidades, no había conocido las dulzuras del amor. Eugenio era, sin duda alguna, uno de los jóvenes más guapos, para servirnos de su expresión, que había visto, y pareciale que proporcionaría á Delfina todos los goces de que hasta entonces había estado privada. Por todos estos motivos, el pobre viejo dedicó al estudiante una amistad que fué en aumento, y sin la cual no hubiéramos conocido el desenlace de esta historia.

Durante el almuerzo del día siguiente, sorprendieron muchísimo á los huéspedes la afectación con que Goriot miraba á Eugenio, junto al cual se colocó, las palabras que le dijo y el cambio de su fisonomía, la cual parecía de ordinario una mascarilla de yeso. Vautrin, que por primera vez veía á Eugenio desde su entrevista, parecía querer leer en su alma.

Al recordar el proyecto de aquel hombre, Eugenio, que, la víspera, antes de dormirse, había medido el vasto horizonte que ante él se abría, pensó en la dote de Victorina Taillefer, no pudiendo excusarse de mirarla como mira á una rica heredera todo hombre mozo, por virtuoso que sea. Encontráronse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

casualmente sus miradas, y no dejó la pobre muchacha de hallar guapísimo á Eugenio con su ropa nueva. Aquella mirada fué lo bastante significativa para que Rastignac comprendiera que la joven había hecho de él el objeto de esos deseos confusos que todas sienten y que cifran en el primero que llega á interesarlas. Una voz interior le gritaba: « ¡Ochocientos mil francos! » Mas en seguida le presentó su espíritu los recuerdos de la noche anterior, y pensó que su pasión, más ó menos artificial, por Delfina de Nucingen, podía servir de antídoto á aquellos malos pensamientos involuntarios.

— Daban anoche en los Italianos el *Barbero de Sevilla*, dijo el joven. En mi vida he oído música tan deliciosa. ¡Qué dicha la de poder tener un palco en los Itatos lianos!

Al vuelo cogió estas palabras el tío Goriot como un perro sigue con la vista los movimientos de su amo.

— ¡Dichosos los hombres! dijo la Vauquer, ¡hacen lo que quieren!

— ¿Cómo ha vuelto usted del teatro? preguntó Vautrin.

— A pie.

— A mí, replicó el tentador, no me gustan los placeres á medias. Querría ir en coche y á mi propio palco, y volver á casa con igual comodidad. ¡Todo ó nada! Tal es mi lema,

— ¡Y no hay otro, dijo la patrona.

— Acaso vaya usted á ver á la señora de Nucingen, dijo Eugenio en voz baja á Goriot. Esté usted seguro de que le recibirá con los brazos abiertos. Querrá

informarse de mí minuciosamente. He sabido que se desvive por ser recibida en casa de mi prima, la condesa de Beauseant. No deje usted de decirle que por lo mucho que ya la quiero tendré vivo placer en procurarle esa pequeña satisfacción.

Tan pronto acabó de comer, encaminóse Rastignac hacia la clase de Derecho, queriendo estar en aquella odiosa casa el menor tiempo posible. Pasóse el día paseando, de acá para allá, presa de esa especie de fiebre cerebral que han padecido los jóvenes afectados de esperanzas demasiado vivas. Las filosofías de Vautrin hacíanle pensar en la vida social, cuando acertó á encontrar á su amigo Bianchon en el jardín de las Tullerías.

— ¿Qué tienes que estás tan serio? díjole el estudiante de medicina, asiéndose á su brazo para pasear delante del palacio.

— Estoy atormentado por malos pensamientos.

— ¿De que género son? Los pensamientos se curan.

— ¿Cómo?

— Sucumbiendo á ellos.

— Te ríes sin saber de qué se trata. ¿Has leído á Rousseau?

— Sí.

— ¿Recuerdas aquel pasaje suyo en que pregunta la lector lo que haría éste en el caso de que pudiera enriquecerse matando en China, por medio de un solo acto de su voluntad, á un viejo mandarín, sin moverse de París?

— Sí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Bueno, ¿y qué?

— ¡Tonterías!... Ya llevo despachados treinta y tres mandarines.

— Fuera bromas. Vamos á ver, si te prueban que la cosa es factible y que para ello basta una sola inclinación de cabeza, ¿lo harías?

— ¿Es muy viejo el mandarín? Pero, qué demonio, viejo ó joven, paralítico ó sano á mí... ¡Demonio! Pues bien, no.

— Eres un buen chico, Bianchon. Pero ¿si quisieras á una mujer hasta dar la vida por ella, y esa mujer necesitara dinero, mucho dinero, para su tocado y sus vestidos, para su coche y para todos sus caprichos...?

— ¡Me privas de la razón, y quieres que razone!

— Mira, Bianchon, estoy loco, cúrame. Tengo dos hermanas que son dos ángeles de belleza y de candor, y quiero que sean felices. ¿Dónde hallaré en cinco años doscientos mil francos para su dote? Ya ves que hay circunstancias en la vida en las que hay que jugar gordo y no perder el triunfo para ganar unos céntimos.

— Pero hombre, planteas el problema que todos encontramos á la entrada de la vida, y quieres cortar el nudo gordiano con la espada. Para hacerlo así, querido, es preciso ser Alejandro. Yo me doy por contento con la existencia humilde que llevaré en mi provincia, sustituyendo á mi padre. Los afectos del hombre se satisfacen en el más reducido círculo con la misma plenitud é intensidad que en una inmensa circunferencia. Napoleón no podía comer dos veces á un tiempo, ni tener más amantes que un estudiante de medicina interno en los Capuchinos. Siempre habría de encerrarse nuestra dicha en el espacio comprendido entre las plantas de los pies y el occipital, y ya la paguemos un millón ó dos mil francos al año, su percepción intrínseca, dentro de nosotros, es la misma. Decido, por tanto, que siga viviendo el chino.

— ¡Gracias, me has serenado el ánimo, Bianchon. Siempre seremos amigos.

— Oye, dijo el estudiante de medicina, al salir de clase de Cuvier, en el Jardín de Plantas, he visto hace un momento á la Michonneau y á Poiret sentados en un banco y hablando con un señor á quien vi el año pasado, cuando las jaranas aquéllas, cerca del Congreso de diputados, y que me parece un agente de policía disfrazado de honrado burgués que vive de sus rentas. Hay que estudiar á esa pareja; ya te diré por qué. Adiós; tengo clase á las cuatro.

Cuando Eugenio volvió á la casa de huéspedes halló al tío Goriot esperándole.

— Esto es para usted, dijo el anciano. ¿Eh? ¡Qué bonita letra!

Eugenio abrió la carta, y leyó:

« Caballero: me ha dicho mi padre que es usted muy aficionado á la música italiana, por lo que celebraría muchísimo que tuviese usted la bondad de aceptar un asiento en mi palco. El sábado oiremos á la Fodor y á Pellegrini; estoy, por tanto, segura de que usted no me hará un desaire. El señor de Nucingen únese á mí para pedirle que venga usted á comer sin cumplido con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nosotros. Si acepta usted, le agradecerá mucho verse relevado del deber conyugal de acompañarme. No conteste usted; venga y reciba un saludo,

» D. DE N. »

— Enséñemela, dijo Goriot á Eugenio cuando éste terminó la lectura de la carta. ¿Irá usted, verdad? añadió después de haberse llevado la carta á la nariz. ¡Qué bien huele! ¡Y pensar que sus dedos han tocado este papel!

« Una mujer no se arroja de este modo en brazos de un hombre, se decía el estudiante. Quiere quizá servirse de mi para atraer de nuevo á Marsay. Sólo el despecho obliga á dar pasos como éste. »

— ¡Pero, hombre!... dijo Goriot, ¿en qué piensa usted?

Ignoraba Eugenio el delirio de vanidad que se había apoderado por entonces de ciertas mujeres, y no sabía que la esposa de un banquero era capaz de toda especie de sacrificios por lograr acceso en la alta sociedad del arrabal Saint-Germain. En aquel tiempo comenzaba la moda á poner por cima de todas los otras damas á las que eran recibidas por las de aquel barrio, á las que llamaban damas del Petit-Chateau, ocupando entre ellas el rango más alto la vizcondesa de Beauseant, la duquesa de Langeais y la de Maufrigneuse. Sólo Rastignac ignoraba el vivísimo deseo que devoraba á las señoras de la Chaussée-d'Antin por entrar en el círculo superior en que brillaban las primeras constelaciones de su sexo. Pero su ignorancia le fué útil, porque le permitió mantenerse sereno y le dió el triste

poder de imponer condiciones en vez de recibirlas.

— Sí, señor, iré, contestó.

El resultado de todo aquello era que sólo la curiosidad le conducía á casa de la de Nucingen, mientras que, si ésta le hubiera desdeñado, tal vez le hubiera llevado á ella la pasión. Sin embargo, no sin impaciencia esperó al día siguiente la hora de partir. Para un muchacho, la primera intriga suele tener tantos encantos como el primer amor. La seguridad del triunfo engendra mil satisfacciones que los hombres nunca declaran, pero que son el encanto de ciertas mujeres. Lo mismo puede nacer el deseo de la dificultad de la victoria como de la facilidad, y es seguro que todas las pasiones de los hombres están sostenidas por una de estas dos causas que dividen el imperio del amor. Acaso sea esa división una consecuencia de la gran cuestión de los temperamentos, la cual, digan lo que digan, domina á la sociedad. Si los melancólicos necesitan el excitante de la coquetería, la resistencia muy prolongada hace retirar á los nerviosos y sanguíneos. O, en otros términos, tan esencialmente linfática es la elegía como bilioso es el ditirambo. Mientras Eugenio daba la última mano á su tocado, saboreaba esa satisfacción de sí mismo de que los jóvenes no se atreven á hablar por miedo á la burla de los demás, pero que excitan su amor propio. Arreglábase el cabello, pensando que la mirada de una hermosa mujer se deslizaría por entre sus negras sortijillas. Se permitió ante el espejo mil muecas infantiles, lo mismo que una muchacha que se viste para ir al baile, complaciéndose en estirar bien el frac para contemplar su esbelto talle.

— ¡La verdad es que no sería difícil encontrar otros de peor facha! decíase á sí mismo.

Ya que estuvo listo, bajó en el momento en que todos sus compañeros estaban ya sentados á la mesa, siendo recibido por un fuego graneado de tonterías que su elegante equipo suscitó. Uno de los rasgos característicos de la casa de huéspedes es el asombro que causa en ella un buen traje.

— ¡Kt, kt, kt,! hizo Bianchon castañeteando la lengua contra el paladar como para excitar á un caballo.

— ¡Traje de duque ó de par de Francia! dijo la Vauquer.

— ¿Va usted de conquista? dijo la señorita Michonneau.

— ¡Kokorokó! gritó el pintor.

— Salude usted á su señora en mi nombre, dijo el empleado del Museo.

— ¿Tiene señora este caballero? preguntó Poiret.

— Una señora muy complicada, que no se hunde en el agua, color natural, de coste entre veinticinco y cuarenta, dibujos de cuadritos última novedad, se la puede lavar, viste mucho, de hilo, algodón y lana, cura el dolor de muelas y otras enfermedades reconocidas por la Real Academia de medic na, ¡muy buena para los niños! y mejor todavía contra los dolores de cabeza, los excesos de la sangre y otras enfermedades del esófago, los ojos y las orejas, gritaba Vautrin con la volubilidad y el acento declamatorio de un sacamuelas. ¿Cuánto es esa maravilla? dirán usted, ¿diez céntimos? No señor, se da de balde. Es un saldo del Gran Mogol y que todos los soberanos de Europa, incluso el

grrran duque de Baden, han tenido la curiosidad de ver. ¡Adelante, señoras y caballeros, adelante! ¡Pasen ustedes á la taquilla! ¡Música, música! ¡Brum, la, laralá, laralá, bum, bum! ¡A ver el del clarinete! Está usted siempre desafinado, continuó diciendo con voz ronca, y voy á darle en los nudillos.

— ¡Pero qué chistoso es ese hombre! dijo la viuda de Vauquer á la de Couture; yo no me aburriría nunca con él.

En medio de las risas y de las bromas que desató el discurso de Vautrin, pronunciado con cómico ademán. Eugenio pudo sorprender una furtiva mirada de Victorina en el momento en que ésta, inclinándose hacia la de Couture, le decía algo al oído.

— ¡Ahí está el cabriolé! dijo Silvia.

— ¿Dónde come hoy? preguntó Bianchon.

— En casa de la señora baronesa de Nucingen.

— Hija del señor Goriot, añadió el estudiante.

Al ser pronunciado aquel hombre, todas las miradas convergieron sobre el antiguo harinero, quien contemplaba á Eugenio con una especie de envidia.

Llegó Rastignac á la calle Saint-Lazare, penetrando en una de esas casas endebles, de columnitas delgadas y pórticos mezquinos que en París realizan lo *bonito*; verdadera casa de banquero, en la que se veía un lujo afectado y costoso, abundando los estucos, y en la que las mesetas de la escalera eran de mosaico de mármol. Halló á la señora de Nucingen en un saloncito cuyo decorado consistía en pinturas italianas semejantes á las de los cafés. La baronesa estaba triste, y los esfuerzos que hizo para disimularlo interesaron muchísimo á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Eugenio, por lo mismo que no eran simulados. Creía él que su presencia debía bastar para que una mujer estuviera contenta, y hallándola tan afligida sintió un desencanto que vino á despertar su amor propio.

— Escasos títulos son los míos para merecer su confianza, dijo después de haberse atormentado en vano buscando en su imaginación la causa del disgusto; pero me atrevo á esperar que, si soy importuno, me lo dirá usted con toda franqueza.

— Quédese usted, contestó, porque si usted se va me quedaré sola. Nucingen come fuera de casa; no quiero aburrirme en la soledad; necesito distracción.

— ¿Pero qué tiene usted?

— Sería usted la última persona á quien se lo dijera, exclamó Delfina.

— Quiero saberlo, porque sin duda hay algo en ese secreto que me atañe.

— ¡Quizá! Pero no, añadió, es una de esas reyertas matrimoniales que deben permanecer en el fondo del corazón. ¿No le decía á usted anteayer que no soy feliz? No hay cadenas que pesen tanto como las de oro.

Cuando una mujer confiesa á un joven que es desgraciada, ese joven, si tiene viveza, viste bien y lleva mil quinientos francos en el bolsillo, piensa lo que pensó Eugenio, y se convierte en un fatuo.

— ¿Qué puede usted desear? ¿No es usted joven, hermosa, amada y rica?

— No hablemos de mí, dijo Delfina moviendo tristemente la cabeza. Comeremos juntos, en la intimidad, y luego iremos á oír la más deliciosa de las músicas... ¿Le parezco á usted bien? añadió levantándose para

enseñar su vestido de cachemira blanca con dibujos persas de la más refinada elegancia.

— Quisiera que fuese usted toda mía, dijo Eugenio. Está usted encantadora.

— Tendría usted una triste posesión, dijo Delfina sonriendo con amargura. Nada aquí denuncia la desgracia, y, sin embargo, estoy desesperada. Los pesares me quitan el sueño, y acabaré por quedarme fea.

— ¡Oh, imposible, imposible! exclamó el estudiante. Pero quisiera saber qué penas son ésas que un amor solícito y decidido no puede borrar.

— ¡Qué pronto se alejaría usted de mi lado si se las confiara! Usted sólo me ama por una galantería frecuente en los hombres; pero, si realmente me amara, caería usted en la más espantosa desesperación. Ya ve usted que debo callarme... ¡Por Dios! siguió diciendo, hablemos de otra cosa. Venga usted á ver mis habitaciones.

— No, quedémonos aquí, respondió Eugenio, sentándose delante de la chimenea, en una confidente, al lado de la señora de Nucingen, á la cual tomó resueltamente la mano.

Ella, no sólo se la abandonó, sino que la apoyó con fuerza sobre la suya por uno de esos movimientos convulsivos reveladores de intensa emoción.

— Si tiene usted penas, cuéntemelas, pues lo merezco. Voy á probar que la amo á usted por usted misma. O hable usted para contarme la causa de su aflicción, para disiparla, aunque para ello tenga yo que matar á seis hombres, ó me levanto y me voy para no volver más.

— Ahora mismo voy á proporcionarle el medio de cumplir lo ofrecido, exclamó Delfina, dominada por un arranque desesperado que le hizo darse un golpe en la frente. Sí, añadió, no hay más medio que ése.

Y tocó un timbre.

— ¿Está enganchado el coche del señor? preguntó al ayuda de cámara.

— Sí señora.

— Lo tomo. El señor tomará mi coche. No servirá usted la comida hasta las siete... Vamos, venga usted, dijo á Eugenio.

Al verse el joven en el coche de Nucingen y con aquella mujer, creyó que soñaba.

— Al Palais-Royal, dijo ella al cochero, cerca del Teatro Francés.

Durante el camino parecía agitada, y no quiso responder á las mil preguntas de Eugenio, el cual no sabía qué pensar de aquella resistencia muda, compacta, obtusa.

« En un momento se me escapa, se decía. »

Cuando el coche se detuvo, la baronesa miró al estudiante con ademán que impuso silencio á sus locas palabras, pues se había entusiasmado locamente.

— ¿Me ama usted de veras? le dijo.

— Sí, contestó, tratando en vano de ocultar la inquietud que un instante le había invadido.

— ¿No pensará usted mal de mí aunque le pida lo que le pida?

— No.

— ¿Está usted dispuesto á obedecerme?

— Ciegamente.

— ¿Ha jugado usted alguna vez? preguntó con voz trémula.

— ¡Jamás!

— ¡Ah! Respiro, porque será usted afortunado. Tome usted mi bolsillo, dijo. Vamos, tómelo usted; contiene cien francos, todo el capital de esta mujer tan feliz. Suba usted á una casa de juego; no sé dónde están, pero sí que las hay en el Palais-Royal. Ponga usted los cien francos á un juego llamado la ruleta, y piérdalos usted ó tráigame seis mil francos. A la vuelta le contaré mis penas.

— Consiento en que me lleve el demonio, si entiendo una palabra de lo que voy á hacer; pero quiero obedecerla á usted, añadió con viva alegría, causada por este pensamiento: « Puesto que se compromete conmigo nada puede rehusarme. »

Eugenio toma el lindo bolsillo, corre al número 9, después de haber preguntado á un comerciante de ropas hechas por la casa de juego más próxima ; sube, deja el sombrero en manos de un dependiente, entra y pregunta dónde estaba la ruleta. Con gran asombro de los presentes, el criado le conduce delante de una larga mesa. Eugenio, seguido de todos los espectadores, pregunta sin avergonzarse dónde hay que colocar la puesta.

— Si coloca usted un luis en cada uno de estos treinta y seis números, y sale, ganará usted treinta y seis luises, le dijo un respetable anciano de blancos cabellos.

Pone Eugenio los cien francos en el veintiuno, número de sus años. Antes de que se diera cuenta de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nada, oyóse un grito de asombro. Había ganado sin saberlo.

— Retire usted su dinero, le dijo el viejo, nadie gana dos veces seguidas en este juego en el mismo número.

Toma Eugenio un rastrillo que le alarga el anciano, y arrastra hacia sí los tres mil seiscientos francos. Luego, sin saber del juego más que al empezar, es decir, nada, los pone en el rojo. Los espectadores le contemplan con envidia, al ver que juega de nuevo. Gira la rueda, vuelve á ganar y á pagarle el banquero otros tres mil seiscientos francos.

— Tiene usted siete mil doscientos francos, le dijo al oído el caballero anciano. Si quiere usted creerme, retírese, porque el rojo ha venido ya ocho veces, y, si es usted caritativo, agradecerá usted mis buenos consejos aliviando la miseria de un antiguo prefecto de Napoleón que se encuentra reducido á la mayor necesidad.

Rastignac, aturdido, deja al de la blanca cabellera tomar diez luises, y baja las escaleras con sus siete mil francos, sin comprender todavía una palabra del juego, pero asombrado por la suerte que ha tenido.

— Y ahora ¿dónde me lleva usted? dijo enseñando á la señora de Nucingen los siete mil francos, luego que la portezuela quedó cerrada.

Delfina le estrechó contra su pecho, como una loca, abrazándole con fuerza, pero sin pasión.

— ¡Me ha salvado usted!

Y gruesas lágrimas de alegría rodaron por sus mejillas.

— Todo voy á contárselo, amigo mío. Porque usted será amigo mío, ¿no es verdad? Me ve usted rica y opulenta; nada me falta, ó, al menos, parece que no me falta. Pues bien; sepa usted que mi marido no me deja disponer de un céntimo; paga todos los gastos de la casa, mis coches, mis palcos; mas para gastos de modista, y como dinero de bolsillo, me concede una suma insignificante, reduciéndome á miseria secreta por cálculo. Soy demasiado orgullosa para irle con súplicas. ¿No es verdad que sería yo la última de las criaturas si aceptara su dinero al precio que él quiere ponerle? ¿Cómo, yo que tengo setecientos mil francos he llegado á verme despojada de esa manera? Por orgullo, por indignación. ¡Somos tan jóvenes y tan inocentes cuando comenzamos la vida conyugal! Desgarrábame la boca la palabra que era preciso pronunciar para pedirle dinero á mi marido; nunca me atrevía, y me he comido mis economías, con más lo que me ha dado mi pobre padre. Y después he contraído deudas. El matrimonio ha sido para mí la más horrible de las decepciones; no puedo referírselas; bástele á usted saber que me tiraría á la calle por una ventana, si hubiera de vivir con Nucingen de otra suerte que teniendo cada uno nuestra habitación aparte. Cuando tuve que confesarle mis deudas de mujer joven y elegante: joyas, caprichos, etc., etc. (mi buen padre no nos negaba nada), sufrí un verdadero tormento; pero á la postre, hallé fuerzas para decírselo. ¿No tenía yo mi fortuna propia? Nucingen se enfadó, me dijo que iba á arruinarle. Hubiera querido estar á cien pies bajo tierra. Como tenía en sus manos mi dote, pagó,

pero estipulando para mis gastos personales, en lo sucesivo, una cantidad á la que me he resignado para vivir en paz. Después he querido corresponder al amor propio de alguien á quien usted conoce. Me ha engañado, abandonándome indignamente, mas debo hacer justicia á la nobleza de su carácter. No debería un hombre abandonar nunca á una mujer á la cual han arrojado, viéndola en un momento de apuro, un puñado de oro. Debería amarla siempre. Usted, alma cándida de veintiún años; usted, joven y puro, preguntará cómo puede aceptar una mujer dinero de un hombre. ¡Ay! ¿no es la cosa más natural del mundo partir lo que poseemos con el ser á quien debemos la felicidad? Los que todo se han dado, ¿por qué han de preocuparse de tan pequeña parte de ese todo? El dinero sólo empieza á ser algo en el instante en que el sentimiento ha desaparecido. ¿No se unen para siempre los que se aman? ¿Quién de nosotras prevé una separación, creyéndose amada de veras? Si nos juran ustedes un amor eterno, ¿por qué hemos de tener intereses distintos? No puede usted figurarse lo que he sufrido hoy al negarme Nucingen terminantemente seis mil francos; ¡él, que todos los meses se los da á su querida, una mujerzuela de la Opera! Pensé en matarme. Las ideas más disparatadas cruzaban por mi cabeza, y había momentos en que envidiaba la condición de una criada, de mi propia doncella. Dirigíme á mi padre, inútil; entre Anastasia y yo le hemos saqueado, y el pobre se hubiera vendido si valiese seis mil francos. Habría ido á desesperarle en vano. Usted me ha salvado de la vergüenza y de la

muerte, porque estaba loca de dolor. ¡Ah, caballero! yo le debía á usted esta explicación, porque he sido muy extravagante con usted. Cuando me ha dejado usted en el coche y le perdí de vista, entráronme ganas de huir á pie... ¿adónde? No lo sé. Ahí tiene usted lo que es la vida de la mitad de las mujeres de París; lujo exterior y mortales ansias en el alma. Conozco á otras infelices aun más desgraciadas que yo. Las hay que se hacen presentar por sus proveedores cuentas amañadas. Otras tienen que robar á sus maridos; unos creen que las cachemiras de quinientos francos cuestan cien luises, y otros que los de cien luises sólo valen quinientos francos. Algunas infelices hacen ayunar á sus hijos, y todavía sisan para tener un vestido. Yo estoy pura de estos odiosos engaños. Esta será mi última angustia. Si algunas mujeres se venden á sus maridos para gobernarlos á su antojo, yo, siquiera, soy libre de semejantes bajezas. Podría hacerme cubrir de oro por Nucingen, y prefiero llorar con la cabeza reclinada en el corazón de un hombre á quien pueda estimar. ¡Ah! esta noche no podrá mirarme el señor de Marsay como á mujer á quien ha pagado.

Ocultó el rostro entre las manos, para que no viera Eugenio sus lágrimas; pero éste se lo descubrió para contemplarla, y la halló sublime.

— Mezclar el dinero con el amor, ¿no es cosa horrible? Usted ya no podrá quererme, dijo.

Aquella confusión de hermosos sentimientos, de esos que enaltecen tanto á la mujer, y de faltas que la actual constitución de la sociedad las obliga á co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

meter, trastornaba á Eugenio, quien pronunciaba consoladoras palabras de ternura, contemplando á aquella mujer, cuya explosión de dolor presentábase con tan imprudente candidez.

— Prométame usted que no hará de esto un arma contra mí, dijo Delfina.

— Señora, soy incapaz de tal cosa, contestó.

— Cogióle Delfina la mano, poniéndola sobre su corazón, obedeciendo á un movimiento lleno de gratitud y de amabilidad.

— Gracias á usted, vuelvo á ser libre y feliz. Vivía oprimida por una mano de hierro. Desde ahora seré económica; no gastaré nada. A usted le pareceré bien de cualquier modo, ¿no es verdad, amigo mío?... Guarde usted esto, dijo tomando tan sólo seis billetes de mil francos... En conciencia, le debo á usted tres mil francos, pues mis intención era que fuéramos á medias.

Defendióse Eugenio como una virgen, pero la baronesa le dijo :

— Le consideraré á usted como mi mayor enemigo si no quiere usted ser mi cómplice.

A lo que Eugenio replicó :

— Será un fondo de reserva para en caso de desgracia.

— Acaba usted de pronunciar la palabra que tanto temía yo, exclamó Delfina palideciendo. Si quiere usted ser algo para mí, júreme usted no volver á jugar. ¡Dios mío, me moriría de dolor pesando haberle corrompido á usted !

Habían llegado. El contraste entre la miseria y la

opulencia aturdía al estudiante, en cuyos oídos sonaron como un eco las siniestras palabras de Vautrin.

— Siéntese usted ahí, dijo la baronesa entrando en su cuarto y señalando al estudiante un diván junto á la chimenea. Voy á escribir una carta muy difícil. Aconséjeme usted.

— Pues ya le estoy aconsejando, dijo Eugenio : no escriba usted, meta los billetes en un sobre y envíelos usted por la doncella.

— ¡ Vaya un hombre como no hay dos ! exclamó Delfina. Ahí tiene usted lo que es haber recibido una educación distinguida. Eso es Beauseant puro, añadió sonriendo.

« Es encantadora », pensó Eugenio, que se iba enamorando por momentos.

Después consideró la habitación, en la que se observaba la voluptuosa elegancia de una cortesana rica.

— ¿ Le parece bien mi jaula? dijo mientras llamaba. — Y añadió : — Teresa, lleve usted esto á casa del señor de Marsay : en propia mano. Si no está, tráigame usted la carta.

No salió Teresa sin antes dirigir á Rastignac una maliciosa mirada. La comida estaba servida. Rastignac dió el brazo á Delfina, la cual le condujo á un delicioso comedor, en el que encontró el mismo lujo que admirara en casa de su prima.

— Siempre que sea día de Italianos, dijo la baronesa, vendrá usted á comer conmigo, y luego me acompañará usted al teatro.

— Me habituaría con sumo gusto á esta vida, si hubiera de durar ; pero yo soy un pobre estudiante

que tiene que seguir una carrera y hacer su fortuna.

— Ya llegará, dijo la baronesa riendo. Vea usted cómo se arregla todo : no creía yo ser hoy tan feliz.

Es propio de las mujeres probar lo imposible por lo posible y destruír los hechos con los presentimientos. Cuando Delfina de Nucingen y Rastignac entraron en su palco de los Bufos, el aire de satisfacción de ella hacíala parecer aun más hermosa. Muchos, al verla, permitiéronse algunas de esas pequeñas calumnias contra las cuales no tienen defensa las mujeres y que á veces hacen creer en desórdenes inventados á placer. Los que conocen á París saben que no debe creerse nada de lo que en él se dice, y que no se dice nada de lo que se hace.

Eugenio cogió la mano de la baronesa, y ambos se hablaron por medio de presiones más ó menos vivas, comunicándose las sensaciones que la música producía en ellos. Aquella noche fué embriagadora para ambos. Salieron juntos, y Delfina quiso acompañar á Eugenio hasta el Puente Nuevo, negándole durante todo el camino uno solo de aquellos besos que tanto le prodigara en el Palais-Royal. Reprochóle Eugenio tal inconsecuencia.

— Hace poco, respondió Delfina, expresaban el reconocimiento de un servicio inesperado, ahora significarían una promesa.

— ¿Y no me quiere usted darme ninguna, ingrata ?

Manifestó Eugenio su disgusto ; entonces Delfina, haciendo uno de esos gestos de impaciencia que enloquecen á un amante, le dió la mano á besar, y él la tomó de tan mala gana, que le hizo mucha gracia.

— Hasta el lunes en el baile, dijo.

Mientras se encaminaba á pie hacia su casa, á la luz de una hermosa noche de luna, sumióse Eugenio en serias meditaciones. Estaba contento y descontento á la par; contento de aquella aventura, cuyo probable desenlace sería para él la posesión tan deseada de una de las mujeres más elegantes de París; descontento viendo por el suelo sus sueños de fortuna ; y entonces fué cuando sintió la realidad de aquellos pensamientos indecisos á que la antevíspera se había entregado. La falta de éxito en los planes viene siempre á revelarnos la magnitud de las pretensiones. Cuanto más gozaba Eugenio de la vida parisiense, menos se resignaba á continuar pobre y obscuro. Arrugaba en el bolsillo el billete de mil francos, haciéndose infinidad de razonamientos capciosos para apropiárselo. Llegó por fin á la calle Neuve-Sainte-Geneviève, y cuando estuvo en lo alto de la escalera vió luz : el tío Goriot había dejado la luz encendida y la puerta entreabierta, con objeto de que el estudiante no olvidara entrar á *contarle su hija*, según su expresión. Nada le ocultó Eugenio.

— ¡De modo que me creen arruinado! exclamó Goriot, cuyos celos hicieron explosión con desesperada violencia. ¡Si tengo aún mil trescientos francos de renta! ¡Pero señor! ¿ por qué no ha venido esa pobre criatura ? Hubiera vendido mi renta, habríamos tomado del capital lo necesario, y con el resto hubiera tenido yo para pasar mis últimos días. ¿ Por qué no ha venido usted á contarme los apuros de la pobre, querido vecino, y cómo ha tenido usted valor para arriesgar

en el juego sus últimos cien francos? eso me desespera. Ahí tiene usted lo que son los yernos. Como los cogiera, los estrangulaba... ¡Llorar, Dios mio, llorar! ¿Conque ha llorado?

—Apoyada su cabeza en mi chaleco, dijo Eugenio.

—¡Oh, regálemelo! dijo el tío Goriot. ¿Conque ha llorado mi querida Delfina, ella, que siendo niña no vertió ni una lágrima? ¡Oh! Le compraré á usted otro, pero no lleve usted más ése, déjemelo usted. Ella tiene, según el contrato, el usufructo de sus bienes. Mañana mismo voy á ver á un procurador, á Derville. Exigiré la libre colocación de su fortuna. Conozco las leyes; soy lobo viejo, y les probaré que aun tengo dientes bien afilados.

—Tome usted, papá; aquí tiene usted mil francos que se ha empeñado en darme de las ganancias de esta mañana. Guárdelos usted en el chaleco.

Contempló el anciano á Eugenio, le tendió la mano para coger la suya, y dejó caer en ella una lágrima.

—Logrará usted ver realizados sus planes, le dijo el viejo, Dios es justo. Soy entendido en lo que atañe á honradez, y le aseguro á usted que hay pocos hombres que se parezcan á usted. ¿Quiere usted ser también mi querido hijo? Vaya usted á dormir. Usted puede hacerlo, porque todavía no es padre. Conque ha llorado, y ahora lo sé, después de haber estado comiendo muy tranquilo, como un imbécil, mientras ella sufría, ¡yo, que vendería al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo para ahorrar una lágrima á cualquiera de las dos!

« Realmente, se dijo Eugenio al acostarse, que

creo que seré hombre honrado toda mi vida. Proporciona un verdadero placer el seguir las inspiraciones de la propia conciencia. »

Sólo quizá los que creen en Dios practican el bien en secreto, y Eugenio creía en Dios. Al día siguiente, á la hora del baile, fué Rastignac á casa de la de Beauseant, la cual le llevó á la de la duquesa de Carigliano. Recibió la más afectuosa acogida por parte de la mariscala, en cuya casa vió á Delfina, que habíase esmerado en su tocado con objeto de agradar á todos, para agradar más á Eugenio, de quien esperaba con impaciencia, si bien creyendo no ser notada, una mirada siquiera. Para el que sabe adivinar las emociones femeninas, un momento así es delicioso. ¿Quién no se ha complacido en hacer esperar su opinión, en disimular coquetamente su contento buscando una confesión por medio de las inquietudes causadas, y gozando de temores que han de disiparse á la primera sonrisa? Durante el baile, el estudiante se hizo cargo de su situación, y comprendió que su próximo parentesco con la señora de Beauseant le daba una posición distinguida en sociedad. La conquista de la señora de Nucingen, que le atribuían ya, le hacía tan visible, que todos los jóvenes le miraban con envidia; al sorprender algunas de aquellas miradas, saboreó los primeros placeres de la fatuidad. Al pasar de un salón á otro, solía oír el elogio de su dicha. Todas la mujeres le pronosticaban grandes fortunas, y Delfina, temiendo perderle, le prometió para aquella noche el beso que negara la antevíspera.

Varias fueron las invitaciones que recibió Rastignac

en aquel baile. Su prima le presentó á otras damas, todas ellas con pretensiones de elegantes y que daban reuniones también muy agradables, de suerte que se halló metido en lo mejor de la sociedad parisiense.

Ofrecióle, pues, aquella velada todos los encantos de un estreno brillante, del que había de acordarse hasta en los días de su vejez, como recuerda una muchacha el baile en que fué festejada. Al día siguiente contó durante el almuerzo aquellas victorias al tío Goriot delante de los otros huéspedes. Vautrin comenzó á reirse de un modo diabólico.

— Y después de lo que acaba usted de referirnos, exclamó aquél con su lógica inflexible, ¿cree usted que un joven de los de moda puede vivir en la calle Neuve-Sainte-Geneviève, en la casa Vauquer, casa respetabilísima sin duda, pero que carece de toda elegancia? Es cómoda, se distingue por la abundancia que en ella reina, está orgullosa de servir de momentáneo albergue á un Rastignac, pero al fin y á la postre la verdad es que está en la calle Neuve-Sainte-Geneviève y que desconoce el lujo porque es puramente patriarcal *rama*. Mi joven amigo, continuó Vautrin en tono socarronamente paternal, si quiere usted dar golpe en París, necesita usted tres caballos y un tilburi por la mañana, un cupé por la noche, en total unos nueve mil francos para su tren de carruajes. Sería usted indigno del papel á que está destinado si no gastara tres mil francos en el sastre, seiscientos en el perfumista, trescientos francos en el zapatero y otros trescientos en el sombrerero. La planchadora le costará á usted mil francos, porque los jóvenes de moda

no pueden excusarse de estar muy bien de ropa blanca: ¿no es lo que suele examinarse más en ellos? El amor y la iglesia exigen hermosas telas sobre sus altares. Estamos, pues, en los catorce mil. No le hablo de lo que pierda en el juego, en apuestas, en regalos; es imposible no contar dos mil francos para dinero de bolsillo. He practicado ese género de vida, y sé lo que cuesta... Añada usted á esas primeras necesidades trescientos luises para la comida y mil francos para la casa, y verá usted, hijo mío, cómo salimos por unos veinticinco mil francos anuales so pena de caer en el fango y de que se rían de nosotros, con lo que ¡adiós porvenir, triunfos y amantes! Se me ha olvidado el ayuda de cámara y el criadito de recados, á no ser que quiera usted confiar á Cristóbal la misión de mensajero de sus amores, y escribir sus apasionadas cartitas en papel del que usa usted ahora. Crea usted á un viejo muy experimentado, añadió con voz de bajo profundo. Destiérrese á una virtuosa buhardilla, y en ella cásese con el trabajo, ó eche usted por otro camino.

Y Vautrin guiñó un ojo, indicando á Victorina Taillefer, como recordando y resumiendo en este guiño los corruptores razonamientos que había sembrado en el corazón del estudiante.

Trascurrieron algunos días, durante los cuales llevó Rastignac la vida más disipada. Comía casi á diario en casa de Delfina de Nucingen, á la que después acompañaba á todas partes. Volvía á las tres ó las cuatro de la mañana, se levantaba á las doce para componerse, iba á paseo con Delfina al Bois de Boulogne, cuando hacía buen tiempo, prodigando de esta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

suerte el suyo sin apreciarle debidamente, y aspirando todas la enseñanzas y todas las seducciones del lujo con el ardor que se apodera del impaciente cáliz de la palmera hembra cuando recibe el polen fecundante del himeneo. Jugaba fuerte, perdía ó ganaba mucho, y acabó por habituarse á la vida desordenada de la juventud parisiense. De sus primeras ganancias había enviado mil quinientos francos á su madre y hermanas, acompañando esta restitución con bonitos regalos. Aunque había anunciado su deseo de salirse de casa de la señora de Vauquer, allí estaba aún en los últimos días de enero, sin saber cómo arreglárselas para mudarse. La gente joven está sometida á una ley en apariencia inexplicable, pero cuya causa radica precisamente en su juventud misma y en la especie de furor con que se entrega al placer. Ricos ó pobres, nunca tienen bastante dinero los jóvenes para las necesidades de la vida, y en cambio disponen siempre del suficiente para sus caprichos. Pródigos de todo lo que se obtiene á crédito, son avaros de lo que se paga al contado, y parecen vengarse de lo que no tienen, derrochando cuanto pueden llegar á tener. Precisando la cuestión, diremos que un estudiante se cuida más del sombrero que del frac. Lo cuantioso de la ganancia hace al sastre esencialmente fiador, mientras que la modicidad de la suma que cobra convierte al sombrerero en uno de esos terribles seres con quienes se ve el joven obligado á parlamentar. Suele ocurrir que el mismo pollo que ofrece en el teatro á la admiración de las mujeres que le contemplan con sus gemelos chalecos deslumbrantes no lleva calcetines: el comerciante de objetos de punto es otro de los gusanos roedores de su bolsillo.

En tal situación hallábase Rastignac. Siempre vacía para la patrona y siempre llena para las exigencias de la vanidad, tenía su bolsa las alternativas más extraordinarias y menos conformes con los pagos de mayor urgencia. Para dejar aquella casa repugnante, en la que todos los días se humillaba su vanidad, ¿no era preciso pagar un mes á la pupilera y comprar muebles para su nueva habitación de *dandy* ? Aquello constituía siempre la cosa imposible. Cuando tenía que pagar deudas del juego, iba á su relojero á comprar relojes y cadenas de oro que luego llevaba á empeñar al monte de piedad — ese severo y silencioso amigo de la juventud — joyas cuyo valor íntegro pagaba cuando ganaba; mas tratándose de pagar la casa y la comida ó de comprar lo necesario para continuar su vida elegante, hallábase sin inventiva ni audacia. Las necesidades vulgares y las deudas contraídas para satisfacerlas no le estimulaban. Como la mayor parte de los que han tenido tan azarosa existencia, esperaba hasta el último momento para saldar créditos sagrados, según los burgueses, á semejanza de Mirabeau, que se resistía á pagar el pan hasta que le presentaban la cuenta bajo la forma terrorífica de letra de cambio.

Por entonces, Rastignac había perdido su dinero y contraído deudas, comenzando á comprender que sin recursos fijos le sería imposible continuar aquella existencia. No obstante, á la vez que gemía bajo los terribles zarpazos de su precaria situación, encontrábase

incapaz de renunciar á los intensos goces que le ofrecía aquella vida y quería continuarla á toda costa. Las felices casualidades con que había contado para hacer fortuna convertíanse en quiméricas á la par que aumentaban los obstáculos reales. Al iniciarse en los secretos domésticos de Delfina de Nucingen, había adquirido la convicción de que para convertir el amor en instrumento de fortuna era preciso haber probado todas las vergüenzas y renunciar á todas las ideas elevadas que absuelven á la juventud de sus faltas. Aquella vida exteriormente magnífica, pero raída por todos los gusanos del remordimiento, y cuyos fugitivos placeres eran caramente pagados por persistentes sobresaltos, aquella vida era la que había hecho suya, y se revolcaba en ella como el *Distraído* de La Bruyère en el fango del foso, sólo que, á semejanza de éste, todavía no manchaba más que su traje.

— ¿Por lo visto ya hemos despachado al mandarín? le dijo un día Bianchon al levantarse de la mesa.

— Todavía no, respondió, pero agoniza.

Creyó el estudiante de medicina que esta contestación era una broma, pero había dicho Engenio la verdad. Éste, que por la primera vez al cabo de muchos días había comido en la casa de huéspedes, estuvo muy pensativo durante toda la comida. En lugar de levantarse á los postres, permaneció en el comedor sentado junto á Victorina Taillefer, á la cual dirigía de cuando en cuando miradas expresivas. Algunos huéspedes seguían sentados á la mesa comiendo nueces, y otros continuaban, paseándose, discusiones comenzadas. Como casi todas las noches, dejábase

cada cual arrastrar por la fantasía según el interés que en él despertaba la conversación ó la mayor ó menor pesadez que le causaba su digestión. Pocas veces, en invierno, abandonaban los huéspedes el comedor antes de las ocho, á cuya hora quedaban solas las mujeres y se resarcían del silencio que la presencia de los hombres les impusiera hasta entonces. Observando Vautrin la preocupación, por demás evidente, de Eugenio, permaneció en la sala, aunque momentos antes había manifestado tener prisa, y se colocó de modo que el estudiante, que debía suponerle ya ausente, no advirtiera su presencia. Y luego, en vez de acompañar á los huéspedes que fueron los últimos en marcharse, quedóse cazurramente en la sala. Había leído en el alma del estudiante y presentía un momento decisivo.

Hallábase, en efecto, Rastignac en una situación de angustiosa incertidumbre que muchos jóvenes han debido de conocer. Enamorada ó coqueta, Delfina de Nucingen había hecho sufrir al estudiante todas las ansias de una verdadera pasión, desplegando para ello los recursos de la diplomacia femenina empleados en París. Después de haberse comprometido públicamente con objeto de retener á su lado al primo de la vizcondesa de Beauseant, no se resolvía á concederle en realidad los derechos de que parecía ya gozar el joven. Hacía un mes que venía manteniendo los sentidos de Eugenio en tan constante excitación, que había acabado por tocarle el corazón. Si en los primeros momentos de aquellas relaciones había el estudiante creído ser el amo, resultó á la postre vencido por Delfina, merced á aquel sistema que consistía en tener cons

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tantemente despiertos y suspensos en Engenio todos los sentimientos buenos y malos contenidos en los dos ó tres hombres que encierra el alma de todo parisién de pocos años. ¿Lo hacia por cálculo? No; las mujeres son siempres verídicas, aun en medio de sus mayores falsedades, porque ceden á un sentimiento natural. Quizá Delfina, habiendo dejado á Eugenio adquirir sobre ella un ascendiente demasiado repentino y demostrádole un cariño sumamente vivo, obedecía, al proceder de esta suerte, á un sentimiento de dignidad que la movía á retirar sus concesiones ó por lo menos á complacerse en suspenderlas. ¡Es tan natural en una parisiense, en el momento en que la arrastra la pasión, vacilar en su caída y poner á prueba el corazón de aquel á quien va á entregar su porvenir! Bien reciente estaba la traición de que la había hecho víctima el primero en quien pusiera sus esperanzas, joven egoista que no la había comprendido. Tenía, pues, sobrados motivos para ser desconfiada. Quizá también notara en los modales de Eugenio, al que había enfatuado su rápido éxito, una especie de menosprecio causado por las singularidades de su situación; quizá deseara imponer respeto á un hombre de tan pocos años y obtener las consideraciones que no le guardara el que la había abandonado. No quería que Eugenio la creyera fácil conquista, precisamente por saber el estudiante que había pertenecido á de Marsay. Y finalmente, habiendo sufrido el amor degradante de un libertino joven, verdadera monstruosidad, experimentaba un placer indescriptible en moverse en las floridas regiones del amor, admirando sus diferentes aspectos, escuchando sus suspiros y dejándose acariciar por las castas brisas. El amor verdadero y bueno pagaba por el malo. Este contrasentido será frecuente, por desgracia, mientras no sepan los hombres cuántas flores siegan en el alma de una mujer joven las primeras traiciones.

De todas maneras, y cualquiera que fuese el móvil á que obedecía, el caso era que Delfina traía y llevaba á Rastignac, gustando de entretenerle sin duda porque le constaba que era amada y porque sabía que podía poner fin á los tormentos del amante cuando á su real capricho de mujer le viniera en gana. Por otra parte, á Eugenio le impulsaba el amor propio á que aquella su primera empresa no terminase con una derrota, y persistía en ella como un cazador que quiere matar á toda costa una perdiz el día de la apertura de la caza. Sus ansias, su amor propio herido, su desesperación verdadera ó fingida le unían más á aquella mujer. Todo París le suponía en íntimas relaciones con Delfina de Nucingen, siendo lo cierto que éstas se hallaban á la misma altura que el primer día. Desconociendo aún que la coquetería de una mujer puede producir mayores beneficios que su amor placeres, caía en necias rabietas. Si la estación durante la cual guerrea una mujer con el amor ofrecía á Rastignac el botín de sus primicias, resultábanle éstas tan caras como agridulces y deliciosas eran de saborear.

A veces, viéndose sin un céntimo y sin porvenir, pensaba, á pesar de las voces de su conciencia, en aquel proyecto de enlace con Victorina Taillefer de que Vautrin le había hablado. Precisamente en aquel ins-

tante eran tan altos los gritos de su miseria, que cedió casi involuntariamente á los artificios de la terrible esfinge por cuyas miradas se sentía fascinado. Cuando Poiret y la señorita Michonneau subieron á sus habitaciones, quedaba Eugenio sentado entre la viuda de Vauquer y la de Couture. Esta última, sentada y dormitando junto á la estufa, se hacía unas mangas de lana á punto de aguja. Eugenio, que se creía solo con ellas, miró tan tiernamente á Victorina que ésta bajó los ojos.

— ¿Tiene usted disgustos, don Eugenio? dijo tras algunos momentos de silencio.

— ¿Qué hombre no los tiene? respondió Rastignac. Si nosotros, los muchachos, estuviésemos siempre seguros de ser amados con una ternura que nos recompensara de los sacrificios que siempre estamos dispuestos á hacer, acaso nunca tuviéramos penas.

Por toda contestación, Victorina le dirigió una mirada que no dejaba lugar á dudar.

— Señorita, se cree segura de su corazón hoy, ¿pero lo está usted de no cambiar mañana?

Una sonrisa semejante á un rayo de sol salido del alma se dibujó en los labios de la joven, imprimiendo tal expresión de contento á su rostro, que á Eugenio le pesó haber provocado aquella explosión de sentimiento.

— ¡Cómo! ¿Si fuera usted mañana rica y feliz, si le cayera á usted de las nubes una inmensa fortuna, ¿seguiría usted amando al pobre joven á quien en los días de escasez demostrara usted cariño?

Hizo la joven un lindo movimiento de cabeza.

— ¿A un joven muy pobre?

Nuevo signo.

— ¿Pero qué tonterías está usted diciendo? exclamó la Vauquer.

— ¡Déjenos usted, que nosotros nos entendemos! respondió Eugenio.

— ¿De modo que, por lo que se oye, hay pendiente una promesa de matrimonio entre el caballero don Eugenio de Rastignac y la señorita doña Victorina Taillefer? exclamó Vautrin con su voz de bajo profundo y presentándose de repente en la puerta del comedor.

— ¡Ah! me ha asustado usted, dijeron al mismo tiempo las viudas de Vauquer y de Couture.

— ¡En peores manos podía caer! respondió riendo Eugenio, á quien la voz de Vautrin causó la más cruel emoción que había sufrido en su vida.

— Señores, déjense ustedes de bromas de mal gusto, dijo la de Couture. ¡Niña, vámonos á nuestro cuarto!

Siguió la patrona á sus dos pupilas con objeto de pasar la velada en su compañía, con lo que ahorraba luz y calefacción.

Eugenio y Vautrin quedaron frente á frente.

— Tenía la seguridad de que daría usted este paso, dijo aquel terrible hombre con su imperturbable serenidad. Pero oiga usted, yo soy tan delicado como el que más. No se decida usted en este momento, no está usted en caja. Tiene usted deudas, y yo no quiero que le traigan á mí el arrebato y la desesperación, sino la razón. Usted ha contraído deudas. Quizá nece-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sita usted unos tres mil francos. ¿Los quiere usted? Aquí están.

Y aquel demonio sacó una cartera, y de ésta tres billetes de banco que hizo centellear á los ojos del estudiante. La situación de Eugenio era de las más crueles. Debía al marqués de Ajuda y al conde de Trailles cien luises perdidos bajo palabra, y, como no los tenía, no se atrevía á ir á pasar la noche á casa de la condesa de Restaud, donde le esperaban. Tratábase de una de esas veladas de confianza, en las que se comen pastelillos y se toma té, pero en las que muy bien se pierden seis mil francos.

— Señor, dijo Eugenio ocultando á duras penas un temblor convulsivo, debe usted comprender que después de lo que usted me ha revelado me es imposible deberle favores.

— ¡Hombre! hubiera sentido oirle expresarse de otro modo. Es usted un muchacho delicado, orgulloso como un león y amable como una señorita. Sería usted una presa notable para el demonio. Me gustan los chicos de su temple. Otras dos ó tres reflexiones de alta política, y verá usted el mundo tal cual es. Representando en él algunas ligeras escenas de virtud, satisface el hombre superior todos sus caprichos, con gran aplauso de los necios que suelen ocupar todo el teatro. Dentro de pocos días estará usted conmigo, y, si quiere usted ser discípulo mío, irá usted muy lejos. Verá usted realizados en el acto sus menores deseos, sean cuales fueren: honores, riquezas ó mujeres. Haremos de la civilización una ambrosía para uso de usted. Será usted nuestro niño mimado, nuestro

Benjamín, y para serle agradables nos exterminaremos unos á otros si es preciso. Le allanaremos todos los obstáculos. Si todavía conserva usted escrúpulos, quiere decir que me toma por un bandido... Pues bien, un hombre que tenía tanta probidad como la que usted cree tener aún, Turena, hacía, sin por eso creer comprometerse en nada, sus arreglitos con salteadores de caminos. ¿Conque no quiere usted deberme favores, eh? Perfectamente, añadió Vautrin sonriendo. Tome usted esos papeluchos, escriba usted aquí, añadió sacando del bosillo una letra de cambio, en blanco: *Aceptada por la cantidad de tres mil quinientos francos, pagadera en un año.* Ponga usted la fecha. El rédito me parece lo bastante alto para quitarle todo escrúpulo; queda usted en libertad de llamarme judío y de considerarse dispensado de todo agradecimiento. Le permito despreciarme hoy todavía, seguro como estoy de que más tarde me ha de querer. Descubrirá usted en mí esos profundos abismos, esos sentimientos grandes y concentrados á que los tontos llaman vicios, pero no hallará usted un ingrato: en una palabra, no soy peón ni alfil, soy torre, amiguito mío.

— ¿Pero qué especie de hombre es usted? exclamó Eugenio. Parece usted hecho para atormentarme.

— ¡Todo lo contrario! soy un buen hombre que no tiene inconveniente en mancharse de barro con tal de que usted no se manche en todo el resto de sus días. Usted se pregunta el por qué de tanta abnegación... Pues algún día se la diré á usted, muy callandito, al oído. Principié por sorprenderle á usted mostrándole

el mecanismo del orden social; pero se le pasará á usted ese primer susto como se le pasa al quinto que por primera vez entra en fuego, y se acostumbrará usted á la idea de considerar á los hombres como soldados decididos á perecer en el campo de batalla para servir á aquellos que se ungen reyes ellos mismos. Los tiempos han cambiado mucho. Antiguamente, á un valiente se le decía: « Toma cien escudos y mata á fulano », y se ponía uno á cenar tan tranquilo después de haber suprimido á un hombre por un quítame allá esas pajas. Y hoy le propongo á usted regalarle una buena fortuna sin que tenga usted que hacer otra cosa que un movimiento de cabeza, y vacila usted. Poca fibra tiene este siglo.

Eugenio firmó la letra y tomó los billetes de banco.

— Vaya, hablemos en serio, repuso Vautrin. Quiero, dentro de unos meses, marcharme á América á plantar mi tabaco. Enviaré á usted los cigarros de la amistad, y, si me hago rico, le ayudaré. Si no tengo hijos (lo cual es probable, porque no pienso reproducirme aquí por injerto), le dejaré á usted por heredero de mi fortuna. ¿Es esto ser amigo ó no? Porque sepa usted que yo le quiero. Tengo la pasión de sacrificarme por otro. Ya lo he hecho. Amiguito mío, yo vivo en una esfera superior á la de los demás hombres; no reparo sino en el fin, y considero las acciones como medios de llegar á él. ¿Qué es un hombre para mí? ¡Esto! dijo haciendo chascar con un diente la uña del pulgar. Un hombre es todo ó nada, y cuando ese hombre es Poiret, es menos que nada: entonces se le coge y se le aplasta como á una chinche, á la cual se

parece en que se arrastra y huele mal. Pero un hombre como usted es un dios; deja de ser una máquina cubierta de piel para convertirse en un teatro en el que accionan los más hermosos sentimientos, y en mí el sentimiento lo es todo. ¿Acaso el sentir no es encerrar el mundo en un pensamiento? Vea usted á papá Goriot: el mundo para él redúcese á sus dos hijas, las cuales son el hilo conductor de sus pasos en esta vida. Pues bien, para mí que he cavado la vida hasta en sus entrañas, sólo existe un sentimiento real: la amistad de hombre á hombre. Pedro y Jafier, esa es mi pasión: me sé de memoria la *Venecia salvada*. ¿Ha tropezado usted con muchos hombres de suficientes agallas para que cuando un amigo dice: « ¡Vamos á enterrar un cadáver! » vayan sin decir una palabra ni aburrirle con sermones? Pues yo lo he hecho. No á todo el mundo contaría semejante lance, pero usted es un hombre superior á quien se le pueden decir las cosas, porque las comprende. No continuará usted mucho tiempo metido en este pantano en que viven todos los renacuajos que nos rodean. Conque lo dicho: se casará usted. ¡Que cada uno de nosotros esgrima sus armas! Mi hoja es de hierro y nunca se tuerce, ¡je, je!

Para dejar toda libertad moral á Eugenio, salió Vautrin del comedor sin querer oír su respuesta negativa. Parecía conocer los secretos de aquellas resistencias débiles, de aquellos combates en que los hombres hacen examen de conciencia sacando de él argumento para justificar sus actos reprensibles.

— ¡Así haga lo que haga ese demonio, no me casará con Victorina! díjose el estudiante.

Después de haber sufrido el malestar de una fiebre interior causada por la idea del pacto firmado con aquel hombre que tanto horror le inspiraba, pero cuya figura se agigantaba á sus ojos precisamente por el cinismo de sus pensamientos y por la audacia con que atacaba á la sociedad, Rastignac se vistió, tomó un coche y se hizo conducir á casa de la condesa de Restaud. Desde hacia algunos dias, aquella mujer había acentuado sus atenciones para con un joven que de dia en dia ganaba terreno en las simpatías de la alta sociedad, y cuya influencia prometia ser en breve temible. Pagó el estudiante á sus acreedores, los señores de Trailles y de Ajuda; jugó al whist durante parte de la noche, y ganó lo que habia perdido. Supersticioso como casi todos los que se hallan al principio de su carrera, los cuales suelen ser más ó menos fatalistas, veia en aquella su buena suerte una recompensa del cielo por su perseverancia en mantenerse en la senda del bien. Al dia siguiente apresuróse á preguntar á Vautrin si tenia aún la letra de cambio, y, siendo su respuesta afirmativa, le devolvió los tres mil francos manifestando una alegría muy natural.

— ¡Viento en popa! le dijo Vautrin.

— Pero no soy cómplice de usted, replicó Eugenio.

— Concedido, interrumpió Vautrin. Todavía hace usted niñerías y está usted como un papanatas en la puerta, en vez de entrar resueltamente.

A los dos dias de esta conversación, hallábanse sentados Poiret y la Michonneau tomando el sol, en un banco de cierta avenida poco concurrida del Jardin de

Plantas. Hablaban con el señor que no sin fundamento habia parecido sospechoso al estudiante de medicina.

— Señorita, no veo el por qué de sus escrúpulos, decía el señor Gondureau. El excelentísimo señor ministro de policía general del reino...

— ¡Ah! el excelentísimo señor ministro de policía general del reino, repitió Poiret.

— Sí. Su Excelencia entiende en este asunto, dijo Gondureau.

¿A quién no le parecería inverosímil que Poiret, antiguo empleado, y sin duda hombre de virtudes burguesas, si bien falto de ideas, continuase escuchando al pretendido rentista de la calle de Buffon, desde el momento en que éste pronunciaba la palabra policía, despojándose de su disfraz de hombre honrado, para presentarse como agente de las oficinas de la calle de Jerusalén? Nada más natural, sin embargo. Todos comprenderán fácilmente la especie particular de la gran familia de los tontos á que pertenecía Poiret, teniendo presente una observación hecha por algunos estudiosos, pero que hasta ahora no ha sido publicada. Dentro del presupuesto existe una nación plumígera, comprendida entre el primer grado de latitud, al que corresponden los haberes de mil doscientos francos, especie de Groenlandia administrativa, y el tercer grado, allí donde empiezan los haberes, un poco más templados, de tres á seis mil francos, región agradable en la que florece la gratificación, aclimatándose á pesar de las dificultades que ofrece su cultivo. Uno de los rasgos característicos que denota

mejor la enfermiza estrechez de espíritu de esta gente subalterna, es una especie de respeto involuntario, maquinal, instintivo por ese gran pontífice de todo ministerio que el empleado conoce por una firma ilegible y con el nombre de Su Excelencia *el señor ministro*, cinco palabras que equivalen á *il Bondo Cani* del *Califa de Bagdad*, y que á los ojos de ese pueblo rastrero representa un poder sagrado y sin apelación.

Como el papa lo es para los católicos, así Su Excelencia es administrativamente infalible á los ojos del empleado; su esplendor comunícase á sus actos, á sus palabras y á las palabras pronunciadas en su nombre, embelleciéndolo todo y legalizando cuanto ordena, y el *Excelencia* que garantiza la pureza de sus intenciones y la santidad de sus voluntades sirve de pasaporte á las ideas menos admisibles. Lo que aquella pobre gente no osa hacer en interés propio, se apresura á realizarlo en cuanto suena la palabra *Su Excelencia*.

Tienen las oficinas su obediencia pasiva, como el ejército : sistema que ahoga la conciencia, aniquila á un hombre, y acaba, andando el tiempo, por adaptarle á la máquina gubernamental como un tornillo ó una tuerca. Así es que el señor Gondureau, que parecía muy conocedor de los hombres, comprendió inmediatamente que Poiret era uno de los tales majaderos burocráticos, y sacó el *Deux ex machina*, la palabra talismánica *Su Excelencia*, en el momento oportuno, al descubrir sus baterías para deslumbrar á Poiret, que parecía hecho para hombre de la Michonneau, lo mismo que ésta parecía hecha para mujer de Poiret.

— Desde el momento en que Su Excelencia misma, el excelentísimo señor ministro... ¡Ah! entonces es muy diferente, dijo Poiret.

— Ya oye usted lo que dice el señor, cuyo parecer creo que le inspira á usted confianza, dijo el falso rentista, dirigiéndose á la Michonneau. Hay, pues, que Su Excelencia no abriga ya lo menor duda de que el supuesto Vautrin, que vive en la casa de huéspedes de la señora viuda de Vauquer, es un presidiario escapado del penal de Tolón, donde es conocido con el nombre de *Engaña-la-Muerte*.

— ¡Ah, *Engaña-la-Muerte!* dijo Poiret bien feliz es si merece ese nombre.

— Así es, repuso el agente. Mereció el tal mote por la suerte que tuvo de no perder nunca la vida en una porción de lances sumamente atrevidos en que ha tomado parte principal. Es hombre muy peligroso, ¿sabe usted? Tiene cualidades que hacen de él un ser verdaderamente extraordinario. Hasta su propia condena es cosa que le honra muchísimo...

— ¿De manera que es hombre de honor? preguntó Poiret.

— A su manera. Consintió en tomar á su cargo el crimen de otro, una falsificación de documentos cometida por un guapísimo joven á quien él quería mucho, un italiano bastante jugador, que después tomó servicio en el ejército, observando muy buena conducta.

— Si tan seguro está Su Excelencia el señor

ministro de policía de que Vautrin es el tal *Engaña-la-Muerte*, ¿para qué me necesita? dijo la señorita Michonneau.

— Claro, añadió Poiret; si efectivamente el ministro tiene, según nos ha hecho usted el honor de decirnos, la convicción...

— Convicción no es exactamente la palabra adecuada al caso; pero hay fundadas sospechas. Verá usted, Santiago Collin, alias *Engaña-la-Muerte*, es el agente y banquero de los presidiarios de los tres penales, los cuales depositan en él la mayor confianza. Este cargo, que es muy productivo, requiere un hombre de facultades nada vulgares, un hombre de *marca*.

— ¡Muy gracioso, muy gracioso! Comprende usted el retruécano, señorita. Este caballero dice que Vautrin es de *marca* por estar *marcado*.

— El falso Vautrin, continuó el agente, recibe los capitales de los señores presidiarios, los coloca, los guarda y los tiene á la disposición de los que se escapan ó de sus familias, cuando disponen de ellos por testamento, y de sus amantes cuando giran contra él en favor de ellas.

— ¡De sus amantes! ¿Querrá usted decir de sus mujeres? observó Poiret.

— No, señor. Esa gente no tiene, por lo general, sino mujeres ilegítimas á las que llamamos concubinas.

— ¿Viven, pues, amancebados?

— Por consiguiente.

— Pues esos horrores no debería tolerarlos Su

Excelencia, dijo Poiret, y puesto que usted, que según veo profesa ideas tan filantrópicas, tiene el honor de hablar con él, á usted toca llamar su atención acerca de la conducta inmoral de esa gente que tan mal ejemplo da al resto de la sociedad.

— Comprenda usted, señor mío, que no los pone en ese sitio el gobierno para que sirvan de modelos de virtud.

— Verdad es. Sin embargo, permítame que...

— Pero deje usted hablar al señor, queridito mío, dijo la solterona.

— Usted me ha entendido, creo, señorita. Puede tener el gobierno el mayor interés en coger esa caja lícita cuyo contenido parece ser de importancia. *Engaña-la-Muerte* guarda en ella gruesas sumas procedentes no sólo de sus colegas, sino también de la sociedad de los Diez Mil...

— ¿Diez mil ladrones? exclamó Poiret asustado.

— No, la sociedad de los Diez Mil es una asociación de ladrones encopetados, gente que trabaja en gran escala, es decir, que no emprende negocio alguno en el que no haya más de diez mil francos que ganar. Compónese la asociación de la aristocracia de los que comparecen ante los tribunales. Conocen el Código y tienen buen cuidado de no incurrir en la pena de muerte. Collin es su hombre de confianza y consejero. Ayudado por las grandes sumas que maneja, ese hombre ha sabido crearse una policía para su servicio, extensísimas relaciones que envuelve en misterio impenetrable, tanto que, aunque hace un año que le estamos espiando, sin perderle de vista un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

momento, nada sabemos de sus planes, por lo cual sus fondos y sus talentos siguen sirviendo para fomentar el vicio, suministrar dinero al crimen y mantener un ejército de pilletes que se hallan en estado de perpetua guerra contra la sociedad. Coger á *Engaña-la-Muerte* con su caja y todo, es cortar el mal de raiz. Por cuyo motivo se ha convertido esa expedición en un asunto de Estado y de alta política que seguramente honrará á cuantos cooperen á su feliz éxito. Usted, señor mío, podría ser nuevamente empleado en la administración y hasta llegar á secretario de comisario de policía, empleo que no le impediría seguir cobrando su retiro.

— Me extraña mucho, dijo la Michonneau, que *Engaña-la-Muerte*, no se escape llevándose la caja.

— Ni soñarlo; adonde quiera que fuera, veríase perseguido por un hombre encargado de matarle. Además, no es tan fácil robar una caja como raptar á una señorita de buena familia. Por otra parte, Collin no es hombre capaz de una acción semejante: se creería deshonrado.

— Tiene usted razón, señor, quedaría completamente deshonrado, dijo Poiret.

— Muy bien; pero todo eso no nos explica por qué razón no van ustedes sencillamente á casa y le prenden, observó la solterona Michonneau.

— Voy á decírselo á usted, señorita... Pero, añadió al oído de ella, haga usted que este caballero no me interrumpa, porque de lo contrario esto será el cuento de nunca acabar. *Engaña-la-Muerte* ha tomado todas las apariencias de hombre honrado al

venir aquí, transformándose en un tranquilo burgués parisién é instalándose en una casa de huéspedes de pobre apariencia; es listo como el solo, y nunca se le cogerá descuidado. De manera, pues, que el señor Vautrin es hombre importante que hace importantes negocios.

« Naturalmente », se dijo Poiret á sí mismo.

— No tiene gana el ministro de correr el riesgo de que se prenda á un Vautrin verdadero, porque se le vendría encima el comercio de París y la opinión pública. El señor prefecto de policía, que tiene enemigos, no está muy seguro en su puesto. Si se cometiera un error, los que codician su puesto aprovecharían la gritería y las quejas de los liberales para salirse con la suya. Se trata, por consiguiente, de proceder en este caso como en el de Cogniard, el falso conde de Santa Helena; ¡buena la hubiéramos hecho si hubiera sido un auténtico conde de Santa Helena! Así es que es menester obrar sobre seguro.

— Sí, pero ustedes necesitan una mujer guapa, dijo con viveza la solterona.

— *Engaña-la-Muerte* no se dejaría engatusar por ninguna mujer, dijo el agente. Sepa usted un secreto: no le gustan las mujeres.

— Entonces no comprendo cómo puedo hacer esa comprobación, aun suponiendo que consintiera en encargarme de ella, por dos mil francos, por ejemplo.

— Sencillísimo, dijo el desconocido. Le daré á usted un frasquito conteniendo una dosis de cierto líquido, preparado de tal manera que produce una congestión, muy parecida á una apoplegía, pero nada peligrosa. Esta

sustancia puede echarse en el vino ó en el café. Inmediatamente transportan ustedes á nuestro hombre á la cama y le desnudan para auxiliarle mejor. Aprovechando un momento en que queda usted sola, le dará una palmada en el hombro, ¡paf! y verá usted aparecer las letras.

— Pues eso no es nada, dijo Poiret.

— ¿Conque consiente usted? preguntó Gondureau á la solterona.

— Una pregunta, señor mio. Si no hubiera tales letras, contestó ésta, ¿me darán los dos mil francos?

— No.

— ¿Cúal sería en ese caso la indemnización?

— Quinientos francos.

— ¡Hacer semejante cosa por tan poco! En conciencia, la acción es la misma, y yo tengo una conciencia que satisfacer.

— Le aseguro á usted, dijo Poiret, que esta señorita tiene mucha conciencia, además de ser persona muy amable y muy inteligente.

— Una proposisión, repuso la solterona: déme usted tres mil francos si es *Engaña-la-Muerte*, y nada si es un simple burgués.

— ¡Convenido! replicó Gondureau, pero á condición de que el negocio quedará ultimado mañana.

— No tan pronto, querido señor; primeramente consultaré á mi confesor.

— ¡Lagarta! dijo el agente levantándose. Pues hasta mañana. Y si se les ofrece hablarme con urgencia, me buscan en la callejuela de Santa Ana, al fin extremo del patio de la Santa Capilla. No hay más que una puerta

en la galería, y preguntan usted por el señor Gondureau.

Llamóle la atención á Bianchon, que volvía de la clase de Cuvier, aquel nombre de *Engaña-la-Muerte*, y también oyó el ¡*convenido*! del célebre jefe de la policía secreta.

— ¿Por qué no acaba usted ya con ese asunto? ¡Son trescientos francos de renta vitalicia, dijo Poiret á su compañera.

— Hay que pensarlo bien. Porque si Vautrin fuese realmente ese *Engaña-la-Muerte*, pudiera ser que me conviniera más entenderme con él. Esto, no obstante, pedirle dinero sería prevenirle, y sería capaz de escapar *gratis*, lo cual resultaría un *timo* espantoso.

— Y aunque eso le sirviera de aviso, ¿no ha dicho ese señor que está vigilado? repuso Poiret. Pero usted lo perdería todo.

« Por otra parte, pensó la Michonneau, ese hombre no me gusta nada. Sólo sabe decirle á una cosas desagradables. »

— Pero, continuó Poiret, no lo hará usted así, porque según ha dicho ese señor, que me parece muy decente y que además va muy bien vestido, librar á la sociedad de un criminal, por virtuoso que éste pueda ser, es acto de obediencia á las leyes. El que hace un cesto hace ciento. ¿Y si se le antojara asesinarnos á todos? Pues resultaríamos nosotros responsables de los asesinatos, sin contar con que seríamos los primeros perjudicados.

La preocupación de la Michonneau impedíale escuchar las frases que una á una iban cayendo de la boca de Poiret como gotas de agua que se filtran al través

del mal cerrado grifo de una fuente. Cuando el viejo comenzaba á ensartar frases continuaba hablando, si la Michonneau no la detenía, como una máquina puesta en movimiento. Comenzaba un tema, y de paréntesis en paréntesis pasaba á otros, completamente ajenos al primero y entre sí, sin terminar ninguno. Al llegar á casa de la viuda de Vauquer habíase embreñado en una serie de pasajes y citas transitorias para venir á contar su declaración en la causa del señor Ragoulleau y de la señora Morin, en la cual había comparecido como testigo de descargo. Al entrar no dejó su compañera de notar á Eugenio de Rastignac enzarzado con la señorita Taillefer en íntima conversación, cuyo asunto era tan palpitante que la pareja no se cuidó para nada de la presencia de los dos viejos pupilos cuando atravesaron por el comedor.

— Tenía que acabar así, dijo la Michonneau á Poiret. Hace ocho días que se estaban echando unas miradas que partían los corazones.

— Sí, contestó Poiret, y por eso la condenaron.

— ¿A quién?

— A la señora Morin.

— La estoy hablando á usted de Victorina, dijo la Michonneau, entrando, por descuido, en el cuarto de Poiret, y me habla usted de la señora Morin. ¿Qué mujer es ésa?

— ¿Pero de qué es culpable Victorina?

— Es culpable de amar á Eugenio de Rastignac. Se está entusiasmando, la muy inocente, sin calcular en lo que eso puede acabar.

Aquella mañana, Eugenio había vuelto irritadísimo

de casa de la señora de Nucingen, que seguía rehusándose. El estudiante habíase abandonado completamente á Vautrin en su fuero interno, sin querer saber los motivos de la amistad de aquel hombre extraordinario ni las consecuencias de semejante alianza. Para arrancarle al abismo en que una hora antes había puesto los pies, cambiando con Victorina las más tiernas promesas, era preciso un milagro. La pobre niña creía escuchar la voz de un ángel, abríase el cielo para ella, adornábase la casa Vauquer con esos fantásticos tonos que dan los pintores escenógrafos á los palacios de teatro: amaba, era amada, ¡por lo menos lo creía! ¿Y qué mujer no lo hubiera creído como ella viendo á Rastignac y escuchándole durante aquella hora hurtada á los Argos de la casa? Luchando con su conciencia, sabiendo que hacía mal y haciéndolo, diciéndose que rescataría aquel pecado venial al precio de la felicidad de una mujer, su propia desesperación le embellecía, resplandeciendo en él todos los fuegos del infierno que albergaba su corazón. Por fortuna para él, realizóse el milagro: Vautrin entró alegremente y leyó en el alma de los dos jóvenes, á quienes por las combinaciones de su genio infernal había unido, pero turbó su alegría cantando con su voz gruesa y zumbona:

Mi Paquilla es deliciosa
En su sencillez...

Escapóse Victorina, llevándose consigo tanta felicidad como desgracia había en toda su vida anterior. ¡Pobre niña! Un apretón de manos, los rizos de Rastignac rozando sus mejillas, una palabra dicha tan al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

oído, que había sentido el calor de los labios del estudiante, la presión de un brazo trémulo en torno de la cintura, y un beso dado por sorpresa en el cuello fueron las arras de su primera pasión, á las que la proximidad de la gruesa Silvia, quien de un momento á otro amenazaba entrar en el á la sazón radiante comedor, hacían más ardientes, vivas y persuasivas que los más hermosos testimonios de apasionado cariño referidas en las más célebres historias de amor. Estos pequeños atrevimientos parecían crímenes á una joven piadosa que se confesaba cada quince días. Años después, siendo ya rica y feliz, no hubiera podido prodigar tantos tesoros de su alma, aun entregándose por completo, como en aquella sola hora.

— Negocio concluído, dijo Vautrin á Eugenio. Nuestros dos *dandys* han chocado. Todo ha sucedido correctamente. Cuestión de opiniones. El palomo ha insultado á mi halcón. El lance será mañana en el reducto de Clignancourt. A las ocho y media, la señorita de Taillefer heredará el cariño y la fortuna de su padre mientras esté aquí mojando tranquilamente en su café rebanaditas de pan con mantequilla. ¿Verdad que es chusca la cosa? El chico de Taillefer es un buen tirador de espada, y confía mucho en sus fuerzas, pero caerá con una estocada de mi invención, que consiste en levantar el arma y pinchar en la frente. Se la enseñaré á usted, porque es formidablemente útil.

Como si se hubiera vuelto imbécil de repente escuchaba Rastignac, y sin saber qué replicar. Mientras tanto fueron llegando Goriot, Bianchon y otros huéspedes.

— Así le quiero á usted, es usted de los que saben lo que hacen. Usted llegará á dominar á los hombres. Es usted fuerte, tiene usted alma. ¡Bien por mi aguilucho! Tiene usted mi estimación.

Y quiso cogerle la mano. Rastignac retiró vivamente la suya, palideció y se dejó caer en una silla. Creía tener delante un charco de sangre.

— ¡Bah! dijo Vautrin en voz baja, todavía tiene usted algunas manchas de virtud en los pañales. Papá Taillefer tiene tres millones, conozco su fortuna. La dote le dejará á usted blanco como un traje de novia, hasta para la propia conciencia.

Ya no vaciló Eugenio. Resolvió ir aquella misma noche á prevenir á los Taillefer de lo que ocurría. Habíase apartado de él Vautrin, por lo que, aprovechando Goriot la oportunidad, le dijo al oído:

— ¡Está usted triste, hijo mío! Venga usted conmigo que le voy á poner alegre.

Y el antiguo fabricante de pastas, encendía, mientras, una vela á una de las lámparas. Eugenio le siguió lleno de curiosidad.

— Iremos á su cuarto, si no le parece mal, dijo el buen hombre, que había tenido la precaución de pedir á Silvia la llave del cuarto del estudiante. ¿Conque creyó usted esta mañana que ella no le amaba? continuó. Le echó á usted de casa, y usted se volvió furioso y desesperado. ¡Tontuelín! Era que me esperaba. ¿Comprende usted? Teníamos que ir juntos á acabar de amueblar un cuartito como una tacita de plata, al que irá usted á vivir dentro de tres días. No me venda usted, porque ella quiere sorprenderle; pero

yo no puedo guardar más tiempo el secreto. Vivirá usted en la calle d'Artois, á dos pasos de la de San Lázaro, y estará usted como un príncipe. Le hemos comprado á usted muebles como para una novia. Mucho hemos trabajado durante un mes sin decírselo á usted. Mi procurador ha tomado ya cartas en el asunto, de modo que Delfina tendrá la renta de su dote, treinta y seis mil francos al año. Además, voy á colocar los ochocientos mil francos de capital en buenos bienes raíces.

Mudo, con los brazos cruzados, paseándose por su pobre cuarto desordenado: tal era la actitud de Eugenio. Papá Goriot, aprovechando un momento en que el estudiante volvía la espalda, colocó sobre la chimenea una caja de tafilete encarnado en el que estaban impresas en oro las armas de Rastignac.

— Querido hijo mío, decía el buen anciano, me he metido en este asunto hasta las narices, pero crea usted que ha sido más bien por egoísmo, porque á nadie interesa más que á mí la mudanza de usted. De modo que, si ahora le pido á usted un favor, no me lo negará.

— ¿Qué quiere usted?

— Encima de su cuarto, en el quinto piso, hay una habitación que depende de las de usted: allí viviré yo, ¿verdad? Me voy haciendo viejo y estoy muy lejos de mis hijas. No le molestaré á usted. Sólo que estaré allí, y usted me hablará de ellas todas las noches. ¿No es verdad que esto no le contraría á usted? Cuando vuelva usted por la noche estaré yo en la cama, le sentiré á usted y me diré: « Viene de ver á mi Delfinita. La ha llevado al baile, la hace feliz. » Si estuviera enfermo, sería un bálsamo para mi corazón el escucharle á usted volver, ir y venir. ¡Habría en usted tanta vida de mi hija! No tendré más que dar un paso para estar en los Campos Elíseos, donde pasean á diario, y las veré siempre, no como ahora, que llego tarde algunas veces. Y ella vendrá á ver á usted, y yo la oiré y la veré también con su bata acolchada de mañana, correteando, yendo de un lado á otro como una gatita. Hace un mes que ha vuelto á ser como antes muchacha alegre y elegante. Su alma está en convalecencia, y á usted le debe su felicidad. ¡Ah! por usted haré yo lo imposible. Hace un momento, al volver, me decía: « ¡Papá, soy muy feliz! » Cuando me llaman *padre* ceremoniosamente me dejan frío, pero cuando me llaman *papá*, me parece que las estoy viendo pequeñitas; avivan todos mis recuerdos; me siento más padre suyo, y me parece que aún no pertenecen á nadie.

El pobre hombre se limpió los ojos; lloraba.

— Mucho, mucho tiempo hacía que no había oído tales palabras y que no me daba el brazo. ¡Ah! sí. Seguramente han transcurrido diez años sin que me haya visto andando por la calle con una de mis hijas á mi lado. ¡Qué bueno es rozarse con su ropa, seguir su paso y sentir su calor! En una palabra, he acompañado esta tarde á Delfina á todas partes, he entrado con ella en las tiendas y la he acompañado á su casa. ¡Ah! ¡déjeme vivir con usted! Podrá usted necesitar alguna vez á alguien para servirle en algo; y, en ese caso, cuente conmigo. ¡Ah! ¡si llegara á morirse ese

pedazo de leño de alsaciano, si tuviese su gota suficiente talento para subírsele al estómago, cuán dichosa sería mi pobre hija! Entonces sería usted públicamente su marido, y, por tanto, mi yerno. Porque yo, como la pobre ha sido tan desgraciada que no ha conocido los placeres del mundo, perdono todo. Tengo la seguridad de que el Dios de bondad está á favor de los padres cariñosos. ¡Le quiere á usted con exceso! exclamó, moviendo la cabeza. A la ida me hablaba de usted, diciéndome: « ¿No es verdad, papá, que tiene buen corazón y que es bueno? Dime, ¿habla de mí alguna vez? » ¡Qué sé yo las cosas que me ha dicho desde la calle de Artois hasta el pasaje de los Panoramas! Ha vaciado su corazón en el mío, de suerte que durante toda la mañana me he sentido joven y ágil, no pesaba ni una onza. Le dije que me había usted entregado el billete de mil francos, lo que la conmovió al punto de saltársele las lágrimas... ¿Pero qué es eso que tiene usted sobre la chimenea? dijo por último Goriot, que rabiaba de impaciencia viendo á Rastignac inmóvil.

Eugenio, como entontecido, miraba á su vecino con aire estúpido. Aquel duelo anunciado por Vautrin para el día siguiente contrastaba tan violentamente con la realización de sus más gratas esperanzas, que experimentaba todas las sensaciones de una pesadilla. Volvióse hacia la chimenea, vió la cajita cuadrada, la abrió y encontró dentro un reloj Breguet cubierto por una hoja de papel, en el cual se leía:

« Quiero que piense usted en mí á todas horas, *porque*... » DELFINA. »

Aludía, sin duda, la última palabra á alguna escena ocurrida entre ellos, porque Eugenio se enterneció al leerla.

Las armas de su casa estaban esmaltadas interiormente en el oro de la caja. Aquella joya tanto tiempo deseada, la cadena, la llave, la labor artística, los dibujos, todo realizaba sus deseos. Papá Goriot estaba loco de alegría. Sin duda había prometido á su hija contarle hasta en sus menores detalles el efecto que el regalo producía á Eugenio. Participaba de las alegrías de ambos jóvenes, y no parecía el menos feliz de los tres. Quería ya á Rastignac, no sólo á causa de su hija, sino por propio afecto.

— Le espera á usted esta noche; de modo que vaya usted á verla. El pedazo de leño, el alsacianote, cena en casa de su bailarina. ¡Ja, ja! ¡vaya una cara que puso cuando mi procurador le dijo cuántas son tres y dos! ¿Pues no tiene la pretensión de estar locamente enamorado de mi hija? Como la toque le mato. La idea de que Delfina pueda ser... (y suspiró) me obligaría á cometer un crimen; pero no sería, después de todo, un homicidio, porque ese tiene la cabeza de un becerro en el cuerpo de un cerdo. Iré á vivir con usted, ¿no es verdad?

— Sí, mi buen papá Goriot, ya sabe usted que yo le quiero...

— Ya he visto que usted no se avergüenza de mí. Permítame que le abrace.

Y estrechó en sus brazos al estudiante.

— ¡La hará usted muy feliz, prométamelo! ¿Irá usted esta noche, ¿verdad?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¡Ya lo creo! Tengo que salir para asuntos que no puedo descuidar.

— ¿Puedo serle útil en algo?

— Sí, por cierto. Mientras voy á ver á Delfina, vaya usted á casa de Taillefer y dígale que tenga la bondad de señalarme hora para verle esta misma noche, pues tengo que hablarle de asunto de importancia.

— ¿Será verdad, joven, dijo Goriot, cuyo rostro se demudó intensamente, que hace usted el amor á su hija, como dicen esos imbéciles de abajo? ¡Ira de Dios! Usted no sabe lo que es un puñetazo de papá Goriot. Si nos engaña usted, con uno sólo quedará el negocio terminado. ¡Ah! dígame que mienten.

— Le juro á usted que sólo amo en el mundo á una mujer, y que no lo sabía hasta hace un momento, replicó el estudiante.

— ¡Oh, qué alegría!

— Pero, volvió á decir Eugenio, el hijo de Taillefer se bate mañana, y me han dicho que morirá en el duelo.

— ¿Y eso qué le importa á usted?

— De todas maneras, hay que decirle que impida á su hijo...

En este momento le interrumpió la voz fuerte de Vautrin que, cerca de la puerta, cantaba:

¡Oh Ricardo, rey mio!
El universo te abandona,
¡Brum! ¡Brum! ¡Brum! ¡Brum!

Por largo tiempo he recorrido el mundo,
Y en todas partes se me ha visto...
Tra la la la.

— Señores, dijo Cristóbal, la sopa está en la mesa, y todos esperándoles á ustedes.

— Oye, dijo Vautrin, ven por una botella de mi vino de Burdeos.

— ¿Le gusta á usted el reloj? dijo papá Goriot. Es de buen gusto, ¿eh?

Vautrin, papá Goriot y Rastignac bajaron á un tiempo y se hallaron, á consecuencia de su retraso, colocados juntos.

Aunque nunca había estado Vautrin, que tanta gracia le hacía á la viuda de Vauquer, tan decidor como aquella noche, Eugenio mostróse con él muy frío. Con todo, dijo Vautrin mil bufonadas que hicieron reir á todos los comensales, á los que supo comunicar su buen humor.

Aquella serenidad y sangre fría consternaron á Eugenio.

— ¿Qué hierba ha pisado usted hoy para estar tan alegre? dijo la viuda de Vauquer.

— Siempre estoy alegre cuando realizo buenos negocios

— ¿Negocios? dijo Eugenio.

— ¿Qué, le extraña á usted? Pues sí, señor; he colocado unas mercancías que me valdrán una gran comisión. Oiga usted, dijo, volviéndose hacia la Michonneau, cuyas insistentes miradas le habían llamado la atención, ¿tengo, acaso, en la cara alguna facción que no le pete, para estarme mirando de una manera tan particular? Dígamela usted, para quitármela si no es de su agrado... Usted no se enfadará por eso, Poiret, añadió haciendo un guiño al empleado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¡Por Dios, que haría usted un buen modelo para la estatua de Hércules Burlón! dijo á Vautrin el pintor.

— ¡Con mil amores! Siempre que la señorita Michonneau tenga á bien servir de modelo para una Venus del Père-Lachaise [1].

— ¿Y Poiret? preguntó Bianchon.

— ¡Oh! Poiret hará de Poiret. Será el dios de los jardines. Deriva de pera...

— Pasada, concluyó Bianchon. Entonces estaría usted entre la pera y el queso.

— Eso y tonterías son una misma cosa, dijo la viuda de Vauquer, y mejor sería que nos diera usted de ese vino de Burdeos; desde aquí le estoy viendo las narices á una botella. Así acabaríamos de alegrarnos, además de que nos haría un estómago de primera.

— Caballeros, exclamó Vautrin, la señora presidenta nos llama al orden, y, aunque nuestros discursos no escandalizan á la señora de Couture ni á la señorita Victorina, debemos respetar la inocencia de papá Goriot. Propongo, por tanto, que nos bebamos una pequeña botell*orama* de vino de Burdeos, doblemente ilustre por llevar el nombre Laffitte, sea dicho sin alusión política... Vamos, chino, dijo mirando á Cristóbal, el cual no se movió. ¡Aquí, Cristóbal! Cómo, ¿no entiendes por tu nombre? Chino, trae los líquidos.

— Aquí la tiene usted, señor, contestó Cristóbal, presentando la botella.

1. Interesantísimo cementerio de París.

Llenó el vaso de Eugenio y el de Goriot; después se echó unas gotas en el suyo, lo probó mientras sus vecinos bebían, y haciendo de pronto una mueca de disgusto, dijo:

— ¡Diablo, diablo! sabe al corcho. Tómalo para ti, y vete á buscar más. A la derecha, ya sabes. Somos diez y seis, baja ocho botellas.

— Puesto que usted se corre, dijo el pintor, yo pago un ciento de castañas.

— ¡Oh, oh!

— ¡Bruru!

— ¡Prrr!

— ¡Hola!

Cada uno lanzó exclamaciones como salen estados de una rueda de fuegos artificiales.

— Vamos, señora de Vauquer, haga usted traer dos de champagne, dijo Vautrin.

— ¡Me lo ha quitado usted de la boca! ¿Y por qué no pide usted la casa? ¡Dos botellas de champagne, que cuestan doce francos! No gano yo tanto. Pero si el señorito Eugenio quiere pagarlas, yo pondré algún licor suave.

— El de siempre... la consabida purga, dijo en voz baja, al oído de Eugenio, el estudiante de medicina.

— ¡Quieres callarte, Bianchon! exclamó Rastignac. No puedo oir hablar de esas cosas sin que el estómago... Bueno, venga el champagne, añadió el estudiante.

— Silvia, dijo la de Vauquer, traiga usted los bizzochos y los pastelillos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Los pastelillos de usted son demasiado crecidos; les ha salido barba, dijo Vautrin. Pero en cuanto á los bizcochos, ya están trayéndolos.

Rápidamente circuló el burdeos, y se animaron los comensales, aumentando la algazara. Oíanse tremendas carcajadas, entre las cuales se destacaron gritos imitando los de varios animales; y habiéndosele ocurrido al empleado del Museo remedar cierto sonido en boga en el París de entonces, y que se parecía al maullido del gato en enero, ocho voces diferentes mugieron las siguientes frases:

— ¡Amolar cuchillos y navajas!

— ¡Pamplina para los canarios!

— ¡Barquillitos, barquillitos!

— ¡Loza que componer!

— ¡A la barca, á la barca[1]!

— ¡Trapero!

— ¡Sacudid á vuestras mujeres y vuestra ropa!

— ¡Buenas cerezas dulces!

Ganó la palma Bianchon, gritando con voz gangosa:

— ¡El paragüero!

Por momentos fué subiendo el diapasón de la alegría, traduciéndose en una chillería loca; llovían las ocurrencias, los chistes; reían, cantaban: aquello era una verdadera ópera que Vautrin dirigía, aunque sin perder un momento de vista á Eugenio y el tío Goriot, que comenzaban á presentar síntomas de embriaguez. Apoyada la espalda en la silla, ambos contemplaban aquel insólito desorden con caras graves, bebiendo apenas; pareciendo muy preocupados de lo que tenían que hacer aquella noche, sentíanse, sin embargo, sin fuerzas para levantarse. Vautrin que, mirándolos de soslayo, seguía las diferentes alteraciones que en su rostro se advertían, aprovechó el momento en que los vió á punto de cerrar los ojos para decir al oído de Eugenio:

— Nenito, aun necesitamos un poquito más de astucia para luchar con papá Vautrin, el cual, por otra parte, le quiere á usted demasiado para dejarle hacer tonterías. Cuando yo decido que una cosa ha de ser, sólo Dios puede impedir que sea. ¿Conque usted quería hacer la chiquillada de avisar á su papá Taillefer? El horno está caliente, dispuesta la harina y el pan en la pala; mañana nos lo comeremos tranquilamente. ¿Y quería usted desbaratar la hornada?... ¡Ca, hombre, ca! ¡todo se ha de cocer! Si sentimos algún pequeño remordimiento, la digestión lo curará. Mientras usted echa su sueñecillo, el coronel Franchesini le abrirá á usted con la punta de su espada la sucesión de Miguel Taillefer. Al heredar á su hermano, tendrá Victorina una renta de quince lindos millares de francos. He tomado informes y sé que el capital de la madre asciende á más de trescientos mil...

Oía Eugenio estas palabras sin poder contestar una; sentía la lengua pegada al paladar y un sopor invencible. Veía la mesa y á los comensales al través de una niebla luminosa. Pronto cesó el ruido, habiéndose retirado uno tras otro los huéspedes. Cuando

1. Pregón con que anuncian las ostras los revendedores.

quedaron solos la viuda de Vauquer, la de Couture, Victorina, Vautrin y Goriot, vió Rastignac, como en sueños, á la patrona ocupada en vaciar los restos del vino de unas botellas llenas.

— ¡Ah, que jóvenes y qué locuelos son! decía la viuda..

Esta fué la última frase que pudo comprender Eugenio.

— Para estas bromas no hay como el señor Vautrin, dijo Silvia. Miren usted á Cristóbal roncando como una peonza.

— Adiós, mamá Vauquer, dijo Vautrin. Me voy al *boulevard* á admirar al señor Marty en el *Monte Salvaje*, gran función sacada de *el Solitario*. Si quiere usted la llevo, y también á estas señoras.

— Muchas gracias, dijo la viuda de Couture.

— ¡Cómo, vecina! exclamó la patrona, ¡rehusa usted ver una función sacada de *el Solitario*, esa magnífica novela escrita por Atala de Chateubriand, que tanto nos gustaba este verano cuando la leíamos bajo los tilos y nos hacía llorar como Magdalenas? ¡Una obra tan moral, que hasta puede instruir mucho á esta señorita!

— Nos está prohibido ir al teatro, respondió Victorina.

— Vaya; éstos ya se han largado, exclamó Vautrin, moviendo cómicamente las cabezas de Goriot y Eugenio.

Al colocar la cabeza del estudiante sobre una silla para que pudiera dormir cómodamente, le dió en la frente un fuerte beso y se puso á cantar:

¡Duerme, amor mío querido,
Que por ti siempre velaré!

— Temo que esté enfermo, dijo Victorina.

— En ese caso quédese usted á cuidarle, contestó Vautrin.

Y luego añadió en vos baja:

— Le incumbe á usted tal deber como á mujer cariñosa. Ese muchacho la adora á usted y usted, será su mujercita; yo se lo predigo.

Y finalmente, siguió diciendo en voz alta:

— *Fueron muy considerados en toda la comarca, vivieron felices y tuvieron muchos hijos.* Así acaban todas las novelas de amor... Vamos, mamá, dijo, volviéndose hacia la viuda de Vauquer, á la que dió un abrazo, póngase usted el sombrero, el lindo vestido de flores y el cinturón de la condesa. Voy yo mismo á buscar un coche para usted.

Y salió cantando:

¡Oh sol, divino sol
Que maduras las calabazas!...

— ¡Pero, señor!... oiga, vecina, dijo á la viuda de Couture, con semejante hombre viviría yo feliz en cima de un tejado. Vaya, añadió mirando al exfabricante de pastas, también está conservando la vista. Nunca se le ha ocurrido á ese viejo roñoso llevarme á ninguna diversión. ¡Dios mío, se va á caer al suelo! Es preciso haber perdido la vergüenza para emborracharse á su edad. ¡Usted dirá que nadie pierde lo que no tiene! Silvia, hay que subirlo á su cuarto.

— Pobre muchacho, dijo la viuda de Couture, separando el cabello de Eugenio que, cubriéndole la frente, le caía en los ojos; es como una doncella, no sabe lo que es un exceso.

— Sin mentir puedo afirmar que en los treinta y un años que hace que tengo la casa, dijo la viuda de Vauquer, han pasado como quien dice por mi mano muchos jóvenes, pero ninguno tan guapo y tan elegante como el señorito Eugenio. ¡Qué hermoso está durmiendo!... Reclínele la cabeza sobre el hombro de usted, señora. ¡Bah! Se le cae sobre el de Victorina: ya se ve que hay un dios para los pollos. Si se desvía un poco, se rompe la cabeza contra el boliche de la silla. La verdad es que harán una linda pareja.

— ¡Pero, vecina, vecina! Dice usted unas cosas...

— ¡Bah! dijo la de Vauquer, ahora no oye. Vamos, Silvia, ven á vestirme. Me voy á poner el corsé nuevo.

— ¡Señora, el corsé nuevo después de comer! repuso Silvia. Pues busque usted quien se lo apriete, porque no quiero matarla á usted. Cometerá una imprudencia que le puede costar la vida.

— Lo mismo me da. Hoy es preciso no dejar mal al señor Vautrin.

— ¡Mucho quiere usted á sus herederos!

— Vamos, Silvia; hablas demasiado, dijo la viuda saliendo del comedor.

— ¡A sus años! dijo la cocinera designando su ama á Victorina.

La señora de Couture y su pupila, en el hombro de la cual continuaba teniendo Eugenio reclinada la

cabeza, quedaron solos en el comedor. Los ronquidos de Cristóbal repercutían en la silenciosa casa, formando contraste con el tranquilo sueño de Eugenio que dormía con la agraciada tranquilidad de un niño. Satisfecha por poder permitirse uno de esos actos de caridad en los que se revelan todos los sentimientos de la mujer, y que hacía que ni por asomos creyera faltar al decoro sintiendo latir contra el suyo el corazón del joven, Victorina presentaba en su semblante una expresión maternalmente protectora que le daba cierto orgullo. Por entre los mil pensamientos que bullían en su corazón, sobresalía un impetuoso movimiento de voluptuosidad excitado por el contacto de ambos cuerpos animados por una sangre ardiente y pura. En la fisonomía de Victorina reflejábase cierto maternal sentimiento de protección. Sin duda se consideraba feliz permitiéndose uno de esos actos de caridad en los que se difunden todos los sentimientos del corazón femenino y al que debía el poder sentir, sin faltar al decoro, el corazón del mancebo latiendo junto al suyo.

— Pobre niña, dijo la viuda de Couture estrechándole la mano.

Admiraba la anciana aquel rostro cándido y dolorido, pero iluminado á la sazón por una aureola de felicidad. Semejábase Victorina á una de esas infantiles pinturas de la Edad Media en las que el artista descuidó los accesorios, reservando la magia de su severo é inspirado pincel para la amarillenta figura, en la que parece reflejarse el cielo con dorados matices.

— Sin embargo, no ha bebido más de dos vasos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mamá, dijo Victorina pasando los dedos por entre los cabellos de Eugenio.

— Pues si fuese un vicioso, hija mía, hubiera resistido como los demás. Le enaltece su estado de embriaguez.

Oyóse en la calle el ruido de un carruaje.

— Mamá, dijo la joven, ya viene el señor Vautrin. Sostenga usted á Eugenio, haga el favor. No quisiera ser vista de esta manera por ese hombre; tiene expresiones que manchan el alma, y miradas que avergüenzan á una mujer como si la despojaran de su ropa.

— No, dijo la viuda de Couture, te equivocas. Vautrin es un buen hombre, algo parecido á mi difunto marido: brusco, pero bueno; rudo y adusto, pero de buen fondo.

En esto entró Vautrin muy despacio y contempló el cuadro formado por los dos jóvenes, al que la luz de la lámpara parecía dar mayor realce.

— Escenas como ésta, dijo cruzándose de brazos, hubieran inspirado hermosas páginas al buen Bernardino de Saint-Pierre, autor del *Pablo y Virginia*... ¡Qué hermosa es la juventud, señora de Couture!... Duerme, pobre niño, añadió contemplando á Eugenio, que algunas veces nos sorprende la fortuna mientras dormimos. Señora, repuso dirigiéndose á la viuda, lo que hace que yo quiera á ese muchacho y encamine hacia él mis simpatías es que su alma es tan hermosa como su rostro. ¡Vamos! ¿no parece un querubín reclinado en el hombro de un ángel? Bien merece que se le quiera, y si yo fuera mujer desearía

morir, mejor dicho vivir, porque no soy tan tonto, vivir para él. No puedo dejar de pensar al contemplarlos, dijo al oído de la de Couture, que Dios los ha hecho el uno para el otro.

Y añadió:

— La Providencia camina por caminos ocultos; sonda los deseos y los corazones. Imposible me parece, al ver unidas á estas dos criaturas por el mismo purísimo afecto y por todos los sufrimientos humanos, que esa unión no haya de continuar en el porvenir: Dios es justo. Pero, dijo á la joven, me parece haber visto en usted líneas de prosperidad. Déme su mano, señorita Victorina; entiendo algo de quiromancia y he dicho algunas veces la buenaventura. Vamos, no tenga usted miedo... Pero, ¿qué es lo que veo? A fe de Vautrin, que dentro de poco será usted una de las más ricas herederas de París y hará usted la felicidad del hombre á quien ama. Su padre de usted se la llevará consigo y se casará usted con un hombre de casa solariega, joven, hermoso, que la adora.

En aquel momento, los pesados pasos de la coqueta viuda que bajaba la escalera interrumpieron las profecías de Vautrin.

— Aquí tenemos á maamaa Vauquerre, hermosa como un astrrro, liada como un salchichón. Confiese usted que le corta un poco la respiración, añadió poniendo la mano en lo alto del corsé; esto está muy apretado, y si llora usted hará explosión. Pero yo recogeré los pedazos con esmero de anticuario.

— ¡Es lo que se llama todo un francés galante! dijo la viuda inclinándose al oído de la de Couture.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

— Adiós, niños, dijo Vautrin volviéndose hacia Eugenio y Victorina. Los bendigo, añadió extendiendo las manos sobre ellos... Créame, señorita; algo valen las bendiciones de un hombre honrado, por fuerza han de aportar la felicidad, Dios las escucha.

— Adiós, amiga mía, dijo la de Vauquer á su pupila. ¿Le parece á usted, añadió en voz baja, que tenga el señor Vautrin intenciones cerca de mi persona?

— ¡Psch!

— ¡Ah, querida madre, dijo Victorina suspirando y con los ojos bajos, luego que las dos quedaron solas, ¡si lo que el buen señor Vautrin dice fuera verdad!

— Poco se necesita para eso, respondió la anciana. ¡Conque el monstruo de tu hermano caiga del caballo...!

— ¡Oh, mamá!

— Quizás sea pecado desearle daño al propio enemigo, repuso la viuda. Bueno, pues cumpliré por ello alguna penitencia; por ejemplo, de todo corazón llevaré flores á su tumba. ¡Mal corazón! Ni siquiera se atreve á volver por la memoria de su madre, cuya herencia conserva, sin embargo, merced á mil enredos. Mi prima poseía una buena fortuna, pero por desgracia en el contrato matrimonial no se habló de sus bienes.

— Si mi felicidad se debiera á la muerte de alguien, yo no sería nunca feliz, dijo Victorina; de modo que si para ello es preciso que mi hermano deje de existir, prefiero vivir siempre en esta casa.

— En eso digo como ese señor Vautrin, que es tan

religioso y del que he sabido con mucho gusto que no es incrédulo como los demás, que hablan de Dios con menos respeto que el mismo demonio, añadió la viuda de Couture. ¿Quién puede conocer los caminos por donde nos conduce la divina Providencia?

Ayudadas por Silvia, las dos mujeres acabaron por transportar al estudiante á su cuarto y le echaron en la cama, donde la cocinera le desabrochó la ropa, con objeto de que respirara mejor. Victorina aprovechó, antes de salir, un momento en que su protectora se hallaba vuelta de espaldas para depositar un beso en la frente de Eugenio con toda la satisfacción que semejante amoroso pecado debía producir. Miró el cuarto del estudiante, recogió por decirle así en un solo pensamiento las mil felicidades de aquel día, reuniólas en un cuadro que contempló un buen espacio de tiempo, y se durmió persuadida de que no había en París criatura más feliz que ella.

La fiestecilla que sirvió de pantalla á Vautrin para administrar á Eugenio y á Goriot vino narcotizado, decidió el hundimiento de aquel hombre. Bianchon, casi ebrio, se olvidó de preguntar á la Michonneau por *Engaña-la-Muerte*. Si hubiera pronunciado este nombre, seguramente habría puesto en guardia á Vautrin, ó, para llamarle como es debido, á Santiago Collin, famoso presidiario. Además, la frase *Venus del Père Lachaise* decidió á la Michonneau á entregarlo á la justicia, precisamente en el momento en que, confiando en la generosidad de Collin, calculaba si no le tendría más cuenta decirle lo que había, dándole tiempo para que se evadiera durante la noche. Acababa

de salir acompañada de Poiret para ir en busca del célebre comisario de policía, á la callejuela de Santa Ana, siempre en la creencia de que tenían que habérselas con un alto empleado llamado Gondureau. Recibióla de buen grado el director de la policía judicial, al cual pidió, después de una conversación en que se precisaron las condiciones del negocio, la sustancia que había de servir para buscar en el cuerpo de Vautrin la marca del presidio. Por el gesto de satisfacción que hizo el gran hombre de la callejuela de Santa Ana al ponerse á buscar un frasquito en el cajón de su mesa, comprendió la solterona que el gobierno veía en aquella captura algo más que la detención de un simple forzado. Al cabo de vueltas y revueltas ocurriósele suponer que la policía, guiada por traidores que había en el presidio, esperaba llegar á tiempo de apoderarse de valores considerables. Comunicó su hipótesis á aquel viejo zorro, el cual, así que los oyó, sonrió y trató de desvanecer las sospechas de la Michonneau.

— No está usted en la positivo, contestó. Collin es la *Sorbona* más peligrosa que han tenido los ladrones en ninguna época. Esta es la verdad. Tan convencidos de ello están los bandidos que le consideran como su bandera, su sostén, su Bonaparte, para decirlo en una palabra; todos le quieren. No veremos caer en la plaza de Grève el *troncho* de ese mocito.

Quedábase á obscuras la Michonneau, y tuvo Gondureau que explicarle los dos palabras que había empleado. *Sorbona* y *troncho* son dos enérgicas expresiones del lenguaje de los bandidos, los cuales,

desde muy antiguo, habían comprendido la necesidad de considerar la cabeza humana bajo dos muy distintos aspectos. La *Sorbona* es la cabeza del hombre vivo, que piensa y aconseja. *Troncho*, en cambio, es expresión destinada á expresar lo poco que vale la cabeza, una vez cortada.

— Ese Collin nos trae á mal traer, añadió. Cuando tropezamos con uno de esos hombres de temple de acero, tenemos el recurso de matarle si en el momento de la detención ofrece la menor resistencia; y precisamente contamos con alguna violencia de Collin para quitarle de en medio mañana por la mañana. De este modo nos ahorramos el proceso, los gastos de custodia y de alimentación, y libramos á la sociedad de un enemigo. La instrucción de la causa, las indemnizaciones de los testigos, la ejecución y cuantos trámites marca la ley para deshacernos de esos malos bichos, todo eso cuesta un poco más de los tres mil francos que usted cobrará. Y también se economiza tiempo. Con un buen bayonetazo en la tripa de *Engaña-la-Muerte* evitamos un centenar de crímenes, é impedimos la corrupción de cincuenta pilletes que cuidarán muy bien de no dar motivos para que se les eche el guante. Esto es lo que se llama una buena policía, puesto que, según los mejores filósofos, de esta manera se evitan los crímenes.

— ¡Y además se sirve al país! dijo Poiret.

— ¡Hombre, esta noche dice usted cosas sensatas! Cierto que sí, que servimos al país. La sociedad, á la que tantos servicios, aunque casi todos ignorados, prestamos, nos juzga con demasiada severidad. Por

otra parte, el hombre superior debe mostrar que se halla muy por encima de las preocupaciones vulgares, y también todo cristiano debe aceptar las desdichas que el bien trae consigo cuando no se realiza, según ideas preconcebidas. ¡Es una palabra, París es París! Y esa palabra explica mi vida. A los pies de usted, señorita. Mañana estaré con mi gente en el Jardín del Rey [1]. Envíe á Cristóbal á la calle de Buffon, casa del señor Gondureau, donde yo estaba. Caballero, beso á usted la mano... Si alguna vez le roban á usted algo, venga usted á verme, que se lo buscaré; estoy á su disposición.

—¡Qué amable es ese señor! dijo Poiret, y cuán sencillo es lo que le pide á usted... Pues todavía hay imbéciles que se sulfúran con sólo oír la palabra de policía.

Había de quedar el día siguiente como uno de los más sonados de la casa Vauquer, en la cual el suceso culminante, hasta el presente momento ocurrido, había sido la meteórica aparición de la supuesta condesa de Ambermesnil. Pero los acontecimientos del gran día próximo debían obscurecer á todos los demás, quedando como eterno tema de las conversaciones de la viuda de Vauquer.

Primeramente, Goriot y Eugenio de Rastignac durmieron hasta las once, y la patrona, que volvió de la Gaîté á las doce de la noche, aun no se había levantado á las diez y media. El largo sueño en que Cristóbal quedó sumido después de haber apurado el vino

1. Nombre primitivo del *Jardín de Plantas*.

que Vautrin le regalara, retrasó el servicio de la casa. Poiret y la Michonneau no se quejaron del retraso del almuerzo, y en cuanto á Victorina y la viuda de Couture durmieron hasta bien entrada la mañana. Vautrin salió antes de las ocho, y volvió á la hora precisa de servirse el almuerzo. Nadie reclamó, pues, cuando Silvia y Cristóbal llamaron de puerta en puerta anunciando que el almuerzo estaba servido. Bajó la primera la solterona, y antes de que volvieran las criadas vertió el licor en el tazón de plata que pertenecía á Vautrin, y en el que la leche para su café calentábase al baño-maría, entre todos los demás: había contado de antemano con esta particularidad de la vida de la casa para dar el golpe.

No sin trabajo reuniéronse los siete pupilos. Cuando Eugenio bajaba, el último de todos, desperezándose, un mozo le entregó la siguiente carta de Delfina de Nucingen:

« No siento hacia usted, amigo mío, vanidad mal entendida ni cólera. Le he esperado á usted hasta las dos de la mañana. ¡Esperar al ser amado! Quien tal tormento haya sufrido no puede dárselo á nadie. Bien se conoce que ama usted por primera vez. ¿Qué le ha ocurrido? Estoy muy intranquila. Sin el temor en revelar los secretos de mi corazón, hubiera corrido á informarme de la desgracia ó de la fortuna que le retenía. Pero salir á tal hora, en coche ó á pie, ¿no era perderme? He comprendido la desdicha inherente á mi sexo. Tranquilíceme, expliqueme el por qué de su ausencia, después de lo que mi padre me dijo. Sin

duda me enfadaré, pero perdonaré. ¿Está usted enfermo? ¡Si no viviera usted tan lejos! Hasta muy pronto, ¿verdad? Si tiene usted quehaceres, me bastará una palabra que diga: « Voy en seguida » ó « Estoy enfermo ». Por más que, si se hallara usted indispuesto, mi padre hubiera venido á decírmelo. ¿Qué ha sucedido?...»

— Sí, ¿qué ha sucedido? exclamó Eugenio estrujando entre sus manos la carta, sin acabarla y precipitándose en el comedor. ¿Qué hora es? preguntó.

— Las once y media, respondió Vautrin, poniendo azúcar en su café.

El fugado de presidio dirigió á Eugenio una de esas miradas fascinadoras que son privilegio de ciertos hombres eminentemente magnéticos y que, según dicen, calman, en los manicomios, á los locos furiosos. Eugenio tembló de pies á cabeza.

Oyóse el ruido de un simón que se detenía á la puerta; un criado vestido con la librea del señor Taillefer, y á quien la viuda de Couture reconoció en el acto, penetró despavorido en la estancia.

— Señorita, exclamó, su señor padre la llama... Ha ocurrido una gran desgracia. El señor Federico ha tenido un duelo y ha recibido una estocada en la frente; creen los médicos que no vivirá; apenas si podrá usted darle el abrazo de despedida, pues ya no tiene conocimiento.

— ¡Pobre joven! exclamó Vautrin. ¿Pero cómo hay quien pueda buscar cuestiones teniendo treinta mil francos de renta bien saneaditos Ya veo que la gente

joven no sabe conducirse en la vida como es debido.

— ¡Caballero! le gritó Eugenio.

— ¿Qué es ello, gran simplón? dijo Vautrin acabando de beber tranquilamente su café (operación que la Michonneau seguía con una atención tal que no la permitía estar en lo demás que en torno suyo ocurría). ¿A caso no hay todos los días duelos en París?

— La acompaño á usted, Victorina, decía la viuda de Couture.

Y se precipitaron hacia la calle aquellas dos mujeres, sin sombrero ni chal. Victorina, al salir, miró á Eugenio, como diciéndole: « ¡No pensaba que nuestra felicidad hubiera de costarme lágrimas! »

— Voy á creer que es usted profeta, señor Vautrin, dijo la patrona.

— Soy de todo, replicó Collin.

— ¡Qué cosa más extraña! volvió á decir la de Vauquer, ensartando, á propósito de aquel suceso, una porción de frases insignificantes. La muerte nos sorprende sin avisarnos, y muchas veces mueren los jóvenes antes que los viejos. Las mujeres tenemos la ventaja de no estar sometidas á la ley del duelo; en cambio padecemos muchas enfermedades de que están libres los hombres. Parimos, y luego nos duran mucho tiempo las consecuencias. ¡Qué fortuna la de esta Victorina! Porque ahora el padre tiene que adoptarla.

— Así son las cosas, dijo Vautrin mirando á Eugenio: ayer no tenía un céntimo, y ahora posee millones.

— ¡Vamos, don Eugenio, que no ha tenido usted mala mano para elegir novia! exclamó la de Vauquer.

Al oír esto, Goriot miró al estudiante, y viendo en su mano la estrujada carta, le dijo:

— ¡No la ha acabado usted de leer! ¿Qué significa esto? ¿Será usted como los demás? le preguntó.

— Señora, nunca me casaré con la señorita Victorina, dijo Eugenio dirigiéndose á la patrona con tal acento de horror y repugnancia, que á todos sorprendió.

Papá Goriot cogió una mano del estudiante y se la estrechó: hubiera querido besársela.

— ¡Hola, hola! exclamó Vautrin. Los italianos dicen en casos como éste una palabra muy justa y muy filosófica: *Col tempo*.

— Espero la contestación, manifestó á Rastignac el enviado de Delfina.

— Diga usted que iré.

El hombre se fué. Eugenio hallábase en tal estado de irritación, que no podía ser prudente.

« ¿Qué hacer, se decía hablando consigo mismo, pero en voz alta. ¡No hay pruebas!... »

Vautrin se sonrió. La substancia ingerida comenzaba á dejar sentir sus efectos, pero era tan robusto el presidiario, que se levantó, miró á Eugenio, y le dijo con voz cavernosa:

— Joven, la fortuna suele venir mientras dormimos.

Y cayó al suelo como herido por un rayo.

— ¡Existe, pues, una justicia divina! exclamó Eugenio.

— ¿Qué le pasa al pobre señor Vautrin?

— ¡Un ataque de apoplegía! exclamó la Michonneau.

— ¡Silvia; corriendo, á buscar un médico! dijo la viuda. ¡Don Eugenio, vaya usted en seguida á casa del señorito Bianchon, por si no encuentra Silvia en casa á nuestro médico, el señor Grimpe!

Rastignac aprovechó con júbilo aquella oportunidad de abandonar la espantosa caverna, y se marchó apresuradamente.

— Cristóbal, vete inmediatamente á la botica á ver si te dan algo contra la apoplegía.

Cristóbal fué.

— A ver, señor Goriot, ayúdenos usted á llevarle allá arriba, á su habitación.

Vautrin fué agarrado, transportado por la escalera y colocado encima de su cama.

— Yo no puedo ser á ustedes de ninguna utilidad; me voy á ver á mi hija, contestó el interpelado.

— ¡Viejo egoísta! exclamó la señora de Vauquer; anda, te deseo que mueras como un perro.

— Vaya usted á ver si tiene éter, dijo á la patrona la Michonneau, quien, ayudada por Poiret, había desabrochado á Vautrin la ropa.

La Vauquer obedeció, dejando á la solterona dueña del campo de batalla.

— ¡Vamos, quítele usted la camisa y vuélvale de espaldas pronto! ¡Evíteme usted ciertas desnudeces; sirva usted para algo, hombre, y no se quede usted en babia!

Vuelto Vautrin de espaldas, aplicóle la Michonneau en el hombro una fuerte palmada, y las dos letras fatales se dibujaron blancas en fondo colorado.

— ¡Caramba, y qué pronto se ha ganado usted la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gratificación de tres mil francos! exclamó Poiret, teniendo sentado á Vautrin mientras la Michonneau le ponía la camisa. ¡Lo que pesa! añadió acostándole.

— Silencio. ¿Tendrá por aquí alguna caja con dinero? dijo vivamente la solterona cuyos ojos parecían atravesar la pared, tal era la avidez con que examinaba los más insignificantes muebles del cuarto. ¡Si se pudiera abrir ese pupitre bajo un pretexto cualquiera! añadió.

— Quizá estuviese eso mal hecho, respondió Poiret.

— No, el dinero robado, por haber sido de todos no es de nadie. Pero nos falta tiempo, dijo. Ahí sube la Vauquer.

— Aquí está el éter, dijo ésta entrando. Este sí que es el día de las aventuras. Pero, ¡Dios mío, este hombre no puede estar enfermo! ¡Si tiene la piel blanca como la de un pollo!

— ¿Como la de un pollo? repitió Poiret.

— Su corazón late normalmente, dijo la viuda poniendo la mano en el pecho de Vautrin.

— ¿Normalmente? dijo Poiret admirado.

— No hay cuidado.

— ¡Claro, como que parece que está dormido! Silvia ha ido á buscar al médico. Oiga, señorita Michonneau, mire lo que hace con las narices al sentir el éter. ¡Bah! No es más que un *pasmo* (espasmo). Tiene bueno el pulso. Es fuerte como un turco. ¡Mire usted qué alzado tiene el estómago! ¡Es hombre para vivir cien años! Nada, y la peluca no se le cae. Como que la tiene pegada. Y tiene el pelo de otro color; lo tiene rojo. Dicen que todos los que tienen el pelo rojo son buenos ó malos. ¿Será éste de los buenos?

— ¿Bueno para colgado? dijo Poiret.

— Querrá usted decir colgado del cuello de una linda mujer, exclamó vivamente la Michonneau. Váyase usted, señor Poiret. Á nosotros nos corresponde cuidarlos á ustedes cuando están enfermos. Además, añadió, para lo que usted sirve, aunque se vaya usted de paseo, maldito lo que se pierde. La señora y yo sabremos cuidar muy bien al señor Vatrin.

A la chita callando escurrióse el señor Poiret, como perro á quien su amo pega un puntapié. Rastignac había salido para pasear y tomar el aire, porque se ahogaba. Había querido evitar, desde la víspera, aquel crimen cometido á hora fija. ¿Qué había sucedido? ¿Qué iba á hacer? Temblaba por creerse cómplice, y todavía le aterraba la sangre fría de Vautrin.

— Si ocurriera todavía que Vautrin muriera sin habla, decíase Rastignac.

Andaba al través de las avenidas del Luxemburgo como perseguido por una trailla, pareciéndole escuchar el ladrido de los perros.

— ¡Hola! le gritó Bianchon. ¿Has leído *el Piloto*? *El Piloto* era un periódico radical dirigido por el señor Tissot, y que hacía, algunas horas después de los periódicos de la mañana, una edición especial para provincias, conteniendo noticias del día, lo que le permitía anticiparlas veinticuatro horas á sus lectores.

— Habla de un suceso interesantísimo, dijo el interno del hospital Cochin. El hijo de Taillefer se ha batido en duelo con el conde Franchesini, oficial de

la guardia antigua, el cual le ha metido dos pulgadas de acero en la frente. De modo que ahí tienes á Victorinita convertida en uno de los mejores partidos de París. ¡Caracoles, y quién hubiera podido prever tal cosa! ¿Dónde hay un treinta y cuarenta como la muerte? Dime, ¿es verdad que Victorina te mira con buenos ojos?

—Cállate, Bianchon; nunca me casaré con ella. Estoy enamorado de una mujer preciosa que me quiere y que...

— Dices eso como si te esforzases en desviarte del camino de la infidelidad. Muéstrame una mujer que valga el sacrificio de la fortuna de Taillefer.

—¿Se habrán juramentado todos los demonios para perseguirme? exclamó Rastignac.

— ¿Pero qué tienes? ¿Estás loco? Dame la mano, dijo Bianchon, y deja que te tome el pulso. Tú tienes fiebre.

— Ve á casa, dijo Eugenio, porque ese bribón de Vautrin está como muerto.

— ¡Ah! dijo Bianchon, dejando solo á Rastignac. Me confirmas sospechas que quiero comprobar.

Solemne fué el paseo del estudiante de derecho. Dió, por decirlo así, una vuelta alrededor de su conciencia; y si escarbó en su propia conciencia, si la examinó, es cierto que su honradez salió de esta severa y terrible prueba endurecido como una barra de hierro después de sometida á la acción del fuego. Recordó las confidencias que la víspera le había hecho el tío Goriot y lo que éste le dijera del nuevo cuartito de la calle de Artois; sacó del bolsillo la carta, la leyó y la besó.

—Semejante amor es mi áncora de salvación, pensó. ¡Cuánto ha sufrido el corazón de ese pobre viejo! Aunque nada dice de sus dolores, ¿quién no los adivina? Pues bien, le cuidaré como si fuese mi propio padre y le procuraré cuantas satisfacciones pueda. Si ella me amá, vendrá muchas veces á mi casa á pasar el día con él. Esa condesa de Restaud es una infame capaz de hacer de su padre un portero. ¡Querida Delfina! Es más cariñosa para el pobre viejo, es digna de ser amada. ¡Ah! esta noche seré feliz.

Sacó el reloj y estuvo admirándolo.

— ¡Qué suerte he tenido en todo! Cuando se tiene la seguridad de amar y de ser amado para siempre, es lícito ayudarse mutuamente, luego puedo recibir esto. Además, como al fin llegaré, puedo devolver ciento por uno. En esta unión no hay crimen ni nada que pueda producir el menor escrúpulo á la más severa virtud. ¡Cuántas personas muy honradas contraen uniones semejantes! Nosotros no engañamos á nadie; y lo que envilece es la mentira. Mentir, ¿no es abdicar? Está desde hace tiempo separada de su marido; y, por otra parte, yo mismo le diré á ese alsaciano que me ceda una mujer á la que él no puede hacer feliz.

Mucho tiempo duró la lucha que Rastignac sostenía consigo mismo; y aunque al fin vencieron sus juveniles virtudes, sintióse arrastrado por una insuperable curiosidad, á eso de las cuatro y media, al anochecer, hacia la casa de huéspedes, de la que á sí propio se prometía salir para siempre. Quería saber si había muerto Vautrin.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Bianchon habíale hecho tomar un vomitivo, disponiendo que las substancias devueltas por el enfermo fuesen llevadas al hospital en que él, Bianchon, seguia sus estudios, para ser allí analizadas químicamente. Viendo el empeño que ponia la Michonneau en tirarlas, fortificáronse sus dudas, ya muy avivadas, por la rapidez con que Vautrin se había repuesto. Era indudable que el gran jaranero de la casa había sido víctima de una maquinación. Cuando volvió Rastignac, hallábase ya de pie en el comedor, junto á la estufa. Atraídos antes de la hora acostumbrada, por la noticia del duelo del hijo de Taillefer, los huéspedes, ansiosos de conocer los detalles del suceso y la influencia que en el porvenir de Victorina había tenido, estaban ya reunidos, menos el tío Goriot, y charlaban acerca de lo ocurrido. Cuando entró Eugenio, encontráronse sus ojos con los del imperturbable Vautrin, el cual le dirigió una tan penetrante mirada, que hirió las cuerdas inferiores que aún quedaban en su alma, haciéndole temblar.

— Está visto, querido joven, díjole el expresidario, la Chata no ha podido ni podrá en mucho tiempo conmigo. Según dicen las señoras, he tenido una congestión capaz de matar á un buey.

— Bien puede usted decir que á un toro, exclamó la viuda de Vauquer.

— ¿Le pesa á usted verme con vida? dijo Vautrin al oído de Rastignac, cuyo pensamiento creia adivinar. Denotaría usted condiciones de primer orden.

— La verdad es, dijo Bianchon, que á usted le sentaría muy bien el apodo de un tal *Engaña-la-Muerte*,

de quien la señorita Michonneau hablaba antes de ayer.

Aquel nombre produjo en Vautrin el efecto de un rayo. Palideció, se tambaleó, y su magnética mirada cayó como la luz del sol sobre la solterona, á la cual aquel impulso de voluntad dejó como muerta, derribándola sobre una silla. Poiret interpúsose rápidamente entre ella y Vautrin, comprendiendo que se hallaba en peligro, de tal manera la cara del expresidario volvióse ferozmente significativa al despojarse de la careta de bonachería bajo la que ocultaba su verdadero temperamento. Los demás huéspedes, que nada comprendieron de aquel drama, quedáronse estupefactos.

En aquel momento oyóse el paso de muchos hombres y el ruido que producían los soldados al descansar los fusiles sobre el pavimiento de la calle. Collin miraba á las ventanas y á las paredes buscando maquinalmente una salida, cuando aparecieron en la puerta de la sala cuatro individuos. El primero era el jefe de la policía, y los otros tres oficiales de orden público.

— ¡En nombre de la ley y del rey! dijo uno de ellos cuya voz fué cubierta por un murmullo de asombro.

Pronto reinó absoluto silencio en el comedor, y los huéspedes se apartaron para dejar el paso libre á tres de los recién llegados, todos los cuales tenían metida á mano en el bolsillo de costado, empuñando una pistola armada. Dos gendarmes que seguían á los agentes ocuparon la puerta de la sala, y otros dos parecieron en la que conducía á la escalera. En el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

empedrado de la calle oíase el ruido de los soldados y de los fusiles. No le quedaba á *Engaña-la-Muerte*, en quien se fijaron irresistiblemente los ojos de todos, ninguna esperanza de salvación.

El jefe se llegó á él y comenzó por darle tan violenta palmada en la cabeza, que hizo saltar de ella la peluca dejando en descubierto, en todo su horror, la cabeza de Collin. Cubierta, como el rostro, de cortos cabellos color ladrillo, que daban al busto terrible aspecto de energía y de astucia, en harmonía con el cuerpo, quedó el conjunto iluminado cual si un fuego infernal le hubiera envuelto en su siniestra claridad. Todos comprendieron entonces á Vautrin, su pasado, su presente y su porvenir, sus doctrinas implacables, la religión de la propia voluntad, la realeza que le daban el cinismo de sus pensamientos, de sus actos, y la fuerza de una organización capaz de atreverse con todo y con todos. Subiósele la sangre al rostro y brilláronle los ojos como á un gato salvaje. Saltó sobre sí mismo con un movimiento de tan feroz energía y rugió de tal modo que los huéspedes lanzaron un grito de terror. Ante aquel gesto de león y movidos además por el clamor general, sacaron los agentes las pistolas. Comprendió Collin el peligro que corría al ver brillar el gatillo de cada arma, y dió de repente prueba de la más poderosa energía humana. ¡Horrible y majestuoso espectáculo! Su fisonomía presentó análogo fenómeno al que se observa en una caldera llena de ese vapor capaz de mover una montaña, pero al que una gota de agua precipita y disuelve en un abrir y cerrar de ojos. La gota de agua que enfrió su furor fué una reflexión rápida como un rayo. Sonrió mirando á la peluca.

— Por lo visto no es hoy el día en que has de mostrarte bien educado, dijo al jefe de policía.

Y tendió las manos á los guardias llamándolos con un movimiento de cabeza.

— Señores guardias, dijo, pónganme ustedes las esposas. Tomo á los presentes por testigos de que no hago la menor resistencia.

Un murmullo de admiración, arrancado á los presentes por la rapidez con que salieron de aquel volcán humano la lava y el fuego y se recogieron á él, se escuchó en toda la sala.

— Parece no agradarte esto, señor fanfarrón, dijo nuevamente el presidiario mirando al célebre director de la policía judicial.

— ¡Ea, á desnudarse! le contestó en tono despreciativo el hombre de la callejuela de Santa Ana.

— ¿Para qué? dijo Collin. Hay señoras delante. Además no tengo armas, y me rindo.

Detúvose y miró á la asamblea como un orador que va á decir cosas sorprendentes.

— Escriba usted, tío Lachapelle, añadió dirigiéndose á un hombrecillo anciano, de blancos cabellos, que se había sentado al otro extremo de la mesa después de haber sacado de la cartera el acta de la detención. Confieso ser Santiago Collin, llamado *Engaña-la-Muerte*, condenado á veinte años de presidio; acabo de probar que no he usurpado el apodo que me han dado, porque, si hubiera levantado siquiera la mano, esos tres soplones hubieran sembrado de sesos míos el

suelo doméstico de la señora viuda de Vauquer. ¡Vaya unas trampas que arman estos tios!

Al oír estas palabras sintióse mala la patrona.

—¡Señor! ¡Señor! esto me costará una enfermedad; yo que ayer estaba en el teatro de la Gaîte con él, dijo á Silvia.

—Tenga usted filosofía, mamá, exclamó Collin. ¿Por qué siente usted haber ido conmigo al teatro? ¿Es usted acaso mejor que yo? Menos infamia llevamos nosotros en el hombro que vosotros en el corazón, miembros exangües de una sociedad gangrenada: tenía yo á mi disposición al mejor de todos vosotros.

Detuviéronse sus ojos en Rastignac, al cual dirigió una sonrisa afectuosa que contrastó singularmente con la ruda expresión de su fisonomía.

— Queda firme lo convenido, monín, añadió; siempre, por supuesto, que á usted le convenga. Ya me entiende... No pase usted cuidado, que yo sé cobrar mis cuentas. ¡Me temen demasiado para estafarme!

El presidio, con su lenguaje y sus costumbres, con sus bruscas transiciones de lo alegre á lo horrible, con su grandeza espantosa, sus familiaridades y bajezas, apareció de repente representado en aquella interpelación y por aquel hombre, que no fué tal hombre, sino el tipo de toda una nación degenerada, de un pueblo salvaje y lógico, brutal y flexible. En un instante transformóse Collin en un poeta infernal, en el que se dibujaron todos los sentimientos humanos, menos uno solo: el arrepentimiento. Su mirada

era la de un arcángel caído, pero dispuesto á pelear. Rastignac bajó los ojos aceptando aquella especie de solidaridad criminal en justo castigo de sus malos pensamientos.

— ¿Quién me ha vendido? exclamó Collin, paseando su terrible mirada por los circunstantes.

Después, deteniéndola en la señorita Michonneau, añadió:

—¡Tú, tú has sido, saco viejo! ¡Me has proporcionado una congestión simulada, curiosa! Con dos palabras que yo dijera, antes de ocho días te habrían cortado la cabeza. Pero te perdono, porque soy cristiano... y porque realmente la verdadera traición no es la tuya. ¿De quién ha sido?... ¡Ah! ¡ah! exclamó oyendo á los agentes de la policía judicial registrar su cuarto y apoderándose de sus ropas y demás objetos. Las pájaros volaron ayer, de modo que no encontraréis nada. Aquí tengo yo mis libros comerciales, dijo dándose una palmada en la frente. Pero ahora sé quién me ha vendido. No puede haber sido otro que ese pillo de *Hilo-de-seda*. ¿No es cierto lo que digo, tio zarpas? añadió dirigiéndose al jefe; porque esta sorpresa parece consecuencia de haber tenido yo allá arriba unos billetes de banco. ¡Pero ya no están, mis queridos soplones! En cuanto á *Hilo-de-seda*, antes de quince días estará comiendo hierba por las raíces, aunque le hagáis custodiar por toda la gendarmería... ¿Cuánto le habéis dado á esta Michoncita? Acaso tres mil francos! Creo valer algo más. Ninón cariada, Pompadour harapienta, Venus del Père-Lachaise, si me hubieras prevenido, hubieras ganado seis mil.

¡Ah! no sospechabas tú tal cosa, vieja comerciante en carne humana, que si lo hubieras creído habría tenido yo la preferencia. Sí, te los hubiera dado para evitarme un viaje que me contraría y que me va á hacer perder dinero, siguió diciendo mientras le ponían las esposas. Esta gente se va á dar el gusto de traerme y llevarme de un lado á otro sabe Dios cuánto tiempo, para ver si me aburro y canto. Si me enviaran desde luego al presidio, pronto volvería yo á mis ocupaciones á pesar de los pobrecillos mirones del muelle des Orfèvres. Toda la gente de por allá echará el resto hasta devolver á libertad á su general, al buen *Engaña-la-Muerte*. ¿Tiene alguno de vosotros una riqueza comparable á la que yo tengo en esos diez mil hermanos dispuestos á sacrificarse por mí? ¡Este está sano! añadió golpeándose el pecho del lado del corazón; al menos jamás he traicionado á nadie. Mira, espuerta vieja, obsérvalos, dijo encarándose con la solterona. Yo les causo terror, pero tú les das asco. Recoge la parte que te corresponde.

Hizo una pausa y quedóse mirando á los huéspedes.

— ¡Cuidado que sois majaderos, vosotros! ¡Qué! no habías visto nunca á un presidiario? Un presidiario del temple de Collin, aquí presente, es un hombre menos cobarde que los otros y que protesta contra las grandes injusticias del pacto social, como dice Juan Jacobo [1], de quien tengo el honor de ser discípulo. En una palabra, yo solo peleo contra el gobierno con todos sus tribunales, gendarmes y presupuestos, y le zurro.

1. Juan Jacobo Rousseau.

— ¡Diantre! dijo el pintor, la verdad es que se podía sacar de él un gran dibujo.

— Dime, niño del verdugo, gobernador de *la viuda* (nombre terriblemente poético que dan los presidiarios franceses á la guillotina), añadió dirigiéndose al jefe de policía, sé buen muchacho, y si en efecto ha sido *Hilo-de-seda* el que me ha vendido, declárame lo. No quiero que pague por otro, porque no sería justo.

En esto volvieron los agentes, después de haberlo registrado é inventariado todo, y hablaron en voz baja con el jefe. Quedaba terminada el acta de detención.

— Señores, dijo Collin, dirigiéndose á los mirones huéspedes, me van á llevar. Doy á ustedes las gracias por las bondades que han tenido conmigo durante mi estancia en esta casa. Ustedes lo pasen bien. Tendré mucho gusto en enviarles unos higos de Provenza.

Dió algunos pasos y se volvió hacia Rastignac.

— Adiós, Eugenio, dijo con voz dulce y triste que contrastaba vivamente con el tono brusco de cuanto hasta entonces había dicho. Te dejo recomendado á un amigo de toda confianza por si te ves en algún apuro.

A pesar de las esposas, pudo ponerse en guardia, hizo una llamada propia de un maestro de armas, gritó: «¡Una, dos!» y se tendió á fondo.

— Si algo te estorba, dirígete á él. Puedes disponer de su dinero y de él.

Aquel singular sujeto supo dar á sus dichos tal tono de broma, que sólo Rasgtinac y él pudieron comprenderlos. Cuando quédó libre la casa de guardias. de soldados y de agentes de policía, Silvia, que estaba frotando á su ama las sienes con un pañito mojado en vinagre, miró á los asombrados huéspedes.

—¡ Vaya, que eso es todo un hombre ! exclamó.

Rompió esta frase el encanto que en cada cual producían la afluencia y la diversidad de los sentimientos determinados por aquella escena. Miráronse unos á otros, y al momento se fijaron todos en la Michonneau que, escuálida y fría como una momia, hallábase acurrucada junto á la estufa y con los ojos fijos en el suelo, como temiendo que no bastara la sombra de la pantalla para ocultar la expresión de sus miradas.

Aquella cara, que desde hacia tiempo les era antipática, quedó explicada en un minuto. Surgió amenazador y unánime un sordo murmullo, denunciador elocuente del disgusto de todos los presentes. La Michonneau le oyó, pero se quedó. Bianchon fué el primero que, inclinándose hacia el que más cerca tenía, le dijo al oído :

— Me largo si esa mujer ha de seguir comiendo con nosotros.

En un momento todos menos Poiret aprobaron la idea del estudiante de medicina, el cual, animado por el apoyo de los demás, dijo al viejo :

— Usted que tiene relaciones especiales con la señorita Michonneau, hágale comprender que debe marcharse de aquí inmediatamente.

¿Inmediatamente ? repitió Poiret admirado.

Luego se acercó á la solterona y la habló al oído.

— Mi pupilaje está pagado, y estoy aquí por mi dinero como los demás por el suyo, dijo, dirigiendo á los huéspedes una mirada de víbora.

— Si no es más que eso, dijo Rastignac, echaremos un guante para devolvérselo á usted.

— El señor defiende á Collin, ya se sabe por qué, respondió, clavando en el estudiante una mirada venenosa é interrogadora.

Eugenio, al oir tal cosa, dió un salto como para caer sobre ella y estrangularla. Su mirar, cuya perfidia comprendió, acababa de iluminarle el alma con una luz horrible.

— Desprecie usted ese bicho, exclamaron los huéspedes.

Cruzóse de brazos Rastignac y guardó silencio.

— Acabemos con lo referente á la señorita Judas, dijo el pintor á la viuda de Vauquer. Señora, si no planta usted en la calle á la Michonneau, todos nos marchamos de este tugurio, y diremos por donde quiera que vayamos que sólo viven en él espías y presidiarios. En el caso contrario, guardaremos el secreto de este suceso, el cual, á decir verdad, pudiera ocurrir en la más empingorotada sociedad, mientras no vayan señalados en la frente los presidiarios y no se les prohiba disfrazarse de burgueses de París, sin ser tan estúpidamente bromistas como lo son todos.

Al oir estas palabras, recobró milagrosamente la Vauquer la salud perdida. Púsose en pie, se cruzó de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

brazos y abrió sus claros ojos limpios de todo vestigio de lágrimas.

— Pero, señor mío, ¿usted se ha propuesto la ruina de mi casa? Ahora que el señor Vautrin... ¡Dios mío! dijo interrumpiéndose á si misma, no puedo dejar de llarmarle por su nombre de persona decente... Ahora que me ha quedado un cuarto vacio, quiere usted que se me queden por alquilar otros dos, precisamente en está época del año en que ya todo el mundo tiene casa para rato donde quiera que se haya fijado.

— Señores, cojamos los sombreros y vámonos á comer, plaza de la Sorbona, en casa de Flicoteaux, dijo Bianchon.

Al instante calculó la viuda qué era lo que más cuenta le tenía, y con paso incierto llegóse á la Michonneau.

— Vamos, hijita mia, usted no querrá la muerte de mi establecimiento, ¿eh?... Ya ve usted á qué extremidad me reducen estos señores; por esta noche, quédese usted en su cuarto.

— Eso no, eso no, gritaron los pupilos, queremos que se vaya inmediatamente.

— ¡Pero esta pobre señorita no ha comido! observó Poiret en tono lastimero.

— Que se vaya á comer adonde mejor le parezca, gritaron varias voces.

— ¡A la calle la soplona!

— ¡A la calle los soplones!

— Señores, exclamó Poiret, sintiendo bullir en si ese ánimo que el amor presta hasta á los carneros, respeten usted el sexo débil.

¡os soplones no tienen sexo, dijo el pintor.

— ¡Famoso sexo*rama*!

— ¡A la calle*rama*!

— Señores, esto es indecente. Cuando se despide á la gente, siquiera hay que hacerlo con buenos modales. Como hemos pagado, nos quedamos, dijo Poiret, poniéndose la gorra y sentándose en una silla al lado de la solterona, á la que estaba haciendo cargos la patrona.

— ¡Pillín! le dijo el pintor irónicamente; ¡calla, pillín!

— Vaya, si usted no se va, nos vamos todos, añadió Bianchon.

Y todos los huéspedes ejecutaron en masa un movimiento hacia el salón.

— ¿Cuáles son sus intenciones, señorita? exclamó la Vauquer. Estoy arruinada. No puede usted quedarse, porque son capaces de recurrir á la fuerza.

La señorita Michonneau se puso en pie.

— ¡Se irá! ¡No se irá! ¡Se irá! ¡No se irá!

Estas exclamaciones alternadas, y la hostilidad de las frases que contra ella comenzaban á pronunciarse, obligaron á la solterona á marcharse, no sin haber estipulado ciertas condiciones con la patrona en voz baja.

— Me voy á casa de la Buneaud, dijo con aire de amenaza.

— Vaya usted adonde quiera, señorita, dijo la Vauquer, que estimó como cruel injuria la elección que hacia la solterona de una casa rival de la suya y por anto odiosa. Vaya usted donde la Buneaud, donde la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

darán á usted vino capaz de volver loca á una cabra, y platos de desechos de otras mesas.

Colocáronse en dos hileras los pupilos, guardando profundo silencio. Poiret miró tan tiernamente á la señorita Michonneau, y mostraba una indecisión tan infantil, sin saber si irse con ella ó quedarse, que todos los presentes, contentos al ver que la solterona se marchaba, echáronse á reír mirándose.

— ¡Je, je, Poiret! le gritó el pintor. ¡Vamos, arre, alza!

El empleado del Museo se puso á cantar cómicamente este principio de una romanza que todo el mundo sabía :

Al marcharse á Siria
El joven y hermoso Dunois...

— ¡Vamos, larguese con ella! está usted reventando por seguirla. *Trahit sua quemque voluptas*, dijo Bianchon.

— Cada oveja con su pareja, traducción libre de Virgilio, dijo el pasante.

Habiendo la Michonneau hecho ademán de cogerse del brazo de Poiret, no pudo éste resistir á tal súplica de auxilio, y fué á prestarle apoyo á la vieja, lo que motivó una salva de aplausos y una explosión de risas.

— ¡Bravo Poiret!

— ¡Veterano Poiret!

— ¡Apolo Poiret!

— ¡Marte Poiret!

— ¡Intrépido Poiret!

En aquel momento entró un mozo de recados, el cual entregó una carta á la Vauquer. Leerla ésta y dejarse caer en una silla, fué todo uno.

— ¡Ya no falta sino que me quemen la casa! ¡El rayo ha caído sobre ella! El hijo de Taillefer ha muerto á las tres; la señora de Couture y Victorina me piden su equipaje, porque se quedan en la casa, permitiendo el señor Taillefer que la de Couture sea la señora de compañía de su hija. ¡Bastante castigada estoy por haber deseado el bien á esas señoras en perjuicio del pobre muchacho! ¡Cuatro habitaciones vacías y cinco huéspedes menos!

Se sentó en la silla y pareció estar á punto de romper á llorar.

— La desgracia ha entrado en mi casa, exclamó.

De pronto oyóse el ruido de un carruaje que se detenía á la puerta del edificio.

— ¡Otra gracia más! dijo Silvia.

Asomó en seguida Goriot mostrando una cara encendida por la felicidad, que parecía indicar una regeneración.

— ¿Goriot en coche ? dijeron los huéspedes. ¡Se acerca el fin del mundo!

El buen hombre fuése derecho á Eugenio, que permanecía pensativo en un rincón, y, asiéndole por el brazo, le dijo con tono alegre :

— Venga usted.

— ¿Por lo visto ignora usted lo que ocurre? le dijo Eugenio. Vautrin era un escapado de presidio, y le acaban de prender, y el hijo de Taillefer ha muerto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Y á nosotros ¿qué nos importa? respondió el tío Goriot. Hoy como con mi hija en casa de usted. ¿Comprende usted? Vamos, que nos está esperando.

Y tiró tan violentamente del brazo de Rastignac, que le puso en movimiento, mal de su grado. Diríase que cometía un rapto.

— ¡Comamos! gritó el pintor.

Entonces cada uno cogió su silla y se sentó á la mesa.

— ¡Lo dicho, hoy es día de desgracia! dijo la voluminosa Silvia. Se me ha quemado el guisado de carnero. ¡Bah! le comerán ustedes quemado y todo.

Faltábale fuerza á la viuda para pronunciar siquiera una palabra, al ver sentados á su mesa diez huéspedes en vez de diez y ocho; pero todos hicieron lo posible por consolarla y alegrarla. Si al principio se pusieron los externos á hablar de Vautrin y de los acontecimientos de aquella jornada, pronto abandonaron temas seguidos para charlar de mil cosas, según su costumbre; entre otras, de desafíos, de presidios, de la justicia, de leyes que reformar, de las cárceles. Pronto estuvieron á mil leguas de Santiago Collin, de Victorina y del hermano de ésta. Aunque sólo eran diez, gritaron por veinte, de modo que aún parecieron más numerosos que de ordinario; tal fué la única diferencia que hubo entre la comida de aquel día y la de la víspera. La habitual despreocupación de aquellos egoístas á quienes la vida de París debía entregar en breve otra presa que devorar, se sobrepuso, y la propia viuda de Vauquer sintió renacer en su pecho la esperanza evocada por la voz de la gruesa Silvia.

Había de ser aquel día, desde el comienzo hasta el fin, una fantasmagoría para Eugenio, el cual, á pesar de la fuerza de su carácter y de la firmeza de su cerebro, no acertaba á clasificar sus ideas cuando se halló en el simón al lado del tío Goriot, cuyas palabras acusaban una alegría inusitada, y sonaban á su oído, después de tantas emociones, como las palabras que oímos en un ensueño.

— Todo quedó terminado esta mañana. Comeremos los tres juntos, ¡juntos! ¿me entiende usted? Hace ya cuatro años que no he comido con mi Delfinita, y hoy la tendré por mía toda la noche. Hemos pasado toda la mañana en casa de usted. He trabajado en mangas de camisa, como un gañán ayudando á subir los muebles. ¡Ah, no sabe usted qué agradable es en la mesa! Me cuidará mucho. « Tome usted, papá, coma usted de esto que está bueno ». Y entonces yo, de alegría, no puedo probar bocado. ¡Cuánto, cuánto tiempo hace que no he estado tranquilamente á su lado como vamos á estarlo desde hoy!

— ¿Pero se ha vuelto hoy el mundo al revés? le dijo Eugenio.

— ¿Al revés? repuso Goriot. Pero si nunca ha estado tan derecho ni tan bien. No veo en la calle sino rostros alegres, transeúntes que se dan apretones de manos y que se abrazan, hombres tan satisfechos cual si fuesen á comer con su hija y á saborear unas cuantas cositas finas mandadas preparar por ella en el café de los Ingleses. Pero ¡bah! con ella el acíbar debe de parecer dulce como la miel.

— ¡Me parece que vuelvo á la vida! dijo Eugenio.

— Vamos, de prisa, cochero, gritó papá Goriot, abriendo el ventanillo delantero. Más á prisa, y, si me lleva usted en dos minutos adonde usted sabe, habrá cinco francos de propina.

Al oír tamaña promesa, cruzaba el cochero por París con la rapidez del rayo.

— Este coche no anda, decía papá Goriot.

— Pero ¿adónde me lleva usted? preguntó Eugenio.

— A casa de usted, dijo Goriot.

Detúvose el carruaje en la calle de Artois; Goriot saltó el primero, dió al cochero diez francos con la prodigalidad de un viudo que, en el paroxismo del placer, no se fija en lo que hace.

— Vaya, subamos, dijo á Rastignac, haciéndole cruzar un patio y conduciéndole á la puerta de una habitación situada en el piso tercero, en lo interior de una casa nueva, de buena apariencia.

Ahorróse Goriot el trabajo de llamar. Teresa, la doncella de Delfina, abrió la puerta, y Eugenio se halló en un delicioso cuarto de soltero, compuesto de antesala, sala, alcoba y gabinete, con vistas, este último, al jardín. En el saloncito, cuyos muebles y decorado podían sostener la comparación con lo que más lindo y de mejor gusto hubiese, vió, á la luz de las bujías, á Delfina. Levantóse ésta de un sofá junto á la chimenea, sobre la cual puso la pantalla con que se resguardaba del calor, y dijo á Eugenio, con voz impregnada de ternura:

— ¡De modo que ha sido menester ir en busca de usted, don torpe!

Teresa salió. El estudiante estrechó á Delfina en

sus brazos, y rompió á llorar de alegría. Este nuevo contraste entre lo que veía y lo que acababa de ver, un día que tantas emociones habían fatigado su corazón y su cabeza, produjo en Rastignac aquel exceso de sensibilidad nerviosa.

— ¡Bien seguro estaba yo de que te amaba! dijo Goriot en voz baja á su hija, mientras Eugenio, abatido, yacía en el sofá, sin poder pronunciar una palabra ni acertar aún á darse cuenta de aquel nuevo milagro.

— ¡Pero, hombre, venga usted á ver todo esto! le dijo la de Nucingen, tomándole por la mano y conduciéndole á una habitación cuyos tapices, muebles, y hasta los menores detalles, recordaban en escala más reducida la de Delfina.

— Falta una cama, dijo Rastignac.

— Sí, señor, contestó ruborizándose y estrechándole la mano.

Miróla Eugenio y, á pesar de ser tan joven, comprendió cuánto pudor verdadero se esconde en el corazón de una mujer enamorada.

— Es usted una de esas criaturas á quienes se debe adoración eterna, murmuró él á su oído. Sí; me atrevo á decírselo á usted, puesto que tan bien nos comprendemos; cuanto más vivo y sincero es el amor, tanto más ha de permanecer velado y misterioso. No descubramos nuestro secreto á nadie.

— ¡Oh, yo no seré nadie!... dijo papá Goriot algo disgustado.

— ¡Pero bien sabe usted que usted es *nosotros*!...

— Eso es lo que yo quería oír. ¿Verdad que no os

preocuparéis de mí? Iré y vendré como un espíritu bienhechor que está en todas partes, y cuya presencia, aunque se la siente, no se advierte ostensiblemente.

— Vamos, tú, dime ahora, Delfinita, Finita mía, si no tenía yo razón cuando te dije: « En la calle de Artois hay un cuartito muy mono; ¿vamos á amueblárselo? Tú no querías, de modo que el autor de toda esta alegría soy yo, también autor de tus días. Los padres, para ser felices, deben dar, dar siempre. Dar siempre constituye el ser padre.

— ¿Cómo? preguntó Eugenio.

— Sí; ella no quería, porque temía á las bobadas que por ahí pudieran decir. ¡Como si el mundo compensara nuestra dicha! Cuando precisamente todas las mujeres sueñan con hacer lo que ella hace...

Goriot hablaba solo. Delfina de Nucingen había conducido á Eugenio al gabinete, en el que sonó el ruido de un beso, aunque dado muy quedo. Esta otra habitación correspondía por su elegancia á las demás de la casa, en la que, por cierto, nada faltaba.

— ¿Hemos interpretado bien sus gustos? dijo volviendo á la sala para sentarse á la mesa.

— Demasiado bien. ¡Ah! este lujo tan completo, esos hermosos ensueños realizados, todas las poesías de una vida tan joven, elegante, harto siento y aprecio todo eso para no merecerlo; pero no puedo aceptarlo de usted, y es aún demasiada la escasez de recursos para...

— ¡Hola! ¡hola! ¿Ya se me resiste usted? respondió Delfina con zumbón tonillo de autoridad, haciendo al propio tiempo uno de esos lindos gestos de disgusto que las mujeres suelen emplear para desvanecer algún escrúpulo, burlándose de él.

Eugenio había hecho durante aquel día solemne examen de conciencia, y, por otra parte, la detención de Vautrin había venido á mostrarle en qué espantosos abismos corriera riesgo de hundirse, afirmándole en sus nobles sentimientos y honradas ideas, de suerte que aquella cariñosa refutación de sus levantados pensamientos no podía convencerle.

Apoderóse de él una profunda tristeza.

— ¡Cómo! dijo la señora de Nucingen, ¿rehusar usted lo que se le ofrece? ¿Sabe usted lo que semejante negativa significaría? Pues que duda usted del porvenir, por lo que no se atreve usted á intimar relaciones conmigo. ¿Teme usted quizás hacer traición á mi cariño? Usted me ama, y yo... le amo; ¿por qué retrocede usted ante favores tan insignificantes? Si supiera usted la satisfacción que me ha producido el prepararle su cuarto, no vacilaría usted y me pediría perdón por haber vacilado. Además, yo tenía dinero de usted, y lo he empleado bien, ni más ni menos. Creyendo ser grande, es usted pequeño. Pide usted lo más... ¡Ah! añadió sorprendiendo en Eugenio una apasionada mirada, y se para usted en lo menos. No lo acepte usted si realmente no me ama. Mi suerte depende de una palabra. ¡Pronúnciela!... Pero, papá, convénzale usted, añadió volviéndose hacia su padre al cabo de una pausa. ¿Si creerá que somos menos delicados que él en cuestiones de honra?

Papá Goriot escuchaba aquella graciosa disputa de

enamorados, embobado, con la mirada fija de un fakir en éxtasis.

— ¡Niño! está usted en el umbral de la vida, añadió Delfina cogiendo la mano de Eugenio; tropieza usted con obstáculos que muy pocos pueden franquear; le tiende á usted la mano una mujer para ayudarle á salvarlos, y usted la rechaza. Pero usted triunfará, usted hará gran fortuna, porque lleva usted en su hermosa frente escrita la promesa de la victoria. ¿No podrá usted entonces devolverme lo que hoy le presto? ¿No daban en otro tiempo las damas á sus caballeros armaduras, espadas, cascos, cotas, de malla y caballos para que pelearan por ellas en los torneos? Pues bien, Eugenio, yo le doy á usted las armas dela época, los instrumentos necesarios para llegar á ser algo. ¡Muy lindo debe de ser el cuchitril en que usted vive si se parece al de mi padre!... Vamos, ¿no comemos hoy? ¿Quiere usted afligirme? Responda usted, dijo sacudiéndole la mano. Papá, por Dios, decidele ó me voy y no vuelvo á verlo nunca.

— Voy á decidirle, dijo Goriot saliendo de su éxtasis. Querido don Eugenio, ¿usted va á pedir dinero prestado á los prestamistas judíos, ¿no es cierto?

— A veces es forzoso, contestó.

— Bien; pues le he cogido á usted, volvió á decir el buen hombre sacando una mala cartera de cuero muy usada. Me he convertido en un judío, y aquí tiene usted todas las cuentas que he saldado. De manera que no debe usted un céntimo de todo esto que usted ve en sus habitaciones. No asciende á mucho: cosa de cinco mil francos. Yo se los presto á usted.

No se me puede usted negar, porque no soy mujer. Me firmará usted un pagaré en un trozo de papel, y ya me los devolverá usted más tarde.

Miráronse con sorpresa Eugenio y Delfina, y de sus ojos rodaron algunas lágrimas. Rastignac tendió la mano al viejo y se la estrechó.

— ¡Vaya una tontería! ¿pues qué, no sois mis hijos? dijo Goriot.

— ¿Pero cómo se las ha compuesto usted? pobre padre mio? preguntó Delfina.

— Vais á ver, respondió. Cuando te decidiste á hacer que viniera á vivir cerca de tu casa, y te vi haciendo compras como si fueras á casarte, pensé: « Va á verse apurada de dinero. » Nuestro abogado dice que el proceso intentado á tu marido para que te devuelva tu fortuna durará más de seis meses. Bien. He vendido mis mil trescientos cincuenta francos de renta perpetua; con quince mil francos me he asegurado mil doscientos de renta vitalicia bien garantida, y con el resto del capital he pagado vuestra instalación, hijos míos. Arriba tengo un cuarto por ciento cincuenta francos al año, puedo vivir como un príncipe con dos francos diarios, y aún me ha de sobrar. La ropa me dura mucho; de manera que casi no necesito reponer la que tengo. Por todo lo cual, hace quince días que me río para mis adentros, diciéndome: « Van á ser felices. » Y vamos á ver, ¿lo sois ó no?

— ¡Oh papá, papá! dijo Delfina, cayendo sobre su padre, quien la recibió en las rodillas.

Cubrióla de besos, al proprio tiempo que sus rubios cabellos acariciaban las mejillas del viejo, inun-

dando de lágrimas aquel rostro en que brillaba la satisfacción más viva.

— Padre querido, ¡eres un padre! añadió. No; no hay dos padres como tú en el mundo. ¡Eugenio, que tanto te quería, cuánto te querrá ahora!

— Pero hijo míos, dijo papá Goriot, quien hacía diez años que no sentía palpitar sobre su corazón el de su hija; pero, Delfinita, ¡me quieres matar de alegría! ¡Se me salta este pobre corazón!... ¡Créame usted, don Eugenio, ya estamos en paz; ya no nos debemos nada uno á otro!

Y el viejo apretaba á su hija entre sus brazos con tan delirante energía que Delfina dijo:

— ¡Ay! me haces daño.

— ¡Que te he hecho daño! dijo, quedándose pálido.

Y se la quedó mirando con una expresión sobrehumana de dolor.

Para dibujar bien la fisonomía de este Cristo de la paternidad, sería preciso ir á buscar comparaciones en las imágenes que los príncipes de la paleta han creado al querer representar la pasión sufrida en beneficio del mundo por el Salvador de los hombres.

Papá Goriot besó muy suavemente aquella cintura que con sus dedos había lastimado.

— No, no, ¿verdad que no te he hecho daño? preguntó sonriendo. ¡Tú si que me le has hecho con tu grito! Esto ha costado más, añadió al oído de su hija, besándola con mucho cuidado, pero es preciso cogerlo; de lo contrario, se enfadaría.

Petrificado estaba Eugenio ante la inagotable abnegación de aquel hombre, y le contemplaba expresando

esa cándida admiración que, en la juventud, es fe.

— ¡Seré digno de todo eso! exclamó.

— Es hermoso lo que acaba usted de decir, Eugenio mío.

Y Delfina besó en la frente al estudiante.

— Ha rehusado por ti la mano de Victorina Taillefer con todos sus millones, dijo papá Goriot... La niña le quería, y, como ha muerto su hermano, es rica como Creso.

— ¡Oh! ¿por qué lo ha dicho usted? exclamó Rastignac.

— Eugenio, le dijo Delfina al oído, ahora tengo un sentimiento para esta noche. ¡Ah! le amaré á usted mucho y para siempre.

— Este es el día más hermoso de mi vida desde que os casásteis, exclamó Goriot. Hágame Dios sufrir lo que quiera, no siendo por causa vuestra, que yo podré siempre decirme: « En febrero de este año he sido más feliz en un momento que pueden serlo los demás hombres en toda su vida. » Mírame, Finita, dijo á su hija... ¿Es muy hermosa, verdad? prosiguió dirigiéndose á Eugenio. Diga usted, ¿ha encontrado usted muchas mujeres que tengan estos colores y este hoyito en la barbilla? ¿Verdad que no? Pues bien, esta preciosidad es obra mía. Y ahora, que usted la hará feliz, valdrá mil veces más. Amigo mío, puedo tranquilamente tomar el camino del infierno si usted necesita mi puesto en el paraíso... Comamos, comamos, añadió sin saber ya lo que se decía; todo es nuestro.

— ¡Pobre papá!

— ¡Si supieras, hija mía, dijo levantándose y acercándose á ella para cogerle la cabeza entre las manos y besarle los rizos del cabello, á qué poca costa puedes hacerme feliz! Ven á verme algunas veces. Yo estaré arriba, poco tendrás que andar. ¡Prométemelo!

— Sí, querido papá.

— Dilo otra vez.

— Sí, mi buen papá.

— Calla, calla; porque, si no me contuviera, sería capaz de hacértelo repetir cien veces... Comamos.

Toda la velada pasó en niñerías, no siendo papá Goriot el que se mostró menos niño de todos. Tendióse á los pies de su hija para besárselos; se quedaba como extasiado, mirándola á los ojos; se refregaba la cabeza contra su vestido; en una palabra, hacía locuras como las que se le hubieran ocurrido al amante más joven y más cariñoso.

— Lo cierto es, dijo Delfina á Eugenio, que cuando mi padre está con nosotros, hay que atenderle exclusivamente. A veces será eso muy molesto.

Eugenio, que ya había sentido varios ataques de celos, no podía censurar aquellas palabras que encerraban el principio de todas las ingratitudes.

— ¿Y cuándo estará terminada la instalación? dijo Eugenio examinando la estancia. ¿De modo que será preciso separarnos esta noche?

— Sí, pero mañana vendrá usted á comer conmigo, dijo en tono malicioso Delfina. ¡Mañana es día de Italianos!

— ¡Yo iré al gallinero! añadió papá Goriot.

Ya habían dado las doce. El coche de la señora de

Nucingen esperaba á la puerta. El tío Goriot y el estudiante regresaron á la casa de huéspedes, hablando de Delfina con entusiasmo creciente, que dió lugar á un curioso combate de ditirambos entre aquellas dos violentas pasiones. No podía Eugenio disimularse que el amor del padre, libre de todo impulso de interés personal, dominaba al suyo propio por su persistencia y por su extensión. El ídolo era para el padre siempre puro y hermoso, abarcando su adoración tanto el pasado como el porvenir.

Sola, en un rincón al lado de la estufa, entre Silvia y Cristóbal, hallaron á la señora de Vauquer. La vieja pupilera estaba allí como Mario sobre las ruinas de Cartago, esperando á los dos únicos huéspedes que le quedaban, y desahogándose con Silvia. Aunque ha puesto lord Byron en boca del Tasso lamentaciones bastante bellas, muy lejos están de la profunda verdad de las que exhalaba la patrona:

— ¡De modo que mañana por la mañana no tienes que hacer sino tres trazas de café, Silvia! ¿No es verdad que parte los corazones ver mi casa desierta? ¿Qué es la vida sin mis huéspedes? ¡Nada absolutamente! He ahí mi casa desguarnecida de sus hombres; y sin ellos, ya no hay vida. ¿Qué le he hecho yo al cielo para que me envíe tales desastres? ¡Y yo que había hecho provisión de judías y patatas para veinte personas! ¡La policía en mi casa! No vamos á poder comer más que patatas! ¡Tendré que despedir á Cristóbal!

El saboyano, que dormitaba, despertóse y dijo:

— ¡Mande usted, señora!

— ¡Pobre muchacho! ¡Es como un dogo! exclamó Silvia.

— ¡La peor época del año; cuando todos están alojados! ¿De dónde me van á venir huéspedes? Es cosa de perder la cabeza. ¡Y esa bruja de Michonneau que se me lleva á Poiret! ¿Qué le haría á ese hombre para que se encariñara con ella hasta el punto de seguirla como un perro faldero?

— ¡Ah! señora, exclamó Silvia moviendo la cabeza, esas solteronas saben mucho.

— ¡Ese pobre señor Vautrin, al que han convertido en un presidiario! repuso la viuda; pues mira, Silvia, todavía no me entra á mí eso en la cabeza. ¡Un hombre tan alegre que gastaba quince francos al mes en ponche y que pagaba tan bien!...

— ¡Era muy generoso! dijo Cristóbal.

— ¡Sin duda ha habido una equivocación! dijo Silvia.

— Eso no, puesto que declaró él mismo que era verdad, añadió la Vauquer. ¡Cuando pienso que todo esto ha ocurrido en mi casa y en un barrio por donde no pasa un gato! A fe de mujer honrada que me parece un sueño. Porque, mira, hemos visto la desgracia que le ocurrió á Luis XVI, hemos visto caer al emperador y volver, y caer por segunda vez... todo eso estaba en el orden de las cosas posibles; mientras que las casas de huéspedes están seguras, porque se puede vivir sin rey, pero no sin comer; y cuando una mujer decente, de la familia de Conflans, da á sus huéspedes un buen trato, como no venga el fin del mundo... ¡Pues eso, eso, ya llegó el fin del mundo!

— ¡Y pensar que la señorita Michonneau, que le ha causado á usted todo este desavío va á cobrar del gobierno tres mil francos de renta! exclamó Silvia.

— ¡Calla por Dios, es una criminal! dijo la viuda de Vauquer. ¡Y para que nada falte á su traición, se va á casa de la Buneaud. Esa es capaz de todo. En su tiempo debe de haber cometido horrores; debe de haber robado y asesinado... En presidio es donde le correspondía estar en lugar de ese pobre hombre tan simpático...

En esto llamaron Eugenio y papá Goriot.

— ¡Ah! Ahí están mis dos fieles, dijo suspirando la viuda.

Los dos fieles, que apenas conservaban ya un remoto recuerdo de los desastres de la casa de huéspedes, declararon sin ambajes á la patrona que se iban á vivir á la Chaussée-d'Antin.

— ¡Ay! Silvia, exclamó la viuda, éste es el golpe final. ¡Me han matado ustedes, señores! Es como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago; parece como que tengo ahí una barra de hierro. Este es un día que me ha envejecido diez años. ¡Palabra, que me voy á volver loca! ¿Qué hago ahora de las judías? Pues bien; si he de quedarme sola, mañana mismo te irás, Cristóbal... ¡Adiós, señores, buenas noches!

— ¿Qué le pasa? preguntó Eugenio á Silvia.

— ¡Toma! pues que todos se han largado á consecuencia de lo que ha ocurrido: eso le ha trastornado la cabeza. Vaya, la oigo llorar. Le sentará bien gimotear un poco. Esta es la primera vez que se vacía los ojos desde que sirvo en su casa.

Al día siguiente, la viuda de Vauquer se había, según su expresión, *razonado*. Si pareció afligida como una mujer que se había quedado sin sus pupilos, y cuya vida resultaba desvencijada, conservaba firme la cabeza, mostrando lo que era un pesar verdadero, pesar profundo hijo del interés lastimado, no menos que del quebrantamiento de los hábitos adquiridos. Seguramente no es más triste la mirada del amante á los sitios habitados por su amada al abandonarlos, que la dirigida por la viuda de Vauquer á su mesa vacía. Eugenio la estuvo consolando diciéndole que Bianchon, cuyo curso como interno terminaba dentro de pocos días, vendría de fijo á sustituirle; que el empleado del Museo había manifestado varias veces el propósito de ocupar el cuarto de la viuda de Couture, y que, por tanto, en pocos días tendría personal nuevo.

— ¡Quiera Dios oírle á usted, querido señor! pero ya entró la desgracia en mi casa. Antes de diez días, tendremos un muerto, ya lo verá usted, añadió, echando una lúgubre ojeada al comedor. ¿Quién de nosotros caerá?

— ¡Qué bueno es marcharse de aquí! dijo Rastignac á papá Goriot.

— Señora, vino á decir Silvia muy sofocada, hace tres días que el minino no parece.

— ¡Ah! Pues si ha muerto mi gato, si se nos ha escapado, entonces...

La pobre viuda no pudo acabar; juntó las manos y se dejó caer hacia atrás en el respaldo de la butaca, abrumada por tan terrible pronóstico.

Hacia el medio día, hora en que llegaban los carteros al barrio del Pantcón, recibió Eugenio una carta, envuelta en elegante sobre timbrado, con las armas de los de Beauseant. Contenía una invitación dirigida á los señores de Nucingen para el baile, que hacía un mes se venía anunciando, en casa de la vizcondesa. A la invitación acompañaban cuatro letras para Eugenio:

« He pensado, caballero, que aceptaría usted gustoso ser el intérprete de mis simpatías para con la señora de Nucingen; envío á usted la invitación que me ha pedido, y me será muy grato conocer á la hermana de la señora de Restaud. Tráigame pues á esa linda persona y tenga usted á bien poner de su parte para que dicha señora no le robe toda afección de que es usted capaz: mucha me debe usted á cambio de la que yo le profeso.

» VIZCONDESA DE BEAUSEANT. »

— No hay duda. se dijo Eugenio, volviendo á leer la carta, la vizcondesa me dice con bastante claridad que no quiere nada con el barón de Nucingen.

No tardó en ir á ver á Delfina, muy contento de poderle proporcionar una satisfacción, cuyo precio esperaba recibir. Bañándose estaba la señora de Nucingen. Rastignac esperó en el tocador, con la natural impaciencia de un joven ardiente y ansioso de tomar posesión de su amante, objeto de dos años de deseos. Hay emociones que no experimenta dos veces un hombre en su vida juvenil. La primera mujer,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

realmente mujer, con quien se liga un hombre, esto es, la que se le aparece rodeada de todos los esplendores que la sociedad parisiense exige, no tiene rival. El amor en París no se parece en nada á los amores de otras partes. Ni los hombres, ni las mujeres se dejan engañar por esas palabras vulgares que cada uno ostenta, por decencia, acerca de afecciones que dice ser desinteresadas.

No le basta á una mujer, en París, satisfacer el corazón y los sentidos, sino que, según ella sabe muy bien, tiene mil obligaciones que cumplir, todas ellas referentes á las mil vanidades de que se compone la vida. Allí, más que en ninguna otra parte, es el amor esencialmente fanfarrón, descarado, derrochador, charlatán y ostentoso.

Si todas las mujeres de la corte de Luis XIV envidiaron á la señorita de La Vallière, el ímpetu apasionado que hizo á este gran príncipe olvidar que sus puños de encaje valían unos tres mil francos cada uno, cuando los rompió para facilitar al duque de Vermandois su entrada en la escena del mundo, ¿qué puede pedirse al resto de la humanidad? Sed jóvenes, ricos y nobles, y aun más que todo eso si os es posible; cuanto más incienso queméis ante vuestro ídolo, más propicio le tendréis, dado caso de que tengáis ídolo. El amor es una religión, y su culto ha de costar mucho más que el de las demás religiones; pasa pronto, pero devastándolo todo á su paso, como podría hacerlo un pilluelo. El lujo del sentimiento es la poesía de las buhardillas; sin esa riqueza, ¿qué sería del amor en tales sitios? Si alguna excepción

existe en estas leyes draconianas del código parisién, encuéntrase en almas solitarias, que no se han dejado arrastrar por las doctrinas sociales, y que viven junto á alguna fuente de claras aguas, fugitivas, pero constantes, fieles á sus umbríos retiros y felices al escuchar el lenguaje del infinito, para ellos escrito en todas partes, porque le llevan dentro de sí, y que esperan pacientemente sus alas, compadeciendo á los seres que sólo se satisfacen con las alegrías terrenales.

Mas, semejante á la mayor parte de los jóvenes que han gustado anticipadamente las grandezas del mundo, Rastignac quería presentarse en la pelea armado de todas armas; acometido por la fiebre mundana, sentíase con fuerzas para vencer, pero sin conocer los medios de conseguirlo ni el objeto de su ambición. A falta de uno de esos amores puros y sagrados que llena una existencia, esta sed de dominación puede ser móvil de grandes cosas; basta despojarle de todo interés personal y proponerse la grandeza de la patria. Pero faltábale todavía mucho al estudiante para llegar al punto desde el cual puede el hombre contemplar la corriente de la vida y juzgarla. Hasta entonces, ni siquiera habíase despojado por completo del encanto de las frescas y suaves ideas que, cual tiernas hojas, envuelven la juventud de los muchachos educados en provincias. Continuamente había vacilado en atravesar el Rubicón parisiense, conservando, á pesar de su ardiente curiosidad, algunos escrúpulos, vestigios de la vida del noble provinciano en su casa solariega. Sin embargo, sus últimos escrúpulos desaparecieron

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

la víspera, al verse en su nueva habitación. Al gozar de las ventajas materiales de la fortuna, como desde mucho tiempo atrás gozaba de las ventajas morales debidas al nacimiento, habíase despojado de lo que de provinciano le quedaba, instalándose á sus anchas en aquella posición desde la cual tan risueño porvenir descubría. Así es que mientras esperaba á Delfina, muellemente sentado en aquel elegante tocador, que casi consideraba suyo, veíase tan lejos del Rastignac que hacía un año había llegado á París, que al contemplarle por un efecto de óptica moral, preguntábase si aquél era él mismo.

— La señora está en su cuarto, vino á decirle Teresa, haciéndole estremecerse.

Halló á Delfina tendida en el sofá, junto á la chimenea, fresca y reposada. Al verla ostentarse de aquella manera sobre ondas de muselina, no podía dejar de comparársela á esas plantas de la India tan hermosas, cuyo fruto nace en la flor misma.

— Bien; henos aquí, dijo Delfina con emoción.

— Adivine usted lo que le traigo, contestó Eugenio, sentándose junto á ella y cogiéndole el brazo para besarle la mano.

Hizo Delfina un movimiento de alegría leyendo la invitación. Volvió hacia Eugenio sus ojos húmedos, y le echó los brazos al cuello, delirante de vanidosa satisfacción, para atraerle hacia sí.

— ¡Y es á usted (á ti, díjole al oído; pero está Teresa en mi cuarto-tocador, y hay que ser prudentes), á usted es á quien debo esta dicha! Sí; me atrevo á llamarla dicha, y, además, obtenida por usted, no es

un simple triunfo de amor propio. Nadie me había querido presentar en esa clase de mundo. Quizá me encuentra usted en este momento pequeña, frívola y ligera como una parisiense; pero reflexione usted, amigo mío, que estoy dispuesta á sacrificarle todo, y que ahora deseo más ardientemente que nunca ir al arrabal Saint-Germain, pues sé que he de encontrar á usted allí.

— ¿No piensa usted, como yo, que la señora de Beauseant da á entender que no espera ver al barón de Nucingen en el baile?

— Ya lo creo, dijo la baronesa devolviendo la carta á Eugenio. Esas mujeres tienen el genio de la impertinencia. Pero no importa, iré. Mi hermana irá también, y tengo noticia de que prepara un tocado hermosísimo... Eugenio, añadió en voz baja, me consta que va para disipar terribles sospechas. ¿No sabe usted lo que dicen de ella? Nucingen ha venido á contarme esta mañana lo que sin ningún rebozo se hablaba en el círculo. ¡En qué estriba, Dios mío, la honra de las mujeres y de las familias! Me he sentido atacada y lastimada en la persona de mi hermana. Según algunos, el señor de Trailles ha firmado unas letras de cambio por valor de cien mil francos, y como casi todas han vencido, iba á ser llevado á los tribunales. Viéndole reducido á semejante extremidad, mi hermana ha vendido á un judío sus diamantes, aquellos magníficos diamantes que usted la había visto y que pertenecieron á la madre del conde de Restaud. Hace dos días que no se habla de otra cosa. Con tales antecedentes, comprendo muy bien que quiera Anas-

tasía ponerse un vestido bordado y desee fijar en ella todas las miradas en el baile de la señora de Beauseant, apareciendo en él en todo su esplendor y adornada con sus brillantes. Pero yo no quiero quedarme atrás. Siempre ha tratado mi hermana de humillarme, y no ha sido nunca buena para mí, que tantos favores le he hecho y que tenía siempre dinero para darle cuando carecía de él... Mas dejemos las cosas del mundo, hoy quiero ser completamente dichosa.

Aun estaba Rastignac á la una de la madrugada en casa de Delfina, la cual, prodigándole ese adiós de los amantes, adiós tan lleno de alegrías para el porvenir, díjole con una melancólica expresión :

— Siento tal miedo, tal superstición — dé usted á mis presentimientos el nombre que guste — que temo pagar mi felicidad con alguna espantosa desgracia.

— ¡Chiquilla!

— ¡Ah! Esta noche me toca á mí ser la chiquilla, dijo Delfina riendo.

Eugenio volvió á casa de la Vauquer, seguro de dejarla al día siguiente; abandonóse, pues, en el camino, á esos bonitos ensueños que suelen tener todos los jóvenes al sentir todavía en sus labios el sabor de la felicidad.

— ¿Y qué? dijo el tío Goriot cuando vió pasar á Rastignac por la puerta del cuarto.

— ¡Mañana se lo contaré á usted todo! contestó Eugenio.

— Todo, ¿verdad? grito el buen viejo. Acuéstese usted, que mañana tenemos que comenzar la vida de color de rosa.

Al día siguiente, Goriot y Rastignac sólo esperaban el que tuviese á bien llegar un mozo de cuerda para marcharse de la casa de huéspedes, cuando, á eso de las doce, retumbó en la calle Neuve-Sainte-Geneviève el ruido de un coche; éste se detuvo precisamente á la puerta de la casa de huéspedes. Del coche bajó la señora de Nucingen preguntando si estaba su padre. Como Silvia le respondiera afirmativamente, subió con rapidez la escalera.

Eugenio hallábase en su cuarto sin que su vecino lo supiera. Durante el almuerzo había pedido á papá Goriot que se encargara del transporte de su equipaje, que á las cuatro se encontrarían en la calle de Artois. Pero mientras Goriot iba en busca de los mozos, Eugenio, habiendo respondido á la llamada en clase, había vuelto muy aprisa y sin que nadie le viera para arreglar sus cuentas con la patrona, no queriendo confiar este negocio á papá Goriot, el cual, en su fanatismo, habría sin duda pagado por él. La viuda había salido, y Eugenio subió al cuarto para ver si se le olvidaba algo, precaución de que se alegró al hallar en un cajón de su mesa la letra firmada en blanco á Vautrin, y que después de pagada arrojara allí, olvidándola. Como no tenía lumbre en la chimenea, disponíase á romperla en pedacitos, cuando reconoció la voz de Delfina. Detúvose entonces, para escuchar, no queriendo hacer el menor ruido, pues pensó que Delfina no debía tener secretos para él. Luego, desde las primeras palabras, parecióle demasiado interesante la conversación entre el padre y la hija, para no escucharla.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¡Ay! padre mío, ¡quiera Dios que haya usted tenido la idea de pedir cuenta de mi dote á tiempo de salvarme de la ruina! ¿Podemos hablar?

— Sí; no hay nadie en casa, dijo Goriot con voz alterada.

— ¿Pero qué le ocurre á usted, papá? preguntó Delfina.

— Acabas de darme un hachazo en la cabeza, respondió el anciano. Dios te lo perdone, hija mía. Tú no sabes lo que yo te quiero, porque, si lo supieras, no me hubieras dicho tan de pronto tales cosas, sobre todo si puede remediarse la situación. ¿Pero tan apremiante es lo que te ocurre que te ha hecho venir aquí, cuando dentro de un instante debíamos vernos en nuestra casa de la calle de Artois?

— ¡Ah, papá mío! ¡Quién responde del primer ímpetu cuando ocurre una catástrofe! ¡Estoy loca! El procurador de usted nos ha puesto al tanto, con antelación, de una desgracia que sin duda ocurrirá más tarde. Mucha falta nos va á hacer la antigua experiencia comercial de usted, y por eso he venido á buscarle con el ansia del que, ahogándose, se agarra á una rama. Cuando el señor Derville vió que Nucingen andaba con mil enredos para esquivarse, le amenazó con un pleito, diciéndole además que la autorización del presidente del tribunal para procesarle se obtendría fácilmente. Esta mañana ha venido Nucingen á mi casa á preguntarme si me proponía arruinarle y arruinarme. Le respondí diciéndole que yo nada tenía que ver en esos asuntos, que tenía una fortuna, que debía poseerla, y todo lo referente á este

negocio competía á mi procurador, que yo nada sabía acerca del particular, y que, por tanto, nada podía decir acerca de tal asunto. ¿No era esto lo que usted me había recomendado que dijera?

— Eso, contestó Goriot.

— Pues bien; me ha puesto al tanto del estado de su situación. Ha comprometido su capital y el mío en grandes empresas apenas comenzadas y para las que ha tenido que desembolsar sumas cuantiosas. Si le obligara á restituirme mi dote, tendría que declararse en quiebra, mientras que, si quiero esperar un año más, se compromete, por su honor, á devolverme una fortuna doble ó triple que la mía, colocando el capital en operaciones territoriales, terminadas las cuales me devolverá lo que me pertenece. Querido papá, me ha asustado, porque decía la verdad. Me ha pedido perdón de su conducta; me ha declarado que soy libre y que puedo hacer lo que me dé la gana, á condición de dejarle á él en libertad de manejar el capital á nombre mío. Me ha prometido, para probarme su buena fe, llamar al señor Derville, siempre que yo quiera, para examinar la redacción de las actas de propiedad extendidas á mi nombre y juzgar de su validez. En una palabra, se me ha entregado atado de pies y manos. También pide que se le deje administrar, por espacio de dos años más, todos los bienes matrimoniales, y me ha suplicado que sólo gaste para mi persona la cantidad que me señale. Me ha probado que todo lo que podía hacer era salvar las apariencias, que había roto con su bailarina, y que iba á verse reducido á observar la más estricta economía, cuidando de que

nadie se enterara, para poder alcanzar el plazo de sus especulaciones sin alterar su crédito. En mi vida he visto un hombre en tal estado. Tenía la cabeza perdida; hablaba de matarse; deliraba. Me ha enseñado sus libros de cuentas, y por último se ha echado á llorar. Me daba lástima verle.

— ¿Y tú crees esas ¡atrañas? exclamó Goriot. ¡Todo eso es comedia! He tenido negocios con muchos alemanes; casi todos son gente de buena fe, sencillotes; pero cuando bajo la capa de bondad y de buena fe se le ocurre á uno ser artero y charlatán, lo es más que nadie. Tu marido te engaña. Se siente cogido y se hace el muerto queriendo ser aún más amo del dinero con tu nombre que con el suyo propio. Va á aprovechar esta circunstancia para ponerse al abrigo de los riesgos de su comercio. Es tan listo como pérfido; es un mal sujeto. No, no iré al Père-Lachaise dejando á mis hijas sin nada. Todavía entiendo de negocios. ¿Dice que ha invertido todos los fondos en varias empresas? Pues bien, esos fondos están representados por valores, registros y escrituras. Que los presente y que liquide contigo. Elegiremos los mejores negocios de los que tiene emprendidos, correremos las contingencias á que están sujetos y tendremos los títulos expedidos á favor de *Delfina Goriot, esposa del barón de Nucingen, con separación de bienes*. ¿Nos ha tomado ése por imbéciles? ¿Se le figura que pueda yo soportar, ni por espacio de dos días, el pensar que te quedas sin fortuna, sin pan? No sufriré tal idea ni un día, ni una noche, ni dos horas. Si esta suposición se confirmase, me costaría

la vida. Pues ¡qué! ¿he de haber trabajado cuarenta años, cargado sacos, sudado la gota gorda, privándome de todo en favor vuestro, ángeles míos, por cuyo amor todo trabajo me costaba poco, y toda carga se me hacía ligera, y hoy se desvanecerían como humo mi vida y mi fortuna?... Pues moriría rabioso. Por lo más sagrado que hay en el cielo y en la tierra, iremos á ponerlo todo en claro examinando los libros, la caja y la contabilidad. No dormiré, ni me acostaré, ni comeré, mientras no me cerciore de que tu fortuna se halla intacta. Á Dios gracias, la separación de bienes está hecha, y tienes por consejero al señor Derville, que, por fortuna, es un hombre honrado. ¡Dios de Dios! Conservarás tu milloncito, tus cincuenta mil francos de renta mientras vivas, ó daré un escándalo que se oirá en todo París. ¡Ah! ¡ah! Y si los tribunales no nos hacen justicia, recurriré á las Cámaras. El saberte tranquila y feliz en cuanto á intereses aliviaba mis males y calmaba mis penas. El dinero es la vida. Con dinero todo se consigue. ¿Qué cuentos nos trae ese estúpido alsaciano? Delfina, no transijas en un céntimo siquiera con ese bruto que te ha convertido en esclava suya, haciéndote desgraciada. Si te necesita, ya le meteremos en cintura y le haremos andar derecho. Dios mío, me arde la cabeza; tengo en el cráneo una cosa que me quema. ¡Mi Delfina en la miseria! ¡mi Finita! ¡tú! ¡Caramba! ¿dónde están mis guantes? ¡Ya estamos andando; quiero verlo todo inmediatamente : los libros, los negocios, la caja, la correspondencia. No estaré tranquilo mientras no tenga la seguridad de que tu fortuna no corre

el menor peligro, habiéndolo visto por mis propios ojos.

— Tenga mucha prudencia, mi querido padre... Si manifiesta usted en este asunto el menor propósito de venganza, si muestra usted intenciones demasiado hostiles, estoy perdida. Le conoce á usted, y no le ha extrañado que me indujera á cuidar de mi fortuna; pero él ha querido tenerla en las manos, y la tiene, téngalo usted por cierto. Es muy capaz de escaparse con el dinero y dejarnos, el muy bribón. De sobra sabe que no había yo de deshonrar el nombre que llevo, denunciándole á él á la justicia. Es á un mismo tiempo fuerte y débil. Todo lo he examinado. Si le apuramos mucho, me arruina.

— ¡Pero tu marido es un tunante!

— Pues bien, sí, papá, dijo Delfina dejándose caer en una silla y llorando. No quería confesarlo para evitarle á usted el disgusto de haberme entregado á semejante hombre. Costumbres secretas y conciencia, el alma y el cuerpo, todo en él está en harmonía; es cosa que me espanta : le odio y le desprecio. Si; no puedo sentir la menor estimación hacia ese vil Nucingen después de todo lo que me ha dicho. Un hombre capaz de lanzarse en las combinaciones comerciales de que me ha hablado carece de toda delicadeza, y mis temores nacen de que he leído perfectamente en su alma. Me ha propuesto, con toda crudeza, él, mi marido, la libertad — ya sabe usted lo que esto significa — si consentía yo, en caso de mala suerte en sus negocios, ser un instrumento entre sus manos, en una palabra, si quería yo servirle de pantalla.

— ¡Pero aún tenemos leyes! ¡Aun existe una plaza de Grève [1] para los yernos de esta especie! exclamó el anciano Goriot; yo mismo lo guillotinaría, á falta de verdugo.

— No, papá; contra él no hay leyes. Escuche usted lo que dice, sin los circunloquios que emplea él: « O todo se pierde y se queda usted sin un céntimo, completamente arruinada, porque no puedo tener otro cómplice sino usted, ó me deja usted llevar á cabo mis negocios.» ¿Es esto claro? Aun me necesita. M probidad de mujer le tranquiliza; sabe que le dejaré su fortuna, contentándome con la mía. Y no tengo más remedio que consentir en esta asociación desleal y ratera ó darme por arruinada. Compra mi conciencia, y me la paga autorizándome á ser la mujer de Eugenio. « Te doy permiso para cometer faltas si me dejas cometer crímenes arruinando á los infelices. » ¿Puede darse lenguaje más claro? ¿Sabe usted á lo que llama mi marido hacer operaciones comerciales? Compra á su nombre terrenos, en los que hace construir casas por testaferros. Estos contratan las construcciones con maestros de obras, á quienes entregan, como pago, efectos comerciales pagaderos en fechas bastante lejanas; los maestros de obras consienten, mediante una pequeña cantidad, en firmarle á mi marido un saldo definitivo de cuentas, y Nucingen conviértese entonces en dueño de las casas, mientras sus testafe-

1. Plaza de París en la que en otro tiempo se verificaba la aplicación de la pena de muerte, la de la tortura pública y la de otras penas infamantes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rros pagan con una quiebra á los estafados maestros de obras. El nombre de la casa de Nucingen ha servido para deslumbrar á los pobres constructores, según he podido comprender. También he averiguado que para probar, en caso de necesidad, el desembolso de grandes sumas, Nucingen ha colocado gran masa de valores en Amsterdam, Londres, Nápoles y Viena. ¿Cómo podríamos rescatarlos?

Eugenio oyó el ruido sordo, producido sin duda por papá Goriot al caer de rodillas en el suelo.

— ¡Dios mío! ¡cuán grande es mi culpa! ¡Mi hija entregada á ese miserable, que hará de ella lo que quiera! ¡Perdón, hija mía! gritó el anciano.

— Sí, quizá tenga usted algo de culpa si me veo hoy en el fondo de un abismo, dijo Delfina. ¡Somos aún tan niñas cuando nos casamos! ¡No conocemos el mundo, los negocios, los hombres ni las costumbres! Los padres debieran pensar por nosotras. ¡Querido papá, no le acuso á usted de nada; perdóneme usted lo que he dicho! De todo estó, yo soy la responsable. No, no llore usted, papá, dijo besando la frente de su padre.

— Pues tampoco llores tú, Delfina mía. ¡Ea! voy á serenarme para ir á desenredar la enredada madeja de los negocios de tu marido.

— No; déjeme usted, yo sabré manejarle. Puesto que me ama, me serviré del imperio que sobre él tengo para hacer que me coloque á la mayor brevedad algún dinero en propiedades. Es posible que le haga comprar á mi nombre la finca de Nucingen en Alsacia, porque le tiene cariño. De todos modos, vaya

usted mañana á examinar los libros y sus negocios. El señor Derville no entiende una palabra en los asuntos comerciales. Pero no, no vaya usted mañana. No quiero quemarme la sangre, pues pasado mañana es el baile en casa de la vizcondesa de Beauseant, y quiero cuidarme para estar descansada y guapa, y hacer honor á mi querido Eugenio... Vamos á ver su habitación.

En aquel momento detúvose un coche en la calle Neuve-Sainte-Geneviève, y oyóse en la escalera la voz de la condesa de Restaud, que preguntaba á Silvia:

— ¿Está mi padre?

Esta feliz circunstancia salvó á Eugenio, quien pensaba ya echarse en la cama y hacerse el dormido.

— ¡Ah, papá! ¿le han hablado á usted de Anastasia? dijo Delfina al reconocer la voz de su hermana. Parece que también le pasan cosas muy raras con su marido.

— Pero, ¿qué es esto? dijo papá Goriot. Por lo visto, hoy será el último día de mi vida. No es posible que mi pobre cabeza resista á esta doble desgracia.

— ¡Buenos días, papá! dijo la condesa al entrar. ¡Ah! ¿estás aquí, Delfina?

La señora de Restaud quedóse algo desconcertada al encontrar allí á su hermana.

— Buenos días, Nasia, dijo la baronesa. ¿Te parece raro que esté aquí? Yo vengo á ver á papá todos los días.

— ¿Desde cuándo?

— Si vinieras tú también, lo sabrías.

— No me inquietes, Delfina, dijo la condesa con

voz dolorida. Soy muy desgraciada. ¡Estoy perdida, padre mío; completamente perdida esta vez!

— ¿Qué tienes, Nasia? gritó papá Goriot. Cuéntanos todo, hija mía... ¡Se pone pálida! Delfina, vamos, socórrela; sé buena con ella, y te querré más todavía si es posible.

— Pobre Nasia mía, dijo Delfina, ayudando á su hermana á sentarse; habla. Nosotros somos las dos únicas personas del mundo que te quieren lo bastante para perdonártelo todo. Mira, el cariño de la familia es el más seguro.

Le hizo respirar unas sales, y la condesa volvió en sí.

— ¡Esto me matará! dijo papá Goriot. Vamos, exclamó, revolviendo el cisco, acercaos las dos. Tengo frío. ¿Qué te pasa, Nasia? Dilo pronto... ¡Me estás matando!...

— Pues bien, dijo la pobre mujer, mi marido lo sabe todo. ¿Se acuerda usted, papá, de aquella letra de cambio, de Máximo, hace tiempo?.. No era la primera, y ya había pagado yo otras muchas. A principios de enero, parecióme que Trailles estaba muy triste. No me decía nada, pero ¡es tan fácil leer en el corazón de las personas amadas!... basta un indicio insignificante; á más de que tiene una presentimientos. En una palabra, era más afectuoso, más tierno que nunca; y era yo felicísima. ¡Pobre Máximo! según me ha confesado, aquélla era su despedida para la eternidad, porque tenía pensado levantarse la tapa de los sesos. Por último, tanto le he atormentado, le he suplicado tanto, permaneciendo dos horas enteras

á sus pies, que... me ha declarado que debía cien mil francos. ¡Papá, cien mil francos! Creí volverme loca. Usted no los tenía; todo lo había yo devorado...

— No; no hubiera podido dároslos, á menos de robarlos. ¡Pero hubiera ido á robarlos, Nasia! Iré.

Ante aquella palabra pronunciada con tono lúgubre, cual sonido del estertor de un moribundo, y que acusaba la agonía del amor paternal reducido á la impotencia, callaron un momento las dos hermanas. ¿Qué egoísmo hubiera podido permanecer impasible, ante aquel grito de desperación, que revelaba la profundidad de la pasión como una piedra revela la del abismo en que cae?

— ¡Los he encontrado yo disponiendo de lo que no me pertenecía, papá mío! dijo la condesa rompiendo á llorar.

Delfina, conmovida, lloró también, con la cabeza reclinada en el pecho de su hermana.

— ¡Luego todo era verdad! exclamó.

Bajó la cabeza Anastasia, su hermana la abrazó por la cintura, la besó tiernamente, y apretándola contra su pecho, le dijo:

— Aquí serás siempre amada sin ser juzgada.

— Ángeles míos, dijo con apagada voz papá Goriot, ¡qué pena siento al ver que ha sido menester una desgracia para que se manifestara vuestro mutuo cariño!

— Para salvar la vida de Máximo, en fin, para salvar toda mi ventura, siguió diciendo la condesa, animada por aquellas muestras de ardiente y tiernísimo afecto, llevé á casa del usurero que sabéis, ese hom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre que parece hecho de hierro y á quien no hay medio de ablandar, ese Gobseck, los diamantes de familia que Restaud tiene en tan grande estima, los suyos, los mios, todo, y los he vendido. ¡Vendido! ¿comprendéis? Él se ha salvado, pero yo me he perdido. Restaud se enteró de todo.

— ¿Por quién? ¿cómo? ¡Que le voy á matar! gritó papá Goriot.

— Ayer me llamó á su cuarto... « Anastasia, me dijo cuando entré, con una voz... (oh, su voz me bastó; en seguida lo adiviné todo), ¿dónde están sus diamantes?... — En mi cuarto... — No, contestó, están ahí, sobre mi cómoda. » Y me enseñó el estuche, que tenía oculto bajo su pañuelo. « ¿Sabe usted de dónde vienen? » me dijo. Caí de rodillas, lloré... y le pregunté que de qué género de muerte quería verme morir.

— ¡Has dicho eso! exclamó papá Goriot. Por el sagrado nombre de Dios, que el que haga daño á una de vosotras, mientras yo viva, puede estar seguro de que lo quemaré á fuego lento. Sí, lo despedazaré como...

Calló papá Goriot, expiraban las palabras en su garganta.

— Por último, hija mia, me ha pedido una cosa más difícil de hacer que morir. Preserve el cielo á toda mujer de oir lo que he oido.

— ¡Yo asesinaré á ese hombre! dijo Goriot tranquilamente. Pero no tiene más que una vida, y me debe dos... Por último, ¿qué? añadió mirando á Anastasia.

— Pues bien, prosiguió la condesa, después de una pausa se me quedó mirando: « Anastasia, me dijo, todo quedará en silencio y seguiremos viviendo juntos, porque tenemos hijos. No mataré al señor de Trailles, porque podría no acertarle, y porque si empleo otro procedimiento tropezaré con la justicia humana. Matarlo en brazos de usted sería deshonrar á los niños. Mas para que los hijos de usted, ni su padre, ni yo perezcamos, impongo á usted dos condiciones. Responda usted: ¿es hijo mío alguno de *los* niños? » Respondí que sí. « ¿Cuál? — Ernesto, el mayor. — Está bien, contestó. Ahora jure usted obedecerme en lo sucesivo en una sola cosa. » Lo juré. « Firmará usted la venta de sus bienes cuando yo se lo pida. »

— ¡No firmes, gritó el tío Goriot; no firmes eso jamás. ¡Ah, ah! señor de Restaud, como usted no sabe lo que es hacer feliz á una mujer, tiene ella que ir á buscar la felicidad donde está segura de encontrarla, ¿y usted la castiga por su propia y necia impotencia?... Pero alto ahí, que aquí estoy yo para cerrarle el paso... Sosiégate, Nasia. ¡Ah! ¡quiere á su heredero! ¡Bueno! ¡Bueno! Yo sabré quitarle á su hijo, el cual, ¡trueno de Dios! es mi nieto. Le cogeré, me lo llevaré á mi pueblo, no temas; sabré cuidarle, y haré capitular á ese monstruo, diciéndole: « ¡Ahora, nosotros! ¡Si quieres recuperar tu hijo, devuelve lo suyo á mi hija y déjala en libertad de hacer lo que le dé la gana! »

— ¡Padre mío!

— ¡Sí, tu padre! ¡Ah! soy un verdadero padre. Que ese pícaro gran señor no maltrate á mis hijas. ¡True-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos! No sé lo que tengo en las venas. Siento hervir en mí la sangre de un tigre, porque quisiera devorar á esos dos hombres. ¡Qué vida la vuestra, hijas mías! ¡Será mi muerte!... ¿Y qué será de vosotras cuando yo no exista ya? Los padres deberían vivir tanto como los hijos. ¡Dios mío, qué mal arreglado está tu mundo! Y sin embargo tienes un hijo, según nos dicen. Deberías impedir que sufriésemos en la persona de nuestros hijos. ¡De modo, ángeles míos, que sólo á vuestros dolores debo vuestra presencia en mi habitación!... No me dais á conocer sino vuestras lágrimas. Pero sí; me queréis, ya lo veo. Venid, venid aquí á lamentaros, que mi corazón es grande y tiene capacidad para todo... Quisiera compartir vuestros pesares, sufrir por vosotras... ¡Ah! cuando niñas, ¡qué felices erais!...

— Sólo aquella época fué dichosa para nosotras, dijo Delfina. ¿Dónde están aquellos tiempos en que rodábamos de lo alto de los sacos del granero grande?

— Aun no es eso todo, querido papá, dijo Anastasia al oído de Goriot, quien dió un salto. Los diamantes no fueron vendidos en cien mil francos, y Máximo está encausado. Sólo nos quedan doce mil francos que pagar. Me ha prometido ser bueno y no volver á jugar. Nada me queda en el mundo fuera de su amor, y lo he pagado demasiado caro para no morirme si le perdiera. Le he sacrificado fortuna, honor, tranquilidad, hijos. ¡Ah! haga usted que siquiera Máximo quede libre y que pueda continuar presentándose en sociedad, donde sabrá conquistarse una posición. Porque ahora no me debe solamente la felicidad: tenemos hijos que quedarían expuestos á la

miseria. Si le llevan á Santa Pelagia[1], todo está perdido.

— No los tengo, Nasia. ¡No tengo ya nada, absolutamente nada! Esto es el fin del mundo. El mundo se hunde, no me cabe la menor duda. ¡Escapaos antes de que ocurra el hundimiento! ¡Ah! sí; tengo todavía mis hebillas de plata y seis cubiertos, los primeros que tuve en mi vida. En resumidas cuentas, no tengo más que mil doscientos francos de renta vitalicia...

— ¿Qué ha hecho usted de su renta perpetua?

— La ha vendido, reservándome esa pequeña suma para mis gastos. Los doce mil francos me han hecho falta para amueblar un cuarto á Finita.

— ¿En tu casa, Delfina? preguntó Anastasia á su hermana.

— ¿Y qué importa dónde? dijo Goriot. El caso es que los doce mil francos se han gastado.

— Adivino, dijo la condesa, en el señor Rastignac. Deténte, pobre Delfina mía; mira á lo que he llegado.

— Hija mía, el señor Rastignac es incapaz de arruinar á su amante.

— ¡Gracias, Delfina!... Esperaba algo más de ti en la crisis en que me encuentro; ¡nunca me has tenido cariño!

— ¡Sí que te quiere, Nasia! gritó el tío Goriot; me lo estaba diciendo hace un instante. Me hablaba de ti, y decía que eres muy hermosa, mientras que ella es bonita nada más.

1. Antigua cárcel para deudores; hoy ya no existe en Francia semejante prisión, y ha poco fué derribado el edificio. *(N. del T.)*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¡Ella! repitió la condesa. Es un hermoso pedazo de hielo.

— Y aunque así fuera, dijo Delfina, poniéndose colorada, ¿cómo te has portado tú conmigo? Has renegado de mí; has hecho que me cierren las puertas de todas las casas á que deseaba ir, y no has desperdiciado una sola ocasión de disgustarme. En cambio, ¿he venido yo como tú has venido á sacar á este pobre padre mil á mil francos todo cuanto poseía, hasta dejarle reducido al estado en que se encuentra? Esta es tu obra, hermana mía. Yo he visto á papá siempre que he podido, no le he puesto en la calle y no he venido á lamerle las manos cuando le necesitaba. Ni siquiera sabía que hubiera gastado en mí esos doce mil francos. Ya sabes que soy ordenada. Además, cuando papá me ha hecho regalos, nunca los he mendigado.

— Tú eres más afortunada que yo. De Marsay es rico; de sobra lo sabes. Has sido siempre vil como el oro. Adiós, no tengo hermana, ni...

— ¡Callate, Nasia! gritó el desdichado Goriot.

— Sólo una hermana como tú puede decir lo que ya nadie cree... ¡Eres un monstruo!

— ¡Hijas mías, hijas mías! Si no os calláis, me mato delante de vosotras.

— De todas maneras, te perdono, Nasia, dijo Delfina; te perdono porque te veo desgraciada. Pero yo soy mejor que tú. Decirme lo que me has dicho en el momento en que me sentía dispuesta á todo para socorrerte, incluso á entrar en la alcoba de mi marido, cosa que no hubiera hecho por mí ni por... Eso es digno de todo el daño que me has hecho en nueve años.

— ¡Hijas mías, hijas mías, abrazaos, dijo el padre. ¡Sois dos ángeles!

— No, déjeme usted, gritó la condesa, á quien Goriot había cogido por un brazo, pero que rechazó á su padre. Menos compasión siente ésa por mí que mi propio marido. ¡Cualquiera diría que es el modelo de todas las virtudes!

— Prefiero que crean que debo dinero á de Marsay á confesar que el señor de Trailles me ha costado más de doscientos mil francos, respondió la de Nucingen.

— ¡Delfina! gritó la condesa, dando un paso hacia ella.

— Tú me calumnias, y yo te digo la verdad, replicó friamente la baronesa.

— ¡Delfina! Eres una...

El tío Goriot corrió á la condesa, la sujetó; y tapándole la boca con la mano, impidió que completara la frase.

— ¡Pero, papá! ¿á qué ha tocado usted esta mañana?

— Es verdad, ha sido un descuido, dijo el pobre padre, limpiándose las manos en el pantalón. Pero no sabía que ibais á venir... Estoy de mudanza.

Dábase por muy contento con haber motivado aquella reprensión que atraía hacia él la cólera de su hija.

— ¡Ah! repitió, sentándose, me habéis partido el corazón. Me muero, hijas mías. Me quema el cráneo como si tuviera lumbre dentro de él. ¡Vamos, sed buenas, quereos mucho! De no ser así, me mataríais. Delfina, Nasia, vamos, las dos tenéis y no tenéis

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

razón. Mira, Finita, añadió, volviendo á la baronesa los ojos arrasados en lágrimas, busquemos los doce mil francos que necesita. No me mires de ese modo (y se puso de rodillas delante de Delfina). Pídele perdón para darme gusto, añadió á su oído, anda, que es la más desgraciada.

— Mi pobre Nasia, dijo Delfina asustada de la loca y atroz expresión de dolor que se reflejaba en el rostro de su padre. Confieso que he hecho mal; vamos, dame un abrazo...

— ¡Ah! me ponéis un bálsamo en el corazón, gritó el tío Goriot. ¿Pero dónde hallar los doce mil francos? ¿Y si yo me ofreciese como fiador?...

— ¡Oh, papá! dijeron las hijas rodeándole, no, no.

— Dios os premiará ese pensamiento; ¡no bastaría para ello nuestra vida! ¿Verdad, Nasia? dijo Delfina.

— Además, mi pobre papá, eso sería una gota de agua, observó la condesa.

— ¿Pero no podría uno sacar provecho alguno de su propia sangre?... gritó el desesperado anciano. Consagraría toda mi vida al que te salvara, Nasia; por él mataría á cualquiera. ¡Haré como Vautrin, iré á presidio! Haré...

Y se detuvo como si le hubiera caído un rayo.

— ¡Nada me queda! añadió mesándose los cabellos. Si supiera dónde ir á robar; pero preparar un golpe es cosa difícil. Además, haría falta gente y tiempo para tomar el Banco. Está visto, debo morir; no me queda otro recurso. Sí, ya no sirvo para nada; ¡ya no soy padre, no! Mi hija me pide, mi hija está necesitada, y yo, miserable de mí, nada le puedo dar! ¡Ah, viejo

tuno; tienes hijas y te aseguras una renta! ¿Conque es decir que no las quieres? Revienta, revienta como un perro, ¡como lo que eres! ¡Sí, valgo menos que un perro, porque un perro no se portaría de esta manera! ¡Oh! mi cabeza... está hirviendo.

— ¡Pero, papá! gritaron las dos jóvenes rodeándole para impedirle que se partiera la cabeza contra las paredes; vamos, sea usted razonable.

Goriot sollozaba.

Espantado, Eugenio tomó la letra de cambio firmada á Vautrin, corrigió la cifra, la llenó convirtiendo el documento en letra de doce mil francos á la orden de Goriot y entró.

— Aquí tiene usted la cantidad completa, señora, dijo presentando el papel. Estaba yo durmiendo en mi cuarto, pero me ha despertado el ruido de la conversación, y así he podido saber lo que debo al señor Goriot. Aquí tiene usted un valor que puede negociar, y que pagaré fielmente.

La condesa, inmóvil, tenía el papel en la mano.

— Delfina, exclamó pálida y trémula de cólera, de furor y de rabia, bien sabe Dios que te lo perdonaba todo... ¡Pero esto! ¿De modo que este señor estaba ahí, y tú lo sabías, y has tenido la mezquindad de vengarte dejando que le confiara mis secretos, mi vida, la de mis hijos, mi vergüenza y mi honor?... Desde hoy no eres nada mío, te detesto, te haré todo el mal que pueda, te...

— El furor le cortó la palabra; secóse su garganta.

— ¡Qué estás diciendo! ¡Pero si éste es mi hijo, nuestro niño, tu hermano, tu salvador! gritaba el tío

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Goriot. Vamos, abrázale, Nasia. Mira cómo le abrazo yo, decía estrechando con furia á Eugenio entre sus brazos. ¡Oh, hijo mío! seré para ti más que un padre, seré una familia. Quisiera ser Dios para poner todo el universo á tus pies. Vamos, dale un beso, Nasia. No es un hombre, es un ángel, un verdadero ángel.

— Déjala, papá; está loca en este momento.

— ¡Loca! ¡loca! Y tú ¿qué estás? preguntó la señora de Restaud.

— Me muero si continuáis así, hijas mías, gritó el anciano cayendo en la cama como herido por una bala. ¡Me han matado! se dijo.

Miró á Eugenio la condesa, el cual permanecía inmóvil, estupefacto ante la violencia de aquella escena.

— ¡Caballero!... le dijo interrogándole con el gesto, con la voz y con la mirada, sin prestar atención á su padre, cuyo chaleco desabrochó rápidamente Delfina.

— Señora, pagaré y callaré, respondió Eugenio sin esperar la pregunta.

— ¡Has asesinado á nuestro padre, Nasia! dijo Delfina, señalando el cuerpo del anciano que yacía sin sentido, á su hermana, la cual huyó.

— La perdono, dijo el desdichado, abriendo los ojos; su situación es espantosa y trastornaría una cabeza más firme que la suya. Consuela á Nasia, sé buena para ella; prométeselo á tu pobre padre moribundo, dijo á Delfina, apretándole la mano.

— ¿Pero qué tiene usted? preguntó asustada.

— Nada, nada, contestó el padre, esto pasará. Siento

una cosa que me oprime la frente; algo de jaqueca. ¡Pobre Nasia, qué porvenir el suyo!

En este momento entró la condesa y se arrojó á los pies de su padre, diciendo:

— ¡Perdón!

— Más daño me haces con decirme eso, dijo el padre.

— El dolor me ha hecho injusta, dijo la condesa á Rastignac, llorando. Será usted un hermano para mí, ¿verdad? añadió, tendiéndole la mano.

— Nasia, le dijo Delfina, abrazándola, Nasita mía, olvidémoslo todo.

— No, yo sabré recordar...

— Ángeles míos, habéis desvanecido la nube formada ante mis ojos, exclamó el tío Goriot; vuestra voz me reanima. ¡Abrazaos otra vez! Dime, Nasia, ¿te salvará esa letra de cambio?

— Así lo espero. Diga usted, papá, ¿quiere usted poner también su firma?

— ¡Seré majadero!... ¡Mira que olvidar yo esto! Pero fué que me puse algo malo. No me guardes rencor por eso, Nasia. Cuando hayas salido de este mal negocio, mándamelo á decir. No, yo iré. Pero no, no iré, porque si veo á tu marido, lo mato. En cuanto á apoderarse de tus bienes, nos veremos. Vete en seguida, hija mía y á ver si consigues que Máximo tenga juicio.

Eugenio estaba estupefacto.

— Esta pobre Nasia, dijo Delfina, ha sido siempre así, violenta, pero tiene buen corazón.

— Ha vuelto por el endoso, dijo Eugenio al oído de Delfina.

— ¿Lo cree usted?

— Quisiera no creerlo. Desconfíe usted de ella, respondió, mirando al cielo como para confiar á Dios pensamientos que no se atrevía á expresar.

— Lo cierto es que siempre fué algo comedianta, y mi pobre padre se deja engatusar por ella.

— ¿Qué tal sigue usted, mi buen papá Goriot? preguntó Rastignac.

— Tengo ganas de dormir, respondió el viejo.

Ayudóle Eugenio á acostarse, y después, cuando se hubo dormido teniendo en su mano la de Delfina, ésta se retiró.

— En los Italianos esta noche, dijo á Eugenio, y me dirás cómo sigue. Mañana se mudará usted, señor mío. A ver su cuarto... ¡Qué horror! exclamó al entrar. ¡Pero si estabas aquí peor que mi padre! Eugenio, te has portado bien. Aún te amaría más de lo que te amo, si fuera posible, pero, hijo mío, si quieres hacer fortuna, no debes tirar así por la ventana sumas de doce mil francos. El conde de Trailles es jugador. Mi hermana no quiere reparar en semejante cosa. Muy bien hubiera podido ese señor ir á buscar sus doce mil francos adonde sabe ganar ó perder oro á montones.

Un gemido hízoles volver al cuarto de Goriot. Le encontraron en apariencia dormido; pero cuando los dos amantes se acercaron le oyeron estas palabras: « ¡No son dichosas! » Durmiese ó no, el tono de aquella frase hirió tan vivamente el corazón de la hija, que, acercándose al pobrísimo lecho en que dormía el padre, le dió á éste un beso en la frente. Goriot abrió los ojos, diciendo:

— ¡Es Delfina!

— ¿Cómo te encuentras? preguntó ésta.

— Bien contestó. No te inquietes; voy á salir. Sigan, sigan, hijos míos, sed felices.

Acompañó Eugenio á Delfina hasta su casa; pero, alarmado por el estado en que había dejado al tío Goriot, no quiso comer con ella y volvió al domicilio de la Vauquer. Halló al tío Goriot de pie y á punto de sentarse á la mesa. Bianchon se había sentado de manera de poder examinar á su sabor el rostro del fabricante de fideos. Al verle coger el pan y olerle para saber de qué harina estaba hecho, el estudiante, que había observado en sus movimientos la ausencia total de lo que podría llamar conciencia del acto, hizo un gesto de mal agüero.

— Siéntate á mi lado, señor interno del hospital Cochin, dijo Eugenio.

Y allí se fué Bianchon, con tanto más gusto cuanto que se hallaría más cerca del anciano.

— ¿Qué tiene? preguntó Rastignac.

— Si no me engaño, está perdido. Debe de haberle ocurrido algo extraordinario; me parece que se nos echa encima una apoplegía serosa. Aunque la parte baja de la cara está bastante normal, las facciones superiores se estiran hacia la frente, ¡fíjate! Además, la mirada denota la invasión del suero en el cerebro. ¿Verdad que parecen estar llenos de un polvillo menudo? Mañana sabré de fijo lo que hay.

— ¿Y eso tiene remedio?

— Ninguno. Quizá sea posible retardar su muerte si se encuentra medio de determinar una reacción

hacia las extremidades, hacia las piernas, pero si para mañana por la noche no han cesado los síntomas, este pobre hombre está perdido. ¿Sabes por qué acontecimiento ha sido determinada la enfermedad? Sin duda ha recibido un golpe violento bajo el cual habrá sucumbido su vitalidad moral.

— Sí, dijo Rastignac, recordando los rudos golpes que las dos hijas habían descargado sin descanso sobre el corazón del padre.

— Al menos, se dijo Eugenio, Delfina quiere á su padre.

Por la noche, en los Italianos, adoptó Rastignac algunas precauciones á fin de no alarmar demasiado á Delfina.

— Esté usted tranquilo, contestó la joven á las primeras palabras de Eugenio, mi padre es fuerte. Verdad es que esta mañana le hemos maltratado bastante. Están comprometidas nuestras fortunas, y ante la inminencia de una catástrofe semejante... Ya no viviría yo si el amor de usted no me hubiera hecho insensible á lo que ha poco hubiera considerado como una desdicha mortal. Pero ya mi único temor, la sola desgracia que hoy temo es la de perder ese amor, por el cual he sentido la alegría de vivir. Fuera de este sentimiento, todo me es indiferente; nada me seduce en el mundo. Usted es todo para mí, y si me alegro de ser rica, es para agradar más á usted. Con vergüenza confieso que soy más amante que hija. ¿Por qué? No lo sé, usted es toda mi vida. Si mi padre me ha dado un corazón, usted le ha enseñado á sentir. Puede el mundo entero censurarme... nada me impresiona, con tal que usted, que no tiene derecho á reprocharme nada, me indulte de los crímenes á que pueda arrastrarme este sentimiento irresistible. ¿Me cree usted una hija desnaturalizada? ¡Oh! no, es imposible dejar de amar á un padre tan bueno como el nuestro. ¿Podía yo impedir que acabara por ver las naturales consecuencias de nuestros desdichados matrimonios? ¿Por qué los consintió? ¿No le incumbía á él la misión de pensar por nosotras? Hoy día, bien lo sé, sufre tanto como nosotras; pero ¿en qué podemos remediarlo? ¡Consolarle! de nada le consolaríamos. Nuestra resignación le afligiría aun más que nuestras quejas y lágrimas. Hay situaciones en la vida en las que todo es amargura.

Mudo y emocionado tiernamente quedó Eugenio por la sencilla expresión de un sentimiento verdadero. Si las parisienses son las más de las veces falsas, ebrias de vanidad, egoístas, coquetas y frías, en cambio cuando aman realmente sacrifican más á sus sentimientos que las demás mujeres á sus pasiones; sus pequeñeces se agigantan y llegan á ser sublimes. Eugenio estaba también asombrado del talento sereno y profundo que la mujer despliega para juzgar los sentimientos más naturales, cuando un afecto superior la separa y aleja de ellos. Contrarióle á Delfina el silencio que seguía guardando Eugenio.

— ¿Puede saberse en qué piensa usted? le preguntó.

— Estoy escuchando todavía lo que usted me ha dicho. Hasta aquí había creído amarla á usted más que usted me ama á mí.

Delfina sonrió, y resistió á la satisfacción que expe-

rimentaba para contener la conversación en los límites impuestos por las conveniencias. Nunca había escuchado las calurosas expresiones de un amor joven y sincero. Algunas palabras más, y no se hubiera contenido.

— ¿No sabe usted lo que ocurre, Eugenio? dijo cambiando de conversación. Todo París estará mañana en casa de la señora de Beauseant. Los Rochefide y el marqués de Ajuda Pinto se han puesto de acuerdo para que nada se sepa; pero el rey firma mañana el contrato matrimonial, y su pobre prima de usted aun no tiene noticia de ello. No podrá dejar de dar la reunión, á la que ya no asistirá el marqués. No se habla de otra cosa.

— ¡Y la sociedad se ríe de una infamia y toma parte en ella! ¿Por lo visto, ignora usted que eso puede ser para la vizcondesa un golpe de muerte?...

— No, dijo Delfina sonriendo, usted no conoce á las mujeres de esa especie. Todo París irá á su casa, y yo también iré. No olvido que le debo esa dicha.

— ¿Y no podría ser también la tal noticia uno de esos rumores absurdos que tanto menudean en París?

— Mañana sabremos la verdad.

No pudo Eugenio impedirse de gozar de su nueva habitación, y por tanto no fué aquella noche á casa de la señora de Vauquer. Si la víspera se había visto obligado á separarse de Delfina á la una de la mañana, aquella noche le tocó á Delfina separarse de él á las dos para volver á su casa. Durmió hasta muy entrado el día siguiente, y á las doce volvió la señora de Nucingen, con la cual almorzó. Son tan ávidos los

jóvenes de esas dichas íntimas que Eugenio casi había olvidado al tío Goriot. Era para él una fiesta constante el irse habituando al trato con cada una de las cosas elegantes que le pertenecían, y á las que Delfina de Nucingen comunicaba con su presencia nuevo valor. Sin embargo, á eso de las cuatro, los dos amantes pensaron en el tío Goriot, recordando la felicidad de que se prometía gozar cuando viniera á la nueva casa. Eugenio manifestó que era necesario transportar en seguida al buen viejo, por si caía enfermo, y dejó á Delfina para correr á casa de la viuda de Vauquer. Ni el tío Goriot, ni Bianchon se hallaban á la mesa.

— Hay novedad en la casa; el tío Goriot está hecho una lástima, díjole el pintor. Bianchon está con él allá arriba. El buen hombre recibió la visita de una de sus hijas, la condesa de Resta*urama*. Después quiso salir, y su enfermedad ha empeorado. La sociedad va á verse privada de uno de sus más bellos ornamentos.

Rastignac se precipitó hacia la escalera.

— ¡Eh! señorito Eugenio, señorito Eugenio, la señora le llama á usted, gritó Silvia.

— Señor mío, le dijo la viuda, el señor Goriot y usted debían de haberse marchado el 15 de febrero. Hace ya tres días de esto, porque estamos á 18; debe usted pagarme un mes por usted y otro por él; pero, si quiere usted salir fiador el tío Goriot, me basta la palabra de usted.

— ¿Por qué? ¿No le inspira á usted confianza?

— ¡Confianza! Si se le va la cabeza y se muere, sus hijas no han de darme un céntimo, y todo lo que deje

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no vale ni diez francos. Esta mañana se ha llevado, no sé por qué, sus últimos cubiertos. Se vistió como un pollo, y hasta, ¡Dios me perdone! creo que se dió colorete. Estaba rejuvenecido.

— Yo salgo fiador, dijo Eugenio, estremeciéndose de horror y previendo una catástrofe.

Subió al cuarto del tío Goriot. Éste yacía en su lecho; junto á él estaba Bianchon.

— ¡Buenos días, padre! dijo Eugenio.

Sonrióle el viejo afablemente y respondió, volviendo hacia él sus ojos, ya velados:

— ¿Ella cómo está?

— Bien, ¿usted?

— No estoy mal.

— No le canses, dijo Bianchon, llevando á Eugenio á un rincón del cuarto.

— ¿Y qué? le dijo Rastignac.

— Sólo un milagro puede salvarle. La congestión serosa ha sobrevenido. Tiene puestos unos sinapismos, y afortunadamente los siente y le hacen efecto.

— ¿Se le puede transportar?

— Imposible. Hay que dejarle donde está, evitándole el menor movimiento físico y la emoción más insignificante...

— Mi buen Bianchon, dijo Eugenio, entre los dos le cuidaremos.

— He avisado al médico primero de mi hospital.

— ¿Qué ha dicho?

— Mañana por la noche nos dará su opinión. Me ha prometido volver cuando termine sus quehaceres de costumbre. Por desgracia este viejo estrafalario ha

cometido esta mañana una imprudencia, acerca de la cual nada quiere decir. Es más terco que una mula. Cuando le hablo, finge que no me oye y que está dormido, para no contestarme, ó si tiene los ojos abiertos se pone á gimotear. Esta mañana ha salido y ha ido á pie no sé adónde, llevándose todo lo que poseía de algún valor; ha ido á algún asunto endemoniado que le ha consumido más fuerzas de las que le quedaban... Ha venido una de sus hijas.

— ¿La condesa? dijo Eugenio. Una morena, alta, de ojos vivos, elegante, pie bonito y cintura esbelta?

— Sí.

— Déjame solo un momento con él, dijo Rastignac. Voy á confesarle; á mí me lo dirá todo.

— Pues iré á comer mientras tanto. Pero ten cuidado de no fatigarle mucho; aun conservamos alguna esperanza.

— Así lo haré.

— ¡Cuánto se divertirán mañana! dijo á Eugenio el tío Goriot cuando estuvieron solos.

Van á un baile espléndido.

— ¿Qué demonios ha hecho usted esta mañana, papá, que ha tenido usted que acostarse?

— Nada.

— ¿Ha venido Anastasia?

— Sí, replicó el tío Goriot.

— Pues no me oculte usted nada. ¿Qué más le ha pedido á usted?

— ¡Ah! exclamó reuniendo todas sus fuerzas para hablar; ¡qué angustiada estaba la pobre! Desde la cuestión de los diamantes, Nasia no tiene un céntimo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Había encargado para este baile un vestido bordado que había de sentarle á las mil maravillas. Pero la muy infame de su costurera no ha querido fiarle, de modo que su doncella ha tenido que entregar mil francos á cuenta. ¡Pobre Nasia, haber llegado á ese extremo! Se me desgarró el corazón. Pero, viendo la doncella que Restaud retiraba á Nasia toda su confianza, ha temido quedarse sin el dinero y se ha puesto de acuerdo con la costurera para no entregar el vestido si antes no la devuelven los mil francos. El baile es mañana y el vestido está acabado. Nasia está desesperada y me ha pedido los cubiertos para empeñarlos. Su marido quiere que vaya á ese baile para que todo París vea en su cabeza los diamantes, de cuya venta se ha hablado. ¿Puede acaso decir á ese monstruo: « Debo mil francos, páguelos usted? » No; y así lo he comprendido. Su hermana Delfina se presentará con un prendido soberbio, y Anastasia, que es la mayor, no puede ser menos que la otra. ¡Lloraba tanto mi pobre hija! Tan humillado me sentía yo por no haber tenido ayer los doce mil francos, que hubiera dado lo que me queda de mi pobre vida miserable para rescatar tamaña culpa. Había tenido fuerzas para resistir á todo lo demás, pero vea usted lo que son las cosas, el no poder disponer de dinero en esta última ocasión me ha destartalado por completo. ¡Bueno! pues no me arredré. Me arreglé y emperifollé, vendí hebillas y cubiertos por valor de seiscientos francos y empeñé por un año al judío Gobseck mi título de renta vitalicia en cuatrocientos francos al contado. ¡Bah! Comeré pan; cuando era joven me bastaba, y ahora me bastará también. Al menos mi hermosa Nasia estará rozagante y pasará una buena noche. Aquí, bajo mi almohada tengo el billete de mil francos. Me reanima la sangre el tener aquí, bajo mi cabeza, algo que le ha de agradar á mi Nasia. Así podrá despedir á esa bribona de Victoria. ¿Dónde se han visto unas criadas que no tienen confianza en sus amos? Mañana ya estaré bueno. Nasia viene á las diez. No quiero que crean que estoy malo, porque se quedarían á cuidarme y no irían al baile. Nasia me abrazará mañana como un hijo, y sus caricias me curarán. Y finalmente, ¿no hubiera yo gastado mil francos en medicamentos? Pues prefiero dárselos á Nasia que es mi *Sánalo todo*. Al menos la serviré de consuelo en su miseria, y con eso pago la falta que cometí al haber invertido mi dinero en renta vitalicia. La pobre está en el fondo del abismo y yo carezco de fuerzas suficientes para sacarla de él. Nada; volveré á mi comercio. Iré á Odessa á comprar granos, porque allí los trigos valen tres veces menos que en Francia, y si bien es verdad que la introducción del trigo está prohibida, esos pobres diablos que hacen las leyes no han pensado en prohibir que se introduzcan los productos fabricados con ese mismo trigo. ¡Je, je! ¡Eso se me ha ocurrido á mí esta mañana!... Sólo con los almidones se pueden hacer grandes negocios.

— ¡Está loco! dijo Eugenio mirando al anciano. Vamos, no se agite y no hable...

Bajó Eugenio á comer cuando subió Bianchon. Luego, ambos pasaron la noche al cuidado del enfermo, turnando; el uno estudiaba medicina y el otro escribía á su madre y hermanos. Al día siguiente, los sínto-

mas que se declararon en el enfermo fueron, según Bianchon, de buen agüero; pero exigían continuos cuidados de que sólo los dos estudiantes eran capaces, y para narrar los cuales es imposible comprometer la pudibunda fraseología de la época. A las sanguijuelas aplicadas al empobrecido cuerpo del pobre hombre, acompañaron cataplasmas, baños de pies y otros procedimientos médicos, para realizar los cuales fueron por cierto necesarias la fuerza y la abnegación de los dos jóvenes. Anastasia no apareció, sino que envió á buscar el dinero por un mozo.

— Creía que vendría en persona. Pero no lo siento, porque así no se ha molestado, dijo el padre mostrándose contento de ello.

A las siete vino Teresa á traer una carta de Delfina:

« ¿Puede saberse lo que está usted haciendo, amigo mío? ¿Seré desdeñada á poco de amada? En nuestras íntimas conferencias de corazón á corazón, me ha mostrado usted un alma demasiado hermosa, para no ser de los que siempre permanecen fieles al notar qué diversidad de matices realzan á los sentimientos. Según usted mismo dijo escuchando la *Plegaria de Moisés*: « Para unos no tiene más que una nota; para otros »es el infinito de la música ». Piense usted que le espero esta noche para ir al baile de la señora de Beauseant. Ya se sabe que el contrato matrimonial del marqués de Ajuda ha sido firmado esta mañana en palacio; y hasta la dos de la tarde no ha tenido noticia de ello la pobre vizcondesa. Todo París concurrirá á su casa, como concurre la gente á la plaza de Grève en día de

ejecución capital. ¿Verdad que es cosa horrible ir á ver si esa mujer logra disimular su dolor y sabe morir bien? No iría yo ciertamente, amigo mío, si ya hubiese sido recibida antes en su casa; pero seguramente no volverá á dar más reuniones, de modo que los esfuerzos que para visitarla he hecho se malograrían todos. Mi situación difiere mucho de la de los demás, sin contar con que también voy porque usted va. Le espero á usted. Si dentro de dos horas no me está usted haciendo compañía, no sé si le perdonaré semejante traición. »

Rastignac tomó una pluma y contestó de esta manera:

« Espero al médico para saber si su padre de usted ofrece esperanzas de vida. Actualmente está moribundo. Iré á llevar á usted la sentencia, que mucho temo sea de muerte. Usted verá entonces si debe ó no ir al baile. Mil cariños. »

A las ocho y media vino el médico, y no le pareció que fuera inminente el desenlace. Anunció que tendría alivios y recaídas alternativamente, dependiendo de ellas la razón y la vida del enfermo.

— Mejor le fuera morir en seguida, dijo en conclusión el doctor.

Confió Eugenio al tío Goriot á los cuidados de Bianchon, y marchó á llevar á la señora de Nucingen las tristes noticias que, á juicio de él, que todavía creía en los deberes que impone la familia, obligaban á suspender todo regocijo.

— Dígale usted que no deje de divertirse por eso, gritó el tío Goriot, que parecía sumido en sopor, pero que se incorporó en la cama al ver salir á Rastignac.

Realmente afectadísimo se presentó el joven á Delfina, y la halló peinada y calzada, faltándole sólo ponerse el vestido de baile. Pero, semejante á las pinceladas con que dan por terminados sus cuadros los pintores, los últimos toques exigían más tiempo que el necesitado para el fondo mismo del lienzo.

— ¿Cómo, no está usted vestido?

— Pero, señora, su padre de usted...

— ¡Otra vez mi padre! exclamó interrumpiéndole. No pretenderá usted enseñarme lo que á mi padre debo. Hace tiempo que conozco á mi padre. Ni una palabra más, Eugenio. Hasta que no se me presente usted vestido no le escucharé. Teresa lo ha dejado todo preparado en casa de usted; mi coche está listo, tómelo, y vuelva en seguida. Camino del baile hablaremos de mi padre. Es preciso ir temprano, porque si tenemos que formar en la fila de coches, nos daremos por contentos si entramos en él á las once.

— Señora...

— Vaya usted; ni una palabra más, contestó, corriendo á su tocador para tomar un collar.

— Vaya usted, señorito Eugenio, que va usted á hacer que se enfade la señora, dijo Teresa empujando al joven, espantado de aquel elegante parricidio.

Fué á vestirse, haciendo las más tristes y desconsoladores reflexiones. Parecíale el mundo un océano de lodo en el que un hombre se hundía hasta el cuello si se aventuraba á mojar un pie en él.

« En él sólo se cometen crímenes mezquinos, pensaba. Vautrin es más grande. »

Había visto las tres grandes expresiones de la sociedad: la Obediencia, la Lucha y la Rebelión; esto es, la Familia, el Mundo y Vautrin. No se atrevía á decidirse. La Obediencia le era enojosa, la Rebelión imposible y la Lucha incierta. El pensamiento trasladóle al seno de su familia. Recordó las puras emociones de la vida tranquila y los días pasados en compañía de los seres que le amaban. Ateniéndose á las leyes naturales del hogar doméstico, aquellos seres queridos hallaban en él una felicidad completa, continua y sin angustias. A pesar de todos estos buenos pensamientos, sintióse sin fuerzas para confesar ante Delfina de Nucingen la fe de las almas sanas, ordenándole la virtud en nombre del amor. Su comenzada educación iba dando los naturales frutos. Ya amaba de un modo egoista. Su tacto le había permitido conocer la naturaleza del corazón de Delfina; presentía que era capaz de pasar sobre el cuerpo de su padre para ir al baile, pero carecía de energía para convencerla, de valor para desagradarle y de virtud para dejarla. Comentó las palabras de los médicos, complaciéndose en pensar que el tío Goriot no estaba tan peligrosamente enfermo como creían, y hasta inventó mil traidores argumentos para justificar la conducta de Delfina: que no conocía el estado en que se hallaba su padre; que éste mismo, si la viera, la obligaría á ir al baile; que con frecuencia la ley social, implacable en su fórmula, pronuncia fallo condenatorio en circunstancias en que el crimen aparente se explica por las innumerables

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

modificaciones que introducen en el seno de las familias la diferencia de los caracteres y la diversidad de los intereses y de las situaciones. Quería Eugenio ensañarse á sí mismo: estaba dispuesto á sacrificar su conciencia á su amante. Desde hacía dos días, todo en su vida había cambiado. La mujer la había trastornado, eclipsando á la familia y confiscándolo todo en provecho propio. Rastignac y Delfina habíanse encontrado en condiciones apropiadas para proporcionarse mutuamente los más vivos placeres. Su pasión, bien dispuesta para ello, habíase agigantado por lo que mata las pasiones, por la posesión. Al poseer á aquella mujer, comprendió Eugenio que hasta entonces no había hecho más que desearla. Sólo la amó después de ser dichosa; quizá no es el amor sino la gratitud del placer sentido. Infame ó sublime, adoraba á aquella mujer por las satisfacciones sensuales que como dote le aportó él, y por todas aquellas que de ella había recibido; así como Delfina amaba á Rastignac cual Tántalo amara al ángel que hubiera bajado á satisfacer su hambre ó á apagar la sed de su seca garganta.

— ¿Cómo está mi padre? le preguntó la de Nucingen cuando le vió de vuelta y vestido de baile.

— Muy mal, respondió, y, si usted quisiera darme una prueba de su cariño, iríamos á verle.

— Bueno, sí, pero después del baile. Mi buen Eugenio, sé amable, no me sermonees; vámonos.

Y se fueron.

Eugenio guardó silencio durante una parte del camino.

— ¿Qué tiene usted? preguntó Delfina.

— Oigo el estertor de su padre de usted, respondió con tono de enfadado.

Y se puso á contar con la elocuencia ardiente de los pocos años la feroz acción á que la vanidad había arrastrado á la condesa de Restaud, la crisis mortal que el último acto de abnegación del padre había producido, y lo que le costaría el vestido bordado de Anastasia. Delfina lloraba.

— Voy á ponerme fea, pensó.

Sus lágrimas se secaron.

— Iré á cuidar á mi padre y no me apartaré de su cabecera, dijo en voz alta.

— ¡Ah! ¡así te quería yo! exclamó Rastignac.

Los alrededores del hotel de Beauseant estaban iluminados por los faroles de quinientos coches. A cada lado de la puerta veíase un gendarme á caballo. Tan gran golpe de gente distinguida acudía á la fiesta, tal ansia manifestaban todos de presenciar la caída de aquella mujer tan encumbrada, que las habitaciones de la planta baja del palacio estaban llenas cuando llegaron Delfina y Rastignac. Desde los tiempos en que toda la corte invadió el palacio de aquella princesa á la que Luis XIV arrebató el amante, no se recordaba desastre amoroso de tanto ruido como el de la vizcondesa de Beauseant. En esta circunstancia mostróse la última representante de la casi real casa de Borgoña superior á su desgracia, y hasta el último momento dominó á la sociedad cuyas vanidades sólo había aceptado para hacerlas contribuir al triunfo de su pasión. Las mujeres más hermosas de Paris animaban los salones con sus sonrisas. Los hombres más distin-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guidos de la corte, los embajadores, los ministros, los que por algún concepto eran ilustres, cubiertos de cruces, de placas, de cordones multicolores, apiñábanse en torno de la vizcondesa. La música de la orquesta esparcía sus notas bajo los dorados artesonados de aquel palacio, desierto para su reina.

En pie, delante del primer salón, estaba la señora de Beauseant para recibir á sus pretendidos amigos. Vestía de blanco, sin ningún adorno en el cabello, sencillamente peinado. Parecía tranquila, sin ostentar dolor, orgullo, ni falsa alegría. Nadie podía leer en su alma. Hubiérasela tomado por una Níobe de mármol. Su sonrisa á sus íntimos amigos fué á veces irónica, pero á todos pareció la misma de siempre, mostrándose tan igual á lo que había sido cuando el sol de la felicidad la adornaba con sus rayos, que hasta los más insensibles la admiraron, de la misma suerte que las jóvenes romanas aplaudían al gladiador que sabía morir sonriendo. La sociedad parecía haberse enganado para despedir á una de sus soberanas.

— Temía que no viniese usted, dijo á Rastignac.

— Señora..., respondió éste con voz conmovida y habiendo visto en aquellas palabras un reproche, he venido para quedarme cuando todos se marchen.

— Bien, dijo la vizcondesa, cogiéndole la mano, usted es probablemente el único de los que aquí están de quien yo pueda fiarme. Amigo mío, ame usted á una mujer á quien pueda usted amar siempre. No abandone usted á ninguna.

Tomó el brazo de Rastignac y le condujo á un sofá del salón de juego.

— Vaya usted á casa del marqués, le dijo. Santiago, mi ayuda de cámara le guiará y le entregará una carta mía. Le pido mi correspondencia. Se la devolverá á usted entera, por lo menos tal creo. Si trae usted las cartas, suba á mi cuarto, que ya me avisarán.

Levantóse para recibir á la duquesa de Langeais, su mejor amiga, y que también acudía.

Marchóse Rastignac, y preguntó por el marqués de Ajuda en el palacio Rochefide, en donde se sabía que pasaría la velada, y en donde, en efecto, encontróle Eugenio. El marqués le condujo á su palacio, y entregó al estudiante una caja, diciéndole:

— No falta ninguna.

Pareció querer hablar con el joven, bien para pedirle noticias del baile y de la condesa, bien para confesarle que su proyectado enlace comenzaba á pesarle, según sucedió más adelante; pero un relámpago de orgullo brilló en sus ojos, y tuvo el triste valor de guardar secreto acerca de sus más nobles sentimientos.

— No le diga usted nada de mí, querido Eugenio.

Estrechó la mano de Rastignac con cierta triste afectuosidad é hizo ademán de despedirle.

Regresó Eugenio al palacio de Beauseant. Condujéronle al cuarto de la vizcondesa, en el que observó preparativos de marcha. Sentóse junto al fuego, quedóse mirando la cajita de cedro, y cayó en profunda melancolía. La señora de Beauseant tenía para él las proporciones de una diosa de la *Ilíada*.

— ¡Ay! amigo mío, dijo la vizcondesa al entrar, apoyando una mano en el hombro de Eugenio.

Vió á su prima llorando, con la mirada fija en el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lecho, temblándole una mano y alzada la otra. De repente cogió la caja, la echó en la lumbre, y la vió quemarse.

— ¡Están bailando! Todos han acudido puntualmente; en cambio, la muerte vendrá tarde. ¡Silencio! amigo mío, añadió poniendo un dedo en la boca de Rastignac, el cual iba á hablar. No volveré á ver más á París y á la sociedad parisiense. A las cinco de la mañana me marcho para ir á sepultarme en el fondo de la Normandía. He tenido que hacer mis preparativos desde las tres de la tarde, firmar escrituras, tratar de negocios... y no podía enviar á nadie á casa de...

Se detuvo.

— Era seguro que se hallarían en casa de...

Detúvose de nuevo, abrumada de dolor. En tales instantes todo es sufrimiento y hay palabras que no pueden pronunciarse.

— Con usted contaba, por fin, esta noche para este último favor. Quisiera darle á usted un recuerdo de mi amistad. Pensaré mucho en usted, que me ha parecido bueno y noble, joven y cándido, en esta sociedad en la que tan raras son tales cualidades. Deseo que también usted se acuerde de mí algunas veces. Tome usted, dijo mirando en torno suyo, aquí tiene usted la caja donde solía guardar mis guantes. Siempre que cogí algunos para ir á un baile ó al teatro, sentíame hermosa, porque era feliz, nunca la he tocado sin depositar en ella algún agradable pensamiento; esta caja encierra mucho de mí misma, contiene á la señora de Beauseant que ya no existe; acéptela. Cuidaré de que la lleven á su casa, calle de Artois. La señora de Nucingen está muy bien esta noche: ámela usted mucho. Si no nos volvemos á ver, quede usted seguro de que hago votos por su felicidad, puesto que ha sido usted bueno para mí. Bajemos, porque no quiero que se figuren que lloro. Tengo ante mí la eternidad, en la que estaré sola sin que nadie pueda pedirme cuenta de mis lágrimas. ¡Una mirada más á esta habitación!

Se detuvo. Luego, después de haber por un momento ocultado sus ojos con su mano, se los secó, los bañó en agua fresca y tomó el brazo del estudiante.

— ¡Adelante! dijo.

Rastignac no había sentido todavía, en su vida, emoción tan violenta como la que le produjo el contacto de aquella pena tan noblemente contenida. Al volver al baile dió la vuelta al salón con la vizcondesa, última y delicada atención de aquella simpática mujer. Pronto vió á las dos hermanas, la condesa de Restaud y la baronesa de Nucingen. La condesa estaba magnífica, ostentando sus diamantes, que por última vez llevaba y que sin duda le producían una sensación de quemadura. Por poderosos que fuesen su orgullo y su amor, costábale trabajo sostener las miradas de su marido. No era aquel espectáculo para disminuir la tristeza de los pensamientos de Rastignac, el cual veía tras los diamantes de las dos hermanas el camastro en que yacía el tío Goriot. La vizcondesa, interpretando mal su actitud melancólica, soltó su brazo.

— Vaya usted, le dijo, no quiero costarle un placer.

Eugenio fué pronto reclamado por Delfina, dichosa por el efecto que producía, y que anhelaba poner á los pies del estudiante los homenajes que cosechaba en aquel mundo, en el que tenía la esperanza de ser admitida.

— ¿Cómo encuentra usted á Nasia? le preguntó.

— Ha negociado hasta la muerte de su padre, contestó Rastignac.

A eso de las cuatro de la mañana comenzó á disminuír la concurrencia, y á poco calló la música. La duquesa de Langeais y Rastignac se encontraron solos en el salón principal. Creyendo la vizcondesa no encontrar en él más que al estudiante, acudió, después de haberse despedido del vizconde Beauseant, quien se había retirado para acostarse, repitiéndole :

— Hace usted mal, querida, en ir á encerrarse á su edad. No sea usted niña y quédese con nosotros.

Al ver á la duquesa, no pudo la señora de Beauseant contener una exclamación.

— La he advinado á usted, Clara, dijo la duquesa. Usted se va para no volver, pero no será sin que me oiga y nos entendamos.

Tomó del brazo á su amiga, la condujo al salón próximo ; allí, mirándola con los ojos arrasados en lágrimas, la estrechó contra su pecho y la besó en las mejillas.

— No quiero que nos separemos friamente, hija mía, porque me pesaría mucho de ello. Puede usted contar conmigo como consigo misma. Ha estado usted admirable esta noche, me he sentido digna de usted, y quiero probárselo. Tiene usted motivos de queja

contra mí, no siempre me he portado bien ; perdóneme usted, amiga mía : retiro cuanto haya podido lastimarla y declaro que quisiera recoger mis palabras. Un igual dolor ha unido nuestras almas, y no sé quién de de las dos será más desdichada. El señor de Montriveau no estaba aquí esta noche, ¿comprende usted? El que la haya visto á usted en este baile no podrá olvidarla. Yo voy á intentar el último esfuerzo. Si se me malogra, me recogeré á un convento. ¿Usted adónde va?

— A Courcelles, en Normandía, á amar y á rezar hasta que Dios me lleve de este mundo.

— Venga usted, señor de Rastignac, dijo la vizcondesa creyendo que el joven estaba esperando.

Dobló la rodilla el estudiante, tomó la mano de su prima y la besó.

— Antonia, ¡ adiós ! ¡ sea usted feliz ! volvió á decir la de Beauseant. En cuanto á usted, Eugenio, ya lo es, está usted en los albores de la vida, puede usted creer en algo. ¡ Al marcharme de este mundo, habré tenido, como algunos moribundos privilegiados, religiosas y sinceras emociones en torno mío !.

Serían las cinco cuando se despidió Rastignac, después de haber dejado á la señora de Beauseant en su berlina de viaje, y recibido de ella el último adiós regado de lágrimas que demostraban que no están las personas de más alto rango exentas de las leyes del corazón, y que no viven libres de sufrimientos, como algunos cortesanos del pueblo quisieran hacérselo creer.

A pie volvió Eugenio á casa de la viuda de Vau-

quer, á pesar del frío y de la humedad que hacía.

Su educación se completaba.

— No salvaremos al pobre tío Goriot, dijo Bianchon al entrar Eugenio en la habitación de su vecino.

— Amigo mío, díjole Rastignac, después de haber contemplado al dormido anciano, ve y continúa la modesta carrera á que limitas tus aspiraciones. Yo estoy en el infierno, y forzoso me es continuar en él. Por malo que sea lo que del mundo te digan, créelo, porque no hay Juvenal que pueda pintar los horrores, cubiertos de oro y pedrerías, que encierra.

Despertó á Eugenio Bianchon, al día siguiente, hacia las dos de la tarde. Tenía que salir, y le rogó que cuidara al tío Goriot, cuyo estado había empeorado sensiblemente durante aquella mañana.

— No le quedan dos días de vida al desgraciado; quizá no dure seis horas, dijo el estudiante de medicina; y á pesar de ello no podemos dejar de combatir el mal. Va á ser preciso aplicarle remedios que cuestan bastante dinero. Desde luego, seguiremos siendo sus enfermeros; pero yo no tengo un céntimo. He mirado sus bolsillos, registrado sus armarios : cero. En un momento de lucidez, le he preguntado si disponía de algún dinero, y me ha contestado que nada le quedaba. ¿Y tú, cuánto tienes?

— Unos veinte francos; pero iré á jugarlos, y ganaré.

— ¿Y si pierdes?

— Pediré dinero á sus yernos y á sus hijas.

— ¿Y si no te lo dan? replicó Bianchon. Lo más urgente en este momento no es el dinero, sino envolver

al enfermo en un sinapismo hirviendo que le coja desde los pies hasta la mitad de los muslos. Si se queja, aún podremos esperar. Ya sabes tú cómo hay que prepararlo y aplicarlo; además, Cristóbal te ayudará. Yo me pasaré por casa del boticario á responder de todos los medicamentos que hayan de comprarse. Ha sido una desgracia no haber podido transportarle á nuestro hospital, donde habría estado mucho mejor. Vamos, ven para que te instale en tu puesto, y no te muevas hasta que yo vuelva.

Entraron los dos jóvenes en la habitación en que yacía el anciano. Espantóle á Eugenio el cambio efectuado en aquella cara convulsada, blanca y profundamente débil.

— ¿Cómo vamos, papá? le dijo, inclinándose sobre el pobre lecho.

Alzó Goriot hacia Eugenio una mirada velada, y la fijó atentamente sin reconocerle. El estudiante no pudo mantenerse sereno ante aquel espectáculo. Algunas lágrimas acudieron á sus ojos.

— Di, Bianchon, ¿no sería bueno poner unas cortinas en las ventanas?

— No, ya no le afectan las circunstancias atmosféricas. ¡Ojalá sintiese el frío y el calor! Sin embargo, necesitamos encender lumbre para preparar las tisanas y otras muchas cosas. Te enviaré unas cuantas astillas mientras se trae leña. Ayer y hoy he gastado la tuya y todo el cisco que tenía el pobre hombre. Hacía humedad y las paredes goteaban. Apenas he podido secar la habitación; Cristóbal la ha barrido, porque estaba hecha una cuadra. Además olía

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mal, por lo que he quemado un poco de enebro.

— ¡Dios mío! dijo Rastignac, ¡pero y sus hijas!

— Mira, si pide de beber, le das de esto, añadió Bianchon, indicándole un jarro blanco. Si le oyes quejarse y observas calor y dureza en el vientre, le pones con ayuda de Cristóbal... lo que sabes. Si por casualidad tuviese una gran exaltación, si hablara mucho, en una palabra, si divagara algo, déjalo que siga, que no es mala señal. Pero envía á Cristóbal al hospital Cochin. Vendremos en seguida el médico, mi compañero ó yo á aplicarle unos cauterios. Esta mañana, mientras dormías, hemos tenido una gran consulta un discípulo del doctor Gall, un médico jefe del Hotel-Dieu y el nuestro, los cuales han creído descubrir en la enfermedad curiosos síntomas, y vamos á seguir el desarrollo de la enfermedad para ilustrarnos acerca de varios puntos científicos bastante importantes. Uno de esos señores pretende que la presión del suero, si se acentúa más en un órgano que en otro, podría determinar hechos particulares. De manera que escúchale bien, caso de que hablara, para estar al tanto del género de ideas con que se relacionaran sus palabras: si son fenómenos de memoria, de penetración, de raciocinio, si se ocupa de materialidades ó de sentimientos; si calcula, si vuelve hacia el pasado; en resumen, está atento para comunicarnos un informe en toda regla. Posible es que la invasión se efectúe en masa, englobándolo todo, en cuyo caso moriría hecho un idiota como lo está en este momento. ¡Son tan caprichosas esas enfermedades! Si la bomba estalla por aquí, dijo Bianchon, señalando, indicando el

occipucio del enfermo, pueden presentarse, y de ello hay ejemplares, los fenómenos más singulares; el cerebro recobra algunas de su facultades, y la muerte viene con más lentitud. Las serosidades pueden desviarse del cerebro y seguir caminos que sólo la autopsia ha de descubrir. En los Incurables hay un viejo idiota en el que el derrame se verificó á lo largo de la columna vertebral; sufre horriblemente, pero vive.

— ¿Se han divertido mucho? dijo el tío Goriot reconociendo á Eugenio.

— ¡Ah! no piensa sino en sus hijas, exclamó Bianchon. Más de cien veces me ha dicho esta noche: « ¡Bailan! Nasia tiene su traje. » Las llamaba por sus nombres. Me hacía llorar con la entonación de sus exclamaciones: « ¡Delfina, Delfinita mía! ¡Nasia! » Palabra de honor, dijo el estudiante de medicina, que era cosa de saltársele á uno las lágrimas.

—¿Delfina está ahí, verdad? dijo el anciano. Bien lo sabía yo.

Y sus ojos adquirieron una movilidad de loco, registrando las paredes y la puerta.

— Bajo á decir á Silvia que disponga los sinapismos, gritó Bianchon; la ocasión es oportuna.

Rastignac quedó solo para atender al viejo, sentado á los pies de la cama, con los ojos fijos en aquella espantosa cabeza cuya vista daba pena.

— La vizcondesa de Beauseant se va, y éste se muere, dijo. Las almas buenas no pueden permanecer mucho tiempo en este mundo. En efecto, ¿cómo han de ser compatibles los grandes sentimientos

con una sociedad mezquina, pequeña y superficial?

Las imágenes de la fiesta á la que había asistido se presentaron á su recuerdo, contrastando con el espectáculo del moribundo tendido en el lecho. De pronto reapareció Bianchon.

— Oye, Eugenio, acabo de ver á nuestro primer médico y no he cesado de correr. Si presenta síntomas de lucidez y si habla, ponle un sinapismo que le coja desde la nuca hasta los riñones, y nos mandas llamar.

— Querido Bianchon, dijo Eugenio.

— ¡Ah! se trata de un caso científico, añadió el estudiante de medicina con el ardor de un neófito.

— Está visto, dijo Eugenio, seré el único que por afecto cuide á este pobre anciano.

— No dirías eso si me hubieras visto esta mañana, contestó Bianchon sin ofenderse por las palabras de Eugenio. Los médicos que han ejercido no ven más que la enfermedad, pero yo todavía veo al enfermo, amigo mío.

Y se fué, dejando nuevamente á Eugenio solo con el viejo, y en espera de una crisis que no tardó en declararse.

— ¡Ah! ¿es usted, querido hijo mío?

— ¿Está usted mejor? replicó el estudiante, cogiéndole la mano.

— Sí, tenía la cabeza como en un torno, pero ya la voy sintiendo libre. ¿Ha visto usted á mis hijas? Vendrán en seguida; en cuanto sepan que estoy malo, correrán á verme. ¡Me cuidaron tanto en la calle de la Jussienne! ¡Dios mío! Quisiera que mi cuarto

estuviera limpio para recibirlas. Un joven, que estaba aquí, me ha quemado todo el cisco.

— Oigo á Cristóbal, le dijo Eugenio; le sube á usted leña que ese joven le envía.

— Bueno, pero ¿cómo pago yo esa leña? Hijo mío, no tengo un céntimo. Todo lo he dado, todo; estoy en el caso de pedir limosna. Diga usted, ¿el vestido bordado era bonito?... ¡Ay, cuánto sufro!... Gracias, Cristóbal, Dios se lo premie, que yo ya nada tengo.

— Yo os recompensaré bien á ti y á Silvia, dijo Eugenio al oído de Cristóbal.

— Mis hijas han dicho que iban á venir, ¿no es verdad, Cristóbal? Vuelve á su casa, y te daré cinco francos. Diles que no me encuentro bien, que quiero verlas y abrazarlas una vez más antes de morir. Diles todo esto, pero sin asustarlas mucho.

Cristóbal, á una señal de Eugenio, se marchó.

— Van á venir, dijo el anciano. Las conozco. La buena de Delfina ¡qué sentimiento va á tener si muero! Y Nasia también. Yo no quisiera morir para no hacerlas llorar. Morir, mi querido Eugenio, es no verlas más. ¡Mucho me voy á aburrir sin ellas en el otro mundo! Para un padre el infierno es estar privado de sus hijos; bien á mi costa lo he aprendido desde que salieron de mi casa para casarse. Mi paraíso estaba en la calle de la Jussienne. Oiga usted, si voy al paraíso, podré volver á este mundo en espíritu para estar cerca de ellas. He oído decir cosas por el estilo. ¿Son una verdad? En este momento creo verlas tal como estaban en la calle de la Jussienne. Bajaban por la mañana. « Buenos días, papá », decían. Las

sentaba en mis rodillas, las hacía rabiar, hacía con ellas mil tonterías. Me acariciaban con mucha monada. Todas las mañanas almorzábamos juntos, comíamos juntos; en una palabra, era padre, gozaba de mis hijos. Cuando vivían en la calle de la Jussienne, no se metían en razonamientos, no sabían nada de las cosas del mundo, me querían mucho. ¡Por qué, Señor, no se han quedado siempre niñas!... ¡Oh, cuanto sufro! se me arranca la cabeza... ¡Ah! ¡ah! ¡perdón, hijas mías! sufro horriblemente, y no hay duda de que no es un dolor de mentirijillas, pues me habéis endurecido en el sufrimiento. ¡Señor, si siquiera tuviese sus manos entre las mías, no sentiría nada! ¿Cree usted que vendrán? ¡Ese Cristóbal es tan bruto! Debí haber ido yo mismo. ¡Él las va á ver! Pero usted, que estuvo ayer en el baile, dígame cómo estaban. ¿Verdad que no saben que estoy enfermo? Las pobres no hubieran bailado. ¡Ah! ¡No quiero estar malo, ahora que tanto me necesitan! ¡Sus dotes peligran! ¡Y á qué maridos las he dado! ¡Cúreme usted, cúreme usted! ¡Oh, cuánto sufro!... ¡ah! ¡ah! ¡ah!... Amigo mío, es preciso curarme, porque ellas necesitan dinero, y yo sé dónde ganarlo. ¡Iré á Odessa á hacer agujas de almidón, y ganaré millones, porque soy listo! ¡Oh, sufro demasiado!

Callóse Goriot breve rato como si reuniera todas sus fuerzas para soportar el dolor.

— Si estuviesen ellas aquí, yo no me quejaría, dijo. ¿Por qué quejarme?

Sobrevino un ligero sopor, que duró largo rato. Eugenio, creyéndole dormido, dejó al criado que le diera cuenta de su misión en voz alta.

— Señorito, dijo, fuí primero á casa de la señora condesa, á la cual no he podido hablar porque estaba con su marido ocupada en no sé qué graves negocios. Como yo insistía, el señor de Restaud vino él mismo y me dijo así: « ¿Conque se está muriendo el señor Goriot? Pues es lo mejor que puede hacer. Necesito á mi mujer para arreglar unos asuntos de la mayor importancia. Cuando los hayamos terminado, irá. » Parecía estar muy enfadado el señor ese. Iba á marcharme cuando salió la señora por una puerta de la antesala que yo no había visto hasta entonces. « Cristóbal, di á mi padre que estamos debatiendo, mi marido y yo, negocios que para mis hijos son de vida ó de muerte, y que por eso no puedo dejarle, pero que en cuanto acabe iré. » En cuanto á la señora baronesa, otra historia. No he podido hablar con ella, ni siquiera verla: « La señora, me dijo su doncella, ha venido del baile á las cinco y cuarto, y está durmiendo; si la despierto antes de las doce, me reñirá. Cuando me llame, le diré que su padre está peor. Las malas noticias siempre hay tiempo de darlas. » Por más que supliqué para que avisaran en seguida á la señora, ¡ya, ya!... Pedí hablar al señor barón, pero me dijeron que había salido.

— ¡Será posible que ninguna de sus hijas venga! exclamó Rastignac. Voy á escribir á ambas.

— ¡Ninguna! respondió el viejo incorporándose en el lecho. ¡Tienen que hacer; duermen, y no vendrán! Ya lo sabía. Para saber lo que son los hijos, hay que

morirse... Amigo mío, no se case; ¡no tenga usted hijos! Usted les da la vida, y ellos, á usted, la muerte. Usted les hace entrar en el mundo, y ellos le expulsan de él. ¡No; no vendrán! Hace diez años que lo sé. ¡Me lo decía algunas veces á mí mismo, pero no me atrevía á creerlo.

Una lágrima rodó en cada uno de sus ojos, sobre el rojizo borde, sin caer.

— ¡Ah! ¡si fuera rico, si hubiera conservado mi fortuna, si no se la hubiese entregado, estarían aquí comiéndome la cara á besos! Viviría en un palacio, tendría hermosas habitaciones, criados y leña que fuese mía en la chimenea; y ellas se hallarían á mi lado, deshechas en lágrimas, con sus maridos y sus hijos. ¡Tendría todo eso! Ahora nada tengo. El dinero lo da todo, incluso hijas. ¡Oh! mi dinero, ¿dónde está? Si tuviera tesoros que dejar, me curarían y cuidarían; las oiría y las vería. ¡Ay! ¡hijo mío, mi hijo único, prefiero mi abandono y mi miseria! Siquiera, cuando un desgraciado ve cariño, bien seguro está de que es porque le quieren. Pero no; quisiera ser rico para verlas. Aunque, después de todo, ¡quien sabe! Las dos tienen el corazón de piedra. Yo las quería demasiado para que me quisieran ellas á mí. Un padre debe ser siempre rico y tenerles las riendas tirantes á sus hijos como si fueran caballos mal intencionados. Y yo estaba de rodillas ante ellas. ¡Miserables! Dignamente coronan su conducta para conmigo desde hace diez años. ¡Si supiera usted qué cuidados tan minuciosos tenían para mí en los primeros tiempos de su matrimonio... ¡Ah! ¡Qué cruel martirio estoy sufriendo! Acababa...

de dar unos ochocientos mil francos á cada una, de modo que ni ellas ni sus maridos podían dejar de ser amables conmigo. Me recibían con « Mi buen papá por aquí; mi querido papá por allá », y en su mesa había siempre un cubierto puesto para mí. Hasta comía con sus maridos, los cuales me trataban con consideración. Habríase dicho que aún me quedaba algo. Y todo, ¿por qué? Yo nada había dicho de mis negocios, y un hombre que entrega ochocientos mil francos á cada hija es digno de las mayores atenciones. Y me las prodigaban, pero era por mi dinero. Poco vale el mundo. Por experiencia lo digo. Me llevaban en coche al teatro, y las noches de reunión me quedaba siempre que quería. En fin, decíanse hijas mías, y no renegaban de mí como padre suyo. También yo tengo mi mijita de astucia, y nada de todo aquello se me escapó. Cada desaire ha hecho blanco, desgarrándome el corazón. Bien veía que aquello era mentira, pero el mal ya no tenía remedio. No estaba en casa de ellas tan á mis anchas como lo estoy á la mesa de abajo. No sabía decir una palabra. Así, cuando algunos de aquellos señorones preguntábanles á mis yernos al oído: « ¿Quién es el señor ese? — Es el padre de los cuartos. — ¡Ah, diablo! » decían, y me miraban con el respeto que al dinero se debe. Pero si alguna vez les molestaba algo, ¡con creces compensaba mis defectos! Además ¿quién es perfecto?... ¡Mi cabeza está hecha una llaga! En este momento sufro lo que hay que sufrir para morir, mi querido don Eugenio; pues bien, esto es nada comparado con el dolor que me causó la primera mirada con la que me hizo comprender Anastasia que acababa yo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

de decir una tontería que la humillaba; su mirada me ha abierto todas las venas. Hubiera deseado saberlo todo, pero lo que supe muy bien es que estaba de más en la tierra. Al día siguiente fuí á casa de Delfina para que me consolara, y mire usted por dónde cometo una tontería que le incomodó. Me puse como loco. Durante ocho días estuve sin saber qué decisión tomar. No me he atrevido á ir á verlas, temiendo que encima se quejaran de mi conducta. Y héme despedido de casa de mis hijas. ¡Oh Dios mío! puesto que conoces las vergüenzas y los dolores que he pasado; puesto que has contado todas las puñaladas que he recibido durante todo ese tiempo que me ha envejecido, cambiado, matado, blanqueado, ¿por qué me haces sufrir hoy? De sobra he pagado el pecado de haberlas querido con exageración. Harto bien se han vengado de mi cariño; me han torturado como verdugos. Pero son tan estúpidos los padres, tanto las amaba yo, que volví á casa de ellas, como un jugador vuelve á la sala de juego. Mis hijas eran mi único vicio, mis amantes: todo, para mí. Cuando necesitaban algo, un adorno, por ejemplo, me lo decían sus doncellas, ¡y yo regalaba el adorno para ser bien recibido! Mas no por eso dejaron de darme algunas lecciones acerca de cómo tenía yo que presentarme en sociedad. Y en seguidita: ni siquiera esperaron al día siguiente. Ya comenzaban á avergonzarse de mí. Ahí tiene usted lo que es educar bien á los hijos. Pero yo tenía demasiados años para ir al colegio. (¡Sufro horriblemente! ¡Dios mío! ¡Los médicos! ¡los médicos! Aunque me abrieran la cabeza sufriría menos.) ¡Mis hijas! ¡mis hijas! ¡Anastasia, Delfina! ¡Quiero

verlas! Mándelas usted á buscar, aunque sea por los gendarmes, á la fuerza. La justicia, la naturaleza, el código civil, todo está en mi favor. ¡Protesto! Perecerá la patria si se pisotea á los padres. Eso no tiene vuelta de hoja. La sociedad, el mundo, descansan sobre la paternidad, y, si los hijos no aman á sus padres, todo se viene abajo. ¡Ah, verlas, oírlas; no me importa lo que me digan; con tal que las oiga se calmarán estos dolores! ¡Sobre todo, Delfina! Pero cuando vengan, dígales usted que no me miren con esa frialdad que acostumbran. ¡Ay! Eugenio, amigo mío, usted no sabe lo que es eso de hallar el oro de la mirada cambiado de repente en plomo gris. Desde el día en que los ojos de ellas dejaron de irradiar luz en mí, siempre he vivido en invierno, aquí; sólo he tenido dolores que devorar, ¡y los he devorado! He vivido para ser humillado é insultado, pero las quiero tanto que he pasado por todas las afrentas con que me hacían pagar una satisfacción pequeña y vergonzante. ¡Un padre obligado á ocultarse para ver á sus hijas! ¡Les he dado mi vida, y no me consagrarán hoy una hora! Tengo sed y hambre, el corazón me abrasa, y no vendrán á mitigar mi agonía; porque me muero. ¡Pero ignoran, por lo visto, lo que es pasar sobre el cadáver de un padre! Hay un Dios en los cielos que nos venga á los padres á pesar de nosotros mismos. ¡Oh! vendrán. ¡Venid, queridas mías, venid á darme un beso, el último beso, el viático de vuestro padre, quien pedirá á Dios por vosotras, que le dirá que habéis sido buenas hijas, que abogará por vosotras! Después de todo, sois inocentes. Son inocentes, amigo mío. Dígaselo usted

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á todos, para que por culpa mía no las molesten. La culpa es toda mía, que las he acostumbrado á pisotearme. A mí me gustaba eso; y á nadie le importa, ni á la justicia humana ni á la divina. Si Dios las condenara por culpa mía, sería injusto. No he sabido mantener mi posición, y he cometido la necedad de abdicar de mis derechos. ¡Me hubiera envilecido por ellas! ¡Qué quiere usted!... las mejores inclinaciones, las más bellas almas hubieran sucumbido á la corrupción de esa debilidad paternal. Soy un miserable, y justo es mi castigo. Sólo yo soy causa de los desórdenes de mis hijas: las he podrido. Hoy quieren placeres como querían dulces cuando eran pequeñas. Siempre les permití satisfacer sus caprichos de muchachas. ¡Figúrese que á los quince años ya tenían coche! Nada se las ha resistido. Sólo yo soy culpable, pero culpable por amor. Su voz me abría el corazón...

» Las oigo, vienen. ¡Oh! sí, vendrán. Ordena la ley que se vaya á ver al padre moribundo; la ley está de mi parte. Además, el venir sólo cuesta una carrera, y yo la pagaré. Escríbales usted diciendo que tengo millones que dejarles. ¡Palabra de honor! Iré á Odessa á fabricar pastas de Italia. Conozco la fabricación, y con el proyecto que tengo ganaré millones. A nadie se le ha ocurrido. No se estropearán en el transporte como el trigo y la harina. ¡Eh! ¡eh! con el almidón se pueden ganar millones. De modo que no mentirá usted al hablarles de millones; y aunque vengan sólo por avaricia, no me importa; con tal que vengan, prefiero que me engañen... ¡Quiero que vengan mis hijas, las he engendrado yo; son mías! dijo incorporándose en

la cama y enseñando á Eugenio una cabeza cubierta de raros mechones de cabellos blancos, pero amenazadora á más no poder.

— Vamos, dijo Eugenio, acuéstese usted, querido papá Goriot, que voy á escribirles, y, si no vienen, iré á buscarlas en cuanto Bianchon esté de vuelta.

— ¿Si no vienen? repitió el viejo sollozando. ¡Pero entonces me habré muerto, muerto en un ataque de rabia! ¡La rabia me invade! En este momento veo mi vida entera. ¡He sido engañado! ¡No me quieren, nunca me han querido! A la vista está. Si no han venido, no vendrán ya. Cuanto más tarden, menos se decidirán á proporcionarme esa alegría. Las conozco. Nunca han sabido adivinar nada en mis penas, en mis dolores, en mis necesidades; y claro que no adivinarán mi muerte; ni siquiera saben cuánto las amo. Sí, ya lo veo, para ellas, la costumbre de registrarme las entrañas ha menospreciado cuanto hacía yo por ellas. Si se les hubiera antojado dejarme ciego, hubiérales yo dicho: « ¡Ahí tenéis mis ojos: arrancádmelos! » He sido demasiado necio. Creen ellas que todos los padres son como el suyo. Es preciso hacerse valer siempre. ¡Sus hijos me vengarán! Pero si ellas son las interesadas en venir á verme, porque de lo contrario, avíseselo usted, comprometen su propia agonía... ¡Cometen todos los crímenes en uno solo!... ¡Pero vaya usted en seguida, y dígales que no venir es incurrir en parricidio! Ya han cometido bastantes para que no tengan necesidad de añadir este otro á los anteriores. Grite usted como yo: « ¡Eh! Nasia. ¡Eh! Delfina, venid á ver á vuestro padre, que tan bueno ha sido para vos-

otras y que está padeciendo tanto. » Nada; ¡no viene nadie! ¿Habré de morir como un perro? Esta es la recompensa que tengo: el abandono. Son unas infames, unas malvadas; las abomino, las maldigo; me levantaré de noche de mi ataúd para volverlas á maldecir, porque, amigos míos, ¿tengo ó no tengo razón?... ¿No es verdad que se portan muy mal? ¿Pero qué es lo que digo? ¿No me advirtió usted que Delfina había venido?... Es la mejor de las dos; usted es hijo mío, Eugenio; pues bien, ámela usted; sea usted un padre para ella. La otra es muy desgraciada. ¡Y sus fortunas! ¡Ay! Dios mío, me muero. Sufro demasiado. Córteme usted la cabeza; déjeme sólo el corazón...

— Cristóbal, vaya usted á buscar á Bianchon, exclamó Eugenio, asustado del carácter que tomaban las quejas y gritos del viejo, y avise un coche para mí. Voy á buscar á sus hijas, querido papá Goriot, y las traeré conmigo.

— ¡A la fuerza, á la fuerza! Pida usted auxilio á la guardia, al ejército, ¡á todos! ¡á todos! dijo dirigiendo á Eugenio la última mirada en que brilló la razón. Diga usted al gobierno, diga usted al fiscal, que me las traigan, que yo lo quiero...

— ¡Pero usted las ha maldecido!

— ¿Quién ha dicho eso? respondió el viejo estupefacto. ¡De sobra sabe usted que las amo y las adoro! Si las veo, me curo... Vamos, mi buen vecino, querido hijo mío, vamos; ¡usted es bueno! Quisiera pagarle lo que está haciendo, pero lo único que puedo darle es la bendición de un moribundo. ¡Ah! quisiera ver á Delfina por lo menos para decirle que le recompensara á usted en mi nombre. Si la otra no puede, al menos tráigamela á ella. Le quiere á usted tanto que vendrá. ¡Agua! me arden las entrañas. Póngame usted algo en la cabeza. La mano de una de mis hijas me salvaría... me lo dice el corazón. ¡Dios mío! ¿quién reconstituirá su fortuna si yo muero? Quiero ir á Odessa por ellas, á Odessa á hacer pastas.

— Beba usted esto, dijo Eugenio ayudando al moribundo con el brazo izquierdo á incorporarse, mientras con la mano derecha sostenía una taza llena de tisana.

— Seguro estoy de que usted quiere á su padre y á su madre, dijo el anciano estrechando entre sus desfallecidas manos la mano de Eugenio. ¿Comprende usted que voy á morir sin verlas, á mis hijas? ¡Tener constantemente sed, y no beber nunca! así he vivido yo durante diez años. Mis dos yernos han muerto á mis hijas. Sí, ya no tengo hijas desde que se casaron. ¡Padres, pedid á las Cámaras una ley sobre el matrimonio, y mejor aún, y si queréis á vuestras hijas, no las caséis! El yerno es un malvado, que todo lo corrompe y mancha en una joven. ¡Suprímase el matrimonio! El es el que nos arrebata á nuestras hijas, y así no están á nuestro lado cuando nos morimos. Hágase una ley acerca de la muerte de los padres. ¡Esto es espantoso! Venganza. Mis yernos les prohiben venir... Matadlos... ¡Muera Restaud! ¡Muera el alsaciano! Esos son mis asesinos... ¡Mis hijas ó la muerte! ¡Ah! esto se acaba; ¡muero sin ellas!... ¡sin ellas!... ¡Nasia, Finita, vamos, venid! Vuestro papá se va...

— Cálmese, mi buen papá Goriot; vamos, tranquilícese; no se agite usted, no se caliente la cabeza.

— No verlas, ¡qué agonía!

— Va usted á verlas.

— ¿De veras? gritó el ya extraviado anciano.

— ¡Ah! verlas; ¡voy á verlas, á oír su voz! Moriré feliz. Pues bien; sí, no quiero seguir viviendo; estaba ya harto de la vida, pues iban en aumento mis penas. Pero verlas, tocar sus vestidos, ¡ah! nada más que sus vestidos... es poco, pero que sienta yo algo de ellas. Hágame usted que toque su cabello... bello...

Cayó su cabeza sobre la almohada como si recibiera un mazazo. Agitábanse sus manos sobre la manta como para coger los cabellos de sus hijas.

— ¡Las bendigo! exclamó, haciendo un esfuerzo... bendigo...

Y quedó inmóvil completamente. En este instante entró Bianchon.

— He encontrado á Cristóbal, dijo; ahora te traerá el coche.

Después miró al enfermo, le alzó los párpados, y ambos estudiantes viéronle los ojos vidriosos y sin vida.

— No creo que salga de ésta, dijo Bianchon.

Tomóle el pulso, tocóle el pecho y le puso la mano sobre el corazón.

— La máquina sigue marchando, lo que, dada su situación, es una desgracia; más le valiera morir.

— De veras que sí, dijo Rastignac.

— Pero ¿á ti, qué te ocurre? Estás pálido como un muerto.

— Amigo mío, acabo de oír gritos y quejas... ¡Hay Dios! Sí; hay un Dios que ha creado para nosotros otro mundo mejor, ó este de la tierra es un disparate. Si no fuera tan trágico lo que acabo de presenciar, me desharía en lágrimas, pero tengo el corazón y el estómago como en un torno.

— Dime, ¿y dinero? Porque van á ser precisas muchas cosas...

Rastignac sacó el reloj.

— Toma, llévale en seguida á empeñar. No quiero detenerme en el camino; tengo miedo de perder un minuto, y espero á Cristóbal. No me queda un céntimo, y á la vuelta habrá que pagar el coche.

Precipitóse Rastignac por la escalera y marchó á casa de la señora de Restaud, calle de Helder. Durante el camino, su imaginación, herida por el horrible espectáculo que había presenciado, exacerbó su indignación.

Cuando llegó á la antesala y preguntó por la condesa, dijéronle que no estaba visible.

— Pero, dijo al ayuda de cámara, vengo de parte de su padre, que se está muriendo.

— Señor, tenemos las órdenes más severas del señor conde.

— Si está el señor de Restaud, dígale el estado en que se halla su suegro, y prevéngale de que necesito verle en el acto.

Eugenio tuvo que esperar un buen rato.

« Tal vez en este mismo instante se está muriendo », pensaba.

Introdújole el ayuda de cámara en el primer salón,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en el que el conde de Restaud recibió al estudiante de pie, sin indicarle que se sentara, y delante de una chimenea sin lumbre.

— Señor conde, díjole Rastignac, su señor padre político expira en este momento en un cuchitril infecto, sin un céntimo siquiera para leña; se halla agonizando, y quiere ver á su hija...

— Caballero, respondió friamente el conde de Restaud, ha podido usted notar que siento muy poco cariño por el señor Goriot. Ha comprometido su dignidad con la señora de Restaud; ha sido causa de que mi vida sea desgraciada; veo en él al enemigo de mi reposo. Ya muera, ya viva, todo cuanto á él atañe me es indiferente. Tales son mis sentimientos para con él. Puede el mundo censurarme : desprecio la opinión. Reclaman en este momento toda mi atención asuntos algo más importantes que el ocuparme de lo que de mí pensarán necios ó indiferentes. En cuanto á mi mujer, no se halla en estado de salir... ni yo quiero que salga. Diga usted á su padre que luego que haya cumplido Anastasia los deberes que para conmigo y mi hijo tiene, irá á verle. Si quiere realmente á su padre, dentro de breves instantes podrá quedar en libertad.

— Señor conde, no es de mi incumbencia juzgar la conducta de usted; es usted dueño de su mujer; pero, ¿me permite usted contar con su lealtad? Pues bien, prométame solamente decir á la señora de Restaud que su padre no tiene ni un día de vida, y que la ha maldecido ya al no verla á su lado...

— Dígaselo usted mismo, replicó el señor de Restaud, sorprendido por el tono de indignación que advirtió en las palabras de Eugenio.

Entró Rastignac, guiado por el conde, en el salón en que solía estar la condesa; encontró á ésta bañada en lágrimas y tendida en una poltrona como si se hallara dispuesta á morir. Daba compasión. Antes de fijarse en Rastignac, dirigió á su marido tímidas miradas que revelaban una postración completa de sus fuerzas esclavizadas por una tiranía moral y física. El conde movió la cabeza, con lo que Anastasia se creyó autorizada para hablar.

— Caballero, lo he oído todo. Diga usted á mi padre que, si conociera la situación en que me encuentro, me perdonaría... No contaba con este suplicio, que agota mis fuerzas, caballero... Pero resistiré hasta el fin, dijo á su marido. Soy madre. « ¡Diga usted á mi padre que no puede tener queja de mí, á pesar de las apariencias! » gritó con desesperación al estudiante.

Saludó Eugenio á ambos esposos, adivinando la horrible crisis que abrumaba á aquella mujer, y se retiró estupefacto. El tono del señor de Restaud le hizo ver lo inútil del paso que acababa de dar, y comprendió que Anastasia no era libre. Corrió á casa de Delfina, hallándola en la cama.

— Estoy enferma, mi pobre amigo, le dijo. Me he resfriado al salir del baile, y temo haber cogido una pulmonía. Espero al médico.

— Aunque tuviese usted la muerte en los labios, le dijo Eugenio interrumpiéndola, tiene usted que arrastrarse hasta la cabecera de su padre. La llama á usted,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y si usted oyera uno solo de sus gritos, de seguro no se sentiría enferma.

— Quizá no esté mi padre tan enfermo como usted dice, Eugenio; pero sentiría en el alma aparecer culpable ante usted, y haré lo que usted quiera. Sé muy bien que, si á causa de esta salida cayera yo enferma de muerte, se moriría él de pena. Sin embargo, en cuanto me vea el médico, iré... ¡Ah! ¿por qué no lleva usted el reloj? dijo al advertir la falta de la cadena.

Eugenio se sonrojó.

— ¡Eugenio, Eugenio! Si lo hubiera usted vendido ya... ó perdido... estaría muy mal hecho.

Inclinóse el estudiante sobre el lecho de Delfina y le dijo al oido :

— ¿Quiere usted saberlo? ¡Pues bien, sépalo! Su padre de usted no tiene ni con qué comprar la sábana en que le amortajarán esta noche. He empeñado el reloj, porque no tenía otra cosa.

Saltó de repente Delfina de su lecho, corrió á su cómoda, sacó de ella una bolsa, y la tendió á Rastignac. Tiró de la campanilla y exclamó :

— Voy allá, voy allá, Eugenio. Deje usted que me vista; ¡si no fuera, sería un monstruo! Vaya usted; yo llegaré antes... Teresa, gritó á su doncella, diga usted al señor de Nucingen que suba en seguida á hablar conmigo.

Eugenio, contentísimo por poder anunciar al moribundo la presencia de una de sus hijas, llegó casi contento á la calle Neuve-Sainte-Geneviève.

Sacó la bolsa para pagar inmediatamente al cochero. Todo el dinero de aquella mujer tan rica reducíase á

setenta francos. Llegado que hubo al último piso, halló á Goriot sujetado por Bianchon, y operado por el cirujano del hospital, bajo la inspección del médico. Quemábanle la espalda con cauterios, último remedio de la ciencia, remedio inútil.

— ¿Los siente usted? preguntó el médico.

Goriot, que había visto al estudiante, respondió :

— Vienen, ¿verdad?

— Aun puede salir adelante, habla, dijo el cirujano.

— Sí, dijo Eugenio; ahora viene Delfina.

— ¡Vaya! exclamó Bianchon; hablaba de sus hijas á las que llama á voces, como pide agua, según dicen, un hombre empalado.

— Basta, dijo el médico al cirujano. Nada nos queda que hacer; no podemos salvarle.

Bianchon y el cirujano colocaron al moribundo boca abajo en su infecto camastro.

— Sería menester, sin embargo, mudarle de ropa blanca, dijo el médico. Si bien no tengo esperanza alguna, hay que respetar en él á la naturaleza humana. Volveré, Bianchon, dijo al estudiante. Si continúa quejándose, póngale opio sobre el diafragma.

El cirujano y el médico salieron.

— ¡Vamos, Eugenio! ¡valor, amigo mío! dijo Bianchon á Rastignac luego que estuvieron solos; se trata de ponerle una camisa limpia y cambiarle las sábanas. Ve á decir á Silvia que las suba y que venga á ayudarnos.

Bajó Eugenio, y halló á la Vauquer y á Silvia ocupadas en poner la mesa. A las primeras palabras de Rastignac, acercósele la viuda con ese ademán agridulce

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del comerciante escamón que no quiere perder el dinero ni disgustar al parroquiano.

— Querido don Eugenio, contestó, usted sabe lo mismo que yo que el tío Goriot no tiene un céntimo. Dar ropa á un hombre que está á punto de estirar la pata, es tanto como perderla, tanto más cuanto que habrá que sacrificar una sábana que ha de servirle de sudario. De modo que usted me debe ya ciento cuarenta y cuatro francos, añada usted cuarenta de sábanas y de otras cosillas, la vela que Silvia va á dar á usted, y suma todo lo menos doscientos francos, cantidad que una pobre viuda como yo no se halla en el caso de perder. Vaya, sea usted justo, don Eugenio, que bastante llevo perdido en los cinco días que hace que nos entró en casa la mala suerte. De buena gana hubiera yo dado treinta francos de mi bolsillo para que ese pobre hombre se hubiera ido hace días como usted dijo. Están muy impresionados mis huéspedes. Me dan ganas de hacerle llevar al hospital. En fin, póngase usted en mi lugar. Ante todo mi casa, porque la casa es para mi la vida.

Eugenio subió aprisa á la habitación del tío Goriot.

— Bianchon, ¿y el dinero del reloj?

— Está sobre la mesa; quedan trescientos sesenta y tantos francos. De lo que me han dado he pagado lo que debíamos. Debajo está la papeleta del monte de piedad.

— Tome usted, señora, dijo Rastignac después de haber bajado con horror la escalera; cobre usted nuestras cuentas. El señor Goriot no continuará mucho empo en su casa de usted, y yo...

— Sí; el podre hombre saldrá con los pies por delante, dijo la patrona contando los doscientos francos con aire entre alegre y melancólico.

— Acabemos, dijo Rastignac.

— Silvia, dé usted la ropa y suba usted á ayudar á los señores.

— No se olvidará usted de Silvia, dijo la Vauquer al oído de Rastignac; hace dos noches que no se acuesta.

En cuanto hubo Eugenio vuelto las espaldas, la vieja corrió adonde estaba la cocinera.

— Coge las sábanas vueltas, número 7. Después de todo, demasiado buenas son para un muerto, díjole al oído.

Como ya había Eugenio subido algunos peldaños, no oyó estas palabras de la patrona.

— Vamos á mudarle de ropa blanca, dijo Bianchon. Tenle derecho.

Colocóle Eugenio á la cabecera para sostener al moribundo, al cual Bianchon quitó la camisa. El desdichado hizo un gesto como para retener alguna cosa sujeta contra su pecho, y lanzó gritos quejumbrosos é inarticulados, semejantes á los de un animal aquejado por un gran dolor.

— ¡Ah, ah! dijo Bianchon, quiere una cadenita de pelo y un medallón que le acabamos de quitar para aplicarle los cauterios. ¡Pobre hombre! Hay que devolvérsela. Está sobre la chimenea.

Fué Eugenio á coger una cadena hecha de cabellos rubios que probablemente habian pertenecido á la señora de Goriot. De un lado del medallón, leyó: *Anasta-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sia, y del opuesto: *Delfina*. Imagen de su corazón, que sobre su corazón descansaba siempre. Los rizos que contenía eran tan finos que sin duda habían sido cortados en la primera infancia de sus hijas. Cuando el medallón tocó su pecho, lanzó un *han* prolongado que anunciaba una satisfacción que producía espanto. Era aquello una de las últimas manifestaciones de su sensibilidad, que parecía retirarse hacia el centro desconocido del que parten y al que se dirigen nuestras simpatías. Su rostro convulsado tomó una expresión de alegría enfermiza. Los dos estudiantes, sorprendidos por aquel terrible estallido de una fuerza de sentimiento que sobrevivía al pensamiento, dejaron caer cada uno lágrimas ardientes sobre el moribundo, que lanzó un grito de vivísimo placer.

— ¡Nasia! ¡Finita! dijo.

— Aún vive, murmuró Bianchon.

— ¿Y para qué? dijo Silvia.

— Para sufrir, contestó Rastignac.

Bianchon, después de hacer hecho á su compañero señal de imitarle, se arrodilló para pasar los brazos bajo las corvas del enfermo, mientras que del lado opuesto hacía otro tanto Rastignac para colocar sus manos debajo de la espalda. Engañado, sin duda, por las lágrimas, Goriot hizo un último esfuerzo para extender las manos, encontró de ambos lados de la cama las cabezas de los estudiantes, las asió violentamente por el cabello, y se le oyó murmurar:

— ¡Ay, ángeles míos!

Dos palabras, dos susurros acentuados por el alma que voló con ellos.

— ¡Pobrecillo! dijo Silvia enternecida por aquella exclamación en la que se manifestó un sentimiento supremo que la más horrible, la más involuntaria de las mentiras exaltaba una postrera vez.

El último suspiro de aquel padre había sido un suspiro de alegría, expresión de toda su vida, pues era una equivocación.

El tío Goriot fué piadosamente depositado en su camastro. Desde aquel momento, su fisonomía conservó la dolorosa huella del combate que reñían la muerte y la vida en una máquina que carecía ya de esa especie de conciencia cerebral de la que resulta la sensación del placer y del dolor en el ser humano. La destrucción total no era ya más que cuestión de tiempo.

— Así quedará algunas horas, y morirá casi sin que nos demos cuenta de ello; ni siquiera tendrá el estertor de la agonía. Todo el cerebro debe de estar invadido por completo.

En aquel momento oyóse en la escalera el paso de una mujer joven que respiraba anhelosamente.

— Llega demasiado tarde, dijo Rastignac.

No era Delfina, sino Teresa, su doncella.

— Señorito Eugenio, dijo, ha ocurrido un gran disgusto entre los señores, á causa del dinero que mi pobre señorita pedía para su padre. Se ha desmayado, ha venido el médico y ha tenido que sangrarla. « Mi papá se muere; quiero ver á mi papá », gritaba. En fin, unos gritos que partían el alma...

— Basta, Teresa. Aunque viniera, ya no sería necesaria su presencia. El señor Goriot ha perdido el conocimiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¡Pobre señor! ¿Pero tan mal está?

— Puesto que ya no me necesitan ustedes, me voy á preparar la comida, pues son las cuatro y media, dijo Silvia, que, al salir, estuvo á punto de tropezar en la escalera con la condesa de Restaud.

¡Grave y terrible aparición la de la condesa! Miró al lecho de muerte, mal iluminado por una sola vela, y rompió en llanto viendo el rostro de su padre, donde aún palpitaban los últimos estrecimientos de la vida.

Bianchon se retiró por discreción.

— ¡No me he escapado á tiempo! dijo la condesa á Rastignac.

El estudiante hizo con la cabeza un signo afirmativo impregnado de tristeza. La condesa tomó la mano de su padre y la besó.

— ¡Perdóname, padre mio! Decias que mi voz te sacaria de la tumba; pues bien, vuelve un momento á la vida para bendecir á tu arrepentida hija. Óyeme. ¡Esto es horrible! Tu bendición es ya la única que en este mundo puedo ya recibir. Todo el mundo me odia; tú solo me quieres. Hasta mis hijos me odiarán. Llévame contigo; yo te amaré y te cuidaré... Ya no me oye... estoy loca...

Cayó de rodillas y quedóse contemplando aquellos restos con expresión delirante.

— Nada falta á mi desdicha, dijo mirando á Eugenio. El señor Trailles ha desaparecido dejando aquí deudas enormes, y he sabido que me engañaba. Mi marido no me perdonará nunca, y le he dejado dueño de mi fortuna. He perdido todas mis ilusiones.

¡Ay! ¡por quién he sido infiel al solo corazón — y señaló á su padre — que me adoraba! Le he renegado, le he rechazado, le he causado mil males, ¡infame de mí!

— Él lo sabía, dijo Rastignac.

En esto abrió los ojos el tío Goriot, mas por efecto de una convulsión. El gesto que revelaba la esperanza de la condesa no fué menos horrible que el del moribundo.

— ¿Sería posible que me oyese? gritó Anastasia. ¡No! añadió, sentándose junto al lecho.

Como manifestara la señora de Restaud deseos de velar á su padre, Eugenio bajó para tomar algún alimento.

Los huéspedes estaban reunidos.

— Según parece, dijo el pintor, tenemos allá arriba un pequeño muerto*rama*.

— Carlos, contestó Eugenio, me parece que debía usted guardar sus bromas para motivos menos lúgubres.

— ¿De modo que ya no podremos divertirnos aquí? dijo el pintor. Y además nuestras bromas no tienen importancia, puesto que, según dice Bianchon, ese buen hombre ha perdido ya el conocimiento.

— En ese caso, añadió el empleado del Museo, ha muerto como ha vivido.

— ¡Mi padre ha muerto! gritó la condesa.

Silvia, Rastignac y Bianchon acudieron al oír aquel grito terrible, y hallaron á la condesa desmayada. Después de haberla hecho volver en sí, transportáronla al coche de punto que la esperaba. Eugenio la confió

á las cuidados de Teresa, disponiendo que la condujeran á casa de la señora de Nucingen.

— En efecto, ya terminó, dijo Bianchon al bajar.

— Señores, á la mesa, que la sopa se enfría, gritó la patrona.

Los dos estudiantes sentáronse juntos.

— ¿Qué hacemos ahora? preguntó Eugenio á Bianchon.

— Pues le he cerrado los ojos y colocado decentemente. Cuando el médico de la alcaldía extienda el certificado de la defunción que iremos á declarar, envolveremos el cadáver en una sábana y se le enterrará. ¿Qué querías hacer de él?

— Ya no olerá el pan así, dijo un huésped imitando el gesto habitual del viejo.

— ¡Voto á tal! señores, exclamó el pasante, dejemos de una vez al tío Goriot, que ya nos le han servido ustedes con todas las salsas. Uno de los privilegios de esta ilustre ciudad de París es que puede uno nacer, vivir y morir en ella sin que á nadie le importe nada. Aprovechemos pues las ventajas de la civilización. Hoy ha habido sesenta defunciones. ¿Van ustedes acaso á llorar sobre las hecatombes parisienses? Si el tío Goriot ha reventado, mejor para él. Los que le tenían cariño que vayan á velarle, pero que dejen comer en paz á los demás.

— Sí, sí, dijo la viuda, mejor para él si ha muerto. Parece ser que el pobre hombre tenía muchos disgustos en vida.

Tal fué la oración fúnebre de aquel ser que para Eugenio representaba la Paternidad.

Enredóse la conversación entre los quince huéspedes, como de costumbre. Cuando Eugenio y Bianchon hubieron comido, sintiéronse como helados de terror al ruido de los tenedores y cucharas, la risa de los comensales, las diversas expresiones de aquellos rostros hambrones é indiferentes, y su tranquilidad. Ambos salieron en busca de un sacerdote que velase, orando durante la noche junto al muerto. Fuéles menester medir los últimos deberes que al tío Goriot había que tributar, con el poco dinero de que disponían.

A las nueve de la noche colocaron el cuerpo sobr unas tablas atadas, entre dos velas, en aquella desmantelada habitación, y junto á él vino á sentarse el sacerdote.

Antes de acostarse, Rastignac, después de haber pedido informes al eclesiástico acerca del precio de cuanto había que hacer para el entierro, escribió dos palabras al barón de Nucingen y al conde de Restaud, rogándoles que enviasen personas que en nombre de ellos costeasen el entierro. Envió las cartas por conducto de Cristóbal y se durmió rendido de cansancio.

Al día siguiente tuvieron que ir Bianchon y Rastignac á dar parte de la defunción, cuyo certificado quedó extendido á las doce. Dos horas después, aun no había enviado dinero alguno ninguno de los dos yernos, ni nadie se había presentado en su nombre, viéndose obligado Rastignac á pagar al sacerdote. Habiendo pedido Silvia diez francos por amortajar al pobre hombre y coser la sábana que le servía de su-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

dario, Eugenio y Bianchon calcularon que si los parientes del muerto continuaban desentendiéndose en el asunto, apenas tendrían para enterrarlo. El estudiante de medicina se encargó, pues, de colocar él mismo al cadáver en un ataúd de pobre que mandó traer del hospital, porque así le salía más barato.

— Hazles una trastada á esos tíos, dijo á Eugenio. Vete á comprar en el Père Lachaise por cinco años un terreno, y encarga en la iglesia y á la funeraria un entierro de tercera clase. Si los yernos y las hijas se niegan á pagar, haz grabar en losa esta inscripción : « Aquí yace el señor Goriot, padre de la condesa de Restaud y de la baronesa de Nucingen, enterrado á costa de dos estudiantes. »

Sólo después de haber ido, sin resultado alguno, á casa de los señores de Nucingen y de Restaud, fué cuando siguió Eugenio el consejo de su amigo. No pudo pasar de la puerta, pues ambos porteros tenían órdenes terminantes.

— El señor y la señora no reciben, le dijeron ; ha muerto su padre y están sumidos en el mayor dolor.

Conocía lo suficiente Eugenio á la sociedad parisién para saber que no debía insistir. Cuando vió que no podía llegar hasta Delfina, sintió en el corazón un peso enorme.

« Venda usted una alhaja, le decía en carta escrita en la portería, para que su padre sea conducido con decencia á su última morada. »

Después de cerrar la esquela, rogó al portero que se la diera á Teresa para su ama, pero el portero se la entregó al barón, quien la arrojó á la chimenea. Una vez cumplidas todas las diligencias, volvió Eugenio á la casa de huéspedes á las tres de la tarde, y no pudo contener una lágrima al ver junto al postigo el ataúd mal cubierto por un paño negro y colocado sobre dos sillas, en aquella calle desierta. Un mal hisopo, en el que nadie había puesto las manos todavía, descansaba en un plato de cobre plateado lleno de agua bendita. Ni siquiera estaba enlutada la puerta.

Aquella muerte era la muerte de los pobres, sin ostentación, ni parientes, ni amigos, ni séquito. Bianchon, que no podía ausentarse de su hospital, había escrito á Rastignac dándole cuenta de lo tratado en la iglesia. Decíale que una misa era cosa muy cara, que no había más remedio que conformarse con unas vísperas, por ser ceremonia menos costosa, y que había enviado á Cristóbal con un recado á la funeraria. En el momento en que acababa Eugenio de leer los garabatos de Bianchon, vió en manos de la Vaquer el medallón de oro en que Goriot guardaba el cabello de sus hijas.

— ¿ Cómo se ha atrevido usted á coger eso? la dijo.

— ¡ Toma ! ¿le íbamos á enterrar con esto? respondió Silvia. ¡ Si es de oro !

— ¡ Desde luego ! replicó Eugenio indignado ; que lleve siquiera con él la única cosa que pueda representar á sus dos hijas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando llegó el carro fúnebre, hizo Rastignac subir de nuevo el ataúd á la casa, lo desclavó y colocó religiosamente en el pecho del pobre anciano aquella reliquia de los tiempos en que Delfina y Anastasia eran niñas, vírgenes y puras y no *calculaban*, como en sus gritos de agonía había dicho.

Rastignac y Cristóbal fueron los únicos, con los dos enterradores, que acompañaron el carro fúnebre que llevaba al pobre hombre á San Esteban del Monte, iglesia poco distante de la calle Neuve-Sainte-Geneviève.

Una vez allí, fué conducido el cadáver á una capillita baja y sombría por toda la que vanamente buscó Rastignac con la vista á las hijas de Goriot ó á sus maridos. Estaba solo con Cristóbal, quien se creía obligado al tributo de aquellos últimos deberes con un hombre que en vida le había dado á ganar buenas propinas. Mientras llegaban los dos sacerdotes, el niño de coro y el sacristán, Rastignac estrechó la mano á Cristóbal sin poder pronunciar palabra.

— Sí, señorito Eugenio, dijo el criado; era un buen hombre y muy honrado, que en su vida había dicho una palabra más alta que otra ni nunca había hecho mal á nadie.

Los dos sacerdotes, el monaguillo y el sacristán vinieron y dieron cuanto puede uno tener por setenta francos en una época en que la religión no es lo bastante rica para orar gratis. Los clérigos cantaron un salmo, el *Libera* y el *De profundis*, durando la ceremonia veinte minutos. Sólo había un coche de duelo para un

cura y un monaguillo, quienes consintieron en recibir con ellos á Eugenio y á Cristóbal.

— No hay comitiva, dijo el sacerdote; podremos aligerar para que no se nos haga tarde; son las cinco y media.

Dos coches cuyas portezuelas ostentaban blasones, pero que venían vacíos, el del conde de Restaud y el del barón de Nucingen, se presentaron y siguieron al cadáver hasta el cementerio del Père-Lachaise.

A las seis de la tarde bajó el cuerpo del tío Goriot á la fosa, estando en rededor de ésta los criados de sus hijas, todos los cuales, juntamente con el cura, desaparecieron en cuanto quedó dicha la corta oración debida al pobre hombre por el dinero del estudiante.

Luego que los dos enterradores arrojaron algunas paletadas de tierra sobre el ataúd para ocultarlo, levantáronse, y uno de ellos, dirigiéndose á Rastignac, le pidió propina. Buscó Eugenio en los bolsillos, y, no hallando nada en ellos, tuvo que pedir á Cristóbal una peseta prestada.

Aunque insignificante en sí, determinó este hecho en Rastignac un horrible acceso de tristeza. Caía el día; un crepúsculo húmedo irritaba los nervios. Miró la tumba y enterró en ella su última lágrima de joven, lágrima arrancada por las santas emociones de un corazón puro, lágrima de esas que de la tierra donde cae sube á los cielos. Se cruzó de brazos y miró las nubes; Cristóbal al verle así, le dejó solo.

Entonces anduvo Rastignac algunos pasos hacia la parte alta del cementerio y contempló á París tortuo-

samente tendido en lo largo de ambas márgenes del Sena, en las que comenzaban á brillar los faroles. Casi ávidamente claváronse sus ojos entre la columna de la plaza de Vendôme y la cúpula de los Inválidos, allí donde residía aquella encopetada sociedad en que había querido penetrar. Lanzó sobre aquella colmena en perpetuo laboreo una mirada, con la que pareció que pretendia extraer anticipadamente la miel de sus panales, y pronunció estas palabras grandiosas:

— ¡Ahora, nosotros!

Y como primer acto del reto que lanzaba á la sociedad, fuése Rastignac á comer á casa de la señora de Nucingen.

FIN

PARIS. — TIP. GARNIER HERMANOS, 6, RUE DES SAINTS-PÈRES.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS